

MARGARITA

NOVELA ORIGINAL

DE

Josefina Pelliza de Sagasta.



BUENOS AIRES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE EL ORDEN, DE W. MUNTANER Y CA. PERU, 215 Y 217.

1875

MARGARITA

DEDICATORIA



Señora Doña Florencia Queyredon de Castro

MI QUERIDA FLORENCIA:

Mi primer trabajo literario te lo dedico á tí; esta novelita, que hoy te ofrezco como un recuerdo de amistad, es el fruto de una apuesta. Tú no la habrás olvidado, querida amiga.

Era un dia tristísimo por el lugar solitario en que nos hallábamos, por la hora, y, sobre todo, por la espesa y apomada niebla que como un inmenso sudario envolvía un quebrado campo de "Las Higueras", el tejado de tu casa, los palos de los corrales, y hasta la alta copa del añoso ombú que cubre con sus ramas la entrada de la estancia. Tú hacías labor sentada en una pequeña silla de baqueta; á tu lado estaba yo; hablábamos de muchas cosas; despues de literatura; me diste algunos versos que conservabas manuscritos; al leerlos me entusiasmé; eran de A. J. B.; volví á leerlos en voz alta y creció mi admiración; tú me dijiste con esa dulzura que te distingue: ¿Eres afecta á la literatura? Mucho, contesté. ¿Escribes? agregastes tú; te dije: tengo algunas poesías y pienso dar principio á una novela que escribiré despacio y en mis ratos de ocio; te sonreiste, Florencia, y mirando con malicia mi cintu-

ra, me dijiste: veremos qué escribe esta literata cuando un grillo le cante al oído—Comprendí lo que querías decirme y repliqué: Entonces, como ahora, escribiré cuando concluya mis quehaceres, cuando mis hijos me den tiempo para ello, aunque sea por la noche, después que se duerman, si durante el día no me dejan un rato libre.—

Me miráste riendo y me dijiste en son de burla:—Querida mía, cuando escribas por la noche, después de un día de tareas en que apenas habrás tenido tiempo de tomar algún alimento, tomarás la pluma y luego arrojarás pluma, tintero y novela y sin pensar en nuevas creaciones, volverás á la realidad de la vida, con ese materialismo que tanto te disgusta y que, sin embargo, es necesario á la existencia; apoyarás la cabeza en la almohada, y dormirás tranquilamente hasta que el canto del grillo te despierte.

Yo también me reí, pero te prometí que mi primera publicación, de cualquier género que fuere, te sería dedicada para que te convencieras de que una mujer, por mas que sea madre y esposa, tiene tiempo, si sus ideas y su corazón la inclinan á ello, para escribir y hacer versos.

Este pequeño trabajo, mi querida Florencia, está lleno de defectos; pero si algún mérito encuentras en él, será el de llevar á su frente tu nombre, tan querido para mí.

Sé indulgente con tu prima y amiga, como espero lo sea el público para la autora de MARGARITA.

Tuya

Josefina.

CAPITULO PRIMERO

Las dos amigas.

Don Luis Saavedra era un viejo tan inmensamente rico como avaro. Vivía en compañía de su única y bellísima hija Margarita, en una quinta que poseía en los alrededores de Buenos Aires; en el momento de presentarlos á nuestros lectores, ambos sentados al calor de una confortable estufa, hablaban indiferentemente. Los grandes ojos de la jóven, fijos en las caprichosas oscilaciones de la luz, parecían arrasados de lágrimas y su pequeña y rosada boca, ligeramente entreabierta, respondía á Don Luis con la mas refinada indiferencia.—Este, con la mejilla izquierda apoyada en la palma de la mano, fijaba sobre su hija una mirada extraña, casi diabólica; los ojos de aquel hombre eran los ojos sangrientos del *chacal*; su mirada recelosa y siempre velada por la espesa pestaña, le daba una expresion de indescriptible malignidad; — de pronto el aspecto de su rostro varió por completo; pasó

la mano por la enjuta frente y cual si pretendiera alejar una idea tenáz de su mente, sacudió la cabeza con fuerza y dirijiéndose á su hija, le dijo:

—¿Qué tienes hija mia?

Margarita volvió su linda cabeza y contestó á su padre, sonriéndose dulcemente:

—Nada, padre mio.

—¿Cómo, Margarita mia, no tienes nada y tus ojos están humedecidos por el llanto?

—Es verdad, pero yo no sé explicar mi llanto; es tan sin razon, que á veces creo que sin pensarlo ni quererlo, lloro á mi perdida madre.

Don Luis se estremeció y luego repuso:

—Pues hija mia, tu tristeza raya en melancolía profunda; cuidado no vayas á enfermarte de veras; mira que tú eres mi único consuelo en la vida.

La jóven nada habia contestado á la observacion de Don Luis, así que este prosiguió:

—Es preciso que me ábras tu corazon, hija mia; quizá mi esperiencia encuentre un consuelo á tu dolencia.

—Nada os puedo decir, padre mio, murmuró Margarita con la voz temblorosa por la mentira que formulaban sus puros lábios, acaso por la vez primera—porque solo os volvería á repetir lo que antes os dijera; ignoro absolutamente la causa de mi extraño malestar, y, sin embargo, siento una necesidad en el alma que yo no acierto á comprender.

Don Luis se sonrió, pasó complaçido la mano sobre la cabeza de su hija y luego la oprimió contra su pecho.

—¡Pobre, pobre angel mio! le dijo, mientrás que

gruesas y purísimas lágrimas cristalizaban los ojos de Margarita. En aquel momento la puerta del salón, que daba á la galería del primer pátio, se abrió y la figura esbelta y graciosa de una jóven rúbia como el oro y blanca como el nácar, adelantó hácia el padre y la hija, tendió su mano al primero y luego echó ambos brazos al cuello de la segunda—Margarita se puso de pié, besó á su amiga en la boca y luego le dijo:

—No te esperaba; ¡hace tanto frio, querida hermana!

—Es verdad, pero ¿qué quieres? cuando no te veo estoy inquieta; mi padre dice que yo me parezco á un enamorado contigo—y esa es la verdad; figúrate ahora, estaba cansada de tanto trabajar anoche.

—¡Trabajar tú!

—¡Y qué, no sabes que cópio las correspondencias privadas á mi padre, y que generalmente son en inglés ó aleman?

—Ah! no recordaba.

—Pues bien, imagínate que anoche he ayudado á mi buen padre hasta las dos y media de la mañana, y así mismo, rendida, no he podido resistir al deseo de darte un beso, de verte, de abrazarte.

Margarita besó de nuevo á su amiga y una sonrisa tris-tísima rizó sus lábios. Teresa, que así era el nombre de la jóven rúbia, sin ser dueña de sí misma, exclamó alarmada:

—¿Qué tienes, hermana mia?

—¿Yo? dijo Margarita sorprendida, yo no tengo nada.

—¡Oh! dime qué tienes, insistió la cariñosa jóven, ¿estás enferma? ¿estás triste?

—Ni lo uno ni lo otro; no sé porque todos me dicen lo mismo, ¿acaso hay algo en mi semblante que indique un oculto pesar?

—Sí, Margarita, sí, hermana mia, hay algo en tu sonrisa, algo en toda tu persona que indica sufrimiento.

—Eso le decia yo, dijo Don Luis, pero me ha contestado lo mismo que á tí, no tengo nada.

Teresa miró á su amiga, y esta inclinó la cabeza suspirando; despues ambas guardaron el mas profundo silencio. La luz vaga y fantástica de la llama que se desprendía oscilando de la estufa, iluminaba por intervalos el orstro cándido y noble de Teresa.

Era blanca, esbelta y elegante; su rostro puro y oval tenía toda la celestial hermosura que sin duda poseén los ángeles de Dios; sus rasgados ojos pardos, de expresion lánguida y suave, tenian el reflejo de la nobleza y sencillez de su alma generosa; su boca era rosada, diminuta y ligeramente gruesa, su frente blanca y elevada estaba coronada por los dorados bucles de su rúbia cabellera, como de una diadema de oro; su nariz perfectamente recta y de forma primorosa completaba aquel rostro divino. Aquella mujer era lo idéal de lo bello, el ensueño rosado de un poeta.

Don Luis interrumpió el silencio.

—Cualquiera diria, dijo, que estais mudas ó que ambas me teneis miedo.

—Ni lo uno ni lo otro, padre mio, dijo Margarita, pero si me permites llevar á Teresa á mis habitaciones. . .

—Sal, mimosa, ¿desde cuando pides licencia?

La jóven no oyó mas, asió á su amiga por un brazo

y ambas salieron precipitadamente. Las habitaciones de Margarita se componian de dos preciosas piezas edificadas en el centro del jardin, de un gusto y forma enteramente nuevos. Estaban en alto y conducia á su interior una escalera de mármol jaspeado, sostenida en las estrechidades y descanso por torneadas pilastras de bronce y alabastro. El saloncito de recibo era un retrete encantador, con grandes balcones velados por naturales cortinas de madre-selva y jazmines del país, adornado en el antepecho de la balaustrada con riquísimos maceteros cubiertos de perfumado resedá y de flor de nieve. El mueblaje de aquel gabinete era rico, sencillo y elegante. Se componía de una alfombra de Bruselas, de fondo blanco con ramazon azul; de seis sillas indianas sombreadas con bronce y nácar, de un divan forrado en brocatela azul, con rollós y cordones del mismo color; de un piano aleman de elegante construccion, enchapado en ébano é incrustado en sándalo, de una pequeña mesa de consol que servía de pedestal á una lámpara veneciana con bomba color de rosa y que encendida en el momento de entrar las jóvenes, difundía en la solitaria alcoba una luz vaga y medrosa como el rayo furtivo de la luna.

Margarita y Teresa, sentadas ambas en el diván azul, conversaban despacio, cual si temieran ser escuchadas; decia Teresa:

—¿Por qué rechazas la voz de tu corazon, amiga querida? ¿por qué no le obedeces siendo tu inclinacion noble y digna?

—¡Nó, jamás, yo no puedo amarle!

—Piénsalo bien, replicó Teresa, no te engañes á tí mis-

ma, tú quieres alejar de tí ese amor porque crees que él es criminal, y, ¡ah! Margarita, yo te juro que solo es desgraciado.

—No me hables así, Teresa, míra que quizá llegaría á desobedecer la voz de mi conciencia.

—¿Y creés que Dios te maldeciría por eso? al contrario, Dios te bendeciría porque salvas una alma, purificas una conciencia que sin una palabra tuya se arrojará quizá en brazos del crimen y de la infamia.

—¡Cállala, Teresa, cállala! ¿has olvidado que es el asesino de mi hermano?

—¡Asesino! nó, él mató á Fernando, pero fué en buena lid y leal duelo; tú lo sabes, Margarita; Plácido tenía una deuda de honor con tu hermano, que era un mal caballero, tú sabes que éste se negó á satisfacerla, insultando y apostrofando de un modo indigno á Santillana y que éste entonces, recurriendo al último extremo, escupió, abofeteando el rostro de Fernando; el desafío fué inevitable, y si Santillana tuvo la desgracia de herir de muerte á tú hermano, fué con integridad, sin violar en lo mas mínimo las leyes del honor y el sentimiento de honradez y caballerosidad que lo hacen superior.

—Es verdad, es verdad, murmuró Margarita, con voz ahogada por los sollozos y ocultando la cabeza en el seno de su amiga.

En ese momento un ruido casi imperceptible llegó á los oídos de las dos amigas.

—¿Has oído? dijo Teresa.

—Sí, contestó la otra, parece que hubiera alguien ahí

—No lo dudes, tu padre nos espía.

—¡Dios mio! Teresa, siempre ese hombre! exclamó la pobre niña, pálida y aterrada.

—¿Quién, hermana mia? ¿qué hombre?

—¡Ah! Teresa, yo nunca te lo he dicho, pero mira, yo creo que ese hombre no debe ser mi padre, tiene una expresión tan rara cuando fija sus ojos en mí, que muchas veces sin querer me estremezco. Y luego, Fernando se le parecía tanto y yo soy tan distinta...

—Muchas veces yo también he pensado lo que tú ahora me dices, pero cállate, tal vez nos escuchan.



CAPITULO II.

Amor.

En una de las mas apartadas calles y casi en los suburbios de Buenos Aires, se veía al fin de una solitaria cuadra, entre tápias y tunales, un viejo y ennegrecido edificio, cuyas paredes tristemente iluminadas por la luz de la luna, le daban un aspecto aún mas lúgubre y sombrío. Altos y seculares álamos y acacias asomaban el follaje de su negra copa sobre las altas tápias, proyectando con sus ramas en los rayos de la luna, mil sombras vagas y fantásticas; el profundo silencio era solo interrumpido de tiempo en tiempo por el fúnebre graznar de la lechuza, por ese grito indefinible que conmueve y aterra, que espanta y hace pensar en la muerte. El ave nocturna, infatigable rondadora de la noche, velaba quizá en el alto tejado de la vieja casa; esta parecía arruinada, pero si alguno de mis lectores es curioso, ó curiosa, acompáñeme, nos internaremos en el jardín y allí verá un mira-

dor de pabellon oriental de caprichosa forma, que sin duda será reconocido en el acto, por ser la habitacion de nuestra heroina Margarita. Un balcon del mirador está entreabierto y allí de pié se vé un hombre de elevada talla, envuelto en una larga capa azul, semejante á aquellas que usaban los antiguos trovadores españoles.

Aquel hombre, esbelto y de tan apuesto continente, es Plácido, el ensueño rosado de Margarita. Sus rasgados ojos, fieros y enérgicos, están fijos, dilatados en una mirada suprema, sobre la figura purísima de Margarita. La jóven está recostada en el diván del saloncito azul, vestida de blanco, y débilmente iluminada por la luz voluptuosa de una lámpara medio extinguida. Puede tomársele por una de esas misteriosas creaciones del poeta alemán *Schiller*. La jóven velaba, como siempre, pensando en su destino y luchando con su amor.

Aquella mujer era la perfeccion mas pura del idealismo; — imposible es que la imaginacion mas exigente del poeta pudiera dar forma en sus ensueños á un sér mas hermoso que aquella niña. Era alta, flexible y graciosa; su frente de una blancura nítida y suavísima, tenia la palidéz perfumada de la azucena y parecia iluminada por un rayo de inteligencia superior, por un gran pensamiento oculto y tenáz; tenia el cabello negro, rizado y abundante, y envolvía la blancura de sus hombros con un ancho manto de luto. Sus ojos intensamente azules, casi turquí, eran rasgados, húmedos y ligeramente dormidos; habia en la expresion de aquellos ojos sobrehumanos un rayo melancólico y tristísimo de fuego y de pasion indescriptible; su nariz fina y delicada parecia una copia de la

de las vírgenes griegas modeladas por el cincel de *Fidias* ó creadas por el pincel de *Apeles*. Su boca, sin ser pequeña, era de una forma primorosa y el suave y húmedo granate de sus lábios contrastaba de un modo encantador con la blancura purísima de sus bien formados dientes. La jóven estaba lánguidamente reclinada; su pensativa frente parecía velada por un pensamiento dulcísimo; de pronto la expresion de su rostro varió por completo, una desesperacion infinita se dibujó en sus facciones y pasando la mano por su frente:

—Imposible, murmuró, no puedo, nó.

Y volvió á su inmovilidad.

Luego, con voz cansada y como si su alma se negara á obedecerle,

—Nó, no puedo rechazarte, no puedo alejar de mí el recuerdo fatal de tu hermosura, hay una fuerza magnética que lo aferra mas que nunca á mi corazon y á mi cabeza; quiero apartar tu imágen y la veo mas hermosa y seductora, do quiera que fijo los ojos. ¿Quién te puso en mi camino, Plácido? ¡Yo era tan feliz antes de conocerte!

Dos lágrimas puras como gotas de rocío corrieron suavemente por sus mejillas; despues enjugó los ojos con el blanco dorso de su mano, é inclinándose sacudió la rizada melena y su cabeza, de una perfeccion admirable, se destacó mas gallarda y hermosa sobre el fondo azul que cubria el sofá; sus lindas formas, apenas cubiertas por un finísimo cambray batista, se trasparentaban incitantes y sonrosadas, como se vé el brillante nácar á través del agua en el fondo de los mares. Los rayos de la luna le daban^c de

lleno y aquella mujer aérea y bellísima, como el suspiro de un ángel, parecía una emanación celeste descendida á la tierra en un rayo de la medrosa luna. Transcurrió media hora; los ojos de Margarita se cerraron, su boca se entreabrió con una respiración igual y tranquila, uno de sus torneados brazos rodeó su cabeza y el otro cayó perezosamente á lo largo de su cuerpo. Estaba dormida.

Plácido, que atento á todos los más mínimos movimientos de la joven, vió á esta dormida, abandonó el balcón y adelantó de puntillas; su paso era tan leve que llegó á hacerse imperceptible al aproximarse á la dormida niña; hincó una rodilla en tierra y descubrió su varonil cabeza.

— ¡Qué bella es, Dios mío! murmuró extasiado, contemplando á Margarita con amorosa avidez, y luego, tomando una de sus manos, la llevó á los labios. Margarita se estremeció; el contacto de aquella boca de fuego llegó á quemar su corazón; sus labios se entreabrieron con amoroso afán y el nombre de Plácido se exhaló en un suspiro; luego estendió los brazos y murmuró con infinita ternura:

— ¡Plácido, yo te amo!

El hombre que estaba de rodillas se estremeció á su vez.

— ¡Dios mío! murmuró en el colmo de la dicha, ¡ella me ama!

Y luego, inclinándose sobre el rostro de la joven, llegó casi á rozar con su boca la frente de esta.

— Margarita, murmuró suavemente con una voz leve como un suspiro; el cuerpo de la joven tembló, sus ojos

se abrieron con una expresion de indefinible espanto, arrojó un grito y quiso huír.

—¡Margarita! ¡Margarita! repitió el desconocido con dolorido acento, quedando de rodillas á los piés de la jóven con las manos estendidas hácia ella, que, pálida y conmovida, parecia mas blanca que la luna.

—Margarita, ¿por qué huyes de mí? ¿Acaso ha sido un sueño, acaso no me amas?

La jóven pasó la mano por su espaciosa frente.

—Yo no os conozco, dijo fijando en el desconocido una profunda mirada de mal disimulado asombro; no sé quién sois.

—Sí, me conoces, sí, sabes quien soy, Margarita, dijo Plácido con desgarradora amargura.

El corazon de la jóven luchaba; hizo un esfuerzo para arrojar á aquel hombre de su presencia y sus lábios se abrieron para decir:

—¡Salid! Pero su amor venció y exclamó con desesperacion, ya sometida á su destino:

—Y bien, Plácido, sí, te conozco por mi desgracia; sé quién eres, pero tu sin duda has olvidado que entre ambos hay un lago de sangre, y que esa fatal barrera jamás la podrás salvar para llegar á mí?

—¡Perdon! ¡Dios mio! ¡perdon, Margarita! murmuró Santillan arrastrándose casi demente á los piés de la jóven.

—¡Que te perdone! repitió ésta, fijando sus ojos llenos de amor y piedad en el bello rostro de Plácido—¿que te perdone yó? ¡pobre insensato! ¿y has obtenido acaso el perdon de mi padre?

—Perdóname tú, adorada mia, perdóname y á fuerza de amor y respeto llegará á perdonarme tu padre tambien.

—Sí, Plácido, sí, te perdono, sí, te amo, dijo Margarita levantando al cielo su frente iluminada por un rayo de purísima fé. . . .

Plácido sabia que era amado, pero al escuchar aquella declaracion, tembló ante su amada y midiendo la generosidad de aquella alma, sintió trastornarse su cabeza; vió realizada su única ambicion, la única, la mas grata aspiracion de su vida; su boca, muda y ardiente por la emocion, no profirió ni una sílaba; inclinó la frente sobre las temblorosas manos y dos lágrimas gruesas, ardientes, brotaron de sus ojos. Margarita, olvidándole todo, solo pensaba en él, solo vivia en él; muda y agitada y doblemente bella con su amor sublime, contemplaba á su amante. Santillana levantó la cabeza.

—¡Oh! yo he soñado, díjo, pasando la mano por su frente; yo he soñado que ella, mi Margarita adorada, me amaba, me habia perdonado; ¿no es verdad que es mentira, señora?

—No, no es mentira, te he perdonado, Santillana, y te he amado desde el instante en que te vieron mis ojos; desde entónces te he amado con un amor puro y sublime como el martirio; ha sido un secreto tremendo que ha abrasado mi corazon y que ya rebelde por su propia fuerza, era un crimen sofocarlo. ¡Te amo, ahora mas que nunca y de hoy en adelante mi único placer será pensar en tí, mi única ambicion que tú me ames!

—¿Que yo te ame? ¡Margarita, angel mio! ¿tú sabes como te amo yo?

—Oh! no, dímelo, tu voz es una música; yo he adivinado el éco dulcísimo de tu acento, yo creo que te amaba antes de conocerte—y tú ¡oh! dime como me amas tú.

--Bien, escucha, pero recuéstate en mis brazos, pon la cabeza sobre mi corazon, voy á contarte todos mis pensamientos.

La inocente vírgen se estremeció, inclinó la frente cubierta de rubor sobre el pecho generoso de Santillana y una impresion nueva y dulcísima recorrió las fibras de su cuerpo; la luz de la luna dió de lleno sobre aquel grupo encantador, y Plácido, reteniendo á su amada en sus brazos, selló aquella frente pura con un casto beso.

Margarita nada dijo—ni un solo reproche salió de sus lábios, ni la mas mínima resistencia notó Plácido en su cuerpo ¿y para qué? no era de Santillana su alma entera, no le amaba con toda la fuerza de lealtad y de pasion que cabia en su corazon? Entónces ¿á qué un melindre de mal gusto? ¿á qué una resistencia ridícula cuando se ama como ella amaba?

--Escúchame, le dijo Plácido, escúchame; vida mia, y sabrás todo lo que te amo: Yo era un hombre sin fé, sin creencias; vagaba á la ventura en un mar de dudas y dolores; algunas veces pensaba abrir mi corazon á las santas impresiones de un amor lejítimo, pero cuando abismado en la horfandad de mi propia existencia buscaba con los ojos del alma á la mujer que habia de embellecer mi vida, no la encontraba, y un tédio infinito, un desencanto sin nombre llenaba mi corazon y consumía mi alma en una soledad espantosa. En uno de mis mas tristes dias salí de mi casa, como siempre hastiado y abatido, sin

pensarlo ni quererlo, la casualidad encaminó mis pasos por la calle del Temple.

Las tristes y solemnes vibraciones de las Campanas de las *Monjas Catalinas* llegaron á mis oídos y mi corazón tembló bajo una influencia de respeto religioso, nueva para mí; maquinalmente entré en el templo, hincé una rodilla en tierra y tendí mis cansados ojos por los desiertos ámbitos. Todo era soledad; de tiempo en tiempo el canto triste y dulcísimo de las monjas y las notas suaves y armoniosas del órgano llegaban hasta mí y arrancaban lágrimas consoladoras á mis ojos: una sombra de mujer seria y graciosa pasó junto á mí, se detuvo, luego hincó sus rodillas y con las manos juntas comenzó su plegaria: aquella mujer eras tú, ángel mio; reclinada en la barandilla del altar ví tu cabeza, mas ideal y pura que la de los ángeles y querubines que rodean el trono del Señor; te contemplé mudo de admiración; temia verte desvanecer como una blanca sombra, como una ilusión; me acerqué temblando y me detuve á tu lado; sin duda tú comprendistes la proximidad de alguien, porque volviste tu linda cabeza y me miráste con un candor, con una pureza que á un hombre de mundo le petrifican; debiste comprender mi admiración, porque una dulce sonrisa iluminó tu rostro y pocos instantes despues salistes del templo: yo te seguí, entráste en esta casa, y un frío de muerte recorrió mi corazón; me volví y pregunté al portero quien eras tú, y el pobre hombre sin saber el daño que me hacía,

—Es la hija de Saavedra, me dijo. Debí ponerme muy pálido porque el buen gallego corrió solícito hácia mí, preguntándome:

--¿Está V. malo, caballero?

No le contesté, porque mi voz se anudó en la garganta, se crisparon mis manos y lancé una mirada de reto al cielo; luego me alejé de aquel sitio y levantando por última vez los ojos á tus balcones, allí, pegado á los cristales ví tu rostro divino y tus ojos que me seguian tenazmente. Trastornado y delirante, traté de sustraerme á la influencia que ejercía tu mirada sobre mí y á pesar de huir desatinado de aquel sitio, te veía en todas partes. Despues, cuando me hallé solo con tu recuerdo adorado y un fantasma de sangre entre los dos, llegué á maldecirme y si no hubiera alimentado una débil esperanza para el porvenir, habria atentado contra mi vida. Te amaba con locura, y cuando pensaba en tu amor imposible, deliraba como un demente y llegaba hasta á orar. Tú me habias hecho creyente. Teresa, ese ángel de bondad ha sido hasta hoy mismo mi único consuelo; con ella hablaba de mi amor sin esperanza, de tu ternura hácia mí, tan grande, pero tan fuertemente combatida por tu própia conciencia, y ella, en fin, me decidió á presentarme ante tí; ella me condujo hasta ese balcon donde ha latido mas de una hora mi corazon, de una manera tan ansiosa que habia momentos en que llevaba involuntariamente la mano al pecho, temiendo un derrame fulminante. Ahí he oido de tus lábios un ¡yo te amo, Plácido mio! éco sublime, acento sagrado que vivirá resonando dentro de mi alma mientras yo viva.

Ahí te he visto dormida, soñando con tu amado, mas bella y pura que lo que mil veces mi mente te soñó. Ahí te he visto, estendiendo los brazos buscando los míos,

llamarme entre un suspiro que ya tiene su santuario de fanática adoracion en mi tierno pecho, y cariñosa como el ángel bueno de mi vida—Ahí te he visto, en fin, sin poder dar crédito á mis ojos y me he lanzado á tí, ébrio de felicidad, sin pensar en el porvenir--Quiero abismarme en tu amor y que seas eternamente mía!

Margarita gimió—Plácido cubrió de besos aquella cabeza querida y luego prosiguió:

--Hoy, Margarita adorada, se ha unido á mi amor una admiracion sin límites producida por tu nobleza de alma, te has levantado sobre todas las preocupaciones sociales, sobre tu própia conciencia, has hecho á un lado el afecto de tu padre y me has amado. Has crecido á mis ojos y te veo superior á todo lo creado. ¡Bendita seas, amada mía! yo viviré pará tí, seré tu padre, tu hermano, tu amante y tu esposo; el cielo se abre para nosotros y el porvenir es nuestro.

La jóven, reclinada en el hombro de Santillana, escuchaba sus palabras suspensa de admiracion y amor.

Plácido prosiguió:

—Me pediste que te dijera cuánto te amaba y yo te he contado la historia de mi corazon ¿ya sabes todo lo que te amo?

--Sí, Plácido, con un amor igual al mio.

--¿No habrá nada, Margarita querida, capaz de arrebatarme esa ternura?

--Nada, Plácido mio; hay una voz secreta que me dice que te ame sin remordimientos, y yo, olvidando todas las preocupaciones de la conciencia, te amaré como se ama á Dios y te miraré como el ángel bueno de mi vida.

—Díme, amada mia, y si la sombra ensangrentada de Fernando se presentára ante tus ojos y con voz doliente te demandára ódio y venganza para el matador de tu hermano, ¿qué le dirías tú, amada mia?

La jóven no titubeó; sus grandes ojos de un hermoso azul brillaron con un relámpago de infinita ternura y con voz dulce y resuelta contestó:

—Le diria, maldíceme si quieres, porque á ese que tú llamas matador de mi hermano, le he dado toda mi alma, me he hecho su esclava por mi libre voluntad y solo tengo para él amor y perdon.

Plácido, que suspenso y anhelante esperaba el fallo, por decirlo asi, de su vida, puesto que al hacer aquella pregunta arriesgaba quizá su felicidad naciente, tendió sus brazos á la jóven, desprendiéronse de sus ojos dos lágrimas de gratitud, y aquella grande alma, aquel amor sublime le arrancaron solo una *palabra*, pero íntima, profunda, con una entonacion suprema:

—¡Gracias!

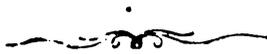
Transcurrieron algunos minutos. Por fin Margarita, alargando su mano á Santillana:

—Adios, le dijo, es preciso separarnos, es tarde y te espones permaneciendo aquí; mi padre vela mis pasos, creo que su ternura advina por intuicion mi pensamiento; así es que no sería difícil que nós descubriera; pero vuelve todas las noches; salta las tápias por el lado de la noria, que allí te esperaré yo.

Y luego, sacando de su dedo un grueso anillo de oro con una piedra negra y cuadrada, rodeada en los bordes con un doble engarce de brillantes rosá

—Toma, le dijo, poniéndoselo en la mano; esta sortija es un símbolo de eterno amor, de un juramento inmortal entre los dos.

Plácido tomó el anillo que Margarita le alargaba, y con veneracion lo llevó á los labios; luego desprendió de su chaleco una delgada cadenita de oro, hizo á un lado el reloj y dejando pendiente un pequeño medallon de oro liso con su retrato dentro, lo pasó sobre la cabeza de la jóven y rodeó el cuello de ésta con una doble vuelta. Se oprimieron la mano en silencio, resonó el último adios y el balcon se cerró trás la sombra de Santillana.



CAPITULO III.

Revelacion

Tres meses han transcurrido despues de la escena descrita en el capítulo anterior. Plácido y Margarita, olvidados del mundo, veían solo á través de su dicha y llegaron á persuadirse de que el universo estaba encerrado en su amor, y ambos, viviendo solo el uno para el otro, se lanzaron en brazos de la felicidad presente sin recordar el porvenir. Cuando el reloj del suntuoso comedor de Saavedra dejaba oír la última vibracion de las doce de la noche, un hombre saltaba las tápias, y Margarita, siempre enamorada, siempre bella, esperaba á su amante sentada bajo un árbol en lo mas oculto del jardin. La noche se deslizaba rápidamente y cuando la luz crepuscular del nuevo dia teñía de ténue sonrosado el firmamento, los amantes se despedían tiernamente, renovando sus juramentos de constancia eterna. En una de estas noches en que la jóven volvía á sus habitacio-

nes despues del paseo nocturno, al cruzar la galería que conducia al cuarto de su padre, sintió la voz de éste que hablaba despácio; detúvose y oyó murmullo de voces sin comprender de lo que se trataba.

—Es en el cuarto de mi padre, se dijo —¡cosa estraña! ¡mi padre despierto y hablando á estas horas! quizá estará enfermo.

La jóven se dirijió á las habitaciones de Don Luis y al llegar á ellas su mano iba á oprimir el pestillo de la puerta, cuando llegó á su oido su nombre, pronunciado por una voz ronca y aguardentosa que no era la de su padre; se detuvo confusa y escuchó; aquella voz decia :

—¿Y acaso creéis que haya pensado yo por un momento que era vuestra hija?

—Pues bien, ella lo ignora, se crée hija mia y me quiere con ternura; cuando su amante haya desaparecido, yo le reemplazaré y á la fuerza, si se resiste, será mia; las mujeres todo lo olvidan, y al fin acabará por amarme.

La jóven conoció la voz del que creía su padre y la infeliz, aterrada, volvió los espantados ojos en derredor y creyó soñar; pero una fuerte carcajada lanzada por el que primero hablara, le hicieron ver la realidad con todo lo espantoso de su situación.

—¡No es mi padre y me ama! murmuró. Y luego, mirando á través de la cerradura y conteniendo el aliento, observó lo que pasaba en el interior de la habitacion.

—Es preciso separarlos, si nos descubre es muy capaz de huir con él y yo quiero poseer á Margarita, ¿lo oyes, Jacobo?

Jacobo, inclinado; parecia no escuchar; al fin alzó la cabeza y miró á Don Luis.

—¿Y para qué quereis hacer desgraciada á esa pobre niña? le dijo, ¿qué necesidad teneis de hacerla vuestra víctima? si tanto aborreceis al amante, matádo en buena hora; pero á ella dejádlas en libertad, arrojádlas á la calle, si así os place; pero no la sacrifiqueis.

—¡Qué imbécil eres, Jacobo! ¿no te he dicho que quiero poseer á Margarita? ¿qué es una venganza que satisfaré, aunque sea en su cuarta generacion?

El viejo hizo una pausa y luego repuso:

—Santillana, tú matáste á mi hijo, ¡ah! tú tambien morirás!

Jacobo callaba.

Don Luis se quedó pensativo un momento y luego exclamó dirijiéndose á Jacobo:

—Y bien; ¿quieres encargarte del negocio? sí ó nó.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer?

—Primero despachar á Santillana y despues entregarme á Margarita.

—En cuanto al mocito, está bien, pero lo que es la niña encargaos vos de ello. Con niños y mujeres no me gusta luchar.

—Acepto, dijo Don Luis—ella será mia, ya era tiempo.

Y los ojos del infame viejo brillaron con un rayo de repugnante pasion. Los ojos de la desdichada jóven tambien brillaron en la oscuridad; pero con un destello de cólera suprema, como el juramento de una lucha de muerte, ante las sacrílegas palabras de aquel miserable.

Margarita, con la frente lívida de indignacion y las mejillas rojas de vergüenza ante aquella horrible revelacion, permanecia de pié, apoyadas sus manos en la pared, debilitada por la emocion, sin mas accion ni fuerza que para sentir su propia desventura. Poco á poco su cabeza se serenó un tanto, alzó sus hermosos ojos á Dios y murmuró suavemente:

—Gracias, Dios mio, porque me concedeis amarle sin remordimientos! Ahora, á la faz del mundo, puedo enorgullecerme de mi amor; si engañada habia de vivir, acariciando al mónstruo que yo creía mi padre, para ser su víctima mas tarde, gracias te doy, Señor, que habeis sido indulgente con esta desgraciada huérfana, recorriendo á sus ojos el velo que cubría su existencia.

La jóven volvió á su habitacion; en vano llamaba el sueño, éste huia de ella y sus ojos se cerraban con un sopor misterioso, efecto de su calenturienta imaginacion. Los confusos recuerdos de su infancia se agolpaban á su mente y recordaba con la vaguedad de un sueño, una forma de mujer tierna y cariñosa que creía haberla visto algun dia, en una época que no recordaba, que no podia fijar, pero que vivia adherida á sus recuerdos de niña. Luego, entre las sombras de mil escenas misteriosas, le parecia sentir frio y oprimida entre los brazos de un hombre mas jóven, pero de la misma fisonomia de D. Luis, llorar amargamente diciendo:

—Madre mia, padre mio, tengo frio, tengo hambre.

La imaginacion de Margarita, entorpecida por tantas

ideas encontradas y envueltas en una sombra de verdad y mentirosa duda, no podía conciliar el dulce y único descanso del cuerpo y aun del alma: el sueño.

Los primeros rayos de la aurora le sorprendieron levantada; dos horas después alisó sus cabellos y echando sobre sus vestidos un abrigado *robe de chambre* de cachemira azul, salió de su gabinete y se encaminó á las habitaciones de Don Luis. Margarita estaba interesante, pálida y cambiada, pero se notaba en su frente agobiada por el peso de su desventura, un sello profundo de la más enérgica voluntad y entereza.

Tocó la puerta del bufete de Saavedra y cuando la vibración de la campanilla se hubo extinguido, un criado se presentó.

—¡La señorita! murmuró, asombrado al ver allí á la jóven á tales horas.

Don Luis, que arrellenado en una rica butaca leía un viejo manuscrito, al ver á su hija tan pálida y cambiada, se estremeció; mas luego, dominando la emoción que no había pasado desapercibida de la jóven, corrió á su encuentro y quiso estampar en la frente de ésta el beso de costumbre. Margarita se hizo atrás, rechazándolo con sus pequeñas manos.

—¿Estás enojada conmigo, hermosa mía? murmuró Don Luis—vaya, será uno de tantos caprichos de niña mimada.

—Sentaos, señor, dijo la jóven con ademán imperativo; vengo no á que beseis mi frente, sino á pedir os explicación de cierto asunto que ignoraba tuviera pendiente con Don Luis Saavedra.

Don Luis palideció lijeramente y luego, reponiéndose; murmuró riendo:

—He ahí lo que uno saca con criar á los hijos mimosos; vén acá, niña, y no vuelvas á hablar así á tu padre.

—¡Mi padre! gritó Margarita convulsa de indignacion; no mancheis esa santa palabra, mónstruo, ¡vos no sois mi padre!

—¡Qué no soy tu padre! exclamó Don Luis, dando un paso hácia la jóven.

—Nó, no sois mi padre, sois un infame, un miserable, un asesino, tal vez un. . . .

--¡Cállate, víbora! gritó Don Luis, pálido y convulso; ¡cállate ó te mato!

—No, no me callaré, exclamó Margarita, no me callaré jamás porque os odio, porque os aborrezco y os maldigo.

Don Luis comprendió su situacion, comprendió que la jóven lo sabia todo, pero intentando el último esfuerzo se acercó á ésta sonriendo.

--Mira, hija mia,—la dijo con fingida dulzura,— yo te perdono, porque quizá te habrá informado mal algun enemigo mio; tú eres mi hija, mi lejítima hija, no lo dudes nunca.

—Mejor que yo sabeis, Don Luis, que no soy vuestra hija; inútil es que querais ocultarme lo que anoche he oido de vuestra propia boca; sé todos los planes que habeis forjado con Jacobo, *vuestro amigo*, respecto á Santillana y aún á mi persona, pero me atrevo á aseguraros que no saldreis bien en la empresa. ¡Sois demasiado infame para que Dios pueda ayudaros!

Don Luis se oprimió la frente con ambas manos, y al

extinguirse la voz solemne y acentuada de la jóven, se puso de pié.

--Todo es cierto,--dijo, con el rostro lívido y los ojos inyectados y vidriosos,—no eres mi hija, pero serás mi amante, que tanto vale.

Margarita midió á aquel miserable, que le era tan fácil adoptar el papel de padre como el de amante, con una mira de indescriptible desprecio--en aquella mirada iba envuelta toda la repugnancia, toda la indignacion de su alma.

El viejo no se intimidó; por el contrario, se acercó hácia la jóven y con la voz inflamada por la pasion:

—¡Te amo!--le dijo, —y tú llegarás á amarme tambien!
Margarita hizo un movimiento amenazador.

--Os aborrezco, gritó indignada; esas palabras son un sarcasmo irrisorio en vuestra boca, Don Luis, y creédme, si permanezco en esta casa, es solo porque antes quiero saber quién soy, á quiénes debo el sér y lo que habeis hecho de mis padres.

Don Luis, mas pálido y demudado que la vez anterior, respondió á la jóven esforzándose en aparecer sereno:

—¡Quiénes son tus padres! ¿acaso yo lo sé? ¿acaso sé yó quién eres tú? una espósita, una miserable huérfana, el fruto de un crimen tal vez. . . .

—¡Yo! ¡mientes, asesino! exclamó Margarita, con el rostro rojo de vergüenza ante tan sangriento ultraje. ¡Mientes! tú sabes quién soy; quiénes son mis padres, víctimas quizá de tu cobardía y de tu maldad; ¡Oh! dímelo y te perdono todo el mal que me has hecho, dímelo y llegaré á olvidar tu infamia.

--Sí, Margarita, sí, te lo diré, pero será cuando hayas sido mía. . . cuando yo te haya poseído.

--Jamás, ¿lo oyes, miserable? ¡jamás seré tuya! tarde ó temprano te arrancaré ese secreto, sabré quién soy, y yo te juro que aunque sea á costa de tu vida, lograré mi objeto.

El acento de la jóven, al tutear á Don Luis, era amenazador y resuelto; el infame se sonreía. Margarita volvió la cabeza; aquel traje azul suelto y de gran cola le daban la apariencia de una reina. Estaba soberbia. Dió un paso hácia la puerta y luego se detuvo.

--Sabe,—le dijo, con una entonacion de profundo desprecio,—que si llegas á hacer la menor tentativa contra la vida de Plácido Santillana, en el acto serás delatado á la justicia, como ladron de niños, ladron de honras y por apéndice, asesino cobarde y alevoso.

Don Luis nada contestó, sus dientes rechinaron. Cuando alzó el rostro, contraído por la rábía y el despecho, ya no encontró á la jóven; ésta habia desaparecido.

Se puso de pié y tomando en sus manos el manuscrito que antes leyera, sonrió diabólicamente y una mirada feroz dilató sus pequeños ojos.

—Andréa, murmuró sordamente, mi venganza se acerca; tu orgullo me provocó, vé ahí el fruto de ese desprecio, de ese encono tenáz y altanero con que respondiste siempre al enamorado Luis; tú lo has querido, sea en buena hora.

Y el infame lanzó una carcajada hueca y sonora como la risa de un condenado.



CAPITULO IV

Separacion

Margarita, al entrar en su habitacion, iba sin duda á llorar toda la enormidad de su desgracia; pero la figura dulce y risueña de Teresa la contuvo; se arrojó en los brazos de ésta y sin omitir ningun detalle le contó la entrevista que acababa de tener con el que hasta la noche anterior creia su padre.

Teresa, la inocente y candorosa vírgen, horrorizada ante tanta infamia y tanta maldad, no halló qué decir á su amiga, no pudo consolarla, porque la desgracia de Margarita era de un género que no admite consuelos; se limitó solo á llorar con ella y acabó por hablarle de Plácido. Este nombre querido obró una súbita transformacion en la amante. Enjugó los hermosos ojos y preguntó á Teresa:

—¿Le has visto?

—Sí, lo he visto, y está mas enamorado que nunca.

—¡Ah! ¿te ha dicho que me ama?

—¿Qué te extraña? siempre me lo dice.

—Es verdad, ¡pero me hace tanto bien ahora saber que te lo ha repetido!

La jóven se detuvo, luego pasó la mano por su frente y añadió con voz insegura:

—Él no me engañará y tú tampoco, ¿El verdad, hermana mia?

—Él te adora y al perder á tu padre y quedar sola en la tierra, Dios te ha dado en Plácido una alma capaz de resumir en sí sola todo el afecto y ternura de padre, de amante y de esposo.

—Y tú, Teresa mia, ¿cómo me amas tú?

—Yo siempre he sido tu hermana, pero desde hoy seré tu madre ¿lo oyes? te amo con esa abnegación de las madres, con esa locura que solo ellas poséen.

—¡Oh! gracias—murmuró Margarita estrechamente unida á su amiga; Dios es inmensamente bueno y créeme, Teresa querida, *Él* le recompensará el bien que hoy haces á esta desgraciada huérfana.

Una corta pausa se siguió á las últimas palabras de Margarita; despues esta alzó la cabeza, fijó sus ojos en el rostro de Teresa y con las mejillas encendidas de rubor, dijo:

—Amiga mia, guardo un secreto en mi corazon, pero para una madre no debe haberlos nunca; voy, pues, á comunicártelo; no olvides al juzgar mi falta que el principal atributo de las madres es la indulgencia y el perdon.

La jóven se detuvo, respiró con fuerza y luego prosiguió:

—Teresa, si yo hubiera cometido una falta, de cualquier género que ella fuere ¿me perdonarias tú?

Teresa no vaciló; miró con complacencia la redonda cintura de Margarita y estrechando entre sus manos las de esta, le dijo:

—Ya sé lo que vas á decirme.

—Cómo, ¿tú sabes que?...

—Sí, Margarita, hace tiempo que me pareces mas bella, mas pálida y ojerosa que nunca; caminas con languidez y te desvaneces con frecuencia; al principio dudaba, pero ahora nó. ¿Me miras asombrada, éh? ¿me crees adivina?

La pobre pecadora, feliz con su desgracia, no acertaba á levantar la noble frente teñida de rubor, ante su casta amiga; su lábio, sellado por la verguenza, estaba mudo.

—Vaya, prosiguió la hermosa niña alzando con sus manos la inclinada cabeza de Margarita, levanta esa frente querida que para Plácido y para mí siempre será pura y digna, levanta esa linda cabeza, mas linda ahora que ya parece circundada por los rayos de la maternidad y no pienses en avergonzarte de una falta disculpable, puesto que el que hoy es tu amante, mañana será tu esposo. Vén, añadió en son de broma, ponte de rodillas y pídemelo perdon por haber guardado para tí sola un secreto que me pertenecía en parte.

Margarita se puso de rodillas.

—Sí, perdóname, murmuró, oprimiendo entre las suyas la mano de la jóven, perdóname, porque ante tí, tan pura, no me atreví á hacer la revelacion de mi deshonra; ha habido momentos, créeme Teresa, en que me parecia

un crimen mi falta y que manchaba tu castidad con mi contacto.

—Calla, Margarita, eres una loca, si álguien te oyera, juzgaria á la mas pura y digna de las mujeres como un sér despreciable y prostituido; no pronuncies jamás esas palabras.

—Tienes razon, Teresa, yo soy pura, soy digna, porque si no lo fuera así, Plácido, tan noble, tan caballero, no me amaria. ¿No es verdad, hermana mia?

—Sin duda, querida; él te ama y te venera como si fueras su propia esposa.

—¡Ah! yo no sé, Teresa, qué conviccion, qué fé tan profunda y abnegada me inspiró Plácido desde el instante en que le vieron mis ojos, cuando en una noche inolvidable, por vez primera sentí su voz dulcísima que me decia ¡te amo! perdóname, nada pensé, no quise luchar ni un instante mas con mi conciencia, olvidé á quien yo creía mi padre, rechacé la sombra roja de Fernando y solo tuve sentimiento y palabras para decirle ¡te amo y te perdono! Luego, cuando él con su ternura digna, pero no menos ardiente, en sus inefables desvaríos inició mi vírgen corazon en todos los deleites del amor, pensé con dolor que jamás seria su esposa y al mismo tiempo una felicidad inmensa inundó mí corazon; ¡qué importa! dije, si no soy su esposa, seré su querida, y así sacrificándolo todo por el hombre amado, todo, con una espontaneidad sublime, seré mil veces mas dichosa, y no vacilé, Teresa mia.

El rostro de Margarita, animado por un santo entusiasmo, tenia en aquel momento un tinte de fé y de passion inconcebible; era la personificacion de la nobleza y

abnegacion mas hermosa que pueda existir en el corazon de la mujer.

Teresa la contemplaba con mudo respeto; Margarita era tan superior en su modo de sentir, que la pobre niña, cándida y tímida, se sentia ante ella humillada, como la modesta violeta ante la reina de las flores. Margarita iba á proseguir, pero un ligero golpe dado con los nudillos de los dedos en el vidrio del balcon, detuvo la voz en su garganta y corrió hácia allí,

—Es él, exclamó.

En efecto, era Plácido, que se inclinó ante su amada y besando su mano tendió la diestra á Teresa.

—¿No me esperabas, amada mia? la dijo con toda la ternura de su alma.

—Nó, Plácido, á esta hora jamás has venido, cometes una imprudencia en ello, por la situacion en que estamos colocados ambos. Pero tú estás triste, ¿qué tienes? ¿sufres acaso? ¡oh! dímelo para sufrir contigo.

—Si, vida mia; sí, estoy triste y como me amas tanto, tienes que sufrir con tu querido.

—¿Tú no has dejado de amarme?

—¿A qué esa pregunta, Margarita?

—¡Oh! dímelo, ¡dímelo pronto!

—Para dejar de amarte, luz de mi vida, seria necesario que antes negara la existencia de Dios.

—Pues entonces no tengo miedo á nada, desafio todos los peligros, todos los dolores, por grandes que sean; teniendo tu amor me siento mas fuerte que un coloso. Ahora cuéntame porqué sufres.

Plácido sacó de su paletó una cartera de cuero de

Rusia granate, y desdoblándola tomó de ella un sobre pequeño que dió á Margarita.

Esta abrió aquella carta temblando, y palideciendo intensamente leyó en voz baja lo que sigue:

Santiago de Chile, Octubre 25 de 18. . .

Sr. D. Plácido Santillana.

Hijo mio:—

Los últimos acentos de tu padre moribundo, te llaman á su lado; vén á cerrar mis ojos y á recoger con tus labios mi última voluntad, mi última bendicion. No me dejes morir solo. Te espera tu padre:

Federico Plácido Santillana.

Margarita nada dijo, alargó la carta á su amiga y fijando sus ojos arrasados de lágrimas en Plácido.

—¿Cuándo partes?—articuló con voz temblorosa y con el rostro pálido por el dolor.

—Mañana—murmuró Santillana.

Y aquel hombre tan enérgico, tan valiente, llevó el pañuelo á los ojos y dejó caer la cabeza en las faldas de su amada.

Margarita trató en balde de consolar aquel dolor estremado, enlazó con sus delicados brazos el cuello de Santillana y con el afán de las últimas caricias le prodigó los nombres mas dulces y tiernos. Plácido se incorporó.

—¿Tú eres capaz de todo por mi, ¿no es verdad, ángel mio? la dijo.

—Sí,—contestó la jóven sin vacilar,—si, soy capaz de todo por tí.

—Entónces parte conmigo, sé mi compañera en la desgracia, como lo has sido en la felicidad.

—Imposible, tú no puedes presentarte con tu querida ante el lecho mortuorio de tu padre.

—Te haré mi esposa esta misma noche, y si mi padre aún vive, bendecirá dos hijos en lugar de uno.

Los ojos de la jóven brillaron con un destello de alegría, pero luego una expresion desesperada se pintó en su semblante.

—No puedo ser tu esposa,—dijo—soy menor de edad y no habrá un solo sacerdote que quiera unirnos.

—¡Ah! tú no me amas—repuso Plácido en el colmo de la desesperacion.

—¡¡Que no te amo!! pluguiera al cielo que no te amára tanto.

—Entónces, ¿qué te detiene? ¿No eres mia? ¿no me perteneces en cuerpo y alma? ¿têmes acaso á tu padre?

—¡Mi padre! gritó la jóven mirando con ojos extraviados á su amante; nó, Plácido, ese hombre no es mi padre.

Un rayo que hubiese caido á los pies de Santillana, no le habría causado mayor estupor que las palabras de Margarita.

La jóven contó á su amante en breves palabras la escena habida entre D. Luis y ella y cuando ésta hubo terminado, Plácido, con el rostro iluminado por inefable dicha,

—Ese miserable no es tu padre—dijo—creo que no llo-

rarás la horfandad en que te deja el afecto de D. Luis, por el contrario, ahora somos realmente felices, somos libres, no tendrás escrúpulos y serás mía, eternamente mía; en mi hallarás al amante mas tierno y respetuoso.

—Gracias, amado mio, conozco toda la nobleza de tu alma, pero ahora menos que nunca puedo ser tu esposa.

—Díme porqué, dímelo, Margarita; tu extraña negativa me hace sufrir mucho.

—Bien, Plácido, voy á decírtelo, ¿dónde hallarás un sacerdote que nos quiera unir esta noche?

—¡Oh! ¿ese es el inconveniente?

—Contéstame.

—Yo le daré á un fraile cualquiera, con tal de que pueda archivar nuestra partida en una iglesia—yo le daré toda mi fortuna; tú profesas las mismas creencias y comprendes el matrimonio como lo comprendo yo; haremos el contrato social para el mundo, y el contrato del alma lo haremos nosotros mismos.

Una sonrisa tristísima rizó los lábios de la jóven, alzó sus rasgados ojos al cielo, y luego dijo á Plácido:

—No puedo, cuando tenga un apellido lejítimo seré tu esposa; mientras me llame Margarita á secas, seré tu querida.

En la bella frente de la jóven estaba impreso el sello de una voluntad suprema. Su acento noblemente altivo hacia traslucir el orgulloso timbre de una raza pura.

Margarita, luchando con dos pasiones poderosas, el amor y el deber, no podia confundírsele con la vulgaridad de una plebeya.

¡Imposible! aquella mujer cuyo rostro deslumbrante de

hermosura tenia un tinte de delicadeza y distincion indescriptible, debia ser uno de tantos séres alejados del seno de la madre ó de la dorada cuna en que se mecieron los primeros dias de su infancia, por la mano del crimen ó la venganza. Margarita, mas hermosa con la negativa que pronunciaran sus lábios, sintió inundarse sus ojos por el llanto; la ausencia de su amante iba á dejar un vacío amargo, profundo, inllenable en su triste existencia. ¿Qué haria sin él? Quedaba entregada á las inícuas maquinaciones de Don Luis.--¿Y su hijo? ¿Qué seria de su hijo?

La joven sollozaba amargamente. Plácido y Teresa escuchaban aquellos sollozos sin poderlos consolar, y ámbos sufrían á la par de la jóven, una angustia infinita desgarraba el corazon de Plácido.

—¡Oh! nó, no quiero que llores así--esclamó atrayendo sobre su pecho á la desconsolada amante,—no quiero que llores así, porque soy capaz de desobedecer la voz postrera de mi padre, por ahorrarte una sola de tus lágrimas.

—¡Eso jamás! dijo Margarita enjugando sus hermosos ojos y conteniendo sus amargos sollozos: mañana parte; si faltáras á la voz de tu padre moribundo no serias digno de mí, por mas que sea, como dice D. Luis, una expósita, una miserable huérfana; el fruto de un criminal vez; mañana partirás y si así no lo hicieras, olvídame, Plácido, porque no serás digno de Margarita.

—Está bien; mañana partiré, seré digno de tí, aunque para ello tuviera que sacrificar la vida. Seré digno de tí, generosa criatura, y en cerrando los ojos á mi virtuoso

padre, volaré á tu lado para ser tu esposo y el padre lejítimo de nuestro hijo.

Si Teresa ó alguno de los amantes, menos preocupados, hubieran fijado sus ojos en aquel momento en la pintada tela que en forma de tapíz cubria la pared del salon de Margarita, habria notado una ligera oscilacion en los bastidores, producida por el roce del vestido de una persona que sin duda se ocultaba allí; pero tanto la primera como los segundos estaban enteramente ajenos al espionaje de que eran objeto. Plácido se puso de pié.

—¿Estás absolutamente resuelta á dejarme partir sin ser mi esposa? dijo.

— Sí, repuso la jóven, estoy resuelta, porque no quiero que llegue un dia de arrepentimiento para tí, por haberte unido á un sér que ni siquiera sabe él mismo quién és, y de vergüenza y dolor eterno para mí, por haber accedido á una súplica hija de la situacion tirante y cruel de este momento.

A Santillana, en la lealtad de sus sentimientos, ni siquiera se le habia ocurrido la idea que acababa de manifestar Margarita, así que entre asombrado y profundamente resentido; dió un paso y tendiendo su mano á esta;

—Adios, dijo, yo debia exigirte, no suplicarte, que fueras ahora mismo mí esposa, pero no soy capaz de hacerte sufrir con una imposicion que rechaza tu alma. Tal vez no me vuelvas á ver, mi travesía será larga; además, tengo enemigos que desean mi esterminio. Si muero, solo dejaré un bastardo que si hereda el orgullo de su madre

será un desgraciado, como esta por una mal entendida delicadeza.

Margarita se puso de pié.

Plácido prosiguió:

—Adios, quizá para siempre, Margarita querida, no olvides que me has herido en mitad del corazon; de este corazon que es tuyo, tuyo eternamente.

Un sollozo alzó el pecho de la jóven, dió un paso y cayó de rodillas á los piés de Plácido que se hallaba profundamente conmovido.

—Perdóname, amado mio, no seas cruel, no me juzgues así, tú me conoces, tú sabes cuánto te amo y que todo espontáneamente lo he sacrificado á tu amor.

—Vén, exclamó Plácido, alzándola en sus brazos, vén, ante un hombre no está de rodillas un angel como tú. Yo nada te exijo,—prosiguió Santillana,—yo solo apelo á tu conciencia; olvida esas vanas preocupaciones y consultando la fuerza de tu cariño hácia mí, dime por última vez si serás mi esposa.

—Nó,—dijo Margarita resueltamente—no seré ahora tu esposa, porque no puedo serlo; te repito lo que antes te he dicho, mientras no tenga un apellido, seré tu querida; si algun dia descubro á mis padres, seré tu esposa.

—Está bien, no insisto, porque estoy convencido de que tu voluntad es superior á los impulsos tiernos y amantes de tu corazon; respeto, amada mia, esa extraña voluntad que me hace desgraciado, la respeto porque todo lo que emane de tí tengo que respetarlo y aceptarlo, aunque mi corazon y mis ideas lo rechacen.

—Si, Plácido, si, es preciso que la respetes y la acep-

tes aunque sea á pesar tuyo, entre ámbos no cabe ofensa puesto que yo llevo la peor parte, dudar de mi amor, tampoco, porque te he dado mi corazón y mi honra, sin vacilar un momento, pues ni siquiera he pensado en que podía ser engañado; por el contrario, te he creído sin conocerte y he confiado en tí como se confía el niño en brazos de la tierna madre. Tú me amas mucho, Plácido mio, prosiguió la jóven acariciando con sus dedos los negros cabellos de Santillana, tú me amas mucho, pero mira, lo que el amor niño y ciego perdona y olvida, no lo perdona la ancianidad severa y reflexiva y lo que tú, amado mio, no ves en una pobre huérfana, lo verá tu padre; sí, estoy segura de ello.

—Tú ofendes á mi noble padre, Margarita, su alma noble y generosa es incapaz de la injusticia—él santificaría mi union y estimaría á la pobre huérfana, como tú dices, como á la mujer digna y perfecta, y no preguntaría jamás si esa mujer tenía ó nó un apellido ilustre ó plebeyo.

—Si tú has heredado el alma de ese anciano, no pongo en duda lo que me dices; pero ¿qué quieres? soy orgullosa y cuando renuncio á ser tu esposa, cuando rechazo con lágrimas en los ojos el ilustre apellido que quieres dar á mi desconocido nombre, es porque mi orgullo como lo llamas tú, y mi delicadeza, como le llamo yo, es superior á todas mis pasiones, y se rebela ahora con mas fuerza que nunca. Por otro lado, prosiguió la jóven, no comprendo tu empeño en una union que ya nuestras almas la han efectuado; un sacerdote unirá nuestras manos, nos dirá algunas frases sin sentido pa-

ra nuestros corazones ya eternamente unidos en la tierra y mas tarde en el cielo--y luego, muy satisfecho se retirará creyendo que con aquella estúpida forma social, que con aquella irrisoria imposicion de los hombres, no de Dios, que ha unido nuestras almas por medio de dos palabras—No comprendo, te repito, qué empeño te guía al desear ardientemente esta union que yo no creo tan necesaria como á tí te parece.

—Yo estoy del todo conforme con tus ideas y creo, como tú, que la forma nada vale, nada absolutamente, pero sí la creo necesaria, por ser el único medio de legitimar á nuestro hijo; la creo innecesaria para nuestros corazones indisolublemente unidos ante un testigo supremo é infinito, pero tambien la creo indispensable como un requisito, sin valor para nuestras almas, pero imprescindible para obtener el aprecio social, y sostener el buen nombre que llevarán mas tarde nuestros hijos.

—Tienes razon, hasta cierto punto,—dijo Margarita—pero estoy con el matrimonio civil; sentiría con mas respeto la bendicion digna y pura de un padre ó una madre, que la bendicion siempre retribuida de un sacerdote, por mas que éste sea muy digno—¡Qué quieres! me repugna este acto por una intuicion natural que no acierto á comprender.

—¡Qué no aciertas á comprender? exclamó Santillana satisfecho con las ideas manifestadas por la jóven ¡que no aciertas á comprender esa intuicion, cuando su descifracion perfecta está en la elevacion de tus sentimientos! y rechazas con repugnancia esa institucion porque la espontaneidad natural de tu alma no comprende que

pueda imponerse á otra voluntad, á otra alma, un deber ú obligacion que coarta las puras y naturales expansiones de los sentimientos espontáneos, mil veces mas hermosos y duraderos que aquellos que nos son obligatorios, haciendo siempre una victima y un verdugo, ó cuando menos una esclava sumisa, y un amo que aunque sea tierno y condescendiente, al fin es amo.

La jóven miró á su amante entre asombrada y risueña y luego dijo:

—¡Oh! no, no te digo eso; porque yo soy tu esclava, y como tal me considero, y soy feliz con que tú seas mi amo.

—Si, pero eres esclava por tu libre voluntad, y esclava de un amo tan bueno, que á veces él se convierte en el esclavo verdadero y tú eres su reina adorada con fanatismo y veneracion.

Una sonrisa de satisfaccion dibujóse en los labios de Margarita, que agregó:

—Los delicados sentimientos que supones en mí, te agradan ¿no es verdad?

—¡Como no! ellos me muestran trasparente como un cristal tu alma entera, y amar á una mujer que piensa así en esta época de fanatismo relijioso, á mas de ser una felicidad es un orgullo.

—Acepto todas tus lisonjas, porque como dice la Bogotana: “Lo que venga de tí, bendito sea”, pero quiero saber si estás convencido respecto á lo innecesario de nuestro matrimonio por ahora.

—Sí, amada mia. Mañana parto, y en cerrando los ojos á mi buen padre, volveré inmediatamente para ser entónces tu esposo....

Plácido se puso de pié.

—Adios, Teresa querida,—dijo á la jóven que hacia largo rato se habia apartado hácia un lado é inclinada sobre el antepecho de un balcon fijaba melancólicamente sus ojos en el desierto jardin.

—Adios, amigo mio, respondió esta, tendiendo su mano á Plácido, pero este rechazó aquella mano suavemente y le abrió sus brazos.

Teresa se arrojó en ellos, diciendo á Santillana:

—Vuelve pronto, amigo querido, piensa que nuestra Margarita no tiene ó no le queda aquí mas que mi pobre apoyo.

—Cúidala mucho, Teresa, hermana mia, balbuceó Plácido.

Y oprimiendo á Margarita contra su pecho, salió precipitadamente. ■



CAPITULO V.

Planes y delirios

Volvamos á D. Luis: sentado frente á su rica mesa de escribir estaba Saavedra intensamente pálido y con las pupilas irritadas por el exceso del ódio y malignidad que rebosaba su alma.

Tenia en una mano un pequeño medallon de oro con un retrato en miniatura, de una mujer jóven y hermosa. Aquel retrato se parecia mucho á Margarita y don Luis lo contemplaba con una expresion feroz en el gesto y en la mirada. De pronto sus enjutas mejillas se encendieron, y con voz conmovida por la ira, murmuró en alta voz:

—¡Ella! ¡ella tambien me desprecia! ¡miserable de mí! pero no; esta no encontrará un atizador para arrojárselo sobre mi cabeza, como lo arrojáste tú; en esta me vengaré del oprobio de que cubrió mi nombre la abuela; y el ódio y el insulto de la madre. Si, yo me vengaré, la c

haré mía, y luego, prostituida, envilecida, la arrojaré á tus piés.

Y el infame, quizá respondiendo á la oculta voz de su negra conciencia, lanzó una carcajada

Luego, como si hablára con alguien, como si aquel retrato pudiera escucharle y comprenderle, prosiguió:

—Mira, á esta la amo, con mayor empeño del que me inspiraste tú, si, porque es mas bella, mas voluptuosa, y cuantas veces al despertar en mi corazon un sentimiento de ternura compasiva hácia ella, tan buena y pura, he tenido que llamar en auxilio de mi propia debilidad todo el ódio, toda la hiel de los recuerdos pasados, para odiar tambien á esa pobre huérfana, como á un vástago aborrecido de tu maldita raza, y mira, si ella me amara, si correspondiera á mi ternura, lo olvidaria todo por su cariño y la haria mi esposa; pero no, ella me aborrece, me ha amenazado, ama al asesino de mi hijo Fernando; ahora queda sola, va á ser madre y yo tengo que cumplir mi venganza y la cumpliré. Una galería secreta me llevará á sus habitaciones, está sola, aislada en medio del jardin, ¿quién puede defenderla? nadie, porque nadie oirá sus gritos y tendrá que sucumbir á mis deseos. ¡Oh! yo quisiera que tú presenciaras esa escena; pero es imposible; mi brazo no puede alcanzarte hoy, sin embargo te juro contártela con todos sus detalles.

Y aquel miserable volvió á sonreirse complacido; luego guardó el retrato en un cajon de su *secreter* y cambiando de tono dijo :

—¡Como favorece mis planes esa galería!—ayer la utili-

cé por vez primera, ví y oí desde mi escondite cuanto deseaba oír y saber—La negativa de Margarita para ser esposa de Santillana ha salvado mis planes de venganza, y ella misma, guiada por su orgullo hereditario, se entrega en mis brazos favoreciendo por completo mi única ambición, hacerla mía y satisfacer mi ódio—Margarita va á ser madre, y ese hijo ó hija será el instrumento de que me valga para martirizar su alma y envenenar su existencia. Si se resiste y se obstina en rechazarme—ese hijo, que ella espera con ánsia, pasará de la cuna á mis brazos y luego á la tumba.

El malvado se sonrió satisfecho, y restregándose las manos comenzó á recorrer la desierta alcoba á grandes pasos.

Aquel hombre de pasiones repugnantes y mezquinas, era el sér mas audaz y despreciable de todos los seres. Su rostro, de una expresion siniestra y fuertemente repelente, se hacia antipático y detestable á primera vista; tenia el color amarillento, ajado el cútis, pequeños los ojos y de mirada recelosa y torva, la frente angosta, chata y calzada, estaba adornada de una mata de cabellos ligeramente canos y gruesos; las cejas finas, arqueadas y juntas terminaban en el nacimiento de una nariz de forma aguileña, corva; las mejillas secas y enjutas, parecian los pómulos salientes de la chata fisonomia de un californiano—La expresion de aquel conjunto, era la expresion del crimen y del cinismo, de la avaricia, en una palabra, de todas las malas pasiones.

La mirada que brillantaba aquellos ojos, tan pronto era la mirada de la hiena hambrienta é insaciable, tan pronto

la recelosa expresion de los ojos de un *judío*, como el rayo mortecino del hipócrita consumado que trata en balde de velar sus ojos con expresion de santidad y beatismo impenetrable. Sin embargo de todo esto, don Luis era respetado; su nombre gozaba todo el aprecio y privilegio que goza el nombre del hombre honrado. El mundo se deslumbra facilmente, basta para ello poseer algunos millones, un poco de astucia y gastar gran tren y boato. Saavedra poseia todo esto, y sobre todas sus riquezas brillaba en su suntuosa casa una joya de gran valor y hermosura, su hija ó su víctima, mejor dicho, pero ignorado por todo el mundo que veia en la bella jóven, un sér inmensamente feliz y era envidiada en todos los círculos sociales, por su bienestar y lujo.

La desaparicion de esta en el gran mundo fué por algunos dias el tema de todos los salones que frecuentaba, pero bien pronto todos olvidaron el nombre de Margarita; sus amigas se hastiaron de visitarla sin lograr jamás hallarla en casa y los jóvenes *dandys* que concurrían á los salones de Saavedra, hicieron exactamente lo mismo, inventando algunos mil cuentos y novelas mas ó menos creidas en los círculos sociales donde se contaban con profusion y se escuchaban con asombro. Entre tanto la infeliz jóven, objeto de las conversaciones del desocupado mundo y de los siniestros planes de Don Luis, yacia ignoránlo, todo en un encierro voluntario, pero necesario á sus circunstancias; triste y llorosa veia transcurrir los dias, despues de la partida de su amante. Teresa la acompañaba durante el dia; pero la noche la pasaba en la mas profunda soledad

y aislamiento; su sueño, violento é intranquilo, le producía con frecuencia el insomnio y un temor vago y cruel atormentaba sus sentidos tenazmente. El cambio brusco é inesperado de su vida había convertido su carácter naturalmente jovial y risueño en melancólico y profundamente taciturno. Algunas veces se la veía bajar al jardín tan amado para ella, y buscando el sitio querido que encerraba todos sus recuerdos, sentarse bajo aquel mismo árbol que tantas veces fué testigo de sus juramentos, de sus tiernas promesas y otras tantas cobijó con sus ramas, la figura gallarda y gentil de su querido. Sus ojos, algo hundidos por la fuerza del pensamiento habían adquirido una expresión inmensamente triste y dulce á la par; cuando aquellos grandes ojos miraban, todo el dolor de su alma se reflejaba en el rayo de su azulada retina; su palabra era ahora breve, y su andar lánguido y tardo, denotaban un cansancio del alma inexplicable á los diez y siete años.

Margarita, doblemente bella con su languidez poética y el prestigio que emanaba de su propio martirio, interesaba mil veces mas al corazón, que antes con su fresca y espléndida hermosura. Teresa amaba á la infeliz huérfana cuál si fuera su hermana, proveía su bolsillo con toda la delicadeza de su elevado carácter y trataba inútilmente de hacer mas llevaderas las penas de esta.

Algunos meses despues de la partida de Plácido, Margarita dió á luz un hermoso niño, al cual se le llamó Plácido, como su padre, y la pobre madre con el alma anegada en toda la purísima ternura de que es suscepti-

ble el corazón de una madre se desprendió del fruto de su amor y lo entregó al cuidado de una nodriza, buena, pero al fin nodriza... ..

Era la hora del crepúsculo de la tarde; era quizá la hora mas poética que tiene la naturaleza en que el sol ya pálido y sin fuerza recoge la orla de su dorado manto, apenas alumbrando con sus postreros rayos las copas de los altos árboles.

Margarita, vestida de luto, con el hermoso rostro velado por una gasa ó crespon negro la hallamos quince meses despues de la partida de Plácido. Vá acompañada de Teresa y se detiene ante una casa pequeña, blanca y aseada, pero de pobrísima apariencia; la jóven entró allí seguida de Teresa, se detuvo indecisa un momento y luego descubriendo lo que buscára con afán se fué en derecha hácia un corpulento sauce lloron, de cuyas ramas pendia una rústica cuna dentro la cual dormia su hijo. Una jóven campesina de pura y fresca belleza se veía sentada al lado del niño, hacía cribo correntino, y de tiempo en tiempo mecía suavemente la hamaca con su mano.

—Buenas tardes, Isabel, dijo Margarita tendiendo su diestra á la nodriza, y luego, corriendo á la cuna sacó el niño y comenzó á acariciarle con vehemencia. Este sin sorprenderse y cual si comprendiera á la autora de sus dias abrió sus grandes ojos turquí y miró á su hermosa madre, alzando sus rosadas manecitas y enredando en ellas los largos rizos de Margarita.

--¡Mi hijo! ¡mi hijo! murmuró la pobre madre, feliz en

medio de su desgracia, y estrechándolo contra su pecho le prodigaba esos tesoros de amor que solo el cariño maternal abriga.

Luego se volvió hácia Teresa, y presentándole al pequeño Plácido;

—¿Verdad,—dijo—que es muy hermoso? ¡Dios mio! ¡qué lindo está! te aseguro que ni aún pintado he visto un ángel mas bello.

El niño miraba azorado tan pronto á Teresa, tan pronto á su madre como á la rolliza campesina.

Teresa besó la rosada entreabierta boquita del pequeño Plácido, y devolviéndolo á Margarita;

—Es como todos los hijos del amor,—dijo—el retrato perfecto del padre.

La jóven madre recibió á su hijo y oprimiéndole sobre su enfermo corazon;

—Plácido, Plácido, murmuró sollózando sobre la frente del pequeño ángel.

Un momento despues la jóven se perdió entre las grandavenidas de árboles que rodeaban la casita de Isabel.

—¡Pobre señorita! murmuró la nodriza, cuando Margarita hubo desaparecido—¡qué desgraciada debe ser!

Teresa inclinó la frente y una lágrima de dolor surcó su pura mejilla.

Isabel prosiguió:

—¿Que cree V., señorita Teresa? ¿volverá el Sr. Santillana?

—Solo Dios lo sabe, hija mia; su silencio es un misterio para esa pobre mártir, y para mí una duda horrible,

á través de la cual no acierto á comprender la realidad:...

Margarita apareció trayendo al niño dormido en sus brazos, y la jóven calló por temor de que aquella escuchara sus palabras.

—Isabel, dijo con voz dulce, pero tristísima—¿dónde acuesto á mi hijo?

—Aquí, señorita, aquí, contestó la nodriza entrando en su pobre habitacion, seguida de Margarita.

Acostó al niño en la cuna, y besando su frente repetidas veces;

—Adios, mi amor, mi ángel, hijo mio, repitió separándose, mientras de sus ojos corrían gruesas lágrimas.

—No llore V., señorita, no llore así, se atrevió á decir la buena nodriza profundamente conmovida - quizá llegue un dia en que vuelva V. á ser feliz.

—¡Felíz!! repitió Margarita—¡Ah! pobre Isabel, ¡tú no sabes que Margarita ya no puede ser feliz!

—¿Y por qué nó, señorita? cuando uno menos piensa todo cambia en la vida, y nuestros males, por incurables que parezcan, se truecan en alegrías y volvemos á ser felices sin dar crédito al milagro.

—Tienes razon, dijo la jóven—un milagro, tal vez un milagro, solo así; pero imposible; yo estoy olvidada de Dios, sólo, enteramente sola con mi propia desventura; el amor de mi hijo me sostiene y él forma la única esperanza de mi vida.

Y tendiendo su diestra á Isabel.

--Hasta mañana, la dijo: cuida á mi Plácido. Ámalo, que quizá llegue un dia en que puedas ser recompensada como mereces.

—Adios, señorita, hasta mañana, contestó Isabel—yo cuido y amo al niño con la ternura de una madre, esté V. tranquila que hago sus veces como mejor puedo.

—Gracias, gracias, Dios te lo pague, estoy satisfecha, dijo Margarita, y solo tengo que agradecerle y admirarle.

—¡Oh! señorita, V. me avergüenza—bueno estaria que sobre ser V. tan desgraciada teniendo que separarse de su único consuelo, no cuidara al angelito para hacer á V. mas infeliz! al contrario, le quiero, le cuido y me sacrificaré por él si es preciso.

Margarita abrió sus brazos á aquella noble jóven y la estrechó en ellos, enjugó sus ojos en silencio y se alejó en compañía de Teresa.



CAPITULO VII

Proposicion y amenazas

Era un frio y lluvioso dia de Agosto; Margarita, como siempre, sola con sus tristes pensamientos, hacia labor cerca de un pequeño costurero colocado frente al balcon principal del saloncito. Sus grandes ojos turquí, húmedos y tristísimos, contemplaban con amorosa expresion un pequeño medallon con el retrato de su amante que la jóven llevaba pendiente de su cuello por una delgada cadenita de oro, la misma que Santillana pusiera en su garganta la noche de su primer encuentro. Margarita contemplaba el retrato y su temblorosa mano iba á llevarlo á sus lábios, cuando la voz ronca y destemplada de Don Luis se dejó oír.

—Margarita, ¿estás sola?

La jóven se estremeció.

—Podeis pasar, dijo, ocultando precipitadamente el retrato en su seno.

La figura repugnante de Saavedra apareció ante Margarita y esta, alzando su altiva frente;

—¿Qué quereis? le dijo enérgica y resuelta ¿á qué venis?

—Vengo, dijo el viejo, sin desconcertarse ante aquella brusca interpelacion—á decirte por última vez que te amo y que si no consientes en ser mia, mi venganza será espantosa.

—Vengaos en buena hora, Don Luis.

—Mira que tú no puedes imaginar la extension de mi venganza.

—¡Ah! yo os conozco demasiado bien, sé de todo lo que sois capaz, en vos nada me asombrará, Don Luis.

—Aun no me conoces bien, Margarita, dijo el viejo sonriendo diabólicamente, como si aquella sonrisa respondiera á la voz de su pérfida conciencia;—todavía no conoces á Luis de Saavedra.

—Acabemos, exclamó la jóven poniéndose de pié, trémula, pero resuelta—acabemos ¿creeis que me intimida vuestra amenaza?

—Por ahora nó, pero mas tarde, quizá.

—Luego, ¿pensais hacerme sufrir mas? ¡qué! ¿no os parece bastante mi llanto constante y la amargura eterna con que habeis saturado todo el resto de mi vida?

—Aún es tiempo; todavía puedes ser feliz.

—¿De qué modo?

—Consintiendo en mi amor, y. . .

—¡Qué consienta en tu amor! gritó Margarita, pálida de indignacion—¡Miserable! te detesto, me horrorizas como un leproso y á través del ódio que me inspiras, te miro mas detestable que un mónstruo infernal!

—Está bien, tiembla, vástago maldito de una raza orgullosa, tiembla, porque no tendré compasion.

—Sea, véngate en buena hora, en tanto solo hallarás desprecio á ese decrepito amor.

—Margarita, Margarita, no me hables con esa insolencia, rugió el viejo, rojo de ira y acercándose á la jóven con un movimiento amenazador,—no me hables así, porque puede que tu altivez se sujete á mi decrepita voluntad.

Y Don Luis lanzó al rostro de la jóven una carcajada irónica y soez.

Margarita se irguió lívida, sus ojos azules lanzaron una mirada de coraje que tocaba en el delirio.

—¿Qué dijiste miserable? dijo—¿quién te dió derecho para insultarme así? dí, miserable, ¿quién, cuando con solo delatarte á la justicia te arrancaria esa máscara hipócrita con que ocultas la podredumbre de tu alma envilecida y amasada con el crimen, esa falsa careta de virtud que jamás conociste y por la que el mundo te respeta sin imaginar que le engañas con la mas repugnante de las farsas? ¿Quién te ha autorizado, prosiguió la jóven creciendo en indignacion--quién te ha dado derecho para hablarme así, cuando con solo hablar una palabra puedes vivir el resto de tus dias en un calabozo?

Don Luis miraba á Margarita y una expresion indefinible se pintaba en su rostro. La jóven dió un paso retrocediendo y Don Luis le preguntó:

—¿Has concluido?

—Véte, respondió esta señalando al viejo la puerta.

—¡Oh! no, no me iré sin decirte antes algo que tú crees

que yo ignoro y que sin embargo, estoy tan al corriente de ello como tú misma. Escuchá ¿dices que puedes con una palabra tuya hacerme vivir mis últimos días en un calabozo? ¿que puedes delatarme á la justicia y arrancarme la máscara con que, segun tú, engaño á la sociedad? y díme—¿has pensado que si eso hicieras tu traicion quedaria sin revancha? ¿crees tú que yo no te arrancaria ese antifaz de falsa virtud con que engañas al mundo, esa atmósfera de pureza y castidad con que quieres rodearte, diciéndole á ese mundo que te venera—es una prostituta—mirad la prueba...?

—¿Y qué probarias? balbuceó Margarita, con la voz temblorosa y anhelante, á pesar suyo.

—Que has tenido un amante y que tienes un hijo..

La jóven dió un paso, alzó el brazo con el ademan y la majestad de una reina y sin que su rostro sufriera la menor alteracion.

—Véte, dijo con acento breve, pero fuertemente imperioso.

Saavedra, como impelido por una fuerza magnética, obedeció sin replicar á aquel acento supremo, á aquel mandato irresistible y lanzando á la jóven una mirada implacable, una especie de promesa de ódio y exterminio, salió precipitadamente.

Margarita se vió sola; la expresion de su rostro varió, llevóse la mano á los ojos y dos gruesas y ardientes lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas; un sollozo inmenso alzó la bóveda de su seno y con acento sublime exclamó: --¿Qué me importa si la sociedad me desprecia, si ella me arroja de su corrompido seno? El recuerdo de Plácido, el amor de mi hijo y el afecto puro y desinteresado de Te-

resa, valen por un mundo entero y ellos me bastan para el resto de mi triste existencia.

Dos horas despues de la escena anterior, Margarita, sin más equipaje que un llo de ropa, algunas alhajas, obsequios que le fueron hechos en el dia de su natalicio y en los que no tenía absolutamente parte Don Luis, abandonaba para siempre el palacio de Saavedra. La infeliz jóven, al descender las escaleras de sus antiguas habitaciones, lloraba amargamente. Allí, en aquel pequeño nido, tan querido para su corazon, habia pasado parte de su infancia. Mas de una vez habia coronado su infantil cabeza con ramas de madre-selva y muti-flor, cojidas de la cortina natural que velaba los balcones de la alcoba; todos sus sueños de inocencia y de pureza habian sido forjados bajo aquel mismo techo; luego, el primer latido de amor que despertó su corazon de virgen á las sensaciones de la mujer, fué allí tambien. Allí, sin darse cuenta ella misma, amó á Plácido; mas de una vez en su puro y blanco lecho, desvelada por la lucha cruel entre el deber y su amor escepcional, le pareció oír la voz de su amado y el calor tibio y perfumado de un ósculo en su frente; mas de una vez estendió sus brazos en medio de la oscuridad, creyendo percibir la sombra de su amado; Mas tarde, bajo aquel mismo techo, vió triunfante su amor, perdonó y fué inmensamente feliz; luego, cuando olvidándolo todo ante su amor inconcebible, la pobre jóven fué madre, allí sintió por vez primera el latido primero del retoño feliz de sus amores, y allí, en fin, sufrió y gozó todo lo que se puede sufrir y gozar en el mundo, algo mas de lo que nos da el mundo

9

quizá, porque aquel corazón tan extraño, tan distinto y aparte de todas las imperfecciones humanas, se entregó todo y por completo, amó sin término medio; en su pureza de sentimientos, ni siquiera comprendía el significado de esta palabra, símbolo siempre de la ruindad del alma; ella, en medio de la ignorancia purísima de su corazón, de la hermosa espontaneidad que reflejaba en todos sus pensamientos y acciones, creía que amar era dar su alma y su vida entera, sin recompensa y solo obedeciendo á un sentimiento noble y generoso, superior á todas sus facultades. Su corazón solo sin afecciones, sin familia, enteramente huérfano, se aferró al alma, al espíritu de su amante, como se adhieren esas plantas parásitas en los fondos de los mares á la raíz imánica del coral.

Margarita, al descender para siempre aquellas escaleras tan queridas, lloraba uno á uno todos sus recuerdos de niña, de amante y de madre. Por fin salió de allí y sus pasos lentos y vacilantes se dirijieron á una miserable tienda de prenderos, ó como vulgarmente se dice á un *Monte-pio*, y deteniéndose un instante á su puerta, echó el tupido velo de la mantilla sobre el rostro y entró resueltamente. Cruzado de brazos, con las verdes gafas caladas y casi echado sobre la barandilla del mostrador, estaba el usurero vejete de fisonomía enjuta, calva frente y ojos vivaces, que brillaban á través de los anteojos con toda la expresión avarienta del judío.

—¿Quereis comprarme ésto? dijo la jóven sin mas preámbulos, poniendo ante el usurero un estuche abierto

conteniendo un riquísimo aderezo de brillantes rosa, esmaltados en el engarce con filigrana negra.

El prendero miró asombrado las maravillosas alhajas y luego restregándose los ojos, deslumbrado por el reflejo de las piedras preciosas;

—Comprar, nó, dijo, pero puedo daros el dinero arreglado á tasacion y con un interés módico.

—¡Oh! nó, eso me repugna.—Compradlo! ¿si ó nó? responded y acabemos.

El miserable miraba el estuche y temblaba de codicia.

—¿Cuánto pedís, linda jóven? dijo por fin.

La jóven iba á contestar, cuando repuso él interrumpiéndola.

—¿Y si no fuera vuestro?

—¿Cómo creéis que yo pudiera vender una cosa ajena?

—¡Se venden tantas alhajas robadas! luego las multas...

La jóven no escuchó mas, tomó el estuche y envolviendo al miserable en una mirada de profundo desprecio, se encaminó á la puerta.

—Yo no os he querido ofender, exclamó alarmado el prendero salvando la distancia que le separaba de la jóven y deteniéndola por la blonda de su mantilla. Os juro, señora, que no he querido ofenderos; le pasan á uno tantos chascos..... ¿qué quereis? hay que tomar precauciones para no ser engañado.

—Y bien, dijo Margarita visiblemente contrariada—acabemos ¿quereis darme por ello diez mil pesos?

—Imposible, os daré seis.

—Dadme ocho y concluyamos, y sinó despachad, porque llevo prisa.

El avaro tomó el estuche y destapando un pequeño frasquito, aplicó sobre las piedras una dosis imperceptible del líquido que contenía la redomita y una vez desvanecida su duda de si eran ó no falsas las alhajas, se apresuró á contar los billetes que entregó á Margarita. Los ojos del prendero brillaban avarientos y aún recelosos cual si temiera que la jóven, desistiendo de la venta, quisiera deshacer arrepentida el negocio que acababa de terminar.

Esta, por su parte, guardó el dinero, volvió la espalda al miserable y se alejó sin cuidarse de él; á algunos pasos de allí se detuvo, entró en una muebleria ó bazar y compró en él todo lo mas imprescindible para su nueva vida é hizo conducir todo aquello á una pequeña, pero alegre y ventilada habitacion que habia alquilado aquel mismo dia, en una casa de inquilinato de la calle del *Temple*.

Aquella habitacion no se parecia á su antigua vivienda, pero era limpia y con hermosos balcones; en otra época habia sido lujosa, estaba estucada y tenia una pequeña estufa. Margarita, feliz en su pobreza, distribuyó sus pobres muebles de tal manera, que sien verdad alli no habia lujo, en cambio se notaba á primera vista un gusto esquisito y un sentimiento de poesia y belleza que solo el alma tierna y poética de una mujer de su género sabe imprimir á todo lo que toca.

Una vez instalada, la jóven pensó solo en su hijo. Tener á su hijo, mecerlo en sus brazos, recibir su primera sonrisa, su primera mirada, oir al despertar el tierno y encantador gorjeo de su infantil y balbuciente vocecita de ángel—todo lo pensó, todo lo acarició y le pareció un sueño.

Nada tenia que ocultar ya. Don Luis, su enemigo implacable, conocia su falta, le temia, pero fuerte en medio de su debilidad, se proponia luchar protejiendo á su hijo.

La cuna del niño fué el primer objeto de que se ocupó la jóven madre; con increíble gracia y elegancia plegó con sus propias manos la cortinilla de crespon celeste y blanco; luego, sujetándola sobre las doradas álas de una águila de metal que descansaba sobre el pabellon del pequeño lecho, la aseguró por medio de un largo lazo de cinta rosa; el colchon de finísimas plumas y la diminuta almohada de blanco encaje, quedaron listas y Margarita, echando sobre sus hombros un pañolon de cachemir, salió á la calle y se encaminó á casa de Teresa—Llegó allí, preguntó por ella y le dijeron que no estaba; entonces pidiendo recado de escribir, dejó á su amiga escrito en una hoja de papel lo siguiente:

Hermana mia.

Vivo en la calle del Temple, número 18 y allí te espera tu—

Margarita.

Entregó la esquila á un sirviente y salió de allí precipitadamente, en direccion á la casita de Isabel.



CAPITULO VIII.

El Juramento.

Teresa, habiendo vuelto de su paseo, recibió la esquila de Margarita y con una expresion de asombro y placer indefinible, leyó las señas de la nueva vivienda de aquella casa, sin dar crédito á lo que allí le decia; mil conjeturas hizo la jóven y sus pensamientos se embrollaron tanto á fuerza de discurrir sin acertar con la verdad, que se quedó dormida soñando intranquila con dramas tenebrosos y tragedias inverosímiles, en las que figuraba Don Luis ora iluminado fantásticamente por las llamas rojizas de una hoguera, ora destacándose en medio de la densa oscuridad, llevando en la diestra un puñal y en la izquierda la cabeza pálida y hermosa de Santillana.

La jóven, fuertemente exaltada, pasó aquella noche, y cuando las primeras luces de la aurora penetraron en la estancia con toda la fuerza de nuestro hermoso sol,

la jóven saltó del lecho, envolvióse en un vestido, cubrió con un blanco chal sus hombros y con un sombrero de paja su linda cabeza y luego de visitar las habitaciones de su padre y dar á este el beso de costumbre, se encaminó presurosa é impaciente á la casa de su amiga.

Teresa, esta interesante niña que tan dulce, tan suave aparece, aún no es bien conocida de nuestros lectores; vamos, pues, á decir algo relativo á su pasado y aun á su presente.

Don Victor Figueroa era padre de Teresa; perdió su esposa al dar á luz aquella niña, fruto de un año de matrimonio. Figueroa, que adoraba á su esposa, vióla con indescriptible dolor bajar al sepulcro, y en medio de la espantosa soledad y abatimiento en que se halló sumido, amó á su hija hasta el delirio,—reconcentrando en aquel tierno vástago todos los tesoros de ternura que guardaba su noble y sensible corazón.

Las amarguras que pasó aquel buen padre durante la época de lactancia, fueron tantas y tan crueles, que su carácter, naturalmente bondadoso, se sensibilizó de tal manera, que la niña, mas tarde mujer, no echó de menos jamás á su madre, porque Don Victor siempre tierno, cuidadoso y solícito, era la viva encarnacion del cariño maternal. Teresa creció y al cumplir doce años entró en calidad de pensionista en el colegio de la *Merced*, donde conoció á Margarita. Ambas se vieron y se amaron; una viva simpatía se despertó en sus corazones y al verse solas, huérfanas y aisladas, se interrogaron mutuamente, se hablaron, se comprendieron y un afecto imperecedero y puro germinó en sus

almas infantiles. En la hora del recreo se unían, y apartándose de sus demás compañeras se perdían solas entre las grandes avenidas de naranjos que adornan las alamedas y huerta del colegio de Huérfanas. Cuando D. Víctor visitó á su hija por tercera vez, encontró á ésta,—antes triste y pesarosa con la ausencia del hogar y las caricias del autor de sus dias,—casi dichosa. Saltó sobre las rodillas de su padre y echando sus brazos al cuello de aquel;

—Padre querido, le dijo, ¿sabes que tengo una hermana, una hermana muy linda y cariñosa? ¡Ah! si la vieras, padre mio, si la vieras la amarias!

—Sí, si, hija mia, hija de mi alma, murmuró Figueroa, mirando embelesado á su cándida hija; sí, la amo; basta que tú la ames y la llares hermana.

Teresa suplicó á la sócia directora principal del establecimiento permitiera á la bella Margarita pasar al salon de recibo, donde esperaba su padre.—La sócia accedió y Don Víctor admiró á la tierna niña, feliz y complacido ante la eleccion que habia hecho su hija.

Abrazó á la hija de Saavedra y la amó porque su hija la amaba y porque aquella hermosa criatura, con sus grandes ojos turquí, puros y diáfanos como el azul del éther, parecia implorar ternura, mendigar amor, revelando en el reflejo que animaba y embellecia sus facciones un tinte de pureza y candidez indefinible. Teresa, gozosa con el beneplácito de su padre, se entregó enteramente al afecto que le inspiraba su amiga y desde aquel dia se vincularon sus corazones de una

manera indisoluble y que debia de ser eterna:.....

.....

Tres años despues, Margarita y Teresa hacian unidas su entrada en el gran mundo. Los triunfos de la primera, halagaban á la segunda cual si fueran tributados á ella.—La belleza de Margaritá, enérgica sin ser audáz, magestuosa, casi réjia sin ser impertinente, contrastaba con el candor suave y poético de la hija de Figueroa.

Las dos eran bellísimas, pero enteramente opuestas. Margarita, con su naturaleza ardiente y ávida de impresiones, á los quince años forjó su ideal y amó una ilusion que no tardó en realizarse.—Plácido fué el amor de su alma, el único amor de su vida, pero la noble jóven llevaba impreso en su frente el sello negro de una horrible fatalidad y fué la víctima, la mártir sublime del ódio implacable de un malvado. La estrella que debia alumbrar el camino de Teresa, era por el contrario, benigna y clara como sus propias pasiones: á su corazon, vírgen todavía, no le llegaba la hora; ella debia amar, pero amar sin deseo, sin ardor, con un amor purísimo, enteramente espiritual, con un afecto noble y divino como sin duda lo sienten los ángeles.

Teresa era bella; tenia esa dulce expresion que deben poseer los querubines; todo era celeste en aquella angélica criatura. Muchas veces su padre, al contemplarla, retenia extasiado hasta el aliento, temiendo que el mas leve soplo desvaneciera aquella emanacion del cielo. Cuando los dias de fiesta, con su blanco vestido y su velo de nieve sobre el rostro, se dirijia al templo,

jóvenes y ancianos, mujeres y niños se detenían asombrados y juntando las manos la bendecían, maravillados de tanta gracia é inoçente hermosura. Jamás llamaba en vano la miseria á la puerta de su casa, porque su noble corazón era el amparo del pobre, del desvalido, del huérfano, del menesteroso: siempre dispuesta al bien, se había conquistado el dulce nombre de *ángel de caridad*. Dejemos á Teresa para volverla á hallarla muy en breve y veamos á Margarita, un instante antes de la visita de su hermana.

De pié, al lado de la cuna de su pequeño Plácido, contemplaba arrobada el dormido rostro del niño y una lágrima gruesa y ardiente corría por su pálida mejilla, yendo á perderse entre los finos pliegues de su blanca camisola de encaje.

¿Por qué lloraba la jóven?

Oigamos su dulce voz, cuya vibración suave y tristísima impresionada profundamente al que la escucha.

—Santillana, Santillana, ¿dónde estás? te busco, te llamo y tu voz no me responde nunca, ¿acaso estás en el cielo? Sí, sí, has muerto, amado mio, porque el perjurio no cabía en tu gran corazón, en tu alma noble y elevada.

La tierra falta bajo mis pies, mis ojos empapados en llanto, se niegan ya enardecidos á consolarme con el rocío bienhechor de las lágrimas. ¡Plácido, Plácido mio! ¿por qué aliento, por qué vivo sin tí? ¡Oh! llámame hácia donde tú moras, y allí nuestras almas, unidas en el infinito, formarán un solo espíritu divinizado y eternamente purificado del torpe polvo de la vida. ¡Llámame, llámame á tu seno y conmigo al hijo de tu amor!

Y la jóven, con las manos estendidas, la mirada fija en el cielo y los lábios entreabiertos, parecia próxima á exhalar en una emanacion impalpable y vaga, para subir confundida con el aire hasta el amado de su corazon.

Un sollozo inmenso levantó de pronto la bóveda de su pecho, y con voz triste y quejumbrosa como un lamento, entonó, siempre de rodillas, las estrofas que siguen y que pertenecen á nuestro malogrado Cuenca:

Yo sí que he apurado cuanto hay de precito,
 De horrible en la pena del ódio maldito
 Que acosan la vida que amor no endulzó;
 Yo sí que he tenido la bárbara suerte
 De ver de una en otra la irónica muerte.
 Que á todas mis dichas Satán preparó:—
 Más bien que no hubiera gozado un instante
 Fugáz de ilusiones, de amor delirante
 Y eléctrico arrobó que ansié con afán!
 ¡Más bien que no hubiera probado mi lábio
 La copa de néctar; lo dijo ya un sábio
Que en pos de las risas las lágrimas van.

—¡Margarita, hermana mia! gritó Teresa que, sin ser sentida, se habia acercado á la jóven madre. ¿A qué ese canto tan triste? tu canto me hace daño.

Margarita, sacada bruscamente del doloroso éxtasis en que se hallaba, miró á su amiga casi aterrada.

--¡¡Teresa!! dijo, poniéndose de pié.

—Sí, Teresa, tu amiga, tu hermana; Teresa, que daría gustosa su vida por verte feliz.

Las jóvenes se confundieron en un abrazo y sus corazones latieron unidos largo rato.

—¡Ah, Margarita! dijo al fin Teresa, ¿por qué no has ido á casa de tu hermana?

—No me culpes, hermana querida, respondió la joven enjugando sus lágrimas. Un sentimiento de natural delicadeza, me ha alejado de la casa de tu padre.

—¡Delicadeza! dijo Teresa sonriéndose con amargura; delicadeza, no; es orgullo, si, es orgullo, lo que te ha alejado de la puerta de nuestra casa.

—Interpretas mal mi pensamiento ó no me quieres comprender.

—Ni lo uno ni lo otro; te comprendo perfectamente.

—Pues mira, te equivocas, porque el orgullo que tu me supones, seria ridículo tratándose de dos hermanas.

—Pero entonces, yo no comprendo eso que tú llamas delicadeza, porque la creo inconcebible en nuestra confianza sin límites.

—¡Por Dios! exclamó Margarita, realmente afligida. --No me acuses, no me trates así, escúchame y créeme Teresa, porque yo jamás he mentado. Si hubiera estado enferma, si llego á estarlo, no tendré inconveniente en llamar á tu puerta, hoy única que puede abrirse para mí, diciéndote:—hermana mia, necesito tu apoyo, tu caridad y tu amor; socórrame, socorre al hijo de mis entrañas; però mientras Dios no me prive de mi buena salud, mientras mis manos puedan manejar la aguja, no esperes, no, que jamás vaya á implorar la limosna del día, porque mé creeria indig-

na de tu afecto, y hasta despreciable á mis propios ojos.

Teresa estrechó en silencio la diminuta mano de la jóven.

—Tienes razon, dijo, ese es el deber de una mujer digna. Yo no puedo, no debo reprenderte por un acto que yo habria cometido, si me hallara en el caso excepcional en que tú te encuentras; pero ahora, vén, y sobre la frén-te de tu hijo, júrame que cumplirás lo que me has dicho; júrame con la mano puesta sobre su inocente frente, que no pasarás una miseria, una sola necesidad; júrame, añadió haciendo inclinar á Margarita sobre el borde de la cuna, que á la menor tentativa de D. Luis, vendrás á mi casa y te pondrás bajo el amparo de mi buen padre.

—Te lo juro, dijo Margarita, haciendo sobre la rúbia cabeza de su hijo la señal de la cruz.

—Ahora, estoy casi satisfecha, dijo Teresa; vén, que tienes que hacer.

—Voy á concluir un trabajo.

—¿Quieres que te ayude?

—No, hija mia, tú quizá te habrás olvidado de estos primores que nos enseñaron á entrambas.

—Es verdad que no estoy muy ducha, pues hace buen tiempo que no bordo tan delicado.

—Entonces no lo toques, trae.

Y la lujosa señorita de Saavedra, la elegante dama, la niña mimada de los aristocráticos salones de Buenos Aires, comenzó su bordado con una prontitud y limpieza admirables.

Teresa la contemplaba extasiada; mientras que á veces una lágrima brotaba de sus lindos ojos, que presurosa enjugaba, por t mora de que la hermosa bordadora la descubriera.

Las dos amigas conversaron largo rato y Margarita contó detalladamente   Teresa la escena habida entre ella y D. Luis.—La cándida niña, lívida de espanto ante tanta perversidad, pregunt    Margarita.

— Y no le temes?

-- Y cómo no temerle!

—Entonces, v n conmigo, v n   nuestra casa.

—Imposible, all  como aquí, me perderá si se le antoja; no insistas, pues; agradezco y comprendo todo el buen deseo que te anima, pero ya te he manifestado mi resolución y no la quebrantará por nada.

Teresa call .—Margarita siguió su labor y poco rato despues se despidió la hija de Figueroa y se alejó de all , pensativa y silenciosa, discurrendo quizá un medio salvador para alejar el peligro que entreveia para su amiga...



CAPITULO IX.

Contrato de un crimen.

D. Luis se paseaba por su bufete. De tiempo en tiempo levantaba sus pequeños ojos á un monstruoso reloj que descansaba sobre un pedestal de bronce, en un ángulo de la habitacion.

El miserable se paseaba agitado, con las rugosas manos metidas en los bolsillos de su descolorido *gabán*; á veces deteniéndose en la puerta de escape, aplicaba el oido y luego una profunda contrariedad hacia más horribles sus facciones color de aceituna.

—¿Vendrá? se preguntaba, y volvía á su interrumpido paseo.

El reloj dió las doce de la noche y D. Luis se dejó caer abatido en un sillón, pero en el mismo momento, la puerta giró y un hombre de andrajosa facha, embozado hasta los ojos en su raída capa, apareció ante Saavedra

—¡Ah! ¡ya creia que no vendrias! exclamó poniéndose de pié.

—¿Por qué, D. Luis? apenas son las doce, hora en que se cierran cafetines y bodegones.

—Tienes razon, no habia pensado en ello; era tanta mi impaciencia...

--¿Luego me necesitais mucho?

--Muchísimo, Jacobo.

--¿Habrà buena propina, éh?

--Si te portas á medida de mis deseos, habrá algo más que buena propina.

--Estoy impaciente, decidme de qué se trata.

--De robar un niño.

Jacobo se estremeció.

--¿Y qué debo hacer con ese niño?

--Simplemente matarle--Y el asesino sonrió, saboreando una venganza que no habia obtenido aún.

—¿Y por qué quereis matar á ese niño? dijo Jacobo.

—Para vengarme.

--Pero, permitidme D. Luis que os diga, que creo que esa criatura no os habrá ofendido, y...

--Pero me han ofendido sus padres.

--Luego vengaos de ellos.

--Precisamente es lo que quiero; matando á su hijo, sufrirán un infierno, como Andrea, como Augusto.

Saavedra lanzó una carcajada hueca y sonora como la risa de un condenado: luego, volviéndose á Jacobo;

--¿Quieres encargarte del negocio? sí ó no.

--Pues bien, sí; este negocio con niños no me gusta mucho, pero allá veremos como me las compongo.

D. Luis respiró.

Me alegro, dijo, que te decidas, porque no queria dar á otro participacion en el asunto; estamos, pues, arreglados.

—No del todo; aún no hemos arreglado la paga.

—¿Cuánto quieres?

—Poned precio arreglado á la empresa.

—Te daré ciento cincuenta onzas de oro y quedarás contento.

—Por esa friolera no me espongo yo.

—¿Y cuánto quieres?

—Sí no son quinientas, no os sirvo.

El avaro abrió espantado sus pequeños ojos.

—¡Quinientas onzas de oro! dijo; ¡quinientas onzas de oro! ¿sabes tú lo que son?

—Tan bien como vos, D. Luis.

—¡Pero, desdichado! ¡ese es mucho dinero!

Jacobo, sin cuidarse del asombro que manifestaba el avariento viejo, murmuró por lo bajo levantándose:

—Pues señor, si no son quinientas, encargad á otro el negocio.

Púsose el sombrero y se encaminó hácia la puerta.

—¡Te daré trescientas cincuenta! exclamó el viejo poniéndose de un salto al lado de Jacobo.

—Yo no soy mercachifle, dijo este con una gravedad que en otras circunstancias habria hecho reir á D. Luis.

Jacobo entreabrió la puerta y Saavedra le detuvo.

—Está bien, le dijo, te daré lo que pides, pero esta noche misma tienes que avèriguar el paradero de mi supuesta hija, á quien tú conoces.

--Luego, ¿no está aquí?

--Eres un imbécil; ¿no te estoy diciendo que hay que indagar y saber dónde se oculta?

--Entiendo, ahora sí, proseguid, ¿y una vez hallada por mí?....

--Espiarla, seguir todos sus pasos, hasta que dés con el niño; con su hijo.

--¿Y despues?

--Robarlo, aunque sea arrebatándolo de sus propios brazos; y despues...

--Sí, sí, dijo Jacobo precipitadamente, sin dejar concluir al miserable infanticida la horrible frase que sonriendo complacido iban á pronunciar sus lábios;--ya sé lo demás; ahora dádme un pagaré ó garantia cualquiera que asegure mi dinero.

--¡Oh! no tengas cuidado, te pagaré lealmente.

--Sin embargo, yo quisiera.....

--Nada, nada, una vez terminado todo, te pago.

--Y si no me pagais, ¿qué hago yo sin una garantia vuestra?

--Delatarme é ir ambos á la cárcel.

Jacobo calló. Adios, dijo, alargando á su cómplice una mano negra y callosa, pero más digna todavia que las delicadas de Saavedra.

--Adios, murmuró este, y cerró la puerta tras de Jacobo.

D. Luis, una vez solo, hundió su infame cabeza entre ambas manos, y un rujido hinchó su pecho.

--¡Oh! sí, sí, me vengaré, dijo, con los ojos chispeantes de ódio y de maldad. Y luego, oprimiendo con

su dedo un imperceptible boton de metal, incrustado en un cajon del escritorio, abrió y sacó de él un sobre con sello negro, que contenia una carta que leyó con diabólica complacencia.

Nosotros tambien, lector querido, podemos, inclinándonos un poco sobre el hombro de D. Luis, leer detenidamente lo que este lee, y conocer una vez más la negra perfidia de aquella alma de demonio.

Decía la carta:

“Mi tierna amiga:

¿Qué será mi vida sin ella? ¿crees tú que haya algo capaz de alegrar mi enfermo corazon? no, Teresa, ya todo ha concluido para mí en el mundo. Tomaré los hábitos tal vez; estoy tan desesperado, que no sé ni lo que hago, ni lo que pienso, ni qué será de mí. Tu carta es tan lacónica, que casi no te reconozco en ella. Nada me dices de sus últimos momentos; si fueron para mi, si murió amando y creyendo á su querido; nada me dices de mi hijo; no sé si debo creer que vive ó si tornó con ella al cielo; por Dios, dímelo todo; mi corazon ya está deshecho, no temas hacerme sufrir. Dime tambien qué papel ha representado el infame Saavedra, porque en la tuya solo me dices que él, por una venganza premeditada de muchos años atrás, ha sacrificado á y tal vez á mi inocente hijo. Escríbemelo todo sin omitir ningun detalle, por amargo y doloroso que sea; nada es tanto como haberla perdido. Adios, estoy loco, no sé si la sobreviviré mucho tiempo.

Tuyo,

Plácido Santillana.“

Don Luis concluyó. Una sonrisa de triunfo arqueó sus enjutos lábios y luego doblando la carta, exclamó:

--¡Qué imbécil! no sabes que papel ha representado Saavedra en los sucesos de tu vida; has caído en la trampa como caen los chingolos bajo las pajareras que fabrican los niños en el campo.

Y el viejo, frotándose las manos, añadió cual si se dirigiera á una persona invisible:

--Todo está envuelto en el misterio. Margarita muerta para él; su hijo muerto ó desaparecido para siempre, él no volverá ¿qué haria aquí? Ya no tiene nada, porque se lo he quitado todo, y luego es muy claro que mis dias serán tranquilos y habré satisfecho tres venganzas en una.

Pocos momentos despues, D. Luis se habia acostado y su sueño, agitado é intranquilo, denotaba perfectamente el estado tempestuoso de su espíritu.



CAPITULO X.

El Rapto.

Margarita, en compañía de su hijo, se creía feliz. Sin embargo, la pobre madre estaba muy lejos de serlo; su rostro pálido y cambiado, demostraba bien claro la lucha constante y angustiosa de su enfermo corazón. Por otro lado, el trabajo penoso de cada día y las mil privaciones á que está sujeta la miseria, minaban lentamente aquella naturaleza ántes fuerte y vigorosa y hoy debilitada por los sufrimientos del alma y del cuerpo.

La jóven, en medio de su pobreza y tristísima condición, era orgullosa. Ocultaba á su generosa amiga el estado real de su posición y hacia creer á esta, valiéndose de mil medios ingeniosos y convincentes, la holgura y bienestar de su vida actual.

Tres meses hacia que Margarita, separada de D. Luis, vivía en compañía de su hermoso hijo. Su vida aislada y solitaria, se reducía á la única sociedad de Teresa

y la buena Isabel, nodriza que fué del pequeño Plácido. Se levantaba al rayar la aurora; aseaba su hijo, arreglaba su lecho y su vivienda y luego de tomar un ligero desayuno, entreabria el balcon y allí sentada en una pequeña silla, comenzaba su labor teniendo el niño sentado á los pies y fijando á cada instante sus ojos impregnados de una ternura intensa en el infantil y rosado rostro de su pequeño ángel.

La pobre madre, ajena á su desgracia, miraba á aquel niño como enviado por la providencia, para aliviar en parte su miserable vida.

Uno de los muchos dias en que la jóven trabajaba como de costumbre, un presentimiento horrible vino á estremecer su corazon, haciéndola temblar, sin darse cuenta de ello, por la vida de su hijo; tomó el niño en brazos y gruesas lágrimas corrieron de su ojos y con voz balbuciente comenzó á acariciarle, prodigándole mil nombres cariñosos y diciéndole: ¡pobre, pobre hijo mio! ¿Qué seria de mi vida sin tí?

¡Oh! tu eres el solo, el único consuelo en el desamparo horrible que rodea mi corazon.

Luego, cambiando de voz y con acento sarcástico y entonacion cruel y dolorosa, añadió:

—Pobre, si, pobre hijo mio; no tienes padre; tu madre infeliz, ¿qué puede darte? ni un apellido: ¿qué contestarás á la sociedad cuando te pida un nombre? ¿inclinarás tu pura frente avergonzado? y el mundo sin compasion, la sociedad sin piedad, te apellidará hijo del oprobio; ¡pobre! ¡pobre hijo de mis entrañas!

Y la desconsolada madre tornó á llorar acariciando

el niño. Este con sus grandes ojos turquí, fijos en el semblante de la jóven, parecia comprender el dolor que la embargaba y estendiendo sus pequeñas manecitas, comenzó á acariciarla sonriendo dulcemente.

Margarita lo olvidaba todo ante la sonrisa infantil del niño y besando su entreabierta boquita, y luego pasando la mano por su frente, cual si quisiera arrancar de ella la última sombra de pesar que la velaba aún, pareció tranquilizarse y acabó por sonreirse casi feliz.

En la tarde de este mismo dia, Margarita se disponia á salir; llevaba un atado bajo del brazo, é inclinándose sobre la cuna, iba á depositar un beso en la frente del dormido niño, cuando un casi imperceptible ruido llegó á su oido; volvió la cabeza y nada vió; entonces, sin desechar un temor extraño y misterioso que abrigaba siempre en su corazon, tomó al niño en brazos y cubriéndolo con su pañuelo, dió un paso para salir; pero entonces un segundo ruido fué seguido de la presencia de un hombre, que entreabriendo la colgadura del lecho apareció ante la jóven, haciéndo lanzar á esta un grito de terror:

—¿Quién sois? ¿qué quereis? balbuceó oprimiendo el niño en sus brazos.

El miserable se sonrió;

—¿Quién soy? no os importa, en cuanto á qué quiero, vais á verlo.

Y el infame ladron se lanzó sobre ella y tapando con su nervuda y callosa mano la boca de Margarita, trató con la otra de arrancárle el niño, suspenso y aterrado ante aquella lucha horrible.

La infeliz madre, privada de la voz, habia enlazado á su hijo con ambos brazos cual si fuera en un anillo de acero y con el rostro pálido de dolor y la mas horrible desesperacion pintada en él, luchaba heróicamente, aunque sintiendo agotarse sus fuerzas por momentos; el bandido tambien luchaba, pero ya cansado del poco éxito de sus esfuerzos, alzó el brazo con que cubria la boca de la víctima y teniendo con el otro al aterrado niño, dejólo caer brutalmente sobre la delicada cabeza de Margarita. La desdichada madre arrojó un grito, abrió los brazos y lanzando un ¡ay! doloroso, cayó de bruces sobre el desnudo suelo.....

Algunos dias habian transcurrido despues de la dolorosa escena que tuvo lugar entre Jacobo y Margarita.

La infeliz madre no pudo resistir al peso de su desventura, cuando vuelta en sí por los cuidados de Teresa é Isabel, se incorporó sobre el lecho y preguntó por su hijo, las dos mujeres solo la contestaron con lágrimas y gemidos. Entonces, presa de una incertidumbre horrible, llevó las crispadas manos á la frente; se irguió pálida y convulsa sobre sus rodillas y lanzando un grito de frenético delirio, saltó del lecho, llamando entre sollozos á su hijo.

Isabel y Teresa trataron de detenerla.

Ambas ignoraban las causas de aquella situacion, sin tener más dato que el estado en que hallaron á la jóven, y despues, las vagas palabras y horrible desesperacion de la infeliz, hiciéronlas comprender el origen de todo.

Margarita estaba de pié; sus ojos siempre dulces y

tranquilos, brillaban con una expresion siniestra; su rostro estaba lívido y cambiado hasta el punto de ser imposible conocerla.

Los pómulos de las mejillas, horriblemente marcados, parecian desprenderse, sus ojos desmesuradamente abiertos, giraban á todos lados, cual si buscaran algun objeto.

De repente volvió la cabeza:

—Y mi hijo, ¿dónde está? exclamó: tú lo tienes, dá-melo; no me lo quites, es mio.

Teresa sollozaba en silencio.

Margarita se llevó la mano á la frente; luego alzando el dedo sobre el lábio, añadió muy quedo, cambiando por completo la entonacion de su voz:

—Nó, nó, está durmiendo; no le despertéis...

Y la infeliz madre se dirijió de puntillas hácia la desierta cuna; entreabrió el blanco mosquitero, y buscando con avidez al niño, revolvió almohadas y colchon.

Su hijo no estaba allí.

Se oprimió con ambas manos las sienes, y con un grito del alma;

—¡No está! murmuró: ¡Me lo han robado! ¡me lo han robado!

Y al espirar la última palabra en sus labios, cayó de rodillas lanzando una carcajada seca y nerviosa como un preludio de dèmemia.

Desde aquel dia Margarita, completamente loca, se encerró en un silencio absoluto. No hablaba á nadie, y solo de tiempo en tiempo, se la oia lanzar un grito desgarrador y luego quedar sumida en un marasmo de profundo indiferentismo.

CAPITULO XI.

Demencia.

Al volver á hallar á Margarita, no la encontramos ya como la vimos en la suntuosa casa de su supuesto padre, ni siquiera como la hallamos por segunda vez, en su pobre, pero aseada habitacion de la calle del Temple. Sus delicadas formas, enflaquecidas y angulosas, habian perdido la redondez mórbida y graciosa de su primitiva belleza. Sus ojos, siempre hermosos, pero de mirada extraviada y recelosa, estaban desmesuradamente abiertos, con la expresion de la más profunda demencia.....

Vestia una saya ó túnica corta de sarga morada, y sobre su blanco pecho rodeado al cuello, llevaba un pañuelo de algodon oscuro.

Estaba sentada en el suelo, con los blancos pies desnudos y estendidos sobre el frío pavimento. Arrullaba en sus brazos un envoltorio y con voz triste, cantaba los versos de Maria Santísima.

De pié, por el lado de afuera de la verja que cerraba la puerta de la habitacion que ocupaba la loca, se veían dos personas que contemplaban á esta con expresion de supremo dolor y abatimiento.

La una era Teresa, y el otro un jóven médico del hospital, Fernando Benavidez, uno de esos tipos de especial dulzura, que basta verlos una vez, para inspirar veneracion y simpatia.

Fernando contemplaba á la jóven loca, y en sus pardos ojos de infinita dulzura se reflejaba un rayo de compasion conmovedora y tierna.

Teresa habia revelado al jóven médico los secretos de Margarita, y este, cuyo bello corazon simpatizaba con todo lo que se parece á la desgracia, cuidaba á la desventurada jóven con la solicitud y ternura de un hermano cariñoso; todos los medios imaginables habia puesto en práctica para volverle la razon; pero la ciencia habia sido impotente ante la locura de la pobre madre; todas las creencias y esperanzas del generoso médico se habian estrellado ante la fria demencia de la loca.

Despues de contemplarla largo rato, Fernando y Teresa entraron, y dirijiéndose á la jóven:

—Buenos días, Margarita, dijo Teresa, besando su pálida frente.

—¿Cómo estais, amiga mia? murmuró Fernando, estrechando entre las suyas la mano yerta y transparente de la jóven.

Esta alzó sus grandes ojos con una expresion vaga y tristísima y poniéndose de pié oprimió fuertemente el rollo que tenia en sus brazos.

— No, murmuró, no me lo quiteis; y retrocediendo huraña y recelosa, fué á refugiarse en un rincon de la habitacion.

— Margarita, amiga mia, exclamó Teresa, hondamente conmovida,—soy yo, Teresa, tu hermana querida, no huyas de mí, nosotros te amamos mucho, no te vamos á quitar á tu hermoso hijo, vén.

Margarita, al oir la voz de su amiga, se detuvo, escuchó arrobada un instante, y luego se pintó en sus ojos una expresion indefinible de asombro y duda y depositando el envoltorio en el suelo, corrió hácia la jóven, se paró delante de ella y mirándola fijamente:

—Nó, no es ella, murmuró muy bajo.

Y luego, repitiendo las palabras de Teresa, prosiguió:

—Tu hermana Teresa, mi hermoso hijo, nó, tú estás loca, yo no tengo hermana, Teresa murió, mi hi

Y la loca, sin concluir la palabra, se volvió hácia Fernando y exclamó dirijiéndose á éste:

— ¿Conoccis á mi hijo, señor?

—Si, amiga; sí, conozco á vuestro hijo.

—¿Verdad, señor, que es muy hermoso?

—Sí, Margarita, sí, es bello como un ángel.

—¿Y en dónde está mi hijo? exclamó de súbito, buscando con afan en derredor de la habitacion y con la insensatez pintada en el semblante, la mirada extraviada y la voz hueca y sollozante.

— ¡Me lo han robado! gritó, ¡me lo han robado!

Y fué á caer de rodillas en un rincon, sollozando amargamente.

Teresa también lloraba, los ojos de Fernando estaban húmedos.

—No hay esperanza, Dios mio, murmuró Teresa; muerto su amante, robado su hijo y ella loca, ¡Margarita querida, Margarita!

Y la jóven corrió donde estaba la infeliz demente, cubriéndola de lágrimas y besos.

El acceso fué debilitándose por momentos y la pobre loca quedó mas tranquila, mirando azorada cual si los viera por vez primera, á Teresa y Fernando.

Esta, que sufría horriblemente presenciando el doloroso estado de su amiga, volvió su noble cabeza hácia Fernando y reteniendo siempre entre las suyas una mano de Margarita:

—Decidme, Benavidez, dijo dirijiéndose al médico, ¿no os parece que la fria miseria en que yace mi infeliz amiga, contribuye en parte á hacer mas profunda su locura?

—En cuanto á eso, no me cabe la menor duda; el triste aislamiento en que vive, el cuadro de miseria que contempla á todas horas en esta húmeda habitacion, el duro tratamiento de que es objeto por la grosera gente que aqui sirve y sobre todo creo que su naturaleza no resista este género de vida y que su delicado organismo adquiera, á fuerza de contrariedades, una dolencia incurable, mil veces peor que la locura tranquila que ahora la embarga.

—Entonces, ¿sois de opinion que salga de aqui de cualquier modo?

Y Teresa al concluir la última palabra fijó sus ojos

Teresa también lloraba, los ojos de Fernando estaban húmedos.

—No hay esperanza, Dios mio, murmuró Teresa; muerto su amante, robado su hijo y ella loca, ¡Margarita querida, Margarita!

Y la jóven corrió donde estaba la infeliz demente, cubriéndola de lágrimas y besos.

El acceso fué debilitándose por momentos y la pobre loca quedó mas tranquila, mirando azorada cual si los viera por vez primera, á Teresa y Fernando.

Esta, que sufría horriblemente presenciando el doloroso estado de su amiga, volvió su noble cabeza hácia Fernando y reteniendo siempre entre las suyas una mano de Margarita:

—Decidme, Benavidez, dijo dirijiéndose al médico, ¿no os parece que la fria miseria en que yace mi infeliz amiga, contribuye en parte á hacer mas profunda su locura?

—En cuanto á eso, no me cabe la menor duda; el triste aislamiento en que vive, el cuadro de miseria que contempla á todas horas en esta húmeda habitacion, el duro tratamiento de que es objeto por la grosera gente que aqui sirve y sobre todo creo que su naturaleza no resista este género de vida y que su delicado organismo adquiera, á fuerza de contrariedades, una dolencia incurable, mil veces peor que la locura tranquila que ahora la embarga.

—Entonces, ¿sois de opinion que salga de aqui de cualquier modo?

Y Teresa al concluir la última palabra fijó sus ojos

con particular insistencia en los ojos de Fernando, cual si quisiera que este comprendiera todo su pensamiento.

Fernando se estremeció.

—Sí, es preciso, contestó maquinalmente, trastornado por aquella mirada incomprensible para él.

—¡Oh! vos no me comprendéis, dijo Teresa ¿ó acaso os pesa haber sido generoso con nuestra pobre enferma? ¿ó es indiferencia lo que os hace contestarme así?

—¿Indiferencia? señaladme un sacrificio cualquiera, por espantoso que sea, y me vereis ejecutarlo feliz si es mandado por vos.

Las mejillas de Teresa se encendieron y bajando los ojos, murmuró confusa:

—Nó, yo no os mandaré jamás nada que pudiera haceros sufrir; por el contrario, lo que deseo es que hagáis una obra de inmensa caridad que halagaría vuestra pura conciencia.

—¿Y qué es ello, amiga mía? podeis pedir todo lo que deseis, que os juro desde luego hacer lo que me pidais.

—Bien, por mucho que me cueste, voy á manifestaros con franqueza mi pensamiento.

Fernando se inclinó—Teresa prosiguió con su dulce voz, ligeramente conmovida:

- La dolencia de Margarita, me habeis dicho, será muy fácil se haga incurable atendiendo á las malas condiciones de todo lo que la rodea; ahora deseo que me digais qué creéis que le haga falta para ayudar á pre-disponer su espíritu enfermo á una reaccion favorable, aunque tardía, pero tal vez segura.

—Por lo pronto, seria necesaria una habitacion ale-

gre y ventilada que tuviera vistas á un panorama cualquiera, pero siempre bello y variado como el rio ó un jardin, por ejemplo; aquella habitacion debería tener un rayo de sol, perfumes, armonías y sobre todo, vuestra ternura y especial delicadeza.

—¡Oh! en cuanto á mi cariño, creed que jamás le faltará.

—Pues bien; si eso fuera posible proporcionarle á nuestra interesante enferma, casi podria aseguraros su pronto restablecimiento; pero, ¿á qué hablar de esto, querida amiga? son sueños sin efecto, yo nada puedo hacer, soy pobre, y vos no sé si.

—Os engañais, Fernando; vos podeis hacer mucho ó quizá lo principal, y yo, que tengo un padre inmensamente bueno y rico, puedo hacer lo demás.

—No os comprendo, esplicáos.

—Vais á comprenderme; suponeos que Margarita se pone mala, en dos dias muere de un ataque pronto; entonces vos pasais un parte como médico del hospital de haber fallecido la loca tal ó cual, para todos indiferente, y luego, poniéndoos de acuerdo con el ecónomo ó superiora del establecimiento, ya por amistad, ya por una gruesa suma de dinero que yo pondré á vuestra disposicion, sacáis el supuesto cadáver y haciéndonos únicos dueños de él, lo trasladamos á un pequeño paraíso que yó habré dispuesto para ella y donde los dos la cuidaremos como á nuestra hermana; ¿qué os parece, Fernando?

—¿Qué quereis que me parezca? que no sois un sér de la tierra, que sois un ángel.

—¡Oh! no digais eso; vos mejor que nadie sabeis cuanto amo á esa infeliz, que soy su amiga, su hermana, quizá lo único que le resta en el mundo, que daría gustosa mi fortuna, mi vida, porque un rayo de inteligencia volviera á iluminar su hermoso rostro.

—Creed, Teresa, que con vuestra angélica ternura hareis mas que cuanto la medicina pueda hacer.

—¿Y creéis, amigo mio, que el campo le seria conveniente?

—Sin duda, una alma impresionable como la suya tendria á cada instante nuevos espectáculos que despertaran en ella el sentimiento y eso es lo que mas conviene para avivar su imaginacion extraviada.

—Gracias, Fernando, es todo lo que deseaba saber.

Y la noble jóven, llevando fijo un pensamiento en su mente, besó la frente de Margarita y echando el velo de su mantilla sobre el lindo rostro, tendió su mano á Fernando. Benavidez estrechó con vehemencia aquella mano entre las suyas y reteniéndola suavemente;

—¿Cuando os volveré á ver? le dijo.

—Mañana, contestó Teresa, fijando en Fernando una mirada tímida y apasionada.

—¿Permitís que os acompañe hasta el carruaje?

—Me dareis un placer.

Y la cándida vírgen, sintiendo por vez primera su corazon inundado de un sentimiento dulcísimo, pero enteramente nuevo para ella, enlazó su brazo al de Fernando.

Quando hubieron andado un buen trecho, ambos callados y pensativos, Fernando volvió la cabeza y fijando sus ojos llenos de pasion en el rostro de la jóven.

—Vos me dijistes, Teresa, que ibais á manifestarme francamente vuestro pensamiento.

—Y lo he hecho, Fernando.

—Nó, habeis reservado para vos una parte.

—Yo no tengo secretos para Fernando.

—Debo creerlo, porque á vos quiero creéroslo todo.

— Preguntadme y vereis como os contesto la verdad de algo que he reservado sin pensarlo y que ni siquiera lo recuerdo.

—A ver, ¿decidme qué es? Es una pregunta solamente la que deseo haceros.

—Estoy pronta á complaceros, aunque sean muchas.

—Sois muy buena, con razon inspiráis tanta ternura.

—Vaya, decidme lo que quereis.

—¿Estais impaciente?

—Sí.

—Bien, lo que deseo preguntaros es, ¿qué os proponéis, al hacer pasar por muerta á Margarita?

—¿Y no lo habeis comprendido?

—Nó.

—Voy á decíroslo entonces: lo que me propongo es que una vez asentada su partida de defuncion, Don Luis crea en su muerte y que si Margarita, mas tarde restablecida, vive á mi lado, sea libre y tranquilece su espíritu, siempre sobresaltado por las negras maquinaciones de Don Luis, con la idea de que éste crée que murió loca.

—Teneis razon, no había caido en ello, sois hábil y os doy la enhorabuena por vuestra combinacion, que Dios quiera surta todo el efecto deseado.

Teresa se detuvo.

—Aquí está mi carruaje, dijo.

Y alargando otra vez su mano á Fernando, subió en él, perdiéndose bien pronto en las revueltas calles de Buenos Aires.



CAPITULO XII

Plan de un crimen

Don Luis, á quién hemos olvidado hace algun tiempo, y el que desempeña un papel tan importante en los sucesos de este drama, se halla en su bufete leyendo agitado y rabioso la carta siguiente:

“Don Luis

“Eres un infame, un miserable, pero no te desprecio, por el contrario, te odio, y tiembla, porque mi venganza se acerca. Vas á darme cuenta de ella y de mi hijo; de lo contrario morirás; te aborrezco. Hasta el veintiuno de Junio.

Plácido Santillana.

Don Luis concluyó, se agitó en el sillón y luego alargando el brazo tiró con fuerza la borla de la campanilla; se presentó un criado.

—Tóma, dijo Don Luis alargándole una tarjeta, vé

donde indican estas señas, busca á Jacobo Retamares y díle que Luis Saavedra le necesita.

El criado se inclinó y saludando desapareció.

La tarde de aquel mismo día, Don Luis recibia en su despacho á un individuo, que nuestros lectores conocen ya; oigamos la conversacion que ambos tenian.

Don Luis se dirigia al bandido.

—El veintiuno de Junio, quizá por la mañana, debe pasar por las Tres Cruces.

—¿Estais cierto, Don Luis?

—¡Vaya si lo estoy! y si dudas, mira.

Y Don Luis, sacando la carta de Santillana, la alargó á Jacobo.

Cuando éste la hubo leído, se quedó pensativo.

—¿En qué piensas, Jacobo? dijo Don Luis.

—En el medio de como debo componerme para dar con el pájaro.

—Eso no te preocupe.

—Por el contrario, es lo que mas me preocupa.

—Pero tienes un medio muy fácil.

—¿Cuál? decidlo vos.

—Irte algunos dias antes del fijado, y situarte anticipadamente en una posta cualquiera; por ejemplo, en la del “Cóndor”

—Teneis razon, no habia caido en ello.

--Pues señor, no hay mas que hablar; despacharlo y buen viaje.

--¿Pero. . . ¿y la paga? no me habeis hablado nada. . .

—¿Cuánto quieres? eh, no vayas á pedir una barbaridad, como la vez anterior.

—Lo justo, Don Luis, lo justo, el asuntillo es medio sério y creo que con cincuenta mil pesos no está bien pagado.

—¡Cincuenta mil pesos!!!... ¿estás loco?

—Ni uno menos; todo lo que me digáis será inútil; si no me dais lo que os pido, encargad á otro el negocio.

—¡Pero, Jacobo, ese es mucho dinero!

—No perdamos tiempo, Don Luis, vos no habeis sin duda reflexionado que tengo mujer é hijos y que corro mucho riesgo de vivir á la sombra por toda la vida, ó tal vez de ser ahorcado, como tres y dos son cinco.

—Y bien, dijo Don Luis, te daré lo que me pides.

—¿Cuándo?

—Cuando se haya consumado el hecho.

—Es decir, que si por una circunstancia imprevista se me escapa, me hiere ó me mata, vos os frotais las manos libre de todo, y en tanto mi pobre viuda yace en la miseria y yo en Patagones ó en el otro mundo, que es algo peor.

—Y, ¿qué quieres?

—Muy poca cosa, por cierto.

—Habla.

—Pues bien, yo por ahora no quiero dinero, porque el pájaro pudiera escaparse y yo salir sin lesion alguna y entónces sería un robo lo que haria en lugar de un negocio.

¡El miserable tenia escrúpulos de robar á aquel infame, é iba, sin embargo, á cometer un asesinato por su orden!

Jacobo prosiguió:

—No os pido dinero, pues...

—Y entónces, ¿qué diablo quieres?

—Vuestra firma, una garantía para que con ella pueda hacerse pagar mi mujer, si yo muero, la suma convenida.

—¡Cómo! exclamó Don Luis aterrado, ¿crees que yo te daré mi firma, miserable?

—No me insulteis, Don Luis; aquí vamos de igual á igual; sí ó nó y asunto concluído.

—¿Y crees tú que despues de haberte iniciado en mi secreto, te marcharias sin más ni más?

—¿Y seriais vos, por acaso, el que intentaria detenerme? contestó Jacobo lanzando una carcajada de irónico desprecio.

Don Luis se puso lívido de coraje.

—Sí, dijo, yo te detendria con el cañon de esta pistola, y dió un paso hácia Jacobo.

—Haceis mal en amenazarme; bien sabeis que os conozco y que no os temo; calmaos y pensad el negocio todo el tiempo que querais.

Don Luis se dejó caer en una silla, comprendió que con aquel hombre no podía luchar y reflexionando largo rato sacó en limpio despues de mil ideas y alucinaciones que era preciso librarse de Plácido de cualquier modo y por cualquier medio que fuese, y dirijiéndose á Jacobo que se paseaba á largos pasos:

—Te daré mi firma, le dijo resueltamente.

Jacobo se detuvo, un rayo de alegría brilló en sus ojos.

—Ya sabia yo, dijo, que acabaríais por ser razonable.

Don Luis se sentó delante de la mesa de escribir y mo-
jando la pluma, dijo á Jacobo:

—Vamos —

Este, con voz tan tranquila cuanto insegura era la mano de Saavedra, dictó lo siguiente:

“Yo, Luis de Saavedra, declaro bajo mi firma haber comisionado á Jacobo Retamares para asesinar á Plácido Santillana, mediante la suma de 50,000\$m/c que me obligo á pagar á su mujer, si él fallece en la empresa ó es llevado á presidio, en cambio de este documento.

Luis de Saavedra.

Jacobo leyó aquel papel dos veces, luego lo guardó en su roto paletó y tendiendo la mano á Don Luis:

—No tengais cuidado, señor, dijo, estamos á diez y seis de Junio, el treinta, si Dios no dispone otra cosa, se habrá arreglado el negocio.

—Cuento con ello, ¡éh! no vayas á colgarme.

—De ningun modo, cuando Jacobo promete, cumple ó muere, asi es que no debeis inquietaros por este asunto.

—Bien, anda con Dios y no olvides que en ese papel llevas mi honra y mi vida.

—No lo olvidaré.

Y diciendo esto, salió dejando á Don Luis sumido en profundas reflexiones, tan negras como su negra conciencia.



CAPITULO XIII.

Un rasgo noble

La tarde tocaba á su fin y la selva, muda en esa hora tristísima de profundo silencio, parecía dormida. El crepúsculo vespertino difundía sus oscuros tintes y la media luz, quebrando sus últimos reflejos en las vastas planicies, proyectaba mil sombras fantásticas y caprichosas.

El casco vigoroso de un caballo resonó á lo lejos y un jinete sudoroso y lleno de polvo apareció subiendo una pequeña ladera: las pisadas de aquel caballo poblaron la desierta selva y mil éccs misteriosos parecieron brotar del seno de cada espeso matorral; un perro; magnífico Bov-dog de respetables colmillos, seguía al caballero.

A medida que este avanzaba, la maleza crecida en el camino ocultaba por completo la senda haciendo imposible la marcha.

Nuestro hombre se detuvo, se irgió sobre los estribos

y alzando con la punta del látigo la ancha ála de su sombrero Jipijapa, tendió su mirada sobre la desierta llanura, y luego hablando consigo mismo, murmuró:

—Aquí concluye la senda, ésta parece no haber sido jamás hollada por la planta humana. En el mismo instante en que Santillana, á quien tal vez habrán conocido nuestros lectores, concluía su reflexion no sabiendo qué direccion tomar, el caballo, inquieto, aguzó las orejas y relinchando espantado dió una fuerte tendida.

Santillana volvió la cabeza y el perro, deteniéndose, olfateó y luego mirando hácia un lado de la cubierta senda, lanzó un feroz ladrido. Plácido tambien se detuvo, su perro y su caballo le decian bien claro que allí habia álguien, echó pié á tierra y despues de ajustar la cincha á su montura volvió á subir sacando la baqueta á su rewólver con la mano derecha y sujetando con la izquierda la brida del espantado caballo.

El perro gruñia sordamente, de pronto un ligero ruido llegó al oído de Plácido, aquel ruido era semejante al que produce la serpiente al arrastrarse sobre la seca yerba; Plácido se detuvo de nuevo, miró en torno de sí recelando una emboscada, y no descubrió mas que pequeñas matas de duraznillo blanco y de yerba mora.

—¡Bah! dijo, ahí no puede esconderse un hombre, te has engañado, Topácio, añadió dirijiéndose al perro.

Este miró á su amo y enseñándole sus agudos dientes gruñó amenazador, y olfateando entre la yerba en derredor de Santillana tomó la vanguardia, dispuesto sin duda á avisar á su amo del peligro, si lo descubria.

Plácido, una vez avisado siguió á buen trote siempre

precedido del perro y en dirección á una población de miserable apariencia, que se veía á corta distancia. Cuando llegó echó pié á tierra y desensillando con cuidado su caballo, se lo entregó á un mozo de caballeriza y seguido de Topácio entró en el comedor general.

La posta del "Cóndor" era uno de tantos miserables albergues en que el viajero de esos caminos tiene que pasar la noche ya en una mala cama, ya acurrucado en un rincón. Plácido entró, se instaló en una mesa desocupada y pidió de cenar. El mozo trajo un mantel, algunos fiambres, una botella de vino Mendozino y una enorme cafetera llena de mal café, que á Plácido le pareció delicado en fuerza del frío y del cansancio. Luego que hubo comido y arrojado á su Topácio algunas gruesas tajadas de lengua y de ternera, limpió sus labios con un rico pañuelo de batista y encendiendo un aromático habano se acomodó en un rincón y trató de dormir.

Un individuo de extraña figura y misterioso aspecto que hacia largo rato observaba á Plácido, se embozó en la capa, agachó el ala de su mugriento sombrero y levantándose de allí fué á sentarse en el mismo banco en que fumaba Santillana. El perro, con ese instinto especial de su raza Bov-dog alzó la cabeza y fijando sus ojos inyectados de sangre en el casi oculto rostro del desconocido, gruñó de una manera sorda y amenazadora, y luego, acercándose á los piés de su amo, se tendió cuan largo éra. Jacobo, pues era él, comprendió que tenía en Topácio un enemigo implacable.

—¿Es bravo vuestro perró, caballero? dijo dirijiéndose á Plácido.

Este alzó su varonil cabeza llena de magestad y dulzura y contestó al bandido:

—No os podeis figurar de que manera, estoy seguro, pues solo conque me tocarais la capa os saltaría al cuello de una manera feroz y con sus garras, mas fuertes que las de un tigre, os despedazarian antes que yo pudiera evitarlo.

Jacobo se estremeció. Acaso tuvo miedo ó mas bien el timbre triste y cariñoso de aquella voz llegó á su corazon despertando en su alma ennegrecida yá con la idea del crimen, algun sentimiento noble y generoso hácia su víctima!

Plácido cruzó una pierna sobre la otra y no se ocupó mas del súcio personaje que tenia á su lado; Jacobo, por el contrario, se puso de pié y comenzó á pasearse agitado; su conciencia luchaba de una manera desesperada.

—¿Qué me ha hecho este hombre? se decia, yo voy á matarle, Don Luis me ha dado un puñado de billetes; pero, no, yo no puedo ser asesino, imposible; si ella lo supiera ¡oh! jamás me lo perdonaria, y nuestro ángel, nó, nó, jamás, jamás, imposible, yo no puedo matarle, no puedo manchar mis manos con sangre inocente.

Y Jacobo, anhelante y casi vencido, tornaba á pasearse precipitadamente.

Plácido, enteramente ageno á todo aquello, tenia los grandes y rasgados ojos fijos en las oscilaciones del moribundó quinqué; aquella mirada tristísima y brillante con que devoraba el espacio, era tal vez el recuerdo de mil esperanzas y emociones pasadas. Margarita, esa sombra adorada que iba siempre unida á su alma, y

que giraba constantemente en torno de él, envolviéndole en un éxtasis delicioso de felicidad pasada, pero que vivía pura y eterna en su amante corazón.

De pronto se irguió, sus ojos vieron toda la realidad de su presente y apretando con ambas manos las sienes:

—¡Margarita! gritó, ¡mi hijo! ¡Dios mio! Dios mio! y un sollozo de inmensa desesperacion salió de su garganta.

Jacobo escuchó aquel grito, cesó la lucha de su conciencia y acercándose á Plácido:

—Señor Santillana, gritó con toda la fuerza de sus pulmones, quizá para ahogar el último éco de criminal avaricia que se alzaba dentro de su alma; señor Santillana, perdonádmeme todo lo que os voy á revelar.

Plácido se puso de pié, miró asombrado á Jacobo y trémulo de emocion;

—¿Qué dices, buen hombre? exclamó.

Jacobo, por toda respuesta, introdujo la mano en su cinturón de cuero y sacando de él un papel doblado cuidadosamente, lo alargó á Plácido; éste, ya repuesto de su primera sorpresa, tomó el papel y al leer su contenido una expresion de fiereza y odio implacable se pintó en su rostro.

Cuando hubo concluido miró fijamente de piés á cabeza al que tal vez debia ser su asesino y dijo sin dejar de observar los rasgos de aquella fisonomia vulgar, pero franca y simpática:

—¿Qué te ha inducido á ser generoso conmigo?

—Primero vuestra desgracia y despues mi horror á la sangre, pues yo nunca he sido asesino.

—¿Y quién te ha dicho que yo soy desgraciado?

—¡Oh! señor, basta veros para decir; he ahí un hombre con mas magestad que un rey, pero que lleva pintado el dolor del alma en la cara. .

Plácido miró á Jacobo con asombro.

Este prosiguió:

—Creédme, señor; yo nunca fui asesino, he aceptado la infame proposicion de Don Luis para proporcionar á mi mujer un poco de descanso y bienestar, pero os he visto, he escuchado el timbre májico de vuestra voz y como si el dedo de Dios hubiera llamado á mi extraviada conciencia, he renunciado á todo por salvaros la vida.

Los grandes ojos de Plácido brillaron á través de una lágrima con una mirada de inmensa gratitud; dió por fin un paso y abriendo sus brazos:

—Vén, dijo á Jacobo, hondamente conmovido.

Pero Jacobo se hizo atrás.

- No, dijo, no somos iguales; vos sois un caballero y yo soy un pícaro que he estado á punto de matar al mas noble de los hombres.

—Vén, repitió Plácido, tú tienes un corazon noble y el que es generoso es caballero.

Jacobo no esperó mas, se arrojó en los brazos de Plácido y este le estrechó en ellos; luego, sacando una cartera del bolsillo;

—Toma, le dijo, eso es para que proporciones algun descanso á tu mujer.

- ¡Oh! nó, exclamó Jacobo conmovido y desinteresado ante la generosa actitud de Santillana; no quiero que me pagueis el servicio.

—Este servicio no se recompensa con dinero, amigo mio, toma y dime tu nombre; puede ser que algun dia yo te sirva á tí.

Jacobo alargó su mano temblando y tomando el abultado rollo;

—Gracias, señor, dijo, mi nombre es Jacobo Retamares y mi oficio es el de changador de equipajes en el muelle de pasajeros.

—¿Y tu casa? ¿dónde vives?

—Perdonad, señor, pero no puedo deciros mi casa.

—¿Y por qué?

—Porque tengo miedo de que sepa mi mujer que Jacobo ha estado á punto de ser asesino y yo me moriría de vergüenza.

—Está bien, no lo exijo, pero si alguna vez me necesitas, toma.

Y Plácido alargó á Jacobo una tarjeta con las señas de la habitacion que iba á ocupar en Buenos Aires.

Jacobo guardó aquella tarjeta con supersticioso respeto y saludando á Plácido, salió, despidiéndose hasta el dia siguiente.

Cuando hubo desaparecido, la expresion del rostro de Santillana varió por completo, sus mejillas palidieron intensamente y su ojos, todavía húmedos, brillaron con un rayo de inmenso coraje.

—¡Asesino! ¡cobarde! murmuró con voz airada, yo sabré aplastar tu infame cabeza como se aplasta un reptil venenoso, sí, yo te mataré con mi mano y vengaré á todas tus víctimas.

Y Plácido, dominado por completo por el recuerdo

odiado de Don Luis, comenzó á pasearse á grandes pasos sin que sus ojos pudieran cerrarse con la agitación de su espíritu, aún receloso de las maquinaciones de su enemigo.



CAPITULO XIV

Vida ó muerte

Margarita, contra toda su costumbre, se habia levantado del oscuro rincon en que constantemente se veía y apoyada ligeramente en los gruesos barrotes de la puerta de hierro de su habitacion, contemplaba con avidez un pequeño niño, hijo del llavero del hospicio, el cual jugaba sobre las rodillas de su jóven madre.

Los ojos de la interesante loca lanzaban una mirada lúcida, profunda; esa expresion vaga é incierta de la demencia habia desaparecido casi por completo; la transparente y nítida blancura de su rostro se habia coloreado ligeramente y un rayo de su antigua belleza hermoseaba su descarnado rostro.

Cuando la madre, feliz con su pequeño ángel, sonreía, Margarita queria imitarla, pero sus labios solo hacian una mueca de indefinible expresion. De pronto Margarita se estremeció, abrió desmesuradamente los ojos, luego los

cerró como si quisiera concentrar sus extraviadas ideas en algun recuerdo de su pasado y acabó por abrirlos fijándolos tenazmente en el niño.

En esta actitud se hallaba la loca, cuando de pronto, como brotado de la tierra apareció en el pátio uno de tantos locos como polulan por aquel recinto y acercándose á la jóven madre y al niño, suspenso y aterrado, le dijo con voz de trueno:

— Dáme ese muchacho, yo me quiero vengar, ayer me hiciste enchalecar y hoy me he escapado para matar á tu hijo.

Adelaida, que así se llamaba la jóven, dió un grito de suprema angustia, estrechó el niño entre sus brazos y quiso correr, pero el loco, mas velóz que ella, la detuvo.

— No grites, le dijo, tienes que darme tu hijo, y con voz huraña y amenazante, repitió:

— Ayer me hiciste castigar y ahora me la vas á pagar bien

Adelaida vió en el loco un enemigo implacable y comenzó á pedir á gritos socorro.

En tanto Margarita, cadavérica, con la mas horrible desesperacion pintada en el semblante, con las manos crispadas, trataba en vano de romper los hierros para lanzarse fuera; el grito desesperado de aquella madre llegó á su corazon, despertando en su imaginacion, de una manera confusa, una escena terrible de su pasado.

El llanto de aquel niño acabó de disipar su extraviada mente y lanzando un grito pidió socorro con una voz inmensamente vigorosa; aquel grito fué oído por el esposo de Adelaida, llavero del hospicio que, con el látigo en alto, corrió hácia el loco.

Margarita no vió el final de aquella escena; solo se presentó á sus ojos un cuadro igual al que hacia cuatro años se habia representado ante ella.

La pobre jóven, en medio de su demencia, habia olvidado casi por completo la causa de su estado, pero en el fondo de su alma vivía dormido, aunque vivo y terrible como su desventura.

Como dijimos, Margarita no vió el fin de aquella escena, cerró los ojos y dando un grito sofocado dentro del pecho, cayó de espaldas en el suelo.

Aquella misma tarde Fernando, como de costumbre, al entrar en el hospicio se dirigió al cuarto de la jóven y empujó la puerta; ésta cedió ligeramente y volvió á cerrarse con pesadéz, cual sí fuera impelida por una fuerza extraña.

—Margarita, dijo Fernando figurándose á la loca acurrucada trás de la puerta, quitáos de ahí, os voy á lastimar.

Nadie contestó.

—Margarita, insistió Fernando, es vuestro médico, vuestro amigo el que os viene á ver.

El mismo silencio respondió á Fernando, un silencio de muerte que llegó á aterrarle.

—Margarita, volvió á gritar con toda la fuerza de sus pulmones; pero solo los desiertos ámbitos del oscuro calabozo repitieron el eco, prolongándose este tristemente.

Entonces una duda horrible se apoderó de Fernando; intentó de nuevo abrir la puerta, quiso con sus delicadas manos torcer los barrotes de la ventanilla, pero todo fué inútil; ni la puerta ni los barrotes cedieron.

Fernando volvió la cabeza y gritó al llavero que cruzaba en aquel momento el gran pátio del hospicio:

—¿Dónde está la loca que habita esta celda?

—¿Dónde quiere que esté, sino ahí, señor doctor?

—Aquí no está, la he llamado y no me ha respondido, he intentado entrar, pero la puerta, impelida por una fuerza estraña, vuelve á cerrarse.

—Ahora verá vd. como á mi me responde, dijo el llavero, avanzando hasta la puerta.

—¡Margarital borbotó con voz amenazante.

Nadie respondió.

—Es la loca mas caprichosa que he visto, dijo Simon, si está con la manía no ha de contestar, y diciendo esto empujó la puerta brutalmente.

Fernando arrojó un grito y se lanzó á detenerlo, pero ya era tarde; la puerta, obedeciendo á la fuerza prodigiosa de Simon, giró precipitadamente y ambos pudieron penetrar en la habitacion, aunque con algun trabajo.

Un cuadro horroroso se presentó á vista, Margarita, fria y rijida como la muerte, yacía de espaldas sobre el duro pavimento, pálida y cadavérica, su cabeza estaba entre un lago de sangre, las manos crispadas vueltas atrás y los ojos fijos y sin expresion, parecian empañados por la muerte. Una espuma sanguinolenta cubria sus lábios, y los dientes fuertemente unidos, denotaban la presion de las mandíbulas.

Fernando se puso de rodillas, aplicó el oido al corazon, éste no latía, el pulso tambien estaba paralizado; alzó suavemente con la yema de los dedos los párpados

hundidos de la enferma, y una débil esperanza iluminó su rostro.

—Todavía no está muerta; aun queda un soplo de vida en su cuerpo, y volviéndose á Simon, que permanecía profundamente conmovido, amigo mio, le dijo, la vida de esta infeliz señora puede extinguirse por momentos, corre y tráeme un poco de árnica, una esponja y algunas vendas, y luego escribiendo algunas palabras en una hoja de su cartera: para la señorita Teresa, añadió, que venga pronto, no te demores, por Dios.

Simon salió y dos minutos despues Fernando, siempre arrodillado ante el miserable lecho de Margarita, aplicaba la esponja empapada en árnica sobre una honda herida que ésta tenia en la cabeza muy cerca de la nuca.

Cuando hubo restañado la sangre, Fernando, rasgando su pañuelo de hilo vendó con él la cabeza de la loca, luego enjugóle con agua fresca la cara amoratada y se puso de pié pulsándola á cada instante, solícito y cariñoso.

Seis minutos despues, en una camilla conducida por dos hombres precedidos por Fernando y acompañado de Teresa que lloraba en silencio, cruzaba lentamente frente la puerta del “Hotel de.”

Plácido, desde un balcon de aquel mismo hotel, donde se habia instalado aquella mañana, vió la camilla é instintivamente le siguió con la vista, sin parar la atencion en las personas que la acompañaban, cuando el triste cortejo hubo desaparecido, Plácido se volvió, fijó sus grandes ojos en el cielo y murmuró con indecible angustia: ¡Margarita mia!!!

Margarita, conducida á casa de Teresa, fué puesta en un blanco y cómodo lecho. Teresa, con esa delicadeza y suavidad que solo poseen ciertas mujeres, enjugó con agua y vinagre el pálido rostro de la moribunda, humedeció aquellos apretados lábios con una gota de azahar y cubrió su seno descarnado con una rica camisola de encajes y batista blanca que prestaba á la loca un tinte de belleza espiritual, casi sublime; un médico jóven y otro anciano, de grandes ojos y venerable frente, se acercaron al lecho donde yacia Margarita.

Teresa, llorando amargamente, pasó á la otra pieza inmediata.

Fernando, de pié al lado del mas anciano de los médicos, miraba á la enferma ansioso y esperaba un fallo terrible que él no se habia atrevido á formular.

Margarita, siempre fria y ríjida, fué examinada prolijamente; aquel exámen se hacía largo y horrible para Fernando.

El mas jóven de los médicos aplicó el oido al corazon, de la enferma, luego la pulsó:

— Es una masa inerte, dijo, quizá vuelva á la vida, pero será para morir muy en breve en toda su razon.

El anciano movió la cabeza negativamente.

— Si muere, dijo, no volverá de su marasmo, y si vuelve vivirá.

Fernando se acercó.

— Dios mio, dijo asiendo con sus manos la rugosa mano del anciano, salvádmela maestro.

Este alzó su noble frente, y mirando á su discípulo murmuró con dulce y cristiano acento.

—Hijo mio, tú sabes como yo, que Dios en sus impenetrables designios, puso valla á la ciencia, y dijo al hombre: tú serás sábio, pero no pasarás de ahí, y con su mano divina le señaló un término á su ciencia y su saber: yo no podria, pues, prometerte salvar á esta infeliz señora, pero puedo darte una esperanza, tal vez incierta, pero que yo no dejo de abrirla, apesar de la opinion enteramente contraria de nuestro compañero.

Fernando inclinó la cabeza con desaliento.

—¿Acaso tú no la has observado, hijo mio?

—No maestro, solo he curado su herida.

—¿Te ha faltado el valor para saber la verdad?

—Tal vez.

—¿Te pertenece?

—Sí, por un lazo muy fuerte y simpático, que une á todos los corazones buenos en el mundo,—la desgracia.

—Oh! ¿era desgraciada?

—Mucho. Los órganos de su corazon deben estar enfermos por el sufrimiento.

El jóven médico miró sorprendido á Fernando.

—Es verdad, dijo, están estraordinariamente dilatados y pueden desbordarse produciendo la muerte.

—¡Pobre Margarita! y Fernando enjugóse una lágrima que surcó su mejilla, luego se aproximó al lecho y haciendo un esfuerzo, comenzó á examinar á la moribunda.

—En efecto, dijo, hay una gran dilatacion en la parte superior del corazon, y en el cenil hay tendencia á un reblandecimiento, por efecto de la enagenacion que ha sufrido, pero, casi puedo aseguraros que espero una reaccion favorable en la crisis que vá á presentarse.

—¿Lo creéis así? ojalá no os engañéis!

— Todo es posible, amigo mio, pero creo no engañarme.

— Entonces, es mas posible que viva segun vuestra opinion, Dr. Jazzon?

— Sí, y creo que si esto sucede, sin embargo, que tan posible es que muera como que salve, volverá á la razon porque este parasismo debe haber sido producido por algo que ha herido vivamente su imaginacion, quizá alguna escena que le recordó el pasado, ¿no sabeis cual fué la causa de su locura?

— Oh! sí; y Fernando contó al anciano doctor el rapto del hijo de Margarita:

Jazzon escuchó profundamente, y luego dijo:

— No tengais duda, algun niño del hospicio de dementes le ha recordado á su hijo, y le habrá producido este aletargamiento, que á veces en su fin es fatal y otras favorables segun la naturaleza; ¿es jóven?

— Creo que solo tiene veinticuatro años.

—¿Qué os parece Doctor Soulet? dijo Jazzon, dirijiéndose al otro jóven médico.

— Que la edad le es favorable aunque su naturaleza está muy empobrecida por los sufrimientos morales y su cerebro muy débil, casi sin resistencia para ésta lucha de vida ó muerte que sostiene.

Los médicos se apartaron á una distancia del lecho y despues de otra larga consulta, Fernando llamó á Don Victor, y dejándolo con los médicos, se fué en busca de Teresa. Esta en una pieza apartada, tendida en un sofá, lloraba sin reserva y retorcia sus blancas manos desesperadamente.

—Oh! no me engañeis, dijo, viendo entrar á Fernando, no me engañeis por Dios.

—Nó, murmuró Fernando, sufriendo doble con el sufrimiento de Teresa, no os engañaré, jamás, pero es preciso estar preparado para todo, sin embargo, de haber algunas esperanzas.

Teresa se detuvo.

—¿De veras? dijo acercándose á Fernando, ¿de veras, hay alguna esperanza?

—Si, mi noble amiga, si hay, pero no puedo deciros nada si no os tranquilizais algo,—y Fernando, atreviéndose por vez primera, se acercó á la desolada niña, y tomándola de la mano la arrastró suavemente hácia el sofá y la sentó á su lado.

Ella no opuso resistencia; por el contrario, como si aquel fuera su hermano, dobló el tallo en sus brazos y aquella linda cabeza la atrajo Fernando sobre su noble pecho, y la frente de Teresa se rozó un instante con la sedosa barba negra de su amado; aquella frente purísima estaba separada por muy corta distancia de la encendida boca de Fernando, pero el respeto lo contuvo; una lijera inclinacion hubiera bastado para unirse aquellas dos bocas, pero Teresa ni siquiera lo pensó, y Fernando inmensamente dichoso reteniendo en sus brazos á Teresa, no se atrevió á pedirlo tampoco. Fernando oprimió varias veces [aquella cabeza contra su pecho diciéndole:

—No lloreis así querida niña, no creais que sea un caso perdido, hay esperanzas y si vive volverá á la razon.

—Oh! Dios mio, exclamó la inocente vírgen, que sacrificio haría yo con tal de darle la vida?

—Vos sabeis Teresa, que eso solo Dios puede concedérselo, tened fé en él y tal vez podremos abrazar á nuestra amiga muy pronto fuera del mayor peligro.

—Oh! que él os oiga á vos Fernando, y si creéis que la fé puede influir en este caso, os juro que mi alma siempre está henchida de ese santo sentimiento, y que espera llena de fé sublime un milagro de Dios como el único que puede devolverme á Margarita.

La jóven enteramente ocupada de su propio dolor y llena del recuerdo de su infeliz amiga, ni siquiera habia participado de las emociones que en aquel momento hacian feliz á Fernando; así que un tanto calmada, se desprendió de los brazos de éste con la mayor naturalidad, y solo entonces cuando éste retenéndola suavemente le hizo alzar los hermosos ojos, húmedos y tristísimos, se estremeció, y bajándolos ante la mirada de inmensa pasion que le devoraba murmuró confusa.

—Oh! Fernando escusad mi dolor.

—¿Y ni una mirada me dais Teresa?

—Salvadme á Margarita y.....

—¿Despues seremos felices Teresa?

—Oh! sí, muy felices.

—¿Es una promesa?

—Tomadla como tal y no preguntéis mas.

—Os he comprendido, y variando de tono se puso de pié; esta noche quiero que descanséis, añadió, yo velaré con D. Victor.

Teresa se sonrió con dulzura.

—Idos á ver á Margarita y despues veré si debo hacer caso.

Fernando apretó aquella mano querida y salió diciendo:

—Gracias, ángel mio.



CAPITULO XV.

El niño de las violetas.

Era una hermosa tarde de uno de los primeros días del mes de las violetas y junquillos, Julio.

Un carruaje de elegante apariencia tirado por dos magníficos caballos oscuros de raza y manejados por un bizarro moreno criollo, de abotonado abrigo de cochero, guantes de gamuza y gran escarapela en la izquierda del sombrero alto, cruzó la calle de Juncal, y dobló por la de Esmeralda, haciendo trotar los caballos de una manera poderosa.

Los asientos de aquel carruaje forrados en brocatela de seda española, color caña, estaban ocupados por dos personas de distinto sexo.

El uno era un caballero quizá en el estío de la vida, y decimos quizá, porque su rostro era fresco todavía, aunque de un fuerte pálido; en aquel rostro no había ni una grieta que demostrara vejez, y sin embargo su lengua

barba casi blanca, y su brillante cabello de nieve contrastaban admirablemente, y prestaban á su semblante un tinte de belleza augusta y simpática, sus ojos grandes é intensamente azules tenían un reflejo especial de tristeza y melancolía indefinibles, la nariz era fina y aristocrática, la frente ancha y despejada parecía velada por una sombra de dolor perenne; era alto, esbelto y vigoroso sin ser grueso, contaría á lo sumo cuarenta y dos años.

Su compañera era un tipo enteramente opuesto, tenía el rostro moreno, con grandes y rasgados ojos negros, boca pequeña de labios gruesos y sonrojados; el cabello también negro y brillante, descendía de las sienes en rizadas ondulaciones hasta el nacimiento de su redondo seno; aquellos rizos prestaban una espresion de admirable belleza á la tristeza pensativa de aquel rostro tan simpático y lleno de bondad; tenía la nariz recta y la frente elevada y de una forma perfecta, parecía cruzada por una línea ó surco que solo lo marca el cansancio del alma; debía ser jóven, pero era imposible determinar su edad, por efecto de esa mezcla extraordinaria de juventud y de sufrimiento que se notaba esparcido en su semblante.

Ambos profundamente abatidos parecían sumidos en idénticos y dolorosos pensamientos.

De pronto el caballero alzó la cabeza y murmuró dirigiéndose á su esposa.

—Ya veis mi pobre Andrea, creíamos distraernos, y solo hemos agregado un dolor más á nuestro despedazado corazón.

—Sin embargo, Augusto, dijo Andrea, volviendo el

rostro á su esposo, yo no sé, pero te aseguro que apesar de la impresion dolorosa que he sufrido, una especie de consuelo ha llenado mi corazon; si yo pudiera encontrar otra vez ese niño de las violetas, si oyera su vocecita de ánjel, si pudiera siempre acariciar su rúbia y blonda cabecita, creo que seria menos desgraciada, dime ¿no es verdad que á tí te consolaria?

—Quien sabe, pobre compañera mia, yo no sé si seria menos desdichado, pero el recuerdo de mi pequeña Andrea jamás se apartará de mí, por mas que ese niño se le parezca tanto.

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos de Augusto, Andrea tambien enjugó los suyos.

—Hija mia, murmuró, y un sollozo que hinchaba su pecho fué sofocado por un alarido tremendo, unísono y prolongado que arrojó la multitud y por la brusca detencion del vigoroso trote de los caballos de su carruaje.

El carruaje una vez detenido fué suspendido por una ola inmensa de gente y un lloro infantil y lastimero vino á desgarrar el corazon de ámbos esposos.

Augusto inclinado hácia afuera no comprendió por el momento cual fuera el orijen de aquel tumulto, pero un grito angustioso de:

—Socorro! al niño lo han muerto los caballos, —los hicieron palidecer y saltando con Andrea del carruaje, apartaron á la gente con sus brazos y se arrojaron los dos sin temor de sí mismos, entre ruedas y carruajes. Augusto con una fuerza prodigiosa y una destreza admirable sacó milagrosamente en sus brazos, el cuerpo ensangrentado del niño de las violetas.

—¡Es él!! Augusto!—gritó Andrea.

—Dios mio!—murmuró Augusto, alzando los ojos al cielo, y con el niño, que parecia dormido en sus brazos, corrió seguido de su esposa, hasta la botica inmediata: allí fué hecha la primera curacion y una vez examinado por el médico, y luego despues de haberles asegurado este que no era grave, el niño fué llevado en brazos de Augusto.

El magnífico lecho de los esposos fué el lecho del niño; allí su rúbia cabecita todavia aletargada por la falta de sangre, descansaba sobre finísimos encajes y una de sus manecitas blancas como la leche de la almendra estaba sacada de su lugar y se apoyaba en una pequeña almohadita de algodón, improvisada por Andrea.

La herida hecha en la cabeza del niño, no era en sí tan grave. pero estaba espuesto, segun el facultativo á una congestion.

Andrea y Augusto, rodeados del mayor silencio estaban á la cabecera y solo ellos administraban los medicamentos por su propia mano.

Aquel niño les inspiraba á ambos una ternura que sin poder darse cuenta de su origen era inmensa. Era tan lindo y angelical aquel rostro infantil, que hasta los criados se interesaban por él.

Nadie al mirar aquella cabeza encantadora, apoyada en la almohada con toda la magestad con que debió apoyarse la cabeza del Mesias en las pajas del pesebre de Belén creeria que su traje era de andrajosa sarga y que su lecho habitual era tal vez un miserable catre de baqueta. Dormido, con su tranquila respiracion pura é

igual, parecia un ángel celestial descendido del cielo y detenido allí por una voluntad divina para consuelo de aquellos padres desgraciados.

Al día siguiente, en cuya noche anterior apenas habían cerrado sus ojos algunos momentos, fueron avisados por un criado de que una mujer de aspecto pobre, pero aseada, lloraba y queria ver al niño, el que decia ser su hijo.

Una contrariedad inmensa se pintó en los ojos de Andrea.

—Tenia que suceder amiga querida, dijo Augusto, yo mismo he hecho poner el aviso en un diario de la mañana.

—Has hecho muy bien, dijo Andrea, avergonzada de un egoismo, que era la vez primera se despertaba en su alma; has hecho bien, era nuestro deber,—y luego reponiéndose por completo añadió, volviéndose al criado—dile á esa infeliz señora que pase.

El criado salió y dos minutos despues entraba aquella madre desolada.

—Oh! Señora,—fué lo primero que acertó á decir,—¿se muere el nene?

—No se aflija V. dijo Andrea, verdaderamente afectada, el niño, y no se atrevió á decir su hijo porque era imposible que aquella mujer de tan vùlgar apariencia fuera madre de aquel ser tan delicado y distinguido, no tiene hoy peligro, está completamente salvo; por el momento, lo creimos grave, pero hoy estamos casi tranquilos.

Andrea al espresarse así parecia ser algo allegado al niño.

— Vos no me engañais Señora ¿no es verdad? no queriais hacerme sufrir mas.

— ¡Oh! nó, de ningun modo, ahora lo vereis, y Andrea poniéndose de pié invitó á aquella mujer á pasar á la pieza inmediata.

El niño casi aliviado por completo de los dolores que hasta entonces lo atormentaron habia abierto mas tranquilo los ojos y miraba azorado á todos lados.

Cuando vió á entrar á Catalina volvió la cabeza con indiferencia y luego mirándola con empeño.

— ¿Dónde me has traído Catalina? le dijo interrogando con toda la autoridad de un príncipe.

La buena mujer volvió á besar sus manecitas y respondió complaciente.

— Esta Señora tan bella como caritativa te ha traído aquí á su casa porque te halló enfermo y solito en la calle ¿no lo recuerdas?

- A esta Señora sí, á ella sí, yo le vendí violetas, y como si no pudiera espresar algun pensamiento, el niño se incorporó en el lecho y tomando la mano á Andrea: ¿quienes ser vos tambien mi madre Señora? le dijo.

— ¡Oh! si precioso niño, exclamó esta profundamente conmovida, yo soy tu madre desde ayer, ¿me querrás tu como si fueras mi hijo?

— Yo os adoraré como adoro á la virgen Maria, y el niño sin acordarse de su verdadera madre llenó de besos y monadas el rostro radiante de dicha de su nueva madre.

Catalina miró con envidia aquella escena y recordó con estrañeza el despego de su hijo para con ella, recordó que este jamás le habia hecho una caricia y que por el con-

trario solo habia sabido desde que su media lengua le permitió, reconvenirla y mandarla con superioridad y aspereza.

Andrea enteramente ocupada del niño preguntó sin notar la distraccion de Catalina.

—¿Y cómo te llamas hijo mio?

—Me llamo, dijo este sonriendo mientras que en su redondo y rosado carrillo se formaba un oyito encantador, me llamo Edgardo Retamares, ¿y vos como os llamais madre mia? añadió en seguida.

—Yo me llamo Andrea.

—Nó, ¿vuestro apellido? replicó impaciente.

—¡Ah! mi apellido ¿para qué quieres saberlo?

—No quereis decírmelo, dijo Edgardo tristemente.

—¡Oh! no llores, me llamo Andrea Bremot de Medina.

—Ahora sí, exclamó gozoso oyendo el nombre de su nueva madre, yo no quiero ser ya Retamares, quiero ser Edgardo Bremot de Medina.

Y el niño batió las manos en señal de contento. Andrea quiso hablarlo pero él prosiguió.

—Yo no soy Retamares porque no quiero ser changador como Jacobo, yo quiero ser rico.

Andrea y Catalina animadas de distintos sentimientos miraron asombradas al niño y la última dijo medio amostazada.

—¿Conqué no quiere ser changador el caballerito? entonces que será de tí, porque tu padre es muy pobre.

—¡Ah! no tengas cuidado, añadió el niño con uno locuacidad admirable, yo seré rico y á vos y á Jacobo os daré mucho dinero, pero me dejareis vivir con esta otra

mamá ¡eh! ¿contestame? y el niño alzó con sus manecitas la inclinada cabeza de Catalina.

—Sí, dijo esta con desaliento, si, yo haré todo lo que tu quieras niño querido.

Y una escena larga y semejante se sucedió durante la visita de la madre de Edgardo.



CAPITULO XVI

Un muerto que resucita

El rico reloj de pared colocado en el frente del comedor de la suntuosa morada de don Luis, acababa de dar las once de un hermosísimo día del helado Agosto.

El miserable asesino casi persuadido de la solidez de su fortuna y con la seguridad de la muerte de Santillana y Margarita, almorzaba alegremente en compañía de una jóven hermosa si se quiere, pero de facciones un tanto ajadas y repugnantes. Aquella mujer era de pequeña estatura, mas bien gruesa, rostro ligeramente moreno pálido; con cabellos negros, boca rosada, juguetona y provocativa, dientes blanquísimos: tenia grandes ojos de un negro intenso adornados por cejas del mismo color, espesas y unidas sobre el nacimiento de una nariz pequeña, graciosa y ligeramente respingada.

Llevaba un traje de casa, de color lila abierto sobre el seno dejando descubierta con malicia la turjente forma,

de su pecho. Tenia el cabello recogido con una cinta granate anudada á un lado y que en forma de moño caía por detrás de su cabeza.

Don Luis apuraba una copa de Oporto, saboreándose decía:

—¿No es verdad que me amas?

—Oh! sí, te amo como nunca he amado!

—Ahora vamos á ser felices, ya no hay obstáculos, toda mi fortuna es tuya, tendrás criados á tu disposicion, ricos carruajes y...D. Luis fué interrumpido por un criado.

—Señor, dijo, un caballero os busca.

—Que hombre tan importuno! exclamó don Luis, dile que pase á mi despacho.

El criado salió y don Luis tornó á acariciar con sus lábios el rostro de Inés.

En tanto un hombre entraba á su despacho.

Aquel hombre jóven, pero cuyo rostro estaba ya cruzado por una que otra prematura arruga, en cuyo negro y en sortijado cabello brillaban algunas hébras de nieve, aquel hombre era ni mas ni ménos que Plácido Santillana.

Entró resueltamente y aproximando una silla al bufete de don Luis, comenzó á revisar los papeles de éste que estaban esparcidos; sus ojos ansiosos se fijaron en un libro ó cuaderno manuscrito en cuya tapa se leía: "Diario de Andrea".

Plácido tomó aquel manuscrito y lo guardó en su gabán, sin darse cuenta de su accion; aquello le interesaba, creía descubrir una nueva infamia de don Luis, esperó cinco minutos y ya impaciente se disponia á ajitar el cordón de la campanilla, cuando apareció don Luis.

Al ver á Plácido, lanzó un rujido mas bien que grito humano, tembló su miserable cuerpo, sus manos vacilantes se apoyaron en el marco de la puerta y murmuró con acento bronco por la ira:

—Infame, me ha vendido!

El rostro de Plácido no sufrió la menor alteracion, irguió su elegante talla y dando un paso dijo con un acento marcado, imponente y cuya entonacion suprema acabó de helar á don Luis.

—Miserable, tú me has despedazado el corazon, te has complacido en arrebatarme una por una todas mis afeciones, te has cebado en los dolores, en las lágrimas de mi pobre Margarita, has hecho desaparecer á mi hijo, quizá le has quitado su inocente vida! bárbaro! todavia no te parecia bastante y has añadido un asesinato mas al catálogo de tus crímenes, ya te creias feliz saboreando tu infame obra, pero la Providencia que siempre vela por el inocente, detuvo el brazo del crimen y hoy me envia ante tí para ser tu juez, tu verdugo implacable para aplastarte con mi brazo como á un reptil ponzoñoso.

Don Luis convulso de rábía y de impotencia reunió sus fuerzas y dominando su profunda emocion dió un paso hácia Plácido.

—Vos me probareis todo eso, dijo, vos me lo repetireis ante un Tribunal donde sereis delatado por mí como asesino de mi hijo.

Plácido se sonrió con desprecio.

—No temo tus amenazas, antes que tú puedas urdir una nueva infamia yo sabré hacerte enmudecer para siempre.

Don Luis se puso pálido, miró en derredor buscando un medio con qué esterminar á su enemigo, pero Plácido que espiaba todos sus movimientos comprendió la intencion de aquel malvado y lanzándose á la puerta la cerró guardándose la llave, luego sacó un revólver de ocho tiros y mirando á don Luis que temblaba lívido de espanto persuadido de que era llegada su última hora, dijo:

—Yo te podia esterminar, bastaba apoyar sobre tu sien el cañon de mi rewólver, pero esa seria una muerte demasiado tranquila, para tí te reservo un género de muerte mas apropósito, tengo sed de tu sangre ¿lo oyes? mi venganza no tiene límite, todos los tesoros del mundo no bastaria para hacerme desistir de mi intento y á mas estoy harto de mi vida y cuando haya concluido contigo iré á reunirme con Margarita; pero sin embargo, á pesar de esto te queda un medio, todavía puedes vivir y aún yo te puedo perdonar en parte el mal que me has hecho.

Don Luis respiró.

—Ah! sí, os daré toda mi fortuna y dejadme la vida.

—No te he dicho que no quiero dinero, miserable, mi perdon no lo has de comprar con tus talegas robadas, pero en cámbio una sola palabra tuya bastará para darme algun apego á la vida y para mas tarde perdonarte.

—Hablad, exclamó don Luis, estoy pronto á deciros todo lo que querais.

—Está bien, si me dices la verdad mejor, si me engañas peor para tí, no te tendré compasion y cumpliré lo prometido.

Don Luis ansioso de curiosidad esperaba anhelante.

La voz de Plácido grave y sonora, volvió á resonar, pero mas dulce si se quiere, con la modulacion casi mágica que le era peculiar.

—Don Luis, dijo, si tú me dices que mi hijo ó hija vive, si me lo devuelves, aún puedo ser feliz y olvidar mi venganza.

Don Luis de pálido se tornó livido.

—Vuestro hijo balbuceó ¿qué sé yo de vuestro hijo?

—Ah! ¿con que no sabes de mi hijo?

—No, siempre he creído que murió al nacer.

—Mientes infame, tú sabes lo que fué de él y de mi Margarita.

—¿Y cómo quereis que yo lo sepa? ella nunca me lo dijo, me aborrecia, luego se enloqueció y poco despues murió maldiciendo vuestro abandono.

--Infame! infame! murmuró Plácido ocultando el rostro entre ambas manos y luego poniéndose de pié rodeó con sus dedos como con un anillo de acero el brazo de don Luis y sacudiéndolo con fuerza—si no me dices qué hiciste de mi hijo, exclamó fuera de sí, te mato ahora mismo, y apoyaba el cañon del rewólver en la frente de don Luis.

Este creyendo que iba á disparar.

—Perdon, gritó, yo os daré á vuestro hijo.

El infame en medio del espanto que le causó el furor del desdichado padre, concibió una idea diabólica, se dijo; engañándolo me salvo y al fin y al cabo cualquier muchacho de buenas condiciones puede hacer el papel del hijo de Margarita.

Plácido al oír el grito de don Luis, bajó el arma lenta-

mente y le dijo agitado todavía por tantas emociones.

— ¡No mientas! ¿es verdad que vive? ¿qué no le has muerto?

— No, no miento, vive y es hermoso como Margarita.

— Gracias Dios mio! exclamó Plácido, si este hombre no me engaña habreis oido mi eterna súplica, mas si me hace concebir esta bella esperanza para despues hacerme aún mas infeliz, tenedlo en cuenta Señor, para el dia de la espiacion.

Plácido estaba profundamente conmovido, la idea de ver á su hijo, de sentir sus inocentes caricias, le tenia trastornado.

Don Luis comprendió el efecto que habian hecho sus palabras.

— No me digais mas nada, dijo á Plácido, yo os daré á vuestro hijo y vos ¿qué garantía me dareis de mi vida?

-- Mi palabra de caballero, de respetarte siempre y olvidarme de tí ante el mundo tal cual si no te hubiera conocido, aunque interiormente te maldiga como al asesino de mi amada.

— Eso no es bastante.

— ¿Qué mas quieres?

-- Vos debéis tener en vuestro poder algo que pruebe mi crimen.

-- Una sola prueba tengo, pero esa es suficiente para perderte; figúrate que es una firma tuya al pié de una declaracion de asesinato que debia de perpetrarse en la persona de Plácido Santillana.

Don Luis se agitó; si Jacobo hubiera estado allí se habria arrojado sobre él como un tigre.

Luego serenándose un tanto, exclamó dirigiéndose á Plácido:

—¿Y le traeis ahora?

--No soy tan tonto, al venir aquí he dejado esa prueba en manos seguras, para que si yo no volvia á la hora fijada fueras ser delatado como asesino dos veces en mi persona.

Don Luis estaba perdido, él lo comprendia así: este hombre tiene que morir se decia á sí mismo, pero yo no encargaré el golpe á nadie, yo mismo lo daré.

--¿Qué piensas don Luis? dijo Santillana viendo la inmovilidad de éste?

Don Luis pasó la palma de la mano por la frente y luego murmuró:

--Pensaba que solo os entregaré á vuestro hijo si vos me dais esa firma que tiene mi cabeza suspendida del hacha del verdugo.

—No tengo inconveniente, te la daré cuando esté persuadido de que el niño que me presentes es mi hijo.

—¿Y cómo os vais á asegurar no habiéndolo conocido ántes?

--El corazon de un padre no engaña jamás.

—Luego vos solo contais con el sentimiento de vuestro corazon.

—Nada más.

--Está bien, dijo don Luis, pasado mañana es dos de Agosto, ese dia os espero yo con el niño, y á vos con la garantía que di á Jacobo, en el paseo de Márte hácia la izquierda de la estatua, á la orilla del rio.

—¿A qué hora?

--A las ocho de la noche.

--Te prevengo que tomaré mis medidas por si me tienes alguna emboscada.

--Perded cuidado señor Santillana, sois mas fuerte que yo y no trataré de luchar mas; solo os advierto que irá conmigo la buena muger que ha criado al niño.

--Piénsalo Saavedra, si me devuelves á mi hijo creo que hasta me olvidaré de véras de tus crímenes--y Plácido abriendo la puerta salió murmurando,--Hasta el dos de Agosto!



CAPITULO XVII.

Plácido al llegar á su habitacion y al sacarse el paletó sintió el manuscrito que sustrajera del bufete de don Luis y sentándose miró la esfera del reloj:

—Las dos, dijo, tengo tiempo de buscar á Teresa y comenzó su lectura.

DIARIO DE ANDREA.

LÁGRIMAS DE UNA MADRE.

Aquí habia arrancado algunas hojas y empezaba en la página 18.

Vivimos en el campo. Augusto se levanta temprano se despide de mi con un beso y parte á la ciudad donde ejerce su profesion de abogado: el dia para mi es interminable sin mi amable y querido compañero, me visto con aquellos trajes que mas le gustan á él, luego limpié las jaulas de mis canarios, arreglé mi linda casita, riego las flores de mi jardin y corto las mas preciosas y fragantes para adornar mi nido de amor, está es, mi gabinete.

Después leo á Lamartine el poeta favorito de Augusto, otras veces escribo un rato sinó tengo que hacer labor ó apuntar la ropa.

¡Ah! que placer indescriptible es el de zurcir y componer la ropa del hombre querido, del esposo tierno y enamorado.

Soy tan feliz, mi vida es tan tranquila que no se que escribir en este diario.

¡Mi diario! este el amigo querido de mi corazón. Llegó la hora en que él vendrá, siento el trote de nuestro noble *Rubí*.

¡Ah! voy á ponerme esta flor del aire, escondido su tronco en el cabello á ver si me dice que le parezco bien.

Augusto es rico, ha recibido una grande herencia de un tío que ha muerto en Chile y quiere irse á vivir á la ciudad: yo me he negado con dulzura... hasta he llorado por no abandonar mi casita de S. El persiste: dice que este es un sentimiento pasajero, que luego me agradará mas la Capital, que soy bella, que es un egoísmo de parte de él tenerme desterrada en este desierto. .

¡Ah! pero nó, es imposible, yo no puedo dejar mi casa, mis flores, mi alegre jardincito puesto por mi misma, mis limoneros cubiertos de azáhares, mis gallinas con sus pollitos que comen en el hueco de mi mano, los jilgueros y cardenales, las torcacitas y las viudas que vienen á buscar el alpiste que yo esparramo; imposible yo no quiero salir de mi retiro donde solo he respirado felicidad.

Augusto cree complacerme trocando mi sencillo y poético albergue por la suntosa morada de un príncipe:—irémos á la Capital, me dice, tu eres bella y con una fortuna á tu disposicion ¿qué mas se necesita para lucir y ser la reina de la moda? las mujeres mas hermosas se inclinarán ante ti deslumbradas por tanto brillo y hermosura.

¡Pobre Augusto! al hablarme así cree alhagar mi vanidad, despertando en mi sencillo corazon el deseo del lujo y la molicie, pero Augusto se engaña; yo jamás seria dichosa en esos grandes círculos donde solo se aprende el fingimiento y la mentira, donde se vicia la pureza del sentimiento y hasta las santas afecciones de la esposa suelen ser una farsa infamante, nó. ¡Mi corazon, mi carácter, mis costumbres, se resisten á ese género de vida,—allí en esos centros del gran mundo se necesita egoismo, vanidad é hipocresía en todo y yo enteramente agena á ese juego social no me prestaria jamás á desempeñar un papel indigno de la mujer honrada.

Mi deseo es amar y ser amada, formar la familia y cuidar del hogar; mis aspiraciones agradar á mi esposo hacer dulce y alegre su vida personificando nuestras dos almas en una sola.

El lujo es una frase hueca sin sentido para mí, es un mónstruo de colosales dimensiones pero que huye espantado cuando la sencillez y la filosofia le rechazan del hogar doméstico.

Mi atavio es de poco costo y no trocaria mi blanco vestido de cambrai ajustado solo á mi talle con una cinta escocés ó azul, por el pesado y espléndido vestido de

terciopelo y blondas que ni siquiera lo sabré llevar. Mi cabello dividido en trenzas ó en largos rizos tampoco podría cambiarlo en piramidal peinado de forma artística y elegante si se quiere, pero para mi pesado y enojoso; mis hábitos é inclinaciones son otras y en lo que Augusto cree darme la vida de los placeres, seria para mi un martirio insoportable, mejor dicho la muerte del corazon.

Me parece oír una carcajada satírica y burlesca lanzada por una bella dama del gran mundo exclamando,— “que tonta y ridícula es esta mujer, tiene los gustos de una ignorante campesina.”

Y yo mi á vez dirijo una sonrisa de desprecio diciéndolo:—no me dirijo á vosotras, no podeis comprenderme, ¡á que hablaros de la vida del corazon si la desconoceis por completo!

¡Que feliz soy! Augusto me ha dicho rodeando con su brazo mi cintura: “tú eres mi reina y señora, si tanto te empeñas en que nos quedemos, sea ángel mio, yo aqui soy mas feliz que en otra parte.

Ahora soy mas dichosa: ya no saldré de mi pequeño edén: no puedo esplicarme el miedo que me sobrecoje al concebir solo la idea de vivir en la ciudad, será quizá el recuerdo siempre fijo de ese hombre, de ese maldito italiano, que como una nube de luto lo veo siempre en el cielo de mi felicidad.

Augusto se rie de mis temores, me dice fatalista, pero lo cierto es que, los pequeños ojos de ese hombre están

fijos en mi imaginacion, y los veo hasta entre las hojas de la cortina de madreselva que cubre mi ventana.

No estoy buena, me siento lánguida, tengo pesadéz, se me desvanece la cabeza con frecuencia y ni siquiera riego mis pobres florecillas. Estoy profundamente triste, mi fiel Elisa se aflige y me ruega le diga á Augusto mi estado. No me atrevo, me encuentro avergonzada en su presencia no sé porqué, me parece que él tiene la culpa de lo que me pasa.

Voy á ser madre, que felicidad! Augusto no sabe que hacer de gozo: cuando llega la noche Augusto lee, y yo alegre y feliz, como no lo he sido nunca, confecciono prolijamente las gorritas de mi hija, sí, mi hija, porque yo quiero que sea niña, y allí al rededor de la mesa de labor alumbrados por la suave luz de una rústica lámpara de aceite, dobladillo sus pañalitos, y á todos les pongo una letra A. Soy rica, pero prefiero hacer por mis propias manos el canastillo de mi hija.

Ojalá que Dios al hacerme madre me conceda tambien la lactancia de mi hijo. Qué encanto indefinible es éste para una madre cariñosa! Dicen que las madres del gran mundo no crían á sus hijos, que encomiendan el cuidado de éstos á una nodriza cualquiera, porque dicen ellas que se pierde la belleza del rostro y la hermosura del cabello; yo, en mi rústica ignorancia, creo al contrario de lo que creen esas ilustradas damas: nunca me parece mas bella, mas interesante la mujer que dando el pecho á su hijo, prescindiendo por completo de la sociedad, y entre-

gándose de lleno á la inefable dicha de ser madre. Sí, yo criaré á mi hija; cuando se despierte, su primer sonrisa será para mí; no me robará una nodriza sin corazon, los tesoros de inocencia y de candór que solo pertenecen á la maternidad. Y luego si me pongo fea ¿qué importa? teniendo á mi hija sana, fuerte y hermosa.

Ya no me acuerdo del italiano, tenia razon Augusto, era solo una supersticion mia: no debo pensar en él, ya hace año y medio que no le veo, ¿se habrá olvidado de mí? Imposible, él me juró no olvidarme, seguirme siempre y Dios mio! qué horror! me dijo que me haria suya. Nunca le he dicho á Augusto esto, él se reiria, pero quizá llegaria á odiarle y entonces seria peor; mejor será que me calle y olvide.

Ayer fué dia de fiesta, Augusto y yo salimos á dar un paseo, cuando volvimos hallamos en nuestra casa un enfermo; un caballero extranjero ha sido mal herido en la cabeza y fracturada una pierna por su propio caballo, frente á la puerta de nuestra quinta: Octavio y Elisa nuestros criados de confianza, lo habian socorrido ya, curando sus heridas, y llamando en el acto al médico inmediato. Desde el momento en que llegamos Augusto se ha constituido á la cabecera del enfermo, cuidando de él con una constancia admirable.

Yo no conozco al extranjero, Augusto no me permite entrar, dice, que me haria mal efecto, pues delira y grita desesperado: mi hijo! mi hijo! —pobre hombre, nada podemos hacer por él mas que cuidarlo.

Un mes hace que no tomo este pobre diario depositario de mi felicidad; mi pulso está débil, tengo la cabeza desvanecida, pero es preciso que yo cuente á mi diario todo lo feliz que soy.

Tengo un ángel, es decir, una niña preciosa, blanca, rúbia como el oro, con ojitos celestes y la carita como un boton de flor del aire.

Como me ha cuidado Augusto! de rodillas á la cabecera de mi lecho ha pasado tres dias, yo debo haber estado muy mala, he pasado como un letargo.

Solo recuerdo una vision, que dice Augusto que habrá sido delirio: he visto al maldito italiano sentado á la cabecera de mi lecho, con sus pequeños ojos fijos en mi hija, luego se ha inclinado sobre mí y he sentido oprimir con su boca mi boca, yo creo haber lanzado un grito, que dice Augusto es verdad haberlo oido, y que ha volado á mi lado, y me ha encontrado desmayada, pero que nadie habia: le he preguntado si álguien habia entrado á mi habitacion: dice que él solo, que ni Elisa, ni Octavio, ni el extranjero, han entrado á pesar de haberle suplicado que le permitiera velarme para que descasara.

A propósito del extranjero, hace un mes y medio que está en mi casa y yo no lo conozco; dice Augusto que es el hombre mas agradecido que puedé existir, no ha querido irse hasta que yo no estuviera enteramente buena, ha pasado noche á noche en la puerta contigua á mi habitacion sin querer acostarse, suplicándole á Augusto que se fuera á acostar, que él deseaba ser útil; efectivamente, que yo pienso como mi esposo, este hombre es

una escepcion y es digno del afecto que le profesa Augusto, y de todo el que le dispensaré yo, así que lo conozca.

Dios mio! que sufrimiento tan atroz es el que deshace mi corazon, ayer tan tranquilo y lleno de gozo! no era, nó, una alucinacion de mis sentidos. Era sí una fatal realidad de mi destino.

El italiano ó sea Luis Rizzio está en mi casa, él se ha introducido miserablemente, haciendo farsa hasta de la evangélica caridad, con que mi Augusto le ha cuidado. Ha urdido una trama digna de él, y hoy el extranjero como le dicen todos, es casi el amo de casa, porque es el amigo de mi esposo.

Ayer al levantarme teniendo á mi inocente hija en los brazos, entró Augusto, y dándome un beso me dijo.

—Querida amiga, deseo que te conozca mi buen amigo Luis.

—Voy á sentarme en aquel sillón y puedes hacerle pasar, le contesté.

En efecto, Augusto salió y dos minutos despues apareció dando el brazo á Luis Rizzio. Al verle lancé un grito.

—¿Qué tienes? exclamó Augusto asustado.

—No es nada, murmuré, haciendo un esfuerzo supremo.

—¿Has tenido algun dolor? insistió mi pobre esposo.

—Sí, un dolor, le contesté, pero ya pasó, preséntame á tu amigo y huesped.

Augusto me lo presentó y el infame oprimió mi mano entre sus infames manos.

Su mirada de águila cayó sobre mi hija, aterrada cubrí con el pañuelo la carita inocente de mi Andrea, entonces alzó los ojos y los fijó en mi con una espresion provocativa y ardiente. Yo estaba confusa, en mi ofuscada imaginacion preveia el funesto desenlace de aquella situacion desesperada para mí.

En aquel hombre siniestro debia de haber un plan horrendo, oprimí á mi hijita en los brazos, comprendiendo sin saber porque, un peligro para ella.

Augusto feliz y gozoso conversaba alegremente, y ni siquiera puso atencion en mi ajitacion.

El italiano por el contrario, saboreaba miserablemente su obra infame, y me miraba con una complacencia inícuca.

Por fin aquella visita terminó y Luis alargándome su impura mano, me comprometió á darle la mia; un billete pequeño como una hoja de almendro quedó entre mis dedos. Augusto estaba delante, yo no tuve resolucion para descubrir la nueva infamia del que creia su mejor amigo.

Cuando hubieron salido ambos, convulsa y sollozando abrí aquel billete, solo decia esto: "He cumplido: si no quereis perder á vuestra hija, no digais nada á vuestro esposo. Mi amor y mi empeño por haceros mia, es mas fuerte que nunca. Ya no sois tan pura, la huella de mi boca está en vuestro orgulloso lábio.

Luis Rizzio."

Cuando hube leído no tenia miedo á aquel miserable: una súbita enerjía llenó mi corazon, y sin duda mas que mi honra y la felicidad de mi pobre Augusto, la vida de mi hija, me dió un coraje supremo y me propuse luchar ó morir.

Luchar ó morir! hé ahí la última palabra que he escrito en ese diario; sin embargo, soy muy débil, ya flaquea mi pobre espíritu, hay momentos en que recobro mi enerjía, pero luego el infame cinismo de ese malvado acaba por anonadarme. Muchas veces pensé en revelar todo á mi pobre Augusto, pero luego la amenaza de ese miserable me hace temblar y sello mi lábio.

Ayer Augusto se fué temprano y como yo manifestara mi deseo de abandonar este sitio, donde tan feliz he sido, se sorprendió, pero accedió gustoso á que nos trasladáramos á la ciudad.

Rizzio le acompañó.

Mas tranquila por verme sola, dí vuelta al jardin, luego volví á mi habitacion é inclinándome sobre el rostro puro é infantil de mi pequeña Andrea, deposité un beso en su boquita. En aquel instante dos brazos vigorosos rodearon mi cintura y el miserable Rizzio, atrayéndome sobre su infame pecho, trató de oprimir con su boca mi lábio, un grito de inaudita desesperacion salió de mi pecho, hize un esfuerzo violento y logré desasirme; busqué con la mirada un arma y me lancé hácia la estufa, cojí el atizador entre mis manos y blandiéndolo de nuevo en el aire:—Tócame de nuevo, grité fuera de mí, tócame y te mato.

Rizzio se rió con una risa satánica, dió un paso y mirando siempre á mi hija avanzó hasta ponerse á corta distancia de mí.

Es inútil, me dijo es inútil que quieras huir, estas en mi poder y voy á cumplir mi promesa, voy á vengarme de ti.

Yo estaba perdida, aquel miserable no me tendría compasion.

Una fuerza misteriosa sin duda me prestó resolucion, alzé el atizador y desafiando al infame con una mirada esperé dispuesta el golpe.

Rizzio no tardó, midió con la mirada con que mide el tigre la distancia que lo separa de su víctima y luego arrojándose violentamente sobre mí, trató de asirme las manos, murmurando:

No te resistas, eres mia.

Yo que esperaba aquel golpe, me hice atrás y agitando el atizador lo dejé caer sobre su cabeza. Dos chorros de sangre saltaron instantaneamente de la nariz y boca de Rizzio y abriendo los brazos arrojó un grito inarticulado cayendo de espaldas en el suelo.

Espantada, me creí por un momento asesina de aquel miserable y tomando mi hija en los brazos, huí de allí aterrada

.

Plácido profundamente conmovido é interesado suspendió su lectura y murmuró por lo bajo.

¿Si será Don Luis?

Luego tornó á leer, algunos renglones escritos con mano insegura: estaban borrados aunque ligeramente, quizá por las lágrimas de la víctima.

—Augusto ha llegado, todo se lo he revelado, todavía no es tarde, ha murmurado, yo sabré esterminar esa víbora.

La sangre fria de mi esposo me aterra, no sé hasta donde llevará su venganza. Me ha abrazado en silencio y dando un beso á su hija ha salido.

Augusto ha vuelto: Andréa mia, me ha dicho con un acento casi siniestro que ha helado la sangre en mis venas, voy á matar á ese miserable. El infame ha hollado todo lo mas sagrado que existe para un hombre de honor y no me ha hecho tan desgraciado grácias al valor heroico que te presto á ti la virtud, pobre ángel mio, pero en cambio solo con su sangre podremos lavar la afrenta y restituir la felicidad á nuestro hogar ayer tan risueño y alegre. No temas por mí, ha añadido, estoy seguro que lo mataré, adios, si no vuelvo mas huye de este pais Andrea mia y busca un refugio seguro para tí y para nuestra desdichada hija.

Algo mas me ha hablado Augusto pero yo no lo he escuchado ya; recuerdo solo que al abrir los ojos despues de un sueño pesado y fatigoso me he encontrado tendida en el suelo, sola y en silencio profundo, he vuelto hácia mi hija y he visto á Elisa, á mi noble Elisa que sollozaba de rodillas con mi Andreita en sus brazos.

¡Augusto Augusto, de mi alma! ¿donde estás?

Dios mio! ocho dias hacen hoy y no he tenido fuerza para escribir una sola palabra en este diario.

Augusto ha vuelto despues de dos dias de tormento

superior para mi corazón. Pálido y siniestro como la venganza no me ha hablado ni una sílaba; duerme intranquilo y á veces en medio de su agitación murmura con voz opaca y reconcentrada:—El Pacífico, el mar, los tiburones, sí. . . ya estoy vengado.—Luego se despierta sobresaltado y me pregunta si ha soñado fuerte: no, le respondo, pero dime ¿donde está ese miserable, que has hecho de él?

—¿Donde está? no me lo preguntes, ¿que ha sido de él? solo te puedo decir que eres como cristiana porque su alma perversa necesita de la oración de un ángel como tú; la venganza de los hombres es sin límite Andrea mía y tú llegarías á espantarte si supieras hasta donde he llevado la mía; no me preguntes mas á este respecto y volvamos á ser felices con nuestra amada hija. Si alguna vez descubres en mi frente alguna sombra de pesar sella tu labio Andréa y no me preguntes nada.

Al hablarme así Augusto todo lo he comprendido aunque confusamente, he obedecido á mi pobre esposo y he respetado su secreto.

Ya mi Andréa tiene un año. ¡Que linda es Dios mío! Su rosada boquita se sonríe con un candor é inocencia que nos encanta, se detiene algunos minutos sola haciendo pininos y luego abre sus redonditos brazos y los extiende pidiendo apoyo como si temiese caer; luego llama á su padre y hace mil monadas que satisfacen mi orgullo y vanidad de madre.

Augusto vive casi tranquilo, hay momentos en que lo creo otra vez realmente feliz: ama á su hija con una es-

pecie de adoracion, satisfaciendo gozoso el mas insignificante de sus caprichos.

Pobre esposo mio! despues de tanto luchar con una idéa fija y tenáz, quizá con la extraña desaparicion de Rizzio ha vuelto á su antiguo estado, es decir á la dulzura de su carácter y de sus hábitos; ha vuelto á animar su rostro la sonrisa bondadosa que tan simpático é interesante le hace.

Sus palabras no ha mucho breves y escasas, hoy son de nuevo tiernas y cariñosas, repercutiendo en mi enamorado corazon de una manera vaga y deliciosa como en los primeros dias de nuestro amor.

¡El y nuestra hija! he ahí los amores que llenan mi corazon y mi alma.

Nada tengo que escribir, soy tan feliz! Hace algun tiempo que mi existencia antes tan borrascosa ha cambiado rápidamente y hoy resbala mi vida con una igualdad llena de dulzura, soy dichosa y creo firmemente que ha cambiado la faz de lo que antes creia mi destino.

¡Mi hija! mi hija de mis entrañas ¿donde está? ¿que ha sido de ella? Dios mio! mis ojos en llaga no pueden llorar mas. He perdido mi hija! me han robado mi [hija! ¿que vá á ser de ella pobre ángel mio, sin el seno de su madre, sin las caricias de su infeliz padre? ¡Andréa, Andréa de mi corazon ¿donde estás? ¡Augusto mio, ya no tenemos hija!

Plácido suspendió la lectura y enjugó con el dorso de

su blanca mano una lágrima hija de la impresion dolorosa que el grito desesperado é impotente de aquella madre infelíz le arrancaba. Volvió la hoja, allí estaba escrito pero cambiada la letra. Era una carta pegada sobre el papel del manuscrito y concebida en estos términos:

A Andrea y Augusto.

En medio de las olas del Pacífico y cási moribundo, mi único pensamiento fué la venganza. Dos años he cruzado á vuestro lado, dia á dia, mas de una vez he estrechado la mano de mi asesino y con el nombre de Guillermo Preen, he entrado á vuestros salones y he acariciado á la pequeña Andrea como al instrumento de mi venganza. He llenado mis deseos en América y me vuelvo á Rusia donde dejaré á vuestra hija para presa de los hambrientos lobos. Ah! vosotros no sabéis el manjar que es la carne humana para un lobo, les gusta tanto como á los tiburones del Pacífico, já... já... já... já... já... como van á rechinar los tiernos huesos de la niña bajo las mandíbulas de un lobo! Cómo vá á espantarse la pequeña Andrea al sentir el frio de la nieve y al oír el ahullido de las fieras! al sentir el fuego de sus pupilas como faroles rojos! Va á llamaros, y yo como el génio de la venganza y el esterminio le contestaré con una carcajada y azuzaré á los lobos para que la devoren pronto.

En los desiertos de Rusia no hay quien oiga el ¡ay! del moribundo, y en las costas del Pacífico suele haber navegantes.

Adios—hasta el infierno.

Rizzio.

Plácido concluyó aquella carta horrenda y lanzando un grito de indignacion.

— Es él, exclamó pálido como la muerte, es él, no me cabe duda, es su letra, habrá variado el nombre nada mas. Oh! añadió poniéndose de pié y haciendo una cruz con la mano derecha, levantó los ojos al cielo y exclamó con una entonacion firme y resuelta - Margarita, mi hijo, Andrea, Augusto y vuestra hija: yo os juro por las cenizas de mi progenitor vengaros á todos, no arrojarlo en las olas del Pacífico, pero si ahogarlo en su propia sangre.



CAPITULO XVIII.

Celos.

En una linda habitacion de la casa ocupada por don Victor y su virtuosa hija, se veia en uno de los balcones bajos que daban al jardin, una jóven de un aspecto lánguido y enfermizo, blanca y pálida como el pálido lirio americano; de una hermosura maravillosa pero triste y llena de encantadora melancolía; llevaba un traje de alpaca negra sin otro adorno que un cordon blanco que ceñia flojamente su delgado talle, el cabello naturalmente ondeado caia descuidado sobre sus hombros y blanca garganta y el bello rostro enflaquecido, pero admirable por la pureza de sus facciones griegas, parecia velado por una espresion de sufrimiento y resignacion pasmosa.

Aquella jóven era Margarita: Margarita milagrosamente restablecida y recuperada por entero su perdida razon, estaba sentada en un cómodo sillón de la India y

fijaba vagamente sus ojos en el espacio, cual si engolfada en un dulce pensamiento mirara dibujada con luz en el éter, la imájen de su amor primero.

Un lijero ruido producido por el pestillo de la puerta al abrirla Fernando hizo volver la cabeza á Margarita.

—¿Cómo vá mi querida enferma? preguntó este entrando.

—Bien, contestó Margarita con el timbre dulce y cansado de su acento, ¿y vos os sentís mejor mi querido doctor?

—Ah! yo estoy bueno, enteramente bueno del cuerpo.

—Pero no del alma ¿no es verdad?

—Tal vez tengais razon amiga mia.

—¡Amiga vuestra! si yo fuera vuestra amiga Fernando, no sufririais ya porque me habriais abierto ese noble corazon y vuestra amiga ó vuestra hermana, como vos querais, hubiera volado al fin del mundo á buscaros la felicidad.

—Yo os conozco bien hermana mia, sé de todo lo que es susceptible vuestro hermoso corazon, pero creedme, de nada os serviria que yo os descubriera la llaga que hay en mi alma porque vos solo podriais llorar conmigo y eso os haria sufrir mas de lo que habeis sufrido.

—Oh! no Fernando, el corazon me dice que yo os serviré de mucho.

—Bien Margarita, si tanto os empeñais os lo diré todo, pero jurad no revelarlo á nadie y bajo ningun pretesto.

—Os lo juro.

Fernando estaba visiblemente conmovido, sus faccio-

nes enérgicas y hermosas estaban abatidas y un tanto melancólicas.

—Vaya hermano mio, decidme vuestro secreto, insistió Margarita tomando con cariño una mano de Fernando y aproximando su silla á la de éste.

—Sí, por mas que me cueste voy á deciroslo todo, escuchadme amiga mia, y Fernando comenzó así:

—Margarita, hace mucho tiempo que mi vida es un tormento, amo á Teresa, á vuestra hermana del corazon y ella me aborrece.

—Ese no era un secreto, para mí exclamó Margarita, sé que amais á Teresa, y siempre he dicho que habeis nacido vos para ella y ella para vos.

—En cuanto á lo segundo creo que es una alucinacion de vuestros sentidos.

—¿Por qué? Teresa, cuyo gran corazon es pura sensibilidad y ternura, ¿no ha de amar con pasion á un hombre como vos? ¿Conoce ella vuestro amor?

—Ah! sí, Margarita, mil veces se lo he jurado con las lágrimas en los ojos.

—¿Y qué os ha respondido?

—Al principio, por vez primera pareció conmoverse, luego se sonrió con amargura y me dijo: que farsa tan de mal gusto es ésta mi querido Doctor; no creais que soy tan niña, os aprecio suficiente, no me hableis pues de amor porque os perderia el aprecio; ¿qué querais que hiciera? me levanté, ahogué mi dolor y no vine en muchos dias.

Cuando volví pregunté por ella, entré con la confianza de siempre y la encontré en el salon bajo, estaba sola y

tenia los ojos rojos y húmedos de llorar, ¿qué teneis? exclamé alarmado y sin saber lo que hacia me puse de rodillas á sus piés: entónces se alzó con la mayor frialdad, — pasad, — me dijo, con tono seco y breve — á Margarita la hallareis en su habitacion, y desapareció.

--¿Y habeis insistido?

—Mil veces despues le he hablado de mi amor y siempre se ha sonreido con incredulidad y se ha alejado de mi lado.

—Es estraño, muy estraño, murmuró Margarita, profundamente pensativa; aquí debe haber un misterio que es preciso aclarar; yo no me esplico la conducta de Teresa, jamás me ha dicho una palabra de lo que me habeis contado; ella antes no tenia secretos para mí y muchas veces durante mi enfermedad, en medio de las veladas, me hablaba con entusiasmo de vos, casi os puedo decir con adoracion, y yo la escuchaba con complacencia porque creia que ambos debiais amaros.

—Ah! Margarita, no podeis imaginaros lo feliz que yo me figuraba amado por Teresa, cuando sus ojos divinos se fijaban lánguidos y llenos de pasion en los míos; cuantas veces en esas noches que os velábamos he sorprendido un rayo de amor en sus pupilas ó la he visto temblar conmovida solo al roce de mis dedos que oprimian su blanca mano al darle un remedio ó pocion que ella debia suministraros; una de esas veces fué tanta su turbacion, que la cuchara se escapó de sus manos y fué al suelo, entónces su frente se tiñó de rubor y con voz insegura y conmovida:—vos teneis la culpa—me dijo muy

quedo y ¡ah! Margarita, yo pobre insensato creía que me amaba.

—Pero Dios mio! este es un enigma que es necesario que Teresa nos dé su solución!, exclamó Margarita, y luego prosiguió:—ella no es coqueta, es tan pura y digna como un ángel, si ha sembrado ilusiones en vuestro corazón y hoy se complace en arrancarlas, no creais amigo mio que sea un sentimiento de monstruoso coquetismo lo que la impele á obrar así, creed y no dudeis que debe tener un origen ó motivo poderoso, ó quizá estará resentida por algo de vos, y ser su frialdad aparente, ¿quereis que le hable algo, que interceda?

—No Margarita, os doy las gracias, no tengo duda respecto á los sentimientos que abrigais hácia mí. Teresa me aborrece y callaré aunque mi vida sea un tormento....

Margarita inclinó la cabeza.

Aquel cambio, aquel proceder de su amiga ó mejor dicho de su hermana, la tenia trastornada y confusa. A su revuelta mente vinieron mil ideas en tropel, recordó haber notado alguna tibieza en su amiga, luego haberla sorprendido llorando algunas veces, haberla visto sola paseando á deshoras en el jardín, su falta de apetencia, las reprensiones de don Víctor por el estraño cambio que se habia efectuado en ella y otras mil cosas que si bien antes habian llamado su atencion no las habia creído de trascendencia, ahora todo lo coordinaba y sacaba en limpio que algo de estraordinario pasaba por el alma cándida é inocente de aquella niña que jamás habia amado y que nunca tuvo otro pesar que el sufrimiento de Margarita.

La enferma alzó su blanca frente.

—Es preciso, dijo, que yo sepa lo que tiene mi pobre Teresa, yo haré lo que humanamente se puede hacer, me sacrificaré gustosa y le volveré la paz del alma si la ha perdido, y á vos mi noble amigo, mi generoso bienhechor, os juro que haré por vuestra felicidad todo lo que esté en mi mano hacer.

Fernando tendió sus brazos á Margarita y ambos lloraron como podían hacerlo dos hermanos cariñosos.

La cortina que cubría la puerta del centro, del gabinete de Margarita, se ajitó de una manera imperceptible y el rostro casi lívido de Teresa apareció entre el azul de la pesada tela,

--Infames, murmuró, se aman.

Luego se alejó vacilante llevó ambas manos al pecho y un sollozo inmenso sin respiración, alzó su inocente seno.

Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas y sus labios pálidos y balbucientes se oprimieron convulsivos; llegó al jardín y allí apoyada la cabeza en el tronco de un corpulento granado:

--Se aman, repitió entre sollozos, y no me lo han dicho. Ahora ya no es una ilusión, es una verdad amarga, sí, no me cabe duda, los he visto el uno en brazos del otro; pero ¡Dios mío! ella! Margarita! tan noble, tan virtuosa, tan amante, ha podido olvidar su amor, su locura y todo lo que debe á su decoro hasta el extremo de aceptar un nuevo amor y corresponder á él de un modo tan espresivo? yo la he visto llorar y á él también! porqué esas lágrimas si son felices? Ah! pero nó, yo no puedo

estar al lado de ellos ni un minuto mas, su felicidad me hace daño, pero Dios mio! yo estoy loca, Margarita no puede amar á nadie, ella ha sido una santa, virtuosa hasta el heroismo, ¿cómo es posible que ame á Fernando? y él, Fernando á quien amo mas que todo en el mundo, él que mil veces de rodillas me ha dicho que me ama y que me ha jurado un amor eterno apesar de mi desdén aparente, él me ha engañado como yo presumia y es el amante de Margarita, sí, yo me iré al fin del mundo y no los veré mas.....

Teresa que resuelta y visiblemente conmovida habia pronunciado en voz alta las últimas palabras, volvió su linda cabeza hácia atrás y su rostro pálido se tiñó de rojo.

—Margarita! murmuró balbuceante y quiso alejarse.

La pobre enferma que habia oido la última palabra de la jóven exclamó con asombro mirando fijamente el puro semblante de Teresa, embellecido por el dolor.

—¿A dónde te vas hermana mia?

Teresa nada contestó.

—¿No me has oido? insistió Margarita.

—Sí, te he oido Margarita, murmuró Teresa por lo bajo, pero nada te puedo decir.

—Cómo, ¿qué tienes tú secretos para mí?

—Solo he deseado imitarte, Margarita.

—¿Imitarme á mí? ¿acaso yo los tuve para tí jamás?

—Ah! Margarita! hermana mia, júrame que no los tienes ahora y te pediré perdon de rodillas.

—De rodillas! y pedirme perdon á mí? ¿y de qué? mi querida niña, si tú jamás me has ofendido? ¿quiéres que

yo te jure que no tengo secretos para tí? sea en buena hora, pero tú sabes que mis secretos están en mi corazón como en el tuyo, mas, si lo deseas, poniendo á Dios por Juez de mis acciones y por el recuerdo de Plácido, que tú sabes lo sagrado que es para mí, te juro que no tengo secretos ni los tendré jamás para ti. Si una acción indigna cometiera en mi triste vida, no tendria inconveniente en que lo supieras y tú siempre indulgente me perdonarias ¿no es verdad?

—Oh! sí Margarita, no sabes el bien que me has hecho con tus palabras.

—¿De veras? y qué ¿dudabas de mí?

—Quizá.

—¡Cómo! exclamó Margarita cubriéndose su semblante de un palidez mortal, quizá descubriendo con su perspicacia de muger, lo que pasaba en el corazón de Teresa. cómo ¿dudabas de tu hermana?

—Sí, amiga mia.

—¿Y no puedes decirme qué género de dudas eran esas?

Teresa vaciló, llevó el pañuelo á sus ojos y comenzó á llorar.

—Pobre niña! murmuró Margarita, fijando sus hermosos ojos azules en la frente de Teresa.

Luego tomando aquella rubia cabeza entre sus manos, le dió mil besos, aplicó su rosada boca al oído de la celosa niña, diciéndole muy quedo:

—Tenias celos de mí, creiste que amaba á Fernando, ¿no es verdad?

—¡Perdon! perdon! gritó Teresa, sollozando avergonzada.

Margarita tornó á acariciarla con toda la ternura de una madre.

—Perdónamel perdóname, insistió Teresa, rodeando con sus nacarados brazos el cuello delicado de Margarita.

—Qué te perdone! dijo ésta sonriendo dulcemente, si, si te perdonaré, pero con una condicion.

—Oh! todo, todo cuanto tu quieras.

—Bien, dime la verdad, ¿amas á Fernando?

—¿Si le amo? Dios mio! sin él mi vida será insoportable.

—Y si tanto le amas, ¿porqué lo has rechazado con tanta frialdad? porqué te has gozado en sus lágrimas, tú, tan noble, tan generosa, ¿porqué has hecho eso?

—Yo creia todo ficticio en él, creia, perdóname, que te amaba á ti.

—¿Y que te ha hecho creer ese absurdo?

—La solicitud y ternura que ha demostrado siémpre por ti.

—¿Y no sabes que todo ese cariño que demuestra hácia mi, es hijo del afecto que tú me profesas? ¿y tú no sabes, prosiguió aquella noble criatura, que tú eres su vida, su única ambicion en la tierra, que eres mas todavia, que eres su felicidad, su gloria, en fin; tú no sabes que hace media hora se ha arrojado en mis brazos, llorando tu frialdad, y diciéndome que tú le odiabas, que era muy desgraciado, que aborrecia la vida sin tu amor?

—¿Seria verdad? exclamó Teresa, quitando el pañuelo empapado en lágrimas de sus ojos.

—¿Quieres que el mismo te lo repita?

—Oh! si Margarita, ojalá ahora mismo estuviera aqui para pedirle como á tí perdon de.....

Teresa no concluyó.

Fernando pálido de amor, con los ojos arrasados de llanto, y el lábio tembloroso de emocion, cayó de rodillas á los piés de la jóven.

—Perdóname tú ángel mio, dijo contemplando arrobado el rosado tinte de rubor, que coloreaba el rostro candoroso de Teresa.

—Perdóname tú, alma mia, porque te he hecho sufrir involuntariamente.

—Perdóname tú y luego recompénsame con celestial ternura tú pasada indiferencia.

Margarita habia desaparecido, la felicidad de los dos amantes le hacia sufrir; los recuerdos de su dicha pasada volvian á su corazon vivos y desgarradores. . . .

Dos dias despues Fernando entraba alegremente en el salon bajo: alli estaban las dos amigas.

Tendió una mano á la enferma y tomando la que le alargaba su amada, imprimió en ella un beso:

—Dentro de quince dias, exclamó, serás tú mi eterna y adorada compañera, y vos Margarita, sereis nuestra hermana inseparable.

—Fernando, murmuró ésta con la voz entrecortada por la emocion, el dia que seas esposo de mi querida Teresa, ella será feliz y yó muy desgraciada siempre, buscaré refugio en un asilo religioso donde pasaré el resto de mis tristes dias.

El rostro de Teresa cambió de color, y sus ojos llorosos y asombrados se fijaron en su hermana.

Fernando sin ser dueño de si mismo exclamó:

-Cómo, ¿quereis entrar en un convento?

-No precisamente á un convento, eso seria un egoismo y ni siquiera estaria con mis creencias; entraré á un asilo de caridad, donde á fuerza de sacrificios enjugaré las lágrimas del que sufre, aliviando en parte á la humanidad doliente.

-¿Y ese propósito es inquebrantable? se atrevió á preguntar la afligida niña.

-Si, Teresa mia, es la única mision que puedo llenar en esta vida; yo no puedo ser madre, tampoco puedo ser esposa, ¿qué quieres, pues, que sea sinó hermana de Caridad? Si un dia me necesitas me tendrás á vuestro lado, no exijas otra cosa de esta pobre mujer; despues de perder á mi hijo y á mi amante, ¿cómo quieres que viva en el mundo Teresa?

-Al lado de tus hermanos como has vivido hasta ahora.

-Nó, ahora es distinto, antes queria cuidarte, ahora él velará por tí, y Margarita designando á Fernando salió cegada por el llanto.



CAPITULO XIX.

Inés.

Volvamos á Plácido, nuestro interesante amigo.

Santillana persuadido de la maldad de Don Luis, temia una emboscada, y aunque una débil esperanza alimentaba su corazon de padre, no por eso se hacia ilusiones comprendiendo la perversidad de su enemigo.

Aquel malvado no se saciaba con nada. Cuando Plácido hubo salido de su despacho, el miserable buscó con avidéz el manuscrito que el amante de Margarita le sustrajera, y al no hallarlo una desesperacion inaudita se apoderó de él.

—Me ha robado, gritó convulso, estoy perdido, completamente perdido, maldito, maldito sea, y una baba asquerosa é hidrofóbica cubrió su repugnante boca.

Inés, su querida que no hacia mucho acariciaba con fingida ternura su escúalido rostro, todo lo habia escuchado oculta tras la barandilla del escritorio. Inés horro .

rizada de tanta infamia, miró con repugnancia á aquel miserable asesino, y el único sentimiento, quizá, noble que habia en su corazon, se despertó de repente ante la inmensa desgracia de Santillana, y mas perspicáz que el infame crápula:

—No importa, se dijo, lo engañaré por mas que esto sea un tormento y quien sabe, tal vez pueda ser útil á ese pobre padre.

Inés una vez tomada esta resolucion, cuando ya iba á marcharse, volvió sus pasos atrás y entró resueltamente en el bufete de Don Luis, rodeó con sus brazos el cuello de éste y con voz insinuante:

—¿Qué tienes, le dijo, sufres y no partes con tu querida los pesares?

—Déjame mujer, déjame en paz, gritó fuera de sí, enseñándole á Inés su rostro cadavérico y mil veces mas feo que de costumbre.

—¿Cómo, exclamó, con la entonacion humilde del que representa el papel de víctima, que ya no te puedo ayudar en nada? ¿no me necesitas Luis? entonces me marcharé —y dió un paso.

Saavedra se volvió.

—Vén, dijo cayendo en la red, perdóname si soy duro contigo ¿que quieres? todos me venden, de todos desconfío.

—¿Y de mí tambien?

—De tí nó, tú no eres capáz ¿es verdad?

—Dime, que quieres y me sacrificaré por tí.

—¿Tu tienes un hijo Inés?

—Si Luis.

—¿Qué edad tiene?

—Tres años cumplidos y es hermoso como un querubín.

—¿Poco más ó menos las facciones?

—Es blanco, rosado con ojos azules, con largos tirabuzones como el oro, es delicado como una niña y con una vocecita de verdadero ángel.

—Bien, bravo, borbotó el viejo malvado, dulcificando su aspecto.

—¿Y por cuánto me cederás á tu hijo?

Inés tembló, su corazón de madre dió un vuelco en su pecho, pero repuso con serenidad:

—Dáme trescientos mil pesos, y esta noche estará mi hijo á tu disposición.

—Corriente, dijo éste sin vacilar.

Inés no tuvo ya fuerza para acariciar á aquel hombre amasado con el crimen y salió apresuradamente en busca de su hijo....

Eran las ocho de la noche designada por Saavedra para entregar el hijo de Plácido.

Una mujer de pequeña estatura, aunque de andar elegante y gracioso, caminaba apresuradamente por una acera de la calle de Rivadavia: llevaba el rostro cubierto por un espeso gipiur, y sus ojos negros y ardientes despedían rayos de inquietud á través del tupido velo.

Aquella mujer cruzó con rapidéz la calle de Reconquista, y se detuvo frente á la entrada principal del Hotel de.....

El salón primero estaba desierto, jiró su cabeza á todos lados y se encontró sola, entonces unió sus pequeñas

manos y una fuerte palmada hizo asomar la soñolienta cabeza de un gallego dormilon, que á falta de parroquianos á quien servir se entregaba en los brazos del Dios del sueño.

—¿Qué se os ofrece señora? dijo restregándose los ojos pesadamente.

—¿Teneis un huesped, dijo Inés, pues era ella,—que se llama Plácido Santillana?

—Oh! sí, sí, un guapo mozo por cierto y generoso á no haber otro, ¿quereis que le pase algun recado?

—Si teneis la bondad, dijo Inés, me hariais un gran servicio.

—Bien, decid linda niña, en que os puedo servir.

—Entregando esta tarjeta á esa misma persona y volviendo pronto, porque estoy impaciente.

—Perded cuidado señorita, voy y vuelvo como el telégrafo, y salió rápidamente.

Inés en tanto se paseaba inquieta. Las pisadas del mozo volvieron á resonar en la escalera, y luego la voz de éste que gritaba desde el primer descanso:

—Subid Señorita, el señor Santillana os espera arriba.

Inés no se hizo repetir, subió de dos en dos los escalones y pronto se halló frente á Plácido que, pálido y contraído por la indignacion apenas saludó á Inés. Esta se inclinó lijeramente, y alzando su pesado velo dijo, mirando á Plácido fijamente.

—¿Habeis leído la tarjeta que os hé enviado, señor Santillana?

—Dispensad, murmuró éste volviendo en sí del anona-

damiento eu que estaba sumido, dispensadme señorita, ni siquiera sé lo que me habeis dicho.

—¿Cómo, que no habeis leído la tarjeta?

—¿La tarjeta...? ah! ¿luego es vuestra?

—Si señor, es mia.

—Y decís que no es mi hijo el niño que debe presentarme ese miserable de Saavedra.

—Nó; no es vuestro hijo.

—Y decidme señora, ¿que nueva infamia se propone ese malvado, con hacerme juguete de sus inícuas maquinaciones?

—Y qué, acaso no comprendéis que quiere por cualquier médio librarse de vuestra venganza?

—Teneis razon, presentándome á ese niño y cayendo yo en la red, como hubiera caido si no fuérais vos señora, habria ahogado mi ódio y mi venganza, y habria vivido engañado acariciando mi supuesto hijo, y Plácido lívido de rábía se paseaba á grandes pasos.

De pronto se detuvo.

—Y decidme señora, dijo dirijiéndose á Inés, ¿vos sabeis quién es Don Luis de Saavedra, sabeis sus crímenes sus infamias, sus delitos sin fin?

—Nó. Solo sé lo que he oido de vuestro lábio y del suyo el dia que os presentásteis en su despacho, donde la curiosidad me hizo sin saber porqué, ocultarme tras la barandilla del escritorio. Sé que os habia robado á vuestra amante, que habia hecho desaparecer á vuestro hijo, y creí descubrir en su repugnante rostro el pensamiento de una nueva maldad; entonces sin pensar me interesé por vos y me dije: yo haré el papel de su querida, y pose-

yendo su confianza quizá pueda ser útil á ese buen señor tan desgraciado como generoso y noble con este malvado, y desde entonces me di tanta maña, que me creyó tan adicta que no tuvo inconveniente el miserable en proponerme una venta infame de mi hijo, comunicándome su plan; yo acepté; pronta á velar por mi hijo y á daros aviso de la trama que urdía para engañaros, y aquí me tenéis señor Santillana, dispuesta á servirlos en todo, porque vuestra desgracia me interesa de veras.

Santillana tendió la mano á Inés profundamente conmovido.

—Yo sabré recompensaros, le dijo, desde hoy en adelante vuestro hijo tendrá un padre en mí, y vos volveréis á ser honrada y tendreis un hermano en Plácido Santillana.

Inés se puso de rodillas y sollozando de gozo:

—Gracias señor, exclamó dando mil besos á la mano de Plácido y luego levantando los ojos hácia éste añadió de pronto profundamente impresionada.—Yo no sé señor que timbre mágico tiene vuestra voz; parece que hubiera salido de repente de la vida de vicio y lodo en que he vivido hasta aquí y que vuestro acento semejante á la voz de Cristo al convertir á Magdalena hubiera purificado mi alma y la voz del deber llamado á mí extraviada conciencia, ¡ah! gracias señor, repitió la pobre pecadora impresionada como jamás lo había estado y enjugando sus lágrimas se puso de pie.

Plácido miraba á aquella muger con asombro.

—Pobre jóven, se dijo, así son la mayor parte de estos seres prostituidos. Casi todos á pesar de la corrupcion

de su cuerpo y sus costumbres conservan innata la pureza de sus sentimientos y cuando su conciencia llega á despertarse son susceptibles de todo lo noble y generoso.

En efecto, Inés en aquel momento se habria estrellado contra todo por salvar á Plácido, se habria sacrificado por ahorrarle uno solo de sus sufrimientos; habia en su rostro una espresion tan noble que Plácido la contempló estasiado algunos segundos,—luego pasó la mano por su ancha frente.

—Es necesario, le dijo, que vayais en busca de vuestro hijo. ¿Es decir, exclamó Inés un tanto calmada, que ya no acudireis á la cita?

--Nó ¿para qué? si voy quizá tendria que manchar mis manos con la sangre de ese miserable que no sé como destruirlo.

—Ah! señor no le tengais compasion, si no lo aplastais con vuestro brazo, creed que mas tarde semejante á una víbora ponzoñosa ha de recompensar vuestra jenerosidad con una mordedura de su maldita lengua.

—Tal vez tengais razon Inés, yo debo destruirlo sin compasion y vengar á todas sus víctimas.

—Sí, yo tampoco se la tendré, dijo Inés alzándose: él ha querido sacrificar á mi inocente Adolfo en aras de un nuevo crimen—y alargando su pequeña mano á Plácido: adios señor, exclamó, me habeis hecho mucho bien con vuestras palabras, me habeis dicho que sea honrada y lo seré, vos sereis el protector de mi hijo y yo seré vuestra esclava.

—Andad tranquila Inés, dijo Plácido, yo soy fuerte para luchar con ese malvado y pronto sereis enteramente libre.

Inés salió y echándose el velo sobre el rostro se encaminó á casa de Don Luis.

CAPITULO XX

El enlace y la hermana de la Caridad

Eran las doce de la noche.

Los magníficos salones de Figueroa estaban profundamente alumbrados, el rico alfombrado de Bruselas y el menaje forrado en carmesí de forma á lo Luis XIV ofrecían una perspectiva de extraordinario efecto que chocaba con la soledad que allí reinaba.

La mesa del ambigú cubierta aún de delicados manjares también estaba desierta.

Sin embargo el desorden que se notaba en las copas esparcidas por uno y otro lado de la suntuosa mesa con restos aún de añejos y deliciosos vinos, demostraban á primera vista que allí había terminado un festín.

En aquella noche Teresa acompañada de sus numerosas relaciones á inmensamente feliz había sido desposada con el amado de su corazón.

A mis lectores no les ha sido posible asistir á esa boda, pero yo en cambio y á fuer de complaciente voy á hacerlos testigos oculares de otra escena aún mas interesante y al efecto cruzaremos todos aquellos inmensos recibos y salvando el arco nupcial de blancas flores nos detendremos en la ~~entre abierta~~ puerta de la cámara de los desposados.

¡Que linda está Teresa! blanca y sonrosada como una hoja de azucena, con las puras y virginales galas de novia, con la gasa blanquecina todavía prendida entre los dorados bucles de su linda cabeza, se ve ya convertida en señora, sentada en un pequeño canapé y Fernando de rodillas á sus piés contemplando con adoracion el tinte de rubor que embellecia el puro semblante de la cándida niña.

—¿Me amas mucho? murmuró de pronto el feliz esposo oprimiendo tiernamente la mano temblorosa de la joven desposada.

—¡Si te amo! ¿y me lo preguntas Fernando mio?

—Oh! perdona alma de mi alma, pero soy tan feliz cuando me repites tú amor que me hago fastidioso tal vez.

Teresa nada contestó; atrajo sobre su seno la cabeza perfumada de Fernando y la oprimió dulcemente contra su pecho: luego la apartó con sus propias manos y con un movimiento de pasion inmensa lo atrajo otra vez y lo besó en la frente.

Fernando se sintió desfallecer de gozo. Aquel transporte de ternura inesperada fué un rayo de fuego que inoculó en sus venas una chispa de electrizacion dul-

císima: rodeó con sus brazos el tallo flexible de la joven é irguiendo la cabeza la contempló un momento estasiado y con inmensa ternura y pasión la atrajo sobre su noble pecho y la retuvo en sus brazos dulcemente.

Teresa ajena á aquel transporte quiso desasirse, pero una fuerza extraña para ella, nueva é incomprensible, la hizo languidecer dulcemente é inclinándose sometida sobre el hombro de su amado, murmuró suavemente en su oído las palabras de Michelet:

—Soy tuya, soy tu esclava.

Algunos días despues del enlace de Teresa, Margarita vestida de sarga negra, con su grande y blanquísima gorra de Hermana de Caridad se despedía tranquila, en apariencia, de aquella familia que tambien era la suya.

Don Victor feliz como no lo habia sido nunca ante la felicidad inmensa de su amada hija, sintió un pesar real al efectuarse la separacion de la huérfana á quien miraba poco menos que á su propia hija. Sus ojos al abrazar á la desdichada joven se llenaron de lágrimas y reteniéndola en sus brazos sollozaron ambos amargamente.

—Todavía es tiempo, murmuró en el oído de Margarita, no nos abandones hija mia.

—Imposible, contestó esta con firmeza, cuando tengo fuerzas para dejaros á vos mi noble bienhechor y á mis queridos hermanos es porque una voluntad firme inquebrantable me guia en este propósito, no me hagais flaquear en él, por Dios, es el único lenitivo á mis inmensos dolores.

Margarita se desprendió de los brazos de su padre

adoptivo y se arrojó sucesivamente en los de Teresa y Fernando: aquello fué una escena demasiado patética para hacer su descripción sin robarle su más tierno colorido.

Margarita salió al fin, trasladándose al Corazón de Jesús, donde pasó cuatro meses en calidad de novicia, pasando después al Hospital como enfermera y á pedido de ella.

Algun tiempo después Margarita, ó mejor dicho, la hermana Providencia, bella doblemente con su vestido negro su toca ó gorra de percal blanquísima como la nieve y con la expresión evangélica de Caridad y santa resignación que la hacían superior, inspiraba á los enfermos y aún á sus mismas compañeras un respeto que rayaba en veneración.

La volvemos á hallar ejerciendo casi feliz la santa misión de su destino. Margarita, ya hermana de caridad, se veía sentada á la cabecera del miserable lecho de un pobre jóven, amarillento y demacrado por el dolor de dos grandes úlceras que se veían en su brazo izquierdo y que la hermana Providencia curaba en aquel momento con una delicadeza pasmosa.

Una jóven de tímido aspecto, vestida con el hábito de las hermanas del huerto se le acercó con marcado respeto.

— El enfermo de la cama n^o. 6 que vos cuidais os llama hermana Providencia, dijo la joven novicia.

— ¿Que se ha empeorado hija mia?

La religiosa bajó los ojos ante aquella mirada de suprema dulzura.

—Nó, murmuró despues de un breve tiempo, desea veros para pedíros un favor.

—¿Y no sabeis vos lo que ello es?

—Ya sabeis hermana que solo á vos habla.

—Está bien hija mia, dile que allá voy en concluyendo esta curacion.

La joven se alejó. La hermana Providencia se sonrió, el enfermo también se sonrió.

—¿Veis hermana, dijo debilmente, veis como esa jóven se ha turbado ante vuestra mirada?

—Nó hijo mio, es muy tímida.

—No lo creais hermana, yo soy hombre, he sido soldado y nunca las balas del enemigo me han hecho temblar y ante vuestra mirada no solo he temblado sinó que me he hallado confuso.

—Bueno, dijo Margarita con su sonrisa de angel, me alegro que os inspire tanto respeto puesto que asi no hareis ningun desarreglo y os restablecereis muy pronto.

El enfermo tornó á sonreirse pero con una sonrisa amarga tristísima.

—Gracias hermana mía, murmuró enjugando una lágrima, porque aún que esto sea una esperanza engañadora, dicha por vos creo que puede hacer el milagro de Cristo levantando á Lázaro de la tumba.

—Vaya, dijo Margarita profundamente conmovida, tened juicio y esperad en Dios que él es justo para todos los buenos como vos, y alargándole la mano que llevó á sus lábios con vehemencia se dirigió en direccion al segundo salon, se aproximó al número 6 y entreabrió las cortinas del lecho.

— Buen dia hermano, dijo tendiéndole la mano al enfermo que yacía postrado y tuberculoso.

— Ah! nuestro ángel, exclamó éste cubriendo de besos la diminuta mano, nuestra Providencia, Dios os bendiga hermana.

— ¿Como habeis pasado la noche?

— Bien, muy mejor, por eso os he hecho llamar.

— ¿Que deseais?

— Que me hagais un favor.

— Todos los que querais amigo mio, á mis enfermos solo deseo complacerlos.

— Si es asi tomád, y el enfermo á quien llamaremos Octavio entregó á Margarita una hoja de papel en la que leyó lo siguiente:

“Calle de San Juan número 36 1^o2. Octavio Gutierrez desea ver á la Señora Andréa Bremot ó á su esposo Don Augusto Medina en el Hospital de hombres salon segundo cama número 6.”

— En el momento amigo mio, dijo la hermana, y salió á cumplir el deseo de su enfermo.

Octávio así que se alejó la jóven contempló siguiendo con su vista hasta la última ondulacion del tosco vestido de Providencia y cuando sus ojos cansados por efecto de la debilidad y calentura la perdieron de vista cruzó las manos sobre el pecho y murmuró, muy quedo:

— Oh! cuando mi pobre señora la vea ó mi querido amo; ¡que sorpresa tan agradable! es tan parecida. . . . ¿si fuera ella? pero nó, imposible, y sin embargo hay momentos en que la veo inclinada preparando un remedio cualquiera y todo hasta el mas mínimo de sus movi-

mientos son de mi noble y desgraciada señorita, y hasta su edad veinte y dos años, esa misma edad tendría nuestra Andreita.

Octavio al concluir estas palabras lanzó un suspiro engolfándose en una série de reflexiones que suprimimos por creerlas sin interés para el lector.



CAPITULO XXI

La traicion

Eran las diez de la noche pero de una noche horrible, oscura y tormentosa. Un fuerte pampero ajitaba con fuerza las altas copas de los árboles y hacia crujir amenazante las derruidas paredes de una vieja casucha de negro aspecto y antiquísima fachada, único edificio que ve veía á esa altura en la calle larga de la Recoleta.

Dos individuos de andrajosa facha y receloso aspecto hablaban en voz baja parados ambos en el ángulo que formaba una de las altas ventanas del edificio abandonado.

Aquellos dos hombres de siniestra apariencia rondando cautelosos aquel lugar solitario y ya entrado la noche, indicaban alguna intriga misteriosa ó un crimen oculto que era preciso fuera cubierto por las sombras de una noche horrible; los dos individuos se detuvieron.

—Cuanto tarda! dijo uno hablando muy bajo. Y estás seguro que esta es la calle indicada?

— Si, Don Luis me ha dicho debes estar apostado en la esquina de la calle cortada que vá hacia el cementerio, allí esperarás un silvido que debe indicarte el momento oportuno para el golpe.

—¿Y no te señaló hora?

— Mas ó menos las diez, me dijo.

—Las oyes dar en la Recoleta?

- ¡Voto al Diablo! el maldito viento no deja oír nada.

- Silencio escucha.

- Alguien se acerca—el oído atento, el puñal en guardia.

En efecto, el paso de dos hombres se sintió y la voz de uno que decía:

—Vives lejos, éh?

—Ya vamos á llegar señor, ¿no veis aquella casita de la esquina?

—Que diablos quieres que vea si ni á una vara alcanza la vista, es una noche sin ejem.....

Plácido no concluyó. Sonó un silvido y dos bultos avanzaron hacia él.

Santillana los percibió, sacó la baqueta á su riquísimo revolver y se detuvo.

- Si nó quereis ser muertos detenéos cualquiera que seais, dijo.

Una carcajada diabólica se confundió entre el silvido del viento y el murmullo de las hojas. Plácido se estremeció, pero en el mismo instante los dos brazos del supuesto mendigo, enlazaron su cuello queriendo dar en tierra con él.

Plácido era valiente y con una musculatura prodijiosa.

Alzó los brazos y volviendo lijeramente el cuerpo opri-
mió hasta triturar los dedos del bandido con su mano.

El miserable se apartó lanzando un grito de dolor
mientras que Santillana acosado por otros dos guardaba
las espaldas contra la pared.

Santillana se defendia economizando las balas de su
revolver, de pronto un relámpago iluminó la escena y
á su reflejo pudo ver á Don Luis, de pié, á corta dis-
tancia de él. Tenia en la diestra un estoque y en la otra
un bolsillo sin duda de dinero.

Un grito de coraje salió de su pecho, y loco, frenético
casi ébrio por el ódio, olvidó el peligro, despreció á los
asesinos y de un salto se puso al lado de Saavedra, ar-
rojóse sobre él y haciendo fuego:

—Asesino cobarde muere, dijo con una voz que domi-
nó á la tempestad.

Dos balas una tras otra fueron á enterrarse en el cora-
zon de Don Luis.

Una blasfemia horrible salió de sus lábios, flaquearon
sus rodillas y fué á caer espirante repitiendo y azuzando
con su acento:

—Matadlo, no lo dejeis vivo, el puñal, el puñal entero
en su corazon; y ya jadeante de dolor y con la vista nu-
blada—mi estoque, añadió está envenenado, con él últi...
mad...lo.no.qui...e.ro...que...vi..va..mal...di...to...se..a
y un silencio de muerte se siguió.

Plácido se inclinó, arrebató de las manos de su ene-
migo el acero que este ofrecia á sus cómplices, y blan-
diéndolo en el aire comenzó á batirse de nuevo. En la

otra mano sostenía el revolver ya descargado defendiéndose también con el acerado cabo de éste.

La lucha se prolongaba y Plácido rendido de fatiga y de pequeñas heridas, sentía que las fuerzas le abandonaban por momentos.

Sus asesinos también rendidos y heridos ambos por Santillana se arrojaron de pronto sobre él.—Una puñalada feróz cruzó el costado izquierdo de Santillana.

Ni un ay! exhaló su boca, solo un nombre querido murmuró suavemente cayendo medio incado. Todavía su mano firme empuñaba el estoque de Saavedra y con el se defendía heroicamente.

La sangre manaba á torrentes de la ancha herida,—su cabeza desvanecía-se por momentos y el acero temblaba en su diestra; su vista se nubló, un estremecimiento helado recorrió su cuerpo, se escapó de entre sus manos el arma y cayó inerte lanzando un jemido.

Los asesinos lanzaron un grito de júbilo y ambos arrojándose sobre él alzaron sus puñales sobre el indefenso pecho de su víctima, pero en aquel mismo instante y sin que los criminales tuvieran tiempo de dar el golpe mortal, apareció la patrulla que atraída por los tiros de revolver se dirigía al sitio de la lucha.

Los dos asesinos quisieron huir pero estaban cercados y ambos maldiciendo á Saavedra fueron tomados.

En tanto seis hombres echaron pié á tierra.

—Aqui hay un muerto, dijo uno.

—Y aqui hay otro medio vivo, dijo el Oficial de la ronda, dando con el pié al cuerpo de Don Luis.

—¿Como, medio vivo?

- Si, no ves que se queja debilmente.

—Es preciso auxiliarlo, dijo el oficial, porque éste nos podrá quizá aclarar el hecho, é inclinándose puso la mano sobre el corazon de Don Luis.

—Ay! gimió queriendo en vano incorporarse, ¡ay! no me toqueis.

- ¿Estais herido? le dijo el oficial.

— Si.

Volvió á jemir haciendo un esfuerzo supremo para hablar.

Don Luis estaba moribundo, casi agonizando, pero aún alentaba, aún su cabeza discurría pensando en la venganza; quiso darse cuenta del final de aquella horrible escena y nada comprendió, ignoraba el estado de espantosa mutilacion en que se hallaba su víctima; pensó que quizá vivia y un pensamiento diabólico germinó en su cabeza. Nada le importó comparecer ante el augusto tribunal eterno, nada agregar una culpa mas negra y repugnante al largo catálogo de sus innumerables crímenes, nada en fin la clemencia de Dios y la salvacion de su perversa alma. Se incorporó trabajosamente sobre un brazo y con voz reconcentrada:

— ¿Quien sois? dijo al oficial.

- Soy el oficial de la patrulla y deseamos socorreros.

—No, articuló, no quiero que me socorrais *porqué de todos modos sé que voy á morir*, - el miserable se ha vengado matándome.

—¿Como, conoceis á vuestro asesino?

- Si, me ha traído engañado diciéndome que...era..un...men...di...go.

Don Luis gimió-La vida se le escapaba, tomó aliento y luego prosiguió debilmente.

—Creí aliviar su miseria y vine en su compañía - Al llegar á la casucha de la calle cortada cuatro hombres y él se arrojaron sobre mi atravesándome el corazón con dos balas de su revolver que puso él á mi pecho.

—¿Pero quien es él, decid su nombre?

—Plácido San . . ti . . lla na

Don Luis se desplomó, una sonrisa indefinible vagó en sus cárdenos lábios y luego frio, rijido como la muerte se estiró cuan largo éra.

El Oficial apunto rápidamente el nombre del asesino y la falsa declaración de Don Luis.

Despues por órden suya ambos heridos fueron llevado en brazos hasta el cuartel inmediato para de alli ser llevados al dia siguiente al *Hospital* ó á su domicilio si alguno lo tenia.

Los dos miserables pagados por Saavedra desde alli fueron conducidos á la carcel donde quedaron en seguros calabozos...



CAPITULO XXII.

Dudas y Esperanzas

El lujoso carruaje de Medina se detuvo frente á la puerta de entrada principal del Hospital General de Hombres.

Los esposos bajaron de él, ambos entraron presentando al portero una tarjeta que este paso al Ecónomo,—los esposos esperaban—el portero volvió.

—Todavía no es la hora, dijo, pero si teneis prisa podeis pasar.

—Está bien, contestó Augusto, penetrando en la primera sala seguido de Andréa.

¿Habeis entrado una vez siquiera en el Hospital?

Si conoceis esa triste mansion del dolor y la miseria, si habeis cruzado sus largas salas, sus silenciosas y tétricas galerias, sus húmedos patios, comprendereis el dolor que se experimenta al pisar, solo al pisar sus umbrales. Yo recuerdo aún con profunda amargúra, mis visitas

al Hospital—sufro á su recuerdo, porque ellas dejaron en mi corazón un surco imborrable de profunda compasión y abatimiento.

¡Pobre Juan! pobre negro! fiel y noble, mártir sublime de un afecto sin retribucion,—tú éras un pária en la vida, nadie te amaba, á nadie estabas ligado—has muerto ignorado y ni siquiera han comprendido tu generoso sacrificio. ¡Pobre Juan! yo me interesé por ti, yo cuidé tus dolores y hasta satisfacé tus caprichos de enfermo ¿porqué nó? eras negro, pero eras un hombre con alma y corazón, yó te tuve lástima; fuiste tan leal, tan bueno; querias y cuidaste tanto á mis hijas.

Aún creo en medio de la noche escuchar la tos seca y tenáz que desgarraba tus pulmones.—Me parece aún oír tu voz que grita fatigosa con una entonacion indefinible de profunda y suprema gratitud; Señora, señora.—Dos veces me llamaste casi agonizante, y dos veces vacilante y luego enérgica corrí á tu lado—¡Pobre Juan! —Después fuí al hospital, mi corazón temblaba al pisar el dintel del salón 1^o.—retrocedí y avancé sin poder entrar.

—Haz un esfuerzo digno de ti, me dijo mi esposo.

Él también sufría, ambos te estimabámos é íbamos á consolarte.—La voz de mi compañero me dió fuerza, entré seguida de él.

La tos, los gemidos, la fatiga y hasta el estertor del agonizante llegó á mis oídos.—Crucé aquellas inmensas salas cubiertas de dobles hileras de camas de enfermos lívidos, vacilantes, casi espectros, muchos ciegos, tísicos, ulcerados, todos tristes y espantados fijando en mi sus hundidos y amarillos ojos.

Oh! ¡Dios mio cuanto sufrir..!! Me detuve junto al lecho de mi pobre negro, y me acerqué temblando—Juan! le dije suavemente—abrió los ojos espantado, los cerró; volviolos à abrir y alzando apenas uua mano monstruosa de hinchazon, me reconociste y murmuraste como asombreado ¡¡Señora!! luego cerraste los ojos y dos gruesas lágrimas humedecieron tu africana piel; yo no se si lloré, pero desde ese dia algunas hébras de nieve matizaron mi cabello.

¡Pobre Juan! perdona á tu verdugo y á mi aliéntame siempre para no desmayar jamás en la santa tarea de ejercer la caridad, pero de ignorada caridad que tanto complace mi alma y satisface mi conciencia.

Andréa siguió á Medina y ambos llegando ante el lecho de Octavio se detuvieron. El enfermo corrió las cortinas.

—¡Mi Señor, mi noble Señora! dijo estrechando la mano de uno y otro.

—Que es esto amigo mio, exclamó Medina.

—Tú aquí! agregó Andréa en tono de amarga reconvençion.

—No debeis culparme mis queridos protectores, murmuró Octavio, he sido trasladado al hospital, tal véz desde la calle por que ni siquiera recuerdo que pasó por mi, un ataque al corazon, quizá algo que no puedo explicar-me, por que hace apenas dos dias que mi cerebro se ha despejado del extraño entorpecimiento que lo embargaba; despues he creido aflijiros y creyendo convalecer en algunos dias mas preferí guardar silencio.

Los esposos hicieron con tierno interés algunas preguntas mas.

—Y bien, dijo despues Andréa ¿que deseas ahora, porque nos has hecho llamar?

—Os he hecho llamar por que creo que la divina providencia me ha conducido aqui.

—¿Cómo? ¿por qué? preguntaron á un mismo tiempo ambos esposos.

—¿Porqué? voy á decíroslo,—es solo una duda, pero es tal la influencia que ha ejercido sobre mi corazon, que he llegado á bendecir la hora en que la desgracia me condujo á este recinto.

—Espíciate por Dios, exclamó Augusto, dinos si esa duda tiene relacion con nuestro destino.

—Tal vez, dijo Octavio, si esa duda pudiera realizarse, ambos dejariais de sufrir, llegando á ser felices.

—Habla, habla, articuló Augusto temblando.

—¡Por Dios! exclamó Andrea, por Dios espíciate—nuestra hija...aca...

—Sí, de ella se trata, dijo Octavio sin dejar concluir á la conmovida madre, de ella se trata y de una jóven hermana de caridad, bella igual á vos, en sus facciones, en su andar, casi gemelas si no fuera la diferencia en edades.

—¿Y su edad? ¿Sabeis su edad?

—Sí, veintidos años.

—¿Y dices que se le parece á Andrea?

—Como una gota de agua á otra gota, ni mas ni menos que como lo fué mi desgraciada señora á esa edad.

Medina profundamente dominado:

—Veintidos años, repitió, veinte y dos años, esa sería la edad de nuestra perdida hija - pero tú deliras amigo mio, nuestra hija no puede vivir, llorarla es lo único que nos resta.

—Quien sabe señor, vuestros ojos mismos juzgarán del extraño parecido de la hermana Providencia á vuestra esposa, y entónces quizá una esperanza os alimentará á ambos.

—¿Se llama Providencia? dijo Andrea.

—Así es como la llamamos todos.

—¿Es buena?

—Oh! es un ángel, figuraos que vela incesantemente y sin embargo jamás se ven sus ojos lánguidos por el sueño y cuando con su dulce voz viene á preguntarme como he pasado la noche, me estremezco sin comprender la causa, es tanta la dulzura, el brillo mágico y suavísimo de sus ojos que fascinan, y no creais señora que esto solo á mí me pasa, no, es á todos los enfermos y hasta los médicos y practicantes se detienen ante ella subyugados por tanta juventud y hermosura.

Mas de uno, prosiguió Octavio, ha intentado decirle alguna chanza ó requiebro como acostumbran con las otras hermanas, pero un respeto indefinible que inspira esa muger ó ángel, los ha hecho enmudecer, exclamando en mi presencia:

—Esta criatura no pertenece á la tierra, es demasiado pura y hermosa, tiene la tranquilidad de los ángeles é inspira un respeto sobrehumano.*

Octavio calló fatigado.

Andrea y Augusto suspensos y abismados en una dulce esperanza, quedaron inclinados pareciéndoles que aún resonaba el acento de Octavio en sus oídos y en sus corazones.

Después, Medina alzó la frente:

—Imposible, dijo, es una ilusión que no debe concebirse, ella debió morir,—y como si una especie de enagenación turbára su cabeza, exclamó oprimiendo con fuerza la pequeña mano de Andrea:

—¿No te acuerdas que aquel monstruo la llevó, para siempre? y anonadado se dejó caer en una silla.

Andrea llevó el pañuelo á los ojos.

—Mi hija, mi hija, murmuró sollozando.

—Augusto también lloró, sus grandes ojos se enrojecieron y su mirada dulce, casi melancólica, se tornó dilatada, feroz con el brillo fosforescente de la venganza.

Octavio inclinado, también sufría con el dolor de sus protectores, tan nobles como desdichados.

La hermana Providencia, como siempre bella y triste adelantó hacia el lecho de Octavio.

—¿Cómo os hallais hermano? dijo á éste, mientras sus grandes ojos se fijaban asombrados en los esposos, Medina.

--¿Como me hallo? repitió el enfermo sonriendo, oh! estoy enteramente bueno.

Augusto se había puesto de pié y miraba á la jóven como un idiota—Andréa también de pié, se acercó pálida como la muerte y examinando el rostro de la hermana, confusa y emocionada ante el examen de que era objeto:

—¿Como os llamais? dijo con una entonacion indefinible.

—Providencia me llaman los enfermos contestó dulcemente la jóven.

—¿Y vuestros amigos os llaman de otro modo?

—¡Amigos! repitió, sí, es verdad, ellos me llaman Margarita.

—¿Y vuestro apellido?

La frente pálida de la hermana se tiñó de vergüenza, — el recuerdo odiado de Don Luis pasó por su imaginacion y con la voz conmovida y llena de pesar.

—Yo no tengo apellido Señora, murmuró, me llamo Margarita á secas.

—¿Y nunca lo habeis tenido? ¿no lo habeis olvidado por una promesa?

—Os juro Señora que no lo he tenido jamás, mas os diré supuesto que tanto os interesais, ni siquiera se quien soy.

—¿Luego, no teneis padres?

Providencia se estremeció.

—No, contestó.

—¿Los habeis perdido?

—No los he conocido nunca é ignoro quienes fueron.

Andréa y Augusto profundamente interesados se miraron.

—¿Y quien os crió? dijo Medina, á alguna persona habeis conocido por madre ó padre.

—Oh! si señor, conocí hasta cierta edad á un hombre á quien llamé padre; ese hombre fué mi verdugo y se

complació en desgarrar mi corazón arrancándome mis mas dulces afecciones.

—¿Y ese hombre vive? dijo Andréa.

—No lo sé, pero si ha muerto que Dios le perdone como lo perdono yo.

Los ojos de Margarita brillaron con una lágrima de desesperacion, luego los alzó y su mirada de dulcísima espresion cayó sobre Medina.

Augusto confuso, miró aquellos hermosos ojos turquí, aquella boca purísima, aquella frente, aquella delicada nariz y todo en fin, aquel conjunto perfecto parecióle el retrato vivo ó mejor dicho el original perfecto aunque mas hermoso de su virgen esposa al recibirla en sus brazos despues de la ceremonia nupcial.

Un destello de esperanza, el primero que iluminó su alma durante veinte años, hizo latir su corazón con una fuerza desconocida.

—Oh! si fuera nuestra hija! pensó y luego agitado por este presentimiento que ya creia ver realizado:

- ¿Que edad teneis? dijo á Providencia.

Esta sorprendida ante aquel extraño interrogatorio se encontró algo contrariada, pero siempre bondadosa y poseida de un respeto y simpatia indefinible hácia Medina y Andréa.

—Veinte y dos años, dijo fijando sus ojos de uno á otro, asombrándose de la rara semejanza que notaba entre ella y los esposos Medina.

Margarita examinando en silencio, pensó con profunda amargura.

—¿Que feliz seria yó, si tuviera padres como éstos! conmovida por aquel recuerdo:

—Adios Señores, dijo estendiendo su blanca mano á los esposos.

—Ah! ¿porque os vais? exclamó Andréa dolorosamente sorprendida; no podeis imaginaros el bien que hace vuestra presencia al alma nuestra siempre triste.

—Si tanto lo deseais me quedo, pero desearia haceros una pregunta.

—Hacedla hija mia, hacedla sin reserva.

—Es solo ¿porque me hallo asombrada ante el afecto ó simpatia que sin conocerme quereis dispensarme, porque no comprendo el interés que puedo despertar en vuestras almas, yo, pobre desamparada huérfana, cuya vida, cuyo pasado, ni siquiera conoceis, ni sabeis si es digno de vuestra admiracion ó reprobacion; eso es lo que deseo preguntaros señora, ¿porque os intereso?

—Nos interesais, dijo Andrea con voz conmovida, nos interesais por muchas razones—la juventud, la belleza, la espresion de inconcebible y profunda tristeza que hay esparcida en vuestro rostro, el traje que llevais, el desamparo y horfandad de que estais rodeada, serian suficientes títulos para que inspiráseis simpatia á cualquiera que os contemple una vez, pero para nosotros no tenéis solo esos títulos, nuestro interés, es producido por la estraña analogía que reunís en vuestra persona, y el recuerdo imborrable de una hija querida, cuya pérdida hemos llorado veinte años y lloraremos todo el resto de nuestra existencia.

Andrea calló, Providencia enjugando una lágrima que arrancára el recuerdo evocado por Andrea:

—Ah! Señora, murmuró, vos llorais á una hija y yó lloro á un hijo, un hijo de mi amor, un ángel pequeño que formaba el encanto de mi triste vida.

—¿Cómo, Providencia, exclamó la de Medina, asombrada ante la confesion de la hermana, teniais un hijo?

—Sí, un hijo, un hijo que adoraba, que endulzaba las horas de mi existir, mis dolores—pero era demasiada felicidad, y yo no debia gozarla, el mónstruo, el miserable asesino me lo robó, me lo arrancó de los brazos.

—¿Quién? preguntaron ambos.

—Don Luis.

—Don Luis Rizzio, gritaron Medina y Andrea, pálidos y sin aliento.

—Nó, Luis Saavedra, el verdugo de que antes os hablé, el infame á quien llamé padre muchos años.

—¿Y de vuestro hijo no supiste nunca?

--Jamás, me enloquecí, viví demente tres años. Dos ángeles, dos séres á quienes llamo hermanos, me cuidaron, me restituyeron á fuerza de abnegacion y cuidados, la perdida razon, y aquí me teneis, soy hermana de caridad, porque no puedo ser ya esposa, ni madre, soy feliz á mi modo,—el consuelo que presto al desamparado, al enfermo, sin familia, sin afectos, templa en parte mi propio desamparo, hace llevadero mi cruel infortunio, y casi me siento dichosa practicando el bien y la caridad.

—¿Y decidme Margarita, dijo la de Medina, no dejareis nunca ese traje? ¿sereis siempre hermana de caridad?

— ¡Siempre! ¿quién lo sabe señora? contestó Margarita alzando sus divinos ojos al cielo, cual si en aquella mirada fuera envuelto el postrer rayo de esperanza que alumbraba su alma; quien lo sabe señora, mi destino es tan vario, tan incierto y mi corazon aunque cruelmente desgarrado, por la sombría mano de la fatalidad, abriga al calor de sus mas recónditos pliegues, alguna ilusion, no de felicidad completa, pero sí de un algo indefinible de nuevo y milagroso, que yo misma no acierto á comprender.....

—Hermana, dijo una jóven interrumpiendo á Margarita, en el salon numero uno hay un enfermo grave que requiere vuestra asistencia.

—Ya lo veis, dijo Margarita volviéndose hácia los esposos,—no puedo permanecer con vosotros, no puedo detenerme, adiós señora, agregó alargando su mano á Andrea.

Esta abrió sus brazos, atrajo á Providencia sobre su corazon y la retuvo blandamente.

—Yo seré tu hermana, tu madre, la dijo en el oido, júrame que en otra ocasion me contarás tu historia.

—Gracias, balbuceó Margarita, profundamente conmovida, gracias señora, sí, os contaré mi triste historia, adios caballero, dijo dirijiéndose á Medina, mientras que fijaba tenazmente sus ojos en el rostro triste y lindo de Andrea, como si quisiera retener en su memoria y en su corazon, aquellas facciones, que sin comprender el orijen de su afecto, la impelia hácia ambos interesándola vivamente.

Margarita se alejó en compañía de la jóven novicia.

Los esposos se miraron.

—¿Si fuera nuestra hija? murmuró Andrea.

—¿Cómo se te parece? dijo Augusto, es tu retrato, yo no sé, no sé que loca esperanza me ha hecho concebir esa desgraciada niña.

—Ah! yo tambien siento en mi corazon, siempre marchito y desconsolado, algo que lo hace revivir y que lo produce la estraña semejanza que hay entre esa niña y yó y aun contigo Augusto mio, su mirada intensa y apasionada, es la viva espresion de tus ojos, luego su frente, el eco de su voz es el timbre de tu acento.

—Todo lo he notado, y encuentro un parecido que solo siendo nuestra hija se esplica.

—Octavio, tenia razon, pero no sé si soy mas desgraciada, sin embargo, de cualquier modo; bendigo á la Providencia y la hora en que ella sin duda puso en nuestro camino á Edgardo, el nene como lo llama Jacobo y á esta santa criatura Margarita.

—Es necesario retirarnos, dijo Medina, llega la hora de cerrar el establecimiento:

—Adíos amigo mio, dijeron ambos, poniéndose de pié, mientras que estrechaban la enflaquecida mano del enfermo.

—Dios oiga mis súplicas, dijo este, y con los ojos oscurecidos por el llanto vió alejarse á sus nobles protectores.

CAPITULO XXIII.

El herido.

Sigamos á Margarita.

La jóven se dirigió al salon primero. Buscó ávidamente el lecho del herido indicado y no hallándole allí, se volvió á la jóven novicia que con muestras del mayor respeto estaba aun de pié á corta distancia:

—¿Dónde está hija mia? dijo—

—Está aparte hermana en el salon primero.

—¿Luego está muy grave?

—Oh! si, muy grave.

—Vamos, vamos allá.

Providencia cruzó los grandes salones, luego un pátio espacioso, donde á porfia los enfermos convalecientes ya se disputaban los consoladores rayos del sol que llenaba con su benéfica luz el frio pátio.

Llegó á una última sala que era sin embargo la prime-

ra en su jénero, pues ella es solo destinada para hacer operaciones difíciles y casi siempre de muerte.

La jóven entró y acercándose al enfermo se inclinó:

— Infelíz, dijo, casi es un cadáver.

En el mismo instante un médico ya anciano, entró seguido de dos jóvenes practicante. Se acercó al herido, pulsólo, y su cabeza y su lábio hicieron un movimiento que bien podría traducirse por indiferencia ó descontento.

Luego descubriendo el costado del enfermo reconoció la herida que era profunda y hecha sin duda con cuchillo de tres filos.

La hermana Providencia en tanto lavaba con una pequeña esponja empapada en vinagre una boca sangrienta hecha bajo la mandíbula izquierda y producida sin duda por la bala pequeña de un revolver.

Cuando el médico hubo terminado la operacion de desangrar la herida y vendarla, Providencia con esa expresion resignada y tranquila que tambien saben dar á su rostro esas criaturas especiales, preguntó muy quedo al anciano médico:

— ¿Creeis que se muera, hermano?

— Quién sabe, es un caso casi perdido, la hoja de la daga damasquina semejante á una lanza de tres filos ha hecho sangrientas labores en el costado de este infelíz, y casi me atrevo á asegurar que está interesado el hígado.

— ¿Vais á sondearlo?

— Lo mismo será mañana, dijo el médico con esa indiferencia criminal con que se mira generalmente á los desamparados enfermos del hospital.

—Pero.... observó la hermana, este hombre se vá á morir, tal vez si lo atendeis Dios haga un milagro

—Perded cuidado hermana: hacedle dar los auxilios de la religion y encomendad su alma á Dios.

El médico salió y Providencia sola, cayó de rodillas á la cabecera del lecho: sus lábios se movieron suavemente y su alma piadosa comenzó una plegaria que no debia concluirse.

En tanto el enfermo ajitado por una horrible calentura hizo un esfuerzo y alzando las toscas sábanas sacó fuera dejándola caer pesadamente una blanca y delicada mano.

Providencia fijó sus ojos en aquella aristocrática mano y un grito inarticulado se escapó de sus trémulos lábios, —sus rodillas vacilantes apenas la sostuvieron para ponerse de pié,—pálido el rostro y la boca entreabierta como si su alma fuera á exhalar en una emocion infinita, se aproximó al lecho y tomando aquella mano comenzó á examinar una sortija que el herido llevaba puesta en el dedo meñique, y que era de gran precio.

Margarita lívida de esperanza y de duda tomó la sortija con dos dedos, pero al resbalarla con violencia, por la inquietud de su corazon, el moribundo hizo un movimiento y oprimiendo con su otra mano el anillo, murmuró debilmente con la voz desfallecida por la falta de sangre:

—Nó, de..jad...me...la.... con ella... á la..tumba... nó, nó... por... Dios...

Providencia se detuvo.

—Esa voz... dijo, yo la he oido-pero nó, no es la suya, c

esperaré—pero ¿y si se muere? Oh! quien sabe que relacion tiene este hombre con mi destino,—quizá es una profanacion, ¿pero qué hacer? despues se llevarán el cadáver y.....

La jóven volvió á detenerse ante la lucha de su corazon y de su conciencia, luego haciendo una última resolucion volvió á tomar con enerjía la mano del herido, y á pesar de la mucha resistencia de éste, sacó la sortija de sus crispados dedos y se lanzó á un rayo de luz que entraba por una claraboya inmediata; como si aquella sortija fuera un objeto conocido por ella, le dió vuelta en sus dedos con una destreza admirable, oprimió con la uña del índice un resorte casi invisible, y trémula, apoyando la frente cubierta de sudor y mortal palidéz en la inmediata pared, descubrió lo que su corazon buscaba, esta era una pequeña cinta blanca con dos letras M. y P. grabadas con tinta punzó ó sangre,—y luego mas abajo, con menuda letra de mujer, el letrero siguiente: *amor eterno*.

Margarita quedó un segundo como dormida, luego vuelta en sí, se lanzó frenética al lecho del moribundo, con sus manos apartó del rostro de aquel el cabello ensangrentado que lo cubria en parte, y aquella soberbia y noble frente, tan espaciosa como pálida le recordó á un solo hombre. Despues con la pequeña esponja conque antes lavara la herida, volvió á enjugarlo con ansiosa solicitud y aquel rostro pálido y cadavérico volvió á ser hermoso, con la hermosura del sufrimiento y del dolor. Margarita lanzó un agudo grito.

—¡Plácido! dijo, y cayó de rodillas, doblando sobre el cuello la cabeza.

Transcurrió un breve espacio, después se alzó precipitadamente, inclinóse sobre el cuerpo inanimado de Santillana,—sí, sí, es él, mi Plácido adorado, murmuró intensa y dolorosamente,—y oprimiendo contra su seno la pálida cabeza del herido, acercó su boca al oído de éste y comenzó á hablarle así:

—Plácido, Plácido mio, soy yo tu esposa, tu infeliz querida, no me oyes amado mio, no conoces la voz de tu adorada Margarita?

El cuerpo de Santillana sufrió un ligero estremecimiento, y un gemido doloroso contestó al angustiado acento de su querida.

—Nó, no morirás, gritó la pobre amante, casi demente golpeando con su frente el borde del lecho, mientras que con sus lágrimas bañara el rostro del moribundo, no morirás, porque yo no quiero que *mueras*, porque seria horrible perderte para siempre, cuando la divina Providencia te trae á mis brazos, nó, no morirás Plácido mio, porque yo te daré la sangre de mis venas, el aliento de mi corazón para que vivas tú.

Y con el talle inclinado sobre el cuerpo ríjido de Santillana, oprimia la boca de éste con su boca, cual si en aquel beso supremo quisiera transmitir todo el fuego vital de su alma, al corazón agonizante de su querido.

Plácido ajeno á todo, solo respiraba por las anchas heridas de su cuerpo, su cerebro paralizado por la congestión no tenia ni siquiera la acción de sentir sus propios dolores, y solo en aquella parálisis del cuerpo y del alma (si se me permite,) habia sentido que alguien le robaba el anillo y habia hecho un esfuerzo sobrehumano.

Luego sus fuerzas agotadas por completo lo habían postrado, produciéndole una especie de parasismo de muerte que llegó á aterrar á Margarita.

Cuando volvió en sí de la indecible emoción que la dominaba, pensó un solo instante en el peligro que corría su amado,—la vida de éste se extinguía y ella insuficiente para retenerla se mesaba los cabellos, é implorando la clemencia divina no acertaba en el extravío de su imaginación á coordinar una idea salvadora.

Mas de pronto el recuerdo de Fernando como la sombra de un ángel, hízola lanzar un grito de júbilo, si júbilo podía sentir aquella alma horriblemente dolorida y cubriendo de ardientes y desesperados besos la cabeza inanimada de Plácido, se lanzó hácia fuera, cruzó con increíble rapidéz el gran patio y llegando á la portada principal salió á la calle, y mas rápida que una fátua exhalación se dirigió á casa de Teresa.

Teresa, la casta y bella esposa, ajena enteramente á los últimos acontecimientos que se producían en la vida de Margarita, arreglaba tranquilamente su tocado, de pié frente á un magnífico espejo de cuerpo entero colocado en su gabinete de vestir...

La inesperada presencia de Fernando la hizo arrojar un ay! de sorpresa, y corriendo á su encuentro llenó de gozo:

—No te esperaba, le dijo, presentándole su pura frente en la que el feliz esposo selló sus lábios con su ósculo castísimo.

—Es verdad, dijo Fernando atrayendo á su esposa há-

cia un sofá inmediato, no debia venir hasta la noche, pero una fuerza mayor me ha traído á tu lado cuando menos me esperabas.

—¿Y que es ello Fernando mio?

—Vas á saberlo, pero el caso es que no sé como decir-telo.

—¿Qué quieres decir? espícate, y Teresa fijando sus lindos ojos en el cambiado semblante de Fernando:—pero tú tienes algo estraño, dijo, algo nuevo pasa por tí, en nombre del cielo dime lo que tienes.

—Lo que tengo es una gran noticia que darte.

—El hijo de Margarita acaso, articuló la joven temblando.

—No Teresa mia, no es su hijo de quien se trata pero quizá es de su amante.

—¿Plácido, cielo santo!! esclamó la joven alentando apenas pálida y profundamente conmovida.

—Si, Plácido le dijo Fernando sacando de su paletó unahoja doble de un diario matinal en cuyas noticias se registraba el párrafo siguiente y que Fernando leyó á su esposa.

“El distinguido ciudadano Don Luis Saavedra respetable y digna persona á quien todos conocen, ha sido anoche víctima de un crimen horrible—ha sido asaltado y acribillado de balas, una de ellas ha penetrado en el corazon haciendo víctima á Saavedra de una muerte que no tardará en producirse pues el estado de este señor es gravissimo.—El asesino principal se llama segun declaracion de Saavedra, Plácido Santillana, y criminal y premedita-

damente parece que ha satisfecho en el asesinato perpetrado por él una venganza jurada á la víctima, de mucho tiempo atrás.—Santillana asi como sus cómplices han sido capturados por la autoridad, encontrándose el primero bastante mal herido ..

Fernando no concluyó, Teresa lanzó un grito y Margarita sin alientos, el rostro mortalmente desfigurado y sin hablar por el horrible causancio de la carrera, se precipitó en el gabinete de Teresa y corriendo hácia Fernando asiólo de una mano, diciéndole balbuciente:

—Se muere, salvádmelo hermano mio, y cayó de rodillas lanzando un gemido inarticulado, una especie de grito supremo y doloroso.

Fernando todo lo comprendió.

- ¿En el Hospital? dijo. .

Margarita movió la cabeza afirmativamente, y Fernando salió corriendo en direccion al Hospital General de Hombres.

Teresa en el transcurso de algun tiempo se habia visto sujeta á tan amargas pruebas que su corazon sin perder la natural sensibilidad, habia adquirido un grado de energia tan superior que en aquel trance tan duro no sintió la menor pusilanimidad y rociando con agua fresca el rostro amoratado de su amiga, se puso de rodillas y sosteniendo con un brazo la cabeza desmayada de Margarita, desató suavemente la górra de percal que cubria la cabeza de esta y Teresa quedó asombrada; las largas trenzas de la joven habian sido cortadas y un pelo corto finísimo y rizado casi al cuello prestaba doble belleza al triste y bello rostro de la hermana.

Margarita abrió los ojos y fijándolos vagamente en derredor dijo:

—¿Donde estoy? Teresa ¿que es esto?

La joven la retenia sobre su corazon.

—Es un sueño volvió á decir, Dios mío, yo he soñado, y restregándose los ojos miró á su hermana.

—Nó, dijo esta, no es sueño amiga querida, es á un mismo tiempo una dulce y amarga realidad.

—¡Ah! ya me acuerdo! grito la infeliz amante y luego variando el tono de su voz-si, muy dulce de todos modos; y poniéndose de pié, ¿no es verdad que soy feliz? le dijo besándola en la frente.

—¿Adonde vás? le preguntó, la joven deteniéndola cuando Margarita ya daba un paso.

—Al Hospital, contestó.

--Pero estás enferma.....

—¿Que importa? no vés que quiero morir.

--¡Morir tú!

—¿Que te estraña esto?

—Si, ahora mas que antes, porque hoy la vida la necesitas, puesto que de tu ternura y cuidado quiza se sostiene el hilo que alienta aún la existencia de tu amado en este mundo.

--Tienes razon dijo Margarita, á pié, tardaria, hazme traer un carruaje.

Teresa salia y una lágrima resbaló de sus ojos, -la incoherencia de las palabras de su amiga le asustaban .

.
Volvamos cerca del lecho de Plácido--Margarita ó Providencia estaba á su lado, á corta distancia de ella un

sacerdote la contemplaba atónito y Fernando también de pié fijaba en la joven una mirada de terror.

Margarita alzó la cabeza—estaba despojada de la gorra y el cabello corto y rizado daba á sus griegas facciones un tinte de energía varonil que Fernando y el sacerdote calificaron de demencia.

La joven alzó la cabeza y fijando en el último sus grandes y azulados ojos.

—No, le dijo, no quiero que le pongais la santa unción; ésta alma noble, cristiana y pura como la de un ángel no necesita las farsas del mundo, idos, idos no le despertéis.

El fraile palideció, dió un paso y mirando á la hermana con rabiosa expresión.

—Profana, exclamó, en nombre de Dios dad paso á la religión.

La joven se sonrió.

—No le toqueis, dijo sin inmutarse, yo soy su esposa y nadie después de Dios en el cielo, tiene derecho acá en la tierra sobre ese helado cuerpo.

El sacerdote miró atónito á Fernando, este hizo una seña y el fraile lanzando una mirada del más profundo encono á Margarita salió de allí.

—Perdonadla padre, dijo Fernando una vez afuera, perdonadla su razón está estraviada.

—No lo creais, repuso el fraile con furiosa entonación, es una profana, una judía, una hereje, os juro, añadió, que si aún existiera la santa Inquisición, hoy mismo esa falsa sacerdotisa de la benéfica caridad iría á la hoguera.

El fraile se despidió, y Fernando reflexionando en las últimas palabras de éste se dijo.

—Quizá Margarita tiene razon.

Luego volvió al lado del herido y á su cabecera de rodillas ante el crucificado, vió á Providencia orando con sublime fervor mientras que de sus ojos corrian abundantes lágrimas.



CAPITULO XXIV

¿Eres su sombra?

Plácido acusado por D. Luis habíasele formado causa é instruido el sumario.

Se tomó declaracion á los dos reos que se suponian cómplices de Santillana resultando de ella ser este inocente, y víctima de Saavedra por quien dijeron los dos haber sido pagados espléndidamente con el objeto de sacrificar á Plácido, -declararon tambien las últimas palabras de Don Luis cuando espirante les arrojaba su estoque envenado en cuyo puño se leía grabado sobre acesu propio nombre.-Luego la esposicion del facultativo examinador declarando ser cierto el envenenamiento de la hoja del estoque de Saavedra, y por último el carño de ambos presos con Don Luis á quien anonadaron con solo su presencia seguidos de la autoridad.

La causa se instruyó en horas y Plácido resultando

inocente fué trasladado á casa de Fernando siguiéndole Margarita en clase de enfermera.

En un pequeño gabinete pobremente alhajado aunque con un gusto esquisito se veia un lecho sobre cuyas suaves almohadas y blanquísimas sábanas descansaba su cabeza y su cuerpo dolorido nuestro interesante amigo Plácido Santillana.

A su lado, ténueamente iluminada por el rayo mortecino de una lámpara á media luz se veia á Providencia, sentada é inmóvil como una estatua de alabastro con los grandes é intelijentes ojos, fijos sobre el rostro pálido de su amante.

La jóven velaba.

La gran gorra y escapulario de Caridad, estaban sobre un mueble inmediato, y su cabeza descubierta parecia transfigurada con un tinte de belleza nueva y mas fuerte si se quiere.

El estado del herido era grave pero ofrecia á Fernando grandes esperanzas.

Una postracion completa, mas que del cuerpo, del alma, habíamlo sumido en un letargo de cuyo fin esperaba el facultativo la benéfica reaccion.

Aquel corazon fuerte y vigoroso, aquella naturaleza de fierro habia sucumbido ya debilitada por el sufrimiento, por lucha tenáz y desesperada, por un combate desigual en que las violentas emociones del espíritu tenian que superar á la materia. Plácido solo, sin afecciones, llorando á su querida, á su hijo, con el corazon deshecho por su primer amor, era casi huérfano sobre la tierra;

su alma noble y generosa hasta lo inverosímil no podía concebir, solo concebir la idea de dar forma y vida á otro sentimiento nuevo y amoroso donde habia vivido y latido con infinita pureza y lealtad el amor á su perdida Margarita;— examinó su alma y la encontró seca, pequeño en medio de su propia grandeza, solo tuvo un pensamiento, morir y encerrar en la tumba sus recuerdos de pasada felicidad y sus aspiraciones tronchadas por la mano de Don Luis.

Plácido pensando en la muerte, esta le salió al encuentro pero nó de un solo golpe como él lo habia saboreado, sinó traidora y alevosamente en medio las tinieblas, en momentos que su alma piadosa se disponia á hacer el bien, llevando un consuelo al seno de una familia cuya miseria y difícil situacion habíasele narrado el dia anterior un mendigo cojo y haraposo que hallára en el átrio de *San Miguel*...

Santillana se quejaba fatigosamente entreabriendo los secos lábios lívidos y calenturientos. De tiempo en tiempo alzaba las manos y como si algo quisiera apartar ajitábalas un instante y luego dejábalas caer inertes, murmurando frases incoherentes efecto del desvario.

Margarita dobló abatida la cabeza sobre las almohadas Plácido se estremeció, y como si la proximidad de aquella cabeza querida hubiera comunicado á su corazon un rayo de vitalidad magnética.

—¡Margarita! murmuró con voz leve pero suavemente modulada, —vén te amo... ¿y nuestro hijo?... recuerdas la noche veinte y nueve de Mayo..—que bella estabas, tenias el cabello suelto y destrenzado, bañado por los ra-

yos de la luna, ¡oh! ¡que hermosa eres amada mia! Margarita habia caido de rodillas á la cabecera del lecho y escuchaba el tierno acento del enfermo, pálida de amor.

Plácido alzó las manos, hizo á un lado las sábanas precipitadamente y levantando la voz, entera aun que algo fatigosa.

—Aparta, murmuró, no la toques, no me la robes, es mia, es mi esposa..... Don Luis mi venganza es aun mayor de lo que tu crees, en la lista de tus víctimas tambien figuran otros padres desgraciados. Oh! yo no soy Augusto,—en las costas del Pacífico suelen salvarse los criminales, pero en las llamas de una estrecha hoguera no te salvarás tú—y luego haciendo un esfuerzo supremo añadió con tono casi suplicante:—dame á mí hijo, dame á mi hijo y te perdonaré.

La voz se ahogó en su garganta, se incorporó lijera-mente, y luego se desplomó dando un ay! doloroso.

Margarita se levantó, se inclinó sobre el rostro de Santillana, y tomando una de sus manos la llevó á sus labios con adoracion.

Plácido abrió los ojos, miró á Margarita un instante, y sonriendo dulcemente, murmuró muy quedo:

- Sombra querida, ¿vienes á buscarme?

—Plácido mio, dijo la jóven, amado de mi corazon, ¿no me conoces ya?

—¿Que si te conozco? Ah! no ves aquí? y el enfermo señaló la herida en el pecho,—no ves tu imájen dibujada con lágrimas sobre mi corazon? no lees en mi alma el tesoro de fanático amor con que adoro tu sombra purísima

é impalpable?—Oh! tú, que superior á todas las miserias de la humana vida, habitas el infinito, implórale al criador deje descansar este miserable cuerpo en un solitario sepulcro, y que mi espíritu purificado á fuerza de tanto amar y sufrir, se una á tu espíritu confundiéndose en una sola emanacion, y así inmortalizadas nuestras almas, llegarán á divinizarse con el amor de los ángeles. Oh! llévame contigo, por Dios sombra querida, no te desvanezcas, no te alejes, me haces tan feliz!

Plácido delirando por efecto de la calentura, asió los pliegues de la negra túnica de Margarita, y cerrando los ojos murmuró.

—Amada mia, vela mi sueño y cuando raye la auro-ra, huye en él primer rayo de sol que descienda á la tierra, pero que nadie sepa que viniste á arrullar el sueño triste y doloroso de tu querido.

Fatigado por el desvario de su calenturienta imaginacion, quedó en silencio y pareció dormir.

Margarita aun de pié, permanecia llorando en silencio, y cuando la respiracion de Plácido dormido, aunque inquieto llegó á sus oidos, la jóven besó repetidas veces su frente y su varonil y hermosa cabeza, sentóse despues á la cabecera del lecho, velando el resto de la noche.

En esta misma noche en que Plácido deliraba con la sombra de su amada, otra escena parecida, aunque de distinta especie por el jénero de los personajes, tenia lugar en la estancia de D. Luis.

Éste, mortalmente herido, como lo dejamos en el capítulo XXI, veia ante sus ojos la puerta de fuego

del infierno entreabrirse para él y retorciéndose desesperado en el lecho maldecía como un condenado y renegaba hasta del sagrado nombre de Dios.

Inés estaba á su cabecera.

En la estancia inmediata velaban algunos amigos de D. Luis.

La jóven temiendo el delirio, tenia buen cuidado de no permitir la entrada en la alcoba del enfermo, por temor de que fueran escuchadas sus horribles declaraciones, y bajo el pretexto de que el médico habia ordenado el absoluto despejo y silencio en aquella habitacion, velaba sola, sin otra compañía que un viejo y antiguo servidor de la casa.

Oigamos el delirio de D. Luis.

—¿Leonor, decia con voz cansada, Leonor porqué me has engañado?

Venganza, venganza, hé ahí el lema que voy á imprimir en mi frente, escritos sus caracteres con tu sangre. Sí, yo te mataré, á tí y al hijo de tu amante, y luego con el corazon desgarrado por tu péfida mano, emprenderé solo y empapada el alma en ódio al camino sabroso de la venganza; semejante al judío maldito llevaré como llevaba aquel el azote de las pestes á los pueblos, yo llevaré la desolacion al seno de cada familia, y la perfidia de una mujer, me la pagará la humanidad entera.

Y luego variando de tono gritó:

—Me quemo, agua, trae agua.

La jóven se levantó, vació de una pequeña redoma algunas gotas de licor en un vaso y aproximándolo á los labios de D. Luis, éste lo apuró jadeante,—luego ca-

yó su cabeza sobre la almohada, y una respiracion ó extraño ronquido levantó la bóveda de su pecho.

Las heridas de D. Luis eran de muerte, pero los médicos aseguraban que aun viviria algunos dias, aunque siempre martirizado por el proyectil que era imposible extraer, por haberse internado en las tunicas del estómago.

Inés era el único ser que por un rasgo noble de su cozon, no se atrevió á abandonarlo.



CAPITULO XXV

La voz de la conciencia.

En una de las estraviadas calles de las orillas de la ciudad casi en las quintas, se veía al final de una cuadra cortada una pequeña casita de limpia aunque pobrísima apariencia, y á su puerta sentados bajo la sombra de la recién retoñada parra, un hombre y una mujer de aspecto vulgar, pero simpático.

Ambos son conocidos de nuestros lectores, el uno es Jacobo y la otra es Catalina su mujer. Los ojos de la última estaban rojos, y Jacobo muy agitado, parecía próximo á llorar también.

—Yo te lo dije, decía la pobre mujer, con angustiada voz, ese niño á pesar de no haber conocido otros padres que nosotros, jamás nos tuvo cariño,—era siempre orgulloso y nunca me trató de madre, solo me dijo Catalina.

—¿Y que quieres que le haga? dijo Jacobo, ¿crees que yo no sufro, cuando entro vuelto del trabajo y no lo veo

sobre mis rodillas? tengo impulsos de correr á casa de D. Augusto, y quieran ó no quieran, llore ó no llore el nene traérmelo.

—¿Y que te detiene Jacobo? crees tú que yo puedo vivir sin él? al fin somos padres, y nadie tiene mas derechos que nosotros.

Jacobo miró á su mujer.

—¿Y tendrías valor, dijo, para hacer sufrir á ese ángel? si no nos quiere, si busca otros padres, si se aleja de nosotros casi con repugnancia, tal vez tiene razon, y piénsalo bien Catalina, ese niño, mejor que yó, bien lo sabes tú, y bajando la voz continuó, no es nuestro hijo, y si por una intuicion natural el niño se aparta de nosotros cómprende quizá cual fué el brazo infame que lo alejó del cariño maternal, y creeme, si Edgardo encontrara á sus padres nos amaria mas de lo que nos ama ahora.

—Ah! exclamó Catalina sollozando amargamente, porque aquella noche tan feliz para mí en que en medio de la furiosa lluvia viniste con un envoltorio en los brazos y presentándome el niño entumecido por el frio, no me dijiste la verdad, porque me engañaste Jacobo? me hiciste creer que al cruzar una estraviada calle el lloro lastimero de un niño te detuvo, y que volviendo los pasos te encaminaste hácia donde se escuchaba el llanto, me dijiste que allí envuelto en la delicada ropita que aun conservo, llorando y chorreando agua encontrastes el pobrecito ángel, y envolviéndolo en tu capa te dijiste— éste será nuestro hijo.

—Ah! Jacobo, añadió la pobre mujer, porque no me di-

jiste, lo he robado, lo he arrancado de los brazos á una madre desgraciada, — yo entonces no habria amado tanto á ese que yo creia huérfano, no me habria esclavizado á su voluntad, y al menor de sus caprichos, no me habria hecho en fin la ilusion de creerme su verdadera madre y renunciando á sus infantiles caricias, ya que Dios no me concedió el encanto de la maternidad, sin un átomo de egoismo, y solo pensando en el horrible dolor de esa madre infeliz, habríala buscado y le habria devuelto á su hijo.

Catalina calló, y Jacobo ocultando el rostro entre ambas manos, exclamó con voz angustiada:

—Miserable de mí tuve miedo entonces y engañándote creí hacerte feliz, dándote en aquel niño una dicha inesperada, te engañé porque comprendí tu desprecio si te decia la verdad: pero mas tarde Catalina mia, cuando me desperté en la noche y fijo mis ojos en la impalpable oscuridad veo una sombra de mujer jóven y hermosa que se me acerca y con voz llorosa y angustiada me demanda al hijo de sus entrañas, luego aquella sombra se inclina, y encorvando su pálida cabeza me muestra sobre su cráneo la cicatriz sangrienta del puño de un hombre impresa allí, — ésta es tu mano me dice y desaparece—entonces grito, horribles dolores ajitan mi conciencia, la voz del remordimiento llama á mi corazon, haciéndome llorar lágrimas de sangre.

Catalina suspensa escuchaba á Jacobo con admiracion.

Este calló y Catalina mirando á su esposo:

—Es preciso tomar una resolucion, dijo, yo sabré en-

jugar mis lágrimas, haré callar la voz de mi corazón, hablaré francamente á Don Augusto y á la Señora Andrea, les diré quien es el niño, ó mejor dicho, lo que de él sabemos y les rogaré que indaguen el paradero, si es que existen sus padres: entonces dormirás tranquilo Jacobo y yo á pesar de faltarme la alegría de mi hijo, consolaré mis horas con el recuerdo de su felicidad y bienestar que nosotros no le podemos dar jamás.

Catalina calló y Jacobo echándole los brazos al cuello.

—Gracias Catalina, le dijo, gracias porque has sido tan buena conmigo.

En tanto Andrea y Augusto felices con su nuevo hijo, se entregaban por completo á aquella mágica ilusion.

Sentados ambos en un pequeño divan de uno de sus suntuosos salones, fijaban una mirada de infinita ternura en el niño Edgardo, que á corta distancia de ellos sobre la mullida alfombra, jugaba rodeado de una inmensa cantidad de valiosos juguetes.

De súbito se puso en pié, y acercándose á los dos esposos:

—¿No me quieres comprar un reló papá? dijo con su vocecita de ángel, subiéndose sobre las rodillas de D. Augusto.

—Porqué nó, hijo mio, hoy mismo te lo compraré.

El niño reflexionó un momento.

—¿En qué piensas? le preguntó Andrea.

—Pienso en mi reló, murmuró pensativo.

—¿En el que te vá á traer papá?

—Nó, en el mio, pero Catalina no me lo quiere dar.

—Cómo! tú tienes reló?

—Sí, muy chiquitito; pero Catalina me decía que era de mi padre, que cuando fuera grande me lo daría.

Augusto miró á su esposa, y sentando al niño sobre sus rodillas le dijo.

—¿Y ese reló hijo mio, tú nunca lo abriste?

—Nó, mamá Catalina no quería, y no quería tampoco que Jacobo supiera que ella lo tenía.

—¿Cómo, pues no dices que era de tu padre?

—Pero de Jacobo nó, él es pobre no puede tener un relojito tan rico.

—¿Y tu tienes otro padre, hijo mio?

El inteligente niño bajó la cabeza y luego escondiéndola en el seno perfumado de Andréa comenzó á llorar amargamente.

Los esposos se miraron sorprendidos.

—¿Porqué lloras, niño mio? dijo la dulce madre adoptiva.

—¿Porqué lloras mi vida? agregó Augusto.

—Ay! balbuceó el niño sin alzar la rubia cabecita y sin que cesára su llanto,—yo lloro porqué no quiero ser hijo de Jacobo, yo quiero otra madre y si no me quieres tú, yo me voy á morir.

Una lágrima humedeció los ojos de los esposos y tomando Augusto el resentido niño hablóle con voz dulce pero austera y llena de rectitud.

—Edgardo, tu tienes cuatro años, sabes que Jacobo y Catalina son tus padres, ámalos y respétalos como á tales. Andréa y yo somos tus segundos padres, tus protectores, eres nuestro hijo querido, no te apartarás nunca de nuestro lado, pero en cambio tienes que amar

tambien á tus padres ¿no es verdad hijo querido?

El niño se sonrió.

—Si papa mio, si, voy amarlos á Jacobo y á Catalina.

Y luego acercando su boquita al oido de Andrea murmuró muy quedo con una expresion de indefinible travessura.

—Lo he engañado, mamá no creas que le he dicho la verdad,—y tornó á reirse saltando de las rodillas de Andréa.

Esta feliz con el amor purísimo de aquel ángel, era mas egoista que Augusto y apesar de reconocer el justo modo de pensar de este, se complacia en el genero de afecto que el niño les profesaba, asi es que dirijiéndose á su esposo mientras que Edgardo se puso á jugar distraido, le dijo.

—Porque te empeñas en torcer los sentimientos de su inocente corazon, Augusto mio?

—Ah! Andrea, no puedes figurarte de que manera me violento, pero ¿que es esto? tu tan justa, tan noble me haces esa pregunta!

—Que quieres, me he vuelto egoista, casi mezquina por el amor de ese niño.

—Yo tambien, dijo Augusto, pero es preciso no olvidar que tiene padres.

—Quien sabe Augusto, fijate un momento en la belleza noble y altiva de Edgardo, mira sus azulados ojos tan puros y dulces, su piececito tan mono, todas sus delicadas formas y dime sí no es posible crear que esa cabeza encantadora, esté coronada por una sombra misteriosa, que quizá nos sea dado romper á nosotros.

—Tienes razon, dijo Augusto pensativo ante la duda manifestada por su esposa,—es preciso averiguarlo.

Los esposos enteramente ocupados de su hijo adoptivo siguieron hablando largo rato.

Al dia siguiente la mujer de Jacobo se presentó en casa de Medina.

Catalina visiblemente conmovida hablaba muy bajo en presencia de Andrea.

Voy á decir á V. señora Andrea un secreto muy querido para mi, le dijo, no he hallado mejor depositaria que vd. y vengo á confesárselo con toda franqueza.

—Has hecho bien hija mia, dijole Andrea sin alcanzar la idea de la mujer de Jacobo, has hecho bien porque yo sabré guardar tu secreto y protejerte si lo necesitas. Habla y no tengas recelo.

—Gracias señora, no en balde me he dirigido á V.: mi secreto es de aquellos, señora, que queman el corazon cuando se guardan mucho tiempo, y el mio que lo habia enmudecido la mano de la esquivéz, hoy se desborda y me señala el buen camino diciéndome: vuélvele á ese ángel la felicidad que le robaste sin querer y vé corriendo á casa de los protectores de Edgardo á decirles la verdad.

—Como; se trata de vuestro hijo? exclamó Andrea pálida y alentando apenas.

—Edgardo no es mi hijo señora, murmuró Catalina.

Aquella revelacion casi imposible para ella y que le quemaba los lábios, subió deshecha en llanto á los ojos.

—Oh! Providencia divina! dijo Andrea alzando los ojos al cielo mientras decia á la desolada jóven—¿luego Jacobo tampoco es su padre?

—Nó,—la mano del crimen, sin duda arrojó á ese niño casi moribundo á la puerta de mi humilde casa, yo le crié con esmero y el desamparo de su inocente vida me hizo amarlo como lo amaria su própia madre.

Catalina mentía en parte pero era preciso salvar á su marido sin titubear ante una mentira que casi se parecia á la verdad, pues que ella habia sido engañada lo mismo por Jacobo al entregarle el niño.

—Yo no tenia hijos, prosiguió la jóven, Edgardo fué el hijo de mi corazon: aquella noche inolvidable, triste y solitaria como siempre durante gran parte de la noche, velaba esperando á Jacobo: llovía á cantaros y los relámpagos en grandes listas de fuego cruzaban el firmamento y hacíanme estremecer de terror con el estampido del trueno,—yo rezaba—en el momento en que mi alma concluyendo su oracion mental, mi lábio repetía—padre nuestro que estas en los cielos, tén clemencia para el desamparado—la puerta se abrió y Jacobo chorreando agua se precipitó en mi habitacion dejando en mis brazos un envoltorio dentro del cual percibí la respiracion casi estinguida de un niño.—¿Que es esto? pregunté á Jacobo trémula de encontrados sentimientos,—entonces me refirió el milagroso hallazgo que habia tenido. Llena de gozo, me figuré que sin duda el Todo-poderoso me enviaba aquella celestial criatura para consolar mi soledad. Comencé por calentarlo, quitándole las ricas ropitas en que estaba envuelto, heladas y llenas de agua, y luego como me fué posible lo cubrí con franelas calientes é introduje en su contraida boquita algunas cucharadas de vino caliente.

—¿Y no encontraste en su cuerpo alguna señal ú objeto por medio del cual pudiera ser reconocido mas tarde por sus padres? preguntó Andrea profundamente interesada en el relato de la mujer de Jacobo.

—Si, dijo ésta, pero es una alhaja de valor que no tiene seña particular alguna.

—¿La conservas?

—Oh! si, está guardada con el mayor cuidado y esmero, asi como la ropita que entonces llevaba.

—Eso es bastante, tal vez ese objeto tenga algun resorte ó señal invisible. ¿No lo has visto nunca?

—No señora, no se me ha ocurrido, pero puede Vd. misma verlo.

Y Catalina sacando de su seno una pequeña cajita de carton con un objeto envuelto en un papel de seda lo alargó á Andrea.

Esta lo tomó ansiosa y desdoblando el papel sacó una joya de gran valor,—era una almendra de filigrana granate, la misma á que se referia el niño llamándole reloj—con una lluvia de brillantes rosa, por el lado superior, y por el otro una corona imperial formada con esmeraldas sobre un fondo de filigrana.

Lo dió vueltas en sus manos, buscó algo que le indicara el medio de abrirle, pero no lo consiguió, parecia de una pieza y sin resorte.

Sin embargo Andrea no se creyó vencida, tiró con fuerza el cordon de la campanilla y un criado se presentó.

—Dile á Augusto, dijo, que pase aquí inmediatamente.

El criado salió y cinco minutos despues, Augusto se presentaba en el salon.

Andrea en breves palabras contó á su esposo los sucesos narrados por la jóven Catalina y dándole la alhaja al asombrado Medina le dijo.

—Es preciso abrirlo, debe tener algun resorte oculto.

Augusto dió vuelta el relicario y advirtió que la capa de filigrana superior se movia. Hizo fuerza con la uña del pulgar y la tapa cedió.

Bajo de esta apareció un pequeño botoncito que apretado por el centro dejó descubierto un retrato, preciosa miniatura de una mujer hechicera.

Andrea lanzó un grito.

—La hermana Providencia! exclamó cayendo de rodillas.

—Su hijo, murmuró Augusto temblando de alegría.

Catalina petrificada por la sorpresa fijaba sus asombrados ojos en aquel patético cuadro.



CAPITULO XXVI

Presentimientos del alma

Plácido convaleciente ya, estaba sentado en el lecho. A su lado se veía á Teresa y Fernando.

El desgraciado ignoraba la existencia de aquella que lloraba muerta,—sus ojos fijos en el espacio, tenían una expresión pensativa y extraña.

Volvióse á los esposos que lo contemplaban mudos y complacidos, y tomando entre las suyas la manos de ambos.

—Ah! dijo con lágrimas en los ojos, vosotros no sabeis cuanto la amaba!

—Si, dijo Fernando, si sabemos cuanto la habeis amado, pero me atrevo á aseguraros que ahora vais á amarla mas.

Plácido miró con estreñeza á su amigo luego á Teresa. Esta se sonrió.

—¡¡Mas!! imposible! murmuró Plácido tembloroso, sin alcanzar el sentido de aquellas palabras estremas -no puede el corazon humano sentir un grado de ternura mayor que el que alienta y sostiene mi corazon.

—Sin embargo yo creo que vais á amarla mas.

—Esplicaos en nombre del cielo!

—¿Y si Margarita no hubiese muerto?

—Ah! vosotros quereis hacerme vivir por medio de esa ilusion.

—Nó, no es ilusion amigo mio, es una realidad que si os sentis con suficientes fuerzas pod.....

Fernando no concluyó.

La cortina de la puerta del centro de la alcoba se alzó y Margarita pálida y trasparente como un espíritu, con los ojos húmedos de emocion, la boca entreabierta de ansiedad adelantó sosteniéndose vacilante hasta el lecho.

Plácido no resistió, fijó un instante sus ojos en el rostro de su querida y doblándose su cuello dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Margarita abrió los brazos y con ellos rodeando su cuerpo lo retuvo suavemente cubriendo de besos aquella frente y murmurando en sus oidos mil frases apasionadas.

El final de esta escena no es posible describirla; hay cuadros muy patéticos y de tan fuerte colorido que necesitan el pincel inspirado de un gran pintor y huyen de la pálida descripcion del novelista. El íntelijente lector concluirá á su antojo lo que nosotros no nos atrevemos á concluir por temor ó desconfianza en las fuerzas de nuestra pobre pluma.

Quince días despues, Plácido se habia levantado envuelto en un abrigado rob-de-chambre, y sentado en un sillón á la Crimea frente al mismo balcon y en el mismo lugar en que vimos á Margarita convaleciente.

Tenia la cabeza descubierta, é iluminada por un rayo de sol, parecia transfigurada por la inmensa felicidad que inundaba su alma y que revelábala de una manera inequívoca su pálido pero risueño rostro.

Sus ojos habian perdido su natural dureza y enérgica espresion y ahora húmedos de ternura se fijaban sin dar entero crédito, en su amada. Sus blancas y enflaquecidas manos enlazaban las de ésta y sonriente de felicidad le decia:

—Todo me parece un sueño, me creo á mucha distancia de la tierra, en una region infinita, donde te he hallado á tí ángel mio, donde te he encontrado al fin; otras veces creo haber nacido de nuevo, que toda nuestra negra historia de separacion y llanto la he soñado y que luego despertando, me ha hallado siempre feliz contigo. Como has transformado mi existencia de insoportable que era, en adorable ahora!

Yo que odiaba todo lo creado, y pensaba con fastidio en la vida, hoy por tu amor vuelvo á amar todo, —deseo vivir y bendigo hasta mi pasado martirio, te tengo á tí alma mia y vivir, sentir tu voz, tu aliento, tus lábios, es el cielo para mí.

Aún me pareces mas bella, Margarita,—es tan triste, tan apasionado el rayo de esos ojos que creo han adquirido mayor dulzura,—tu sonrisa melancólica y dulcísima, todo, hasta la diáfana transparencia de tus mejillas me

parecen mas bellas,—á veces al contemplarte tan aérea y vaporosa, creo que tu alma se ha escapado del cielo y ha descendido á la tierra en forma de muger, para consolar á tu huérfano querido. Oh! no me mires así, y fuertemente impresionado rodeó con su débil brazo el cuello de Margarita.

Esta descendió suavemente, y poniéndose de rodillas, murmuró, fijando sus ojos húmedos en los ojos de su amado.

—Yo tambien odiaba la vida, habia perdido á mi primero y último amor en la tierra, luego al hijo de ese santo amor, no tenia mas afeccion que me ligara al mundo, que la amistad de mis dos hermanos. Muerta para todos, hasta para Don Luis que creyó mi falsa partida de defuncion, borrado mi nombre del libro de los vivos, era un sér excepcional en el mundo,—tendí una mirada al porvenir y solo divisé un abismo de densa oscuridad donde á fuerza de fijar mis cansados ojos, descubrí un rayo de luz consoladora,—aquella era la única luz que podia guiar mi dolorida planta, y aquella luz difundiéndose en torno mio, me mostró envuelta en blancos cendales la sombra de la Santa Caridad. Y entónces amado mio, prosiguió la jóven con la frente levantada y la voz inspirada por la fé, no fuí tan desgraciada,—los hombres me arrebataron á mi amante y á mi hijo y Dios compadecido de mi horfandad, me dijo desde lo alto:

—“Sed madre de la humanidad entera”, y yo oyendo de rodillas aquella voz sagrada, juré por tu recuerdo santo ser Hermana de Caridad y profesar dos años despues de mi noviciado. Dios no ha querido que mi sacrificio

se consumara y ántes de nuestra separacion eterna te ha traído á mis brazos. Bendita sea mil veces, esa justicia divina, y que así como te ha devuelto á mi amor me devuelva al hijo de mis entrañas.

La jóven calló y Plácido cubriéndose el rostro con ambas manos lloró largo rato: la pobre madre también lloraba.

—Hijo mio, hijo de mi alma, murmuró Plácido,—y torció á ocultar su rostro.

Margarita se puso de pié.

—Basta, dijo, apartando con sus manos las de su amante, basta, no llores mas, ahora no soy sola, recíprocamente ayudados buscaremos á nuestro hijo, y si vive, créé Plácido mio que lo hallaremos y si ha muerto, siquiera encontraremos su tumba para llorar sobre ella el fruto adorado de nuestro primer amor,—¡quién sabe! los arcanos del porvenir son inmensos, mira, no sé que éco extraño y misterioso me dice con una voz que creo haberla oído no sé dónde ni en qué época,—tu hijo vive, confía y espera.

—Oh! yo tambien, dijo Plácido alzando la cabeza y fijando en su querida una mirada de asombro,—yo tambien siento dentro de mi corazon una voz misteriosa que se le parece á la tuya, que me dice á todas horas:—Tu hijo vive y es hermoso como su madre, espera y confía.

Margarita palideció.

—¿Y cuando sientes esa voz, dijo, no ves una sombra de una mujer jóven todavia que jira en torno tuyo y que tendiéndote los brazos, murmura sollozando palabras entrecortadas?

--No, dijo Plácido, alarmado ante la extraña exaltación de la jóven.

—Yo sí, repuso ésta, anoche he visto despierta esa vision y luego al separarse me ha dicho: Confía y espera, tu hijo vive,—y dejando un ósculo en mi frente se ha desvanecido diciéndome,—adios hija mia, adios.

—Eres soñadora como una alemana, dijo Plácido sonriéndose, y atrayendo á ésta sobre sus rodillas, añadió casi feliz,—visionaria, tú has soñado porque yo anoche acaricié tu frente dormida.

La jóven se sonrió y replicó pensativa.

—Luego tú no crées en esos fenómenos por medio de la atracción magnética que tan bien nos explica Julio Verne. y nos lo demuestra en su obra maestra “Los hijos del Capitan Grant” ¿No recuerdas tú, Plácido mio, agregó la jóven creciendo en superstición, cuando solos y llorosos velan sobre el alcázar de popa, los huérfanos de Grant, el grito unísono y espontáneo que ellos lanzan diciendo: Mi padre! la voz de mi padre! y que ambos por una revelación misteriosa de sus inocentes almas, señalan á la vez el centro de las olas y piden con voz suplicante un bote para salvar á su padre, cuyo acento juran haber oído en el silencio de la noche? ¿no lo recuerdas amado mio?

—Oh! sí, es una escena sublime, contestó Plácido, recuerdo mas,—que una vez satisfecho el deseo de los niños es hallado el Capitan Grant en la márgen de una isla desierta, y que desesperando éste de ser visto, había gritado varias veces sin esperanzas de ser oído por la inmensa distancia que le separaba del buque,—aquella

voz es inverosímil que haya sido escuchada por sus hijos y solo un fenómeno de proximidad magnética ha podido hacer repercutir en sus corazones el acento paternal.

—¿Luego, dijo la jóven, por qué me dices visionaria? no crees que esa voz que ambos escuchamos y esa sombra que yo veo, tenga relacion con mi destino?

—Porque nó angel mio! esa es una ilusion ó una esperanza muy bella que yo jamás marchitaria y que alimentaremos mútuamente hasta que se realice ó se desvanezca.

CAPITULO XXVII.

El moribundo

Todo yace en el mas profundo silencio, solo el acompasado ruido de un reloj interrumpe la quietud sepulcral que reina en la alcoba de Don Luis.

Este tendido en el lecho, con los ojos vidriosos y enturbiados gemía, retorciéndose presa de atroces dolores. A su lado, de pié, estaba un jóven sacerdote, quien con suave y cristiano acento se dirijia al agonizante.

—Hijo mio, deciale, levanta tu espíritu á otro mundo mejor, prepara tu alma y piensa en Dios.

—Oh! no puedo, murmuró Don Luis ajitándose vivamente, no puedo, padre mio, y luego con voz desfallecida prosiguió: ¿no veis su sombra? ella está aquí á mi cabecera, maldiciéndome, ah! no, no puedo, ¿de qué me serviría vuestra absolucion, padre, aquí en la tierra, si allá arriba, no me la concederán mis victimas? ¿de qué me servirá, decidme padre?

—Tú hablas como un réprobo, como un judío, no tienes fé en Dios, porque tu alma ennegrecida por el crimen, se crée incapaz de arrepentimiento. Tú hablas así porque nunca has conocido los consuelos de la religion; reflexiona un instante, piensa que vas á comparecer ante el augusto Tribunal, luego mira al fondo de tu estraviada conciencia, y si aún hallas en ella un rayo de fé, vuelve tu alma entera hácia el Creador, alivia tu espíritu por medio de la confesion, descarga tus enormes pecados y comprenderás entónces la mision del Ministro de Dios en la tierra, — entónces tu alma purificada por el arrepentimiento, llegará en la hora suprema y última de tu vida hasta las plantas del Señor y allí los espíritus impalpables de tus víctimas, te perdonarán tambien.

El jóven sacerdote se detuvo, luego fijando el rayo tiernísimo de sus ojos negros, sobre la amarillenta frente del moribundo, prosiguió, señalando con la diestra el cielo.

—Allá hijo, acaban todas las miserias de la humana vida, piensa que por grande, por inconcebible que sea tu crimen, Dios es mas inmensamente bueno y justo, y que los mayores pecadores de la tierra llegaron á morir sonriendo y se salvaron, purificadas sus almas por el mas puro arrepentimiento, piensa todos los consuelos que te ofrece la religion, aún eres inmensamente rico y puedes hacer muchos beneficios en la tierra que vas á abandonar.

Don Luis lanzó un gemido y estendiendo la mano buscó con afán la del sacerdote.

—Padre, mis crimenes son muy grandes, articuló con la voz debilitada por completo.

El sacerdote alargó el brazo y tomando de sobre la mesa de luz, á corta distancia del lecho, una pequeña redomita conteniendo un licor verdoso, del que vació algunas gotas en un vaso de agua pura, lo acercó á los lábios de don Luis.

Este apuró sediento la balsámica pocion, y cual si aquella devolviera el vigor á sus entumecidos miembros, habló con voz clara é intelijible.

—Mis crímenes son muchos, padre mio, no hay perdón para mi alma.

—Mayor es la misericordia de Dios, miserable pecador, contestó el sacerdote con dulzura,—por grandes que sean tus delitos, si un sincero arrepentimiento descende á tu corazon, sentirás una tranquilidad inmediata, y tu alma absuelta por Dios no sufrirá las torturas que la esperan si mueres sin los auxilios de la relijion que pide todo cristiano al emprender el camino de la Eternidad.

Don Luis ajitó la cabeza sobre las almohadas, luego sus lábios se movieron.

—Sí padre, sí, dijo, estoy dispuesto á confesaros la negra historia de mi pasado, pero antes desearia pedirros un favor.

—Habla hijo mio, indícame tu deseo, y estaré satisfecho si te puedo ser útil.

—Existe un sér, padre mio, balbuceó Don Luis, deteniéndose anhelante, á quien deseo ver y sin cuyo perdón no podrá gozar descanso mi alma.

Don Luis volvió á hacer una pausa y luego prosiguió:

—Ese hombre debe hallarse en el Hospital de Hombrés y su nombre es Plácido Santillana.

Calló Don Luis, y el padre Miguel tomando su sombrero iba á salir, cuando volvió á llamarlo.

— Oid padre, le dijo, quiero que le digais que no se niegue, que sea una vez mas, generoso con su asesino, que piense que en la hora de la muerte no se miente.....

— Piensa en Dios, hijo mio, dijo el padre, pronto yo estaré á tu lado otra vez, y salió.

.



CAPITULO XXVIII.

El perdon.

Una hora mas tarde el padre Miguel entraba en la casa de Don Luis y dos minutos despues un carruaje se detenia en aquella misma puerta. Plácido y Margarita bajaron de él y penetraron en la portada, guiados por el sacerdote, entraron á la alcoba del enfermo, y deteniéndose frente al lecho, Plácido adelantó: estaba pálido, y una conmocion nueva ajitaba las fibras de su corazon

—Saavedra, me has llamado, ¿qué quieres de tu víctima?

Don Luis dió un grito, luego se incorporó y asiendo una mano de Plácido.

—Perdon, balbuceó.

—Miserable, dijo éste desviando su mano, me pides perdon, ¿y tú que me dás en cambio de todo lo que me has arrebatado?

—Oh! mátame, mátame mas bien si no has de ser jeneroso con este arrepentido moribundo!

—Y que derechos tienes tú, para esperar jenerosidad de un padre á quien has robado al hijo de su amor, de un amante que le has muerto á la querida de su corazon, de un hombre á quien has intentado quitar la vida, y por último, de un inocente que has delatado á la justicia como asesino alevoso de un crímen y horrenda maquinacion que urdió para mí tú maligna cabeza, dime que derecho tienes de esperar jenerosidad, ó créer que yo pueda perdonarte, infáme cuando te has complacido en la horfandad de mi alma: dime, contéstame; y Plácido sacudia con fuerza el brazo de Saavedra.

—Lo vais á matar, dijo el sacerdote, aproximándose al lecho, si sois cristiano, sed jeneroso, que Dios sufrió por toda la humanidad y perdonó á sus verdugos.

—Retiraos padre, retiraos y orad por su alma que es vuestro deber, pero no os mezcléis con las cuentas que yo tengo que arreglar con este miserable. Dios era un santo y yo soy un hombre cuyo bello destino y ancho porvenir ha trocado este malvado en un erial de abrojos.

—No volveré á interrumpiros, dijo el padre, pero no olvideis que á este infeliz le ha llegado su hora suprema y que su alma tan negra antes, ahora está llena de crueles remordimientos, y que necesita el perdon de los buenos.

- No lo olvidaré, pero dejadme.

El padre se puso de rodillas.

En tanto Don Luis espantado, ocultaba la cabeza entre las sábanas.

Plácido se volvió.

—Acércate, Margarita, dijo, y pregúntale que ha hecho de nuestro hijo.

Margarita dió un paso, levantó el velo que ocultaba su rostro é inclinándose sobre el lecho:

—Don Luis, murmuró, dame á mi hijo y te perdono.

El moribundo miró aquel rostro, sintió aquella voz, y un sudor frio inundó su frente, estendió las manos y rechazando á Margarita.

—Padre! Padre! gritó es el espectro, Margarita, piedad, perdon!.

—Nó, dijo Margarita, casi con dulzura, porque su alma noble y pura no comprendia el sabor de la venganza, no soy su sombra, soy Margarita viva, y dichosa si tu le dieras el hijo de sus entrañas.

—Mientes, gritó Don Luis creciendo en desvarío, ella murió, yo la enterré, el carro de los pobres llevó su cadáver desde el hospital de locos, hasta el cementerio del Norte, mientes, tú eres su espectro que te levantas de la tumba, como la estatua del comendador ante Don Juan Tenorio, tú como aquel vienes á maldecirme, á gozarte en mi agonía,—y Don Luis delirante—Padre, padre mio, gritó, protejedme.

El padre Miguel se puso de pié,—se aproximó al lecho y mirando á Plácido y á Margarita:

—Este hombre vá á morirse, dijo, si no quiero tener en vuestra conciencia un punto oscuro que llegaría á quitaros el sueño, perdonadlo, y puesto que vuestro mal no tiene remedio, compadeceos de su alma apartándola del padecimiento eterno.

Margarita asió á Plácido de una mano.

—Perdonémoslo Plácido mio, dijo con la espresion de la mas santa caridad impresa en el rostro, ven, perdonémoslo en nombre de nuestro inocente hijo.

Plácido se resistió un instante.

—Imposible, murmuró, no puedo, no puedo.

—Sí, exclamó Margarita arrastrando á su amante ante el lecho de Saavedra, perdonémosle.

Plácido vacilaba, fijó sus ojos en los ojos humedecidos de la jóven y ésta venció.

—Sí, pobre madre, dijo, perdonémosle,—é inclinándose sobre el oido de Don Luis:—Luis de Saavedra, murmuró, yo te perdono.

Margarita se acercó, miró á Don Luis fijamente.

—Yo te perdono, le dijo, pero dime en cambio que has hecho de mi hijo.

Un silencio sepulcral siguió á las palabras de Margarita, y solo un sollozo hondo y doloroso levantó la bóveda del pecho de Don Luis, en tanto el sacerdote le decia:

—Descansa en paz, pobre alma, ya estás perdonado.

Don Luis se ajitó.

—Oh! gracias, articuló con voz entrecortada, gracias, — y luego dirijiéndose al sacerdote,—padre, le dijo, ¿es verdad, que no es su sombra, que Margarita vive, que me ha perdonado?

—Es verdad, hijo mio, vive; noble y cristiana, te ha perdonado y te ha hecho perdonar— ahora, tal vez, tu puedas borrar en parte el mal que antes le hiciste.

—Oh! padre, cómo, decídmelo! —yo sueño, Margarita

no puede vivir, ella murió loca, y Don Luis asió de una mano á la jóven y la atrajo para fijar sus enturbiados ojos en el bello rostro de su antigua hija adoptiva.— Margarita, le dijo con voz temblorosa, eres tú,—no es mentira, vives, Dios te ha conservado la vida para que perdones mis horribles crímenes.

—Sí, Don Luis, si vivo, os he perdonado y en cambio os pido mi hijo ó lo que de él hiciste.

Saavedra no tuvo duda, era ella viva y palpable.

—Tú hijo, Dios mio, tú hijo? yo no se de él, yo se lo entregué á Jacobo para.....

Margarita dió un grito y se cubrió el rostro con las manos.

El sacerdote se estremeció y sostuvo en sus brazos el cuerpo vacilante de la pobre madre.

—¿Jacobo Retamares? exclamó Plácido acercándose á Don Luis.

—Sí, dijo éste, eso es Retamares.

Plácido prosiguió cual si hablara consigo mismo:— Jacobo me dijo que tenia á su hijo enfermo, en casa de Don Augusto Medina. ¡Dios mio, si mi hijo viviera...!

Santillana sin darse cuenta de éste presentimiento:

—Margarita, querida Margarita, exclamó, vén, busquemos á Jacobo, y si ese miserable no ha muerto á nuestro hijo tal vez lo encontraremos.

—Augusto Medina, gritó Don Luis que habia oido las últimas palabras de Santillana, escuchadme.

Plácido se volvió, la mas viva contrariedad se pintó en sus facciones.

—¿Qué quieres? exclamó, acaba porque me repugnas:

—¿Augusto Medina, dijiste? articuló con trabajo.

—Sí, y Plácido golpeando con la palma de la mano su ancha frente, ¿acaso es el Augusto que figura en el manuscrito? exclamó.

—Sí, sí, es él, repuso Saavedra, decidle que venga que quiero devolverle á su hija,—y Don Luis juntando las manos, murmuró, alzando los ojos á Dios—hay una Provi...den....cia—y desplomóse presa de una agitacion febril.

CAPITULO XXIX.

Santillana y Medina.

El portero del Hospital de Hombres, se paseaba en la puerta de entrada principal de dicho establecimiento, y á corta distancia de él, demacrado y convaleciente se veia á Octavio, casi curado de sus dolencias.

Aquel dia habia sido dado de alta y enseñaba al portero su correspondiente licencia.

—Pues has tenido suerte hijo mio, decia el buen gallego, dirigiéndose á Octavio, has tenido suerte.

—Suerte, para tí ó para el diablo, que lo que es yo ruego á Dios no me la vuelva á dar.

—Suerte, sí, y grande que las tenidu, porque tu sabes mal nacido, que el que aqui entra casi siempre sale al campo santu.

—Pues sábetete que no he estado muy léjos, pero gracias al cuidado de la hermana Providencia, aqui me tienes sano y salvo por si me necesitas.

— Gracias, gracias amigo mío, pero sabes tu que dicen que la tal hermana Providencia es una santa milagrosa?

— Es un ángel amigo Antonio, es un ángel de hermosura y de bondad.

— Cómo la sentirán los enfermos del hospital!

— Hay algunos que dicen que se van á dejar morir, puesto que ella no les cuidará mas.

— Y tienen razon á fé, si era tan buena!

En aquel momento un carruaje se detuvo y Andrea llevando al pequeño Edgardo de la mano, bajó de él y entró en el portal donde se hallaba Octavio.

— Ola! exclamó gozosa dirijiéndose á su antiguo servidor; cuanto me alegro que te halles mejorado, hijo mio.

— Mil gracias mi señora, hoy me he levantado y dado de alta por el médico, iba á ver á mis queridos bienhechores.

— Pues me alegro doblemente, porque te ahorraré la caminata, llevándote en mi carruaje.

Octavio no contestó, estaba acostumbrado á las bondades características de su bella señora, así que inclinando la cabeza esperó que aquella hablara.

La presencia de aquel niño le habia estrañado, pero contenido por el respeto, no se habia atrevido á preguntar nada á Andrea.

— Pues amigo mio, dijo Andrea, á mas que deseaba verte, otro objeto me trae aqui.

— Mi señora puede mandar, repuso Octavio, inclinándose lijeramente.

—Deseo ver á la hermana Providencia.

Octavio alzó azorado los ojos, y el buen gallego miró á Andrea con aire estúpido y alelado.

— De que te sorprendes, replicó la señora con marcada ajitacion, ¿acaso no está aquí?

Octavio eludiendo la pregunta, dijo sorprendido:

— ¿Cómo, que vos no sabeis señora Andrea, lo que ha pasado á la hermana Providencia?

—No, ¿le ha sucedido alguna desgracia?

—Al contrario una gran felicidad.

Andrea cada vez mas confusa oyó con júbilo el milagroso suceso del encuentro de Providencia con su amante y una vez impuesta pidió permiso para hablar con la hermana Superiora y esta narrando á Andrea todos los pormenores de aquella estraña historia indicole las señas de la nueva habitacion de Margarita.

La jóven habiendo concluido su noviciado y libre de votos habíase traslado á casa de Teresa donde le hemos visto ya en compañía de su amante.

En tanto que Andrea salió del hospital en busca de las señas indicadas, Augusto recibia una tarjeta con el nombre de Plácido Santillana. Aquel nombre no le fué desconocido, se volvió y dijo al criado que esperaba:

—Dile á ese caballero que puede pasar.

El criado salió y Santillana vestido de rigorosa moda, con su noble y apuesto continente se presentó ante Medina.

—Caballero, dijo estó, á vuestras órdenes.

Plácido llevó la mano al sombrero y se inclinó con esa finura y elegancia que tambien poseen los hombres cul-

tos y habituados al contacto frecuente del gran mundo.

—Os he incomodado tal vez, dijo Plácido tomando asiento, pero debeis perdonarme porque os traigo un recado de gran interés y que creo valdrá para vos mas que todos los tesoros del universo.

Medina se sonrió tristemente.

—Estais en un error caballero, dijole, - para mi no hay nada que pueda despertar el interés y menos que pueda volverme la felicidad, no necesito oro porque sin buscar fortuna sin desearla, ella ha descendido á mi profusamente, afecciones sola una me ha quedado y esa la constituye mi esposa que es el solo vínculo que une mi corazón al mundo; ella como yo es muy desgraciada y os aseguro que estais en un error al suponerme halagado con la noticia que traeis. Sin embargo amigo mio y apesar de vuestra equivocacion, continuó Medina, os doy las mas cumplidas gracias por la molestía que os habeis tomado y el buen deseo que os anima.

—No os he hablado de oro, Medina porque se que para almas del temple de la vuestra, ese vil metal no significa nada, no os he hablado de vuestra esposa tampoco porque lo que acabais de manifestarme, lo sé de antemano, solo os he dicho que era portador de un recado de gran interés para vos, y ahora os lo vuelvo á repetir rogándoos recorrais la memoria y me digais poniendo la mano sobre el corazón si no teneis nada que os interese en esta vida.

—Nada, contestó Augusto sin titubear mirando á Plácido con marcada curiosidad, nada me interesa en esta vida.

—Teneis razon, dijo Plácido, sin duda no os inspiro bastante confianza y...

—Estais equivocado, le interrumpió Medina, me sois simpático y apesar de no tener el honor de conoceros no tendria inconveniente en manifestarme á vos.

—Sin embargo no habeis sido franco y creedme soy un caballero y un padre desgraciado como vos.

—¡Cómo yo!

—Si, como vos.

—¿Y acaso conoceis el género de desgracia que yo lloro?

—Habeis perdido á vuestra hija, y yo he perdido á mi hijo.

Augusto miró á Plácido sorprendido ante aquella extraña analogia y luego dijo:

—Es verdad no alcanzo que os proponeis al demostrarme estar iniciado en el secreto doloroso de mi vida, pero sea ello lo que sea os pido me lo digais sin tardanza.

—¿Luego hay algo que os interesa?

—Tal vez.

— Ahora sois mas franco.

Acabad, os suplico

Plácido se inclinó y murmuró en el oido de Augusto.

—¿Conoceis á Luis Rizzio?

Augusto como levantado por un resorte se puso de pié y pálido de ódio y de sorpresa:

—Veinte años ha que le busco, esclamó, veinte años ha que le busco y no lo he hallado jamás ¿sabeis donde está? decídmelo, me habreis hecho un servicio que con nada podria recompensaros.

—Calmaos Medina, si se donde está y él me envía á buscaros.

—¿Que decis?

—Rizzio está moribundo, mi mano os ha vengado, le he atravesado el corazon con una bala de mi revolver y hoy agonizante le he perdonado todo el mal que me ha hecho y ahora os llama á vos para pedir os perdon.

—Perdon! gritó Medina, perdon para Luis Rizzio! ahogarlo, beber su sangre y luego mutilado, despedazado, un miembro por cada lágrima que nos ha hecho verter durante veinte años, arrojarle en el infierno y con la sonrisa de venganza ver estinguirse su miserable cuerpo; perdon para Luis Rizzio! desdichado vos sabeis lo que es llorar hora por hora momento por momento á la hija de su amor, al angel inocente y delicado que el brazo criminal de un asesino lo alejó de vuestro lado, lo dejó solo y hambriento quizá en medio de un desierto para festin de los animales salvajes? Vos no sabeis lo que es esto, no comprendeis el horrible dolor que ha destrozado el corazon de los padres al hallar desierta la cuna de su hija adorada, vos no lo sabeis por eso quereis que le perdone, vos no lo habeis sentido por eso le habeis tenido compasion; yó, yo no le perdonaré, iré ante su lecho de muerte, iré, si para maldecirlo, para enrostrarle todos sus delitos hasta que retorciéndose como un condenado entregue su alma al demonio.

Augusto fuertemente exaltado ante la idea de la venganza se acercó á Santillana. Este con el rostro hundido entre ambas manos sentia trasmitirse á su alma toda la hiél que embargaba el alma de Medina; su dolor igual

al de aquel volvía vivo y brotando, ódio, ante las vehementes palabras de aquel padre infeliz.

—Si, si, dijo, teneis razon he sido insensato, no he debido perdonarlo, como vos he debido demandarle lágrima por lágrima, dolor por dolor, tortura por tortura, si he sido un insensato, no he tenido fuerza para cumplir mi juramento de esterminio, pero aún es tiempo y Plácido poniéndose de pié—Medina dijo, ese miserable me ha hecho mas desgraciado que á vos, le he pedido á mi hijo y me ha dicho-le he muerto, mientras que á vos os llama y me ha encargado os diga que quiere devolveros á la hija que llorais.

Augusto arrojó un grito y lívido alentando apenas:

—¿Eso os ha dicho? balbuceó.

—Si, y no perdais tiempo, porque pocos instantes le restan ya.

—¿Será cierto Dios mio? murmuró Medina, oh! si me volviera á mi Andrea, le perdonaria de veras. Y el pobre padre trastornado ante aquella promesa que creia irrazable sintió desvanecer hasta la última sombra de ódio contra Rizzio.

Plácido alargó su mano:

—¿Que debo contestar á ese hombre? dijo

—A la una de este mismo dia estaré alli, y Augusto oprimiendo la diestra á Plácido—soy vuestro amigo, agregó, ¿quereis vos serlo mio?

—Con toda mi alma, un mismo lazo nos une á entrambos, la desgracia y este es indisoluble.

Plácido y Augusto se oprimieron la mano en silencio, apartándose despues.

CAPITULO XXX.

El encuentro

La hora fijada por Medina habia sonado, y este en compañía de Andrea y Edgardo, se presentó en casa de Saavedra.

El rostro de Medina estaba mortalmente pálido y una ansiedad inmensa agitaba el corazón de ambos esposos.

—Plácido y Margarita, también llamados por don Luís debían concurrir á la cita.

Margarita llevaba el rostro cubierto, por un espeso velo que la ocultaba casi por completo, pero ésta que al través del calado antifáz habia reconocido á los bienhechores de Octavio, guardábase en cubierta por efecto de las circunstancias especiales de aquel momento.

Sin embargo, si Andrea menos preocupada hubiera fijado un instante su mirada en aquella figura esbelta y enlutada, de seguro que habria reconocido á la hermana

Providencia, en quien sin darse cuenta ella misma fijaba en aquel instante su pensamiento.

Margarita abismada dulcemente en la contemplacion de los esposos, se preguntaba asombrada el objeto que podria traerlos á aquella casa maldita, y descubria en el aspecto extraño y doloroso de ambos alguna obra de Saavedra.

La puerta contigua á la habitacion de Don Luis se abrió y el padre Miguel presentándose ante nuestros personajes, murmuró.

—Señores, podeis pasar.

Augusto se puso de pié, dió la mano á Andrea, esta quiso levantarse, pero sus piernas vacilaron y dando un paso se dejó caer sin fuerzas sobre un sillón.

—Vén, dijo Medina, apóyate en mi brazo.

—No puedo, murmuró Andrea con voz devil no puedo déjame.

—Imposible haz un esfuerzo supremo, piensa que ese miserable puede morir llevándose nuestro secreto á la tumba.

Aquellas palabras obraron una súbita transformacion en el abatido espíritu de la pobre madre, probó á pararse y poniéndose de pié se apoyó en el hombro de Augusto.

Plácido y Margarita les precedian.

Don Luis en tanto mas postrado que el dia anterior, esperaba con una ansiedad desesperada, que sonára la hora en que debia apurar toda la hiel que antes el vertiera en el corazon de sus inocentes víctimas.

Aquella hora habia llegado: Andrea y Augusto de pié

frente al lecho de Saavedra, lo miraban asombrados dudando fuera aquel cadáver inmundo, el audaz, el atrevido aventurero Luis Rizzio. La mirada de los esposos caía sobre Don Luis como un rayo de la justicia divina.

Rijido, cadavérico, ante aquel exámen, hasta el latido de su corazón se habia paralizado, revolvia sus enturbia-dos ojos y luego los cerraba lanzando un gemido.

Augusto pasó su mano por la ancha frente, inundada de helado sudor.

—Luis Rizzio, murmuró con acento entero y casi tranquilo, Luis Rizzio, vuélveme á mi hija y morirás en paz.

—Si, articuló el moribundo, si, te la volveré y vos Medina, vos Andrea ¿me perdonareis despues?

—Oh! si, dános á nuestra hija, á esa hija adorada, exclamó Andrea, adelantándose hácia Rizzio, á esa hija inocente que arrebataste de mis brazos, llevándome con ella el alma y la felicidad, oh! yo no te habia hecho nada Rizzio, yo ni mi pobre Augusto te ofendimos jamás, ¿porqué te gozaste en nuestras lágrimas? ¿porqué nos quitaste nuestro tesoro, á nuestra Andrea? ¿porqué me privaste de sus infantiles caricias, del encanto de su dulce media lengua? oh! Rizzio, prosiguió Andrea con los ojos inundados por el llanto; veinte años ha, que el lloro mas amargo llaga diariamente nuestros ojos, veinte años há que con la máscara de la mas refinada maldad, te cobijó el techo hospitalario de nuestro hogar, invocaste el título de amigo y el noble Medina te dió su mano, creyéndote caballero. No lo has olvidado Rizzio, tu vioiaste todo lo que el hombre de honor respeta, hi

ciste mas, nos arrancaste el corazon, llevándonos á la hija de nuestro casto amor! porque no nos mataste? ¿porque no despedazaste nuestro cuerpo con tus propias manos, antes de quitarnos la luz de nuestra vida, la felicidad de nuestro hogar?

La voz de Andrea cesó un instante y los sollozos de Plácido y Margarita se mezclaron con los jemicos de Rizzio.

Augusto pálido y convulso, escuchaba estático la voz de Andrea, hasta el sacerdote pasmado ante la digna y dolorosa actitud de aquella madre infeliz, parecia sumido en un dulce arrobamiento.

La voz de Andrea volvió á resonar mas grave aún, pero fuerte y sonora, aunque algunas veces balbuciente por el dolor.

—Ha llegado tu última hora, Rizzio, tal vez un arrepentimiento sincero, te vuelva la tranquilidad del justo, devuélveme mi hija y oirás mi acento, pedir á Dios por tí.

Don Luis se incorporó, buscó con avidéz en la habitacion y luego haciendo un esfuerzo sobre humano:

—Margarita! balbuceó.

La jóven estremeciéndose adelantó.

—Aquí me teneis Don Luis, dijo.

—Sa . . .ca. . .os. .el . .ve. .lo, volvió á decir con la voz muy débil.

Margarita alzó el tul que ocultaba su cara, y Andrea juntando las manos:

—La hermana Providencia! exclamó.

—No, tu hija, esa es vuestra hija, Andrea, Augusto

Los esposos lanzaron un agudo grito.

—Mi hija! nuestra hija! murmuraron,—y Andrea alentando apenas corrió á la atónita jóven, descubrió el pecho de ésta, y allí en la nivea blancura de su seno encontró la señal que buscaba, que consistia en un pequeño lunar azul de forma triangular y que la jóven llevaba como herencia de su padre.

Andrea dió un grito y rodeando con sus brazos el cuello de Margarita.

—Mi hija! mi hija de mis entrañas!; gritó.

—Mi hija! nuestra hija! repitió Augusto.

Y Margarita recibiendo en sus brazos el cuerpo desfallecido de sus padres:

—Padre mio! madre mia! murmuró, y sollozando de gozo mientras que apretaba contra su corazon la cabeza desmayada de Andrea enlazaba con el otro brazo el cuello de Medina.

Plácido á corta distancia, tambien lloraba, aquello era un sueño,—sin saber porqué le pareció por un momento que la felicidad de su esposa ante Dios, debia robarle en parte la suya puesto que el corazon de la jóven, antes todo de él, ahora se ligaba por un afecto lejítimo é inmenso al corazon de los autores de su vida, una amargura sin nombre inundó su alma y enjugando sus ojos dió un paso, pero en aquel mismo instante un grito de angustia indefinible llegó á sus oidos y aquel grito era de su amada. Se volvió á ella y vió á ésta que de rodillas á los piés de su madre alzaba apretando en sus manos un objeto, y que procurando levantarse se negaban sus rodillas á sostenerla.

Plácido se lanzó á ella, la alzó en sus brazos y sosteniéndola por el talle, percibió en la mano de la joven un cordon negro del cuál pendia una almendra de oro, la misma que Catalina entregara á Andrea y que esta llevaba anudada á su cuello, con la esperanza de hallar por ese medio á la madre de Edgardo.

Andrea al desmayarse en los brazos de su hija, fué arrastrada por ésta y Medina hácia un sofá inmediato, allí la joven desprendió solícita el oprimido vestido de su madre y al aflojar el corsé, saltó el medallon que fué reconocido en el acto, por la hija de Medina.

Las manos trémulas de la joven no acertaban á abrir el secreto y Plácido comprendiendo por la espresion desesperada de ésta, que algo extraordinario pasaba por su alma, trató de ayudarla.

Tomó el medallon y abriéndolo como objeto conocido, se quedó asombrado ante el retrato de su amada.

—Oh! madre, madre de mi alma, padre mio, gritó la joven casi demente de esperanza, no me ocultéis la verdad, algun dia os contaré mi triste historia, pero decidme ¿quien os ha dado este medallon?

Augusto no escuchaba á su hija, todo lo habia comprendido.

—Es su hijo, es mi nieto, se dijo, y corrió á la pieza inmediata en busca del niño.

Andrea repuesta un tanto de su desmayo, cubrió de besos la frente de su hija, y ésta con la razon casi extraviada ante su felicidad y esperanzas repetia:

—Mi hijo, mi hijo, ¿donde está madre mia? vos debeis saberlo, porque vos teneis un medallon que yo con mi

propia mano anudé en su gargantita. Oh! decidme madre querida, ¿vive mi hijo?

— Sí, sí, mi hija, mi querida Andrea, si vive y vas á verlo en tus brazos!

Margarita arrojó un grito inarticulado y ambos amantes como impelidos por una misma fuerza, se arrojaron el uno en brazos del otro.

En tanto el padre de Margarita corria con Edgardo en los brazos y penetrando en la alcoba de Don Luis, lo presentó á los amantes diciéndoles:

— Hé ahí á mi nieto.

Margarita oyó la voz conmovida del autor de sus dias y se precipitó con los brazos abiertos hacia Edgardo, pero Plácido mas dueño de si mismo, que la dichosa madre la detuvo.

— Detente! he dicho, no ves, pobre madre, que un desencanto nos mataría, ¿que justificativo tienes para creer que ese niño sea nuestro hijo?

La puerta del centro del gabinete de Don Luis se abrió y antes que el timbre sonoro del acento de Santillana se hubiera estinguido, Jacobo dando la mano á Catalina seguidos de Fernando y de Teresa se precipitaron en él.

Margarita fijó sus ojos en el primero, de los cuatro nuevos personajes.

Jacobo pálido y convulso cayó de rodillas á los piés de la joven y esta reconociendo al ladrón de su pequeño Plácido lanzó un grito, - sus ojos lanzaron una mirada estraviada y sus labios pálidos y helados se contrajeron por una sonrisa estraña y dolorosa.

— ¿Mi hijo, donde está mi hijo, murmuró balbuciente la

desgraciada madre, donde está mi hijo, miserable! oh! devuélvemelo y te perdono..

Teresa de rodillas sollozaba, orando en su rincon.

- ¡ Dios mío, Dios mío, conservadle su razon ! decia.

Y en efecto, la jóven parecia perderla á cada minuto por la rápida variacion de su semblante.

Plácido sacudió el brazo de Jacobo y con la voz llena de resolucion y fiereza:

—Devuélvenos á nuestro hijo, gritó, ó te mato ahora mismo miserable.

—Perdón, perdón, artículo Jacobo, yo solo fui un instrumento de Don Luis, yo robé el niño por su órden y mediante una suma de dinero, que ese asesino, puso en mis manos, despertando en mi un sentimiento de codicia que no lo habia sentido jamás; yo debí asesinar ese niño, pero no habia sido nunca asesino, su llanto, su hermosura, su inocencia me conmovieron y olvidando la promesa hecha á Don Luis, juré salvarlo, aun á costa de mi vida; desde esa noche vuestro hijo se crió á nuestro lado, mi pobre muger creyó cuanto yo le dije, pero la voz de la conciencia no me dejó dormir tranquilo, ahora voy á devolveros el hijo que os robé, despues si quereis sea en buena hora, aquí estoy pero sàbed antes que no me dareis mayor tormento que separarme de Edgardo.

Jacobo alargó su brazo y cojiendo al niño por la mano:

—Mirad á vuestro hijo! exclamó

Margarita anhelante de felicidad se arrojó con los brazos abiertos hácia su hijo, pero las fuerzas la abandonaron, un segundo vértigo, mas fuerte que el primero, embargó su débil cabeza y cayó desmayada oprimiendo

contra su seno á Edgardo y repitiendo entre sollozos
—Hijo mío, Plácido mío !

La escena mas conmovedora y patética se sucedió al encuentro de la hija de Medina y del hijo de Margarita.

Andrea y Augusto felices, despues de veinte años de incesante llanto, prodigaban á su hija cuantas tiernas palabras inventa la ternura suprema de una madre. Los nombres mas dulces y cariñosos no eran suficientes para espresar á su hija todo el tesoro de amor purísimo que se habia encerrado en sus corazones durante tantos años de privaciones y de dolor.

Miraban á la jóven, la palpaban y luego que se convencian de que todo era realidad, que no era engañadora pesadilla, tornaban á acariciarla y á contarla uno por uno, desde el dia que fué arrebatada de sus brazos, sus tormentos, sus lágrimas sin fin.

Margarita ó sea Andrea, escuchaba á sus nobles padres, y su corazon rebotando ternura, se ligaba á ellos con una confianza íntima y profunda, cual si desde su infancia hubiera sido guiado por aquellos, en los primeros pasos de su vida.

Cuando la jóven, repuesta un tanto, volvió en si de tan fuertes é inesperadas emociones, se halló feliz, con su hijo en brazos, con sus padres milagrosamente encontrados, con su amante, con sus hermanos, en fin.

Teresa llena de gozo ante la increíble dicha de su amiga, no osaba mas que mirar tan pronto á ella, tan pronto á Plácido, como á los esposos Medina ó al suspenso Edgardo que aturdido ante aquellos transportes de ternura parecia de piedra por lo quieto que estaba.

Entre tanto Don Luis, agravado por tan violentos sacudimientos, siendo testígo ocular del desenlace de todos sus criminales planes, se sintió verdaderamente arrepentido, y sus ojos por vez primera, despues de largos años de existencia, se enrojecieron por el llanto, su alma de demonio, llegó á conmoverse profundamente y en la reaparicion del hijo de Santillana, creyó ver el brazo divino de la justicia eterna.

Un ronquido seco y gutural como el estertor de la agonia, levantaba su pecho, haciendo entreabrir sus lábios ardientes por la calentura, y con los ojos fijes en la imagen del crucificado que le presentaba el padre Miguel; parecia próximo á abandonar este mundo, inspirado por una dulce promesa, para el otro.

De repente un lijero temblor ajitó su cuerpo, alzó una mano y con voz hueca y debilitada:

—Padre, dijo, a... cer... ca... os.

El padre Miguel se aproximó.

—¿Que dices hijo mio? le dijo.

—No puedo, repitió el moribundo, mas... cer... ca... pa... dre...

El sacerdote se acercó hasta rozar su oído con la boca del enfermo.

—Bajo mi al... mo... ha... da... ha... y... un... ma... nus... crito—padre... pa... ra... pa... ra... An... dre... a... de... cid... les... que... me... per... do... nen... mi... tes... ta... men... to... to... da... mi... for... tu... na... pa... ra... Margarita... pa... ra... su... hi... jo... padre... en... co... men... dad... mi... al... ma... á... Di... os.

Y Rizzio lanzando un leve suspiro, espiró, solo, sin mas afecto que la comiseracion del piadoso sacerdote.

Allí todo habia concluido, y despues de un breve espacio, aquella alcoba, donde acaba de representarse una escena de novela, estaba casi desierta. El cadáver aun permanecia en el lecho, y á su pié, puestos de rodillas se veia á Inés de un lado y al padre Miguel del otro, ambos oraban implorando al Criador, perdon para aquella alma arrepentida.



CAPITULO XXXI.

Un capitulo que puede servir de Epilogo.

La primavera fresca, templada y risueña, siempre en la bellísima infancia de su vida, se me figura una niña inmortal que huye aérea y seductora cuando con mayor vehemencia la llamamos, dejándonos el tÍbio y perfumado ambiente de su rápido reinado...

Estamos en Octubre y en la época mas hermosa del año,—los rayos del padre del dia, diáfanos como el cambiante precioso de un topácio, brillaban con toda la fuerza de nuestro hermoso sol; los pajarillos gorjeaban alborozados y con sus tiernas modulaciones, saludaban gozosos el naciente verdor de los prados y á la espléndida vejetacion que cubriase á porfia de todas las galas que concedió el divino arquitecto á la naturaleza.

¡Que bella es la naturaleza en el campo! ¡Oh! yo estasiada en su esplendente hermosura, mil veces la he admirado, aislada del ruido mundanal, fastidioso, cuando

el alma susceptible y apasionada de lo bello y poético, se predispone á la grandiosa contemplacion de lo infinito, de lo sublime! Mirad sinó, el ardiente estío con su sol de fuego que abraza durante el dia con sus rayos mas encendidos que el sol de los trópicos; ved mas tarde ese mismo sol, replegarse, lanzar moribundo sus últimos reflejos ya pálidos, vacilantes por intervalos; y luego sin fuerza finalizando su espléndida carrera, hundirse lentamente entre azulados velos iluminando al horizonte de fuerte sonrosado ó amarillento subido, ved luego como llega la tarde, fresca, deliciosa, precediendo al crepúsculo vespertino, esa hora sublime de misterio y fantástica ilusion, en que el alma adormecida en el perfume de sus aspiraciones melancólicas, sueña, delira con lo desconocido, con lo incomprensible; despues la noche, la noche, reina de la creacion, con su azuládo techo tachonado de lívidos soles con su hermoso fanal, mas blanco y puro que un cristal, con su silencio, su poesía, sus sombras y sus secretos siempre bellos y tiernos.

Oh! noche, bendita seas! tu eres grande, como la mas grande y perfecta de las obras del creador, la menor de tus pálidas estrellas, vale mas que el mas hermoso de los reflejos del astro del dia.

Recuerda siempre que á tu sombra oscura

El hombre-dios apareció en Belén.

Dice Roméa y tiene razon, — la noche es sin rival.

Nos hemos desviado involuntariamente de nuestro propósito haciendo reflexiones sugeridas quizá, por los dulces recuerdos del pasado, pero sin trabajo nos desviare-

mos de las divagaciones del pensamiento, y sin apartarnos de la primavera de aquel día esplendente, llegaremos á un terreno feráz y bellissimo, poblado de vastas plantaciones productivas, de amenos prados y sobre todo, de una hermosísima casa ó palacete de campo, una especie de Schalet suizo de forma nueva y bellissima,—es sin duda una quinta, un retiro de grandes y opulentos señores.

Vamos á saberlo. Penetremos, y á fuer de novelistas, recorremos todo, lo veremos todo de un modo invisible á guisa de hechiceros.

Una calle recta y de frondosos ligustrom forma la entrada, adornada á cortos trechos de pequeños bancos de mimbre y silletas de la misma clase. Aquella calle en sus estremidades se torcia artísticamente en opuestas direcciones, ambas sin embargo, conducian al gran jardín, pequeño paraíso, encantado edén, de aquellos alrededores.

Figuraos largas avenidas de limoneros, cubiertos ya de perfumados azahares, entremezclados con olorosos cedros, con rosados laureles y piramidales casuarinas. Luego prados cubiertos de vistosas y aromáticas flores, de montañas, de cascadas, de grutas artísticamente figuradas, con piedras y enredaderas, de estatuas, torreones, lagos, glorietas, laberintos y cuanto la imaginacion pudiera concebir de bello y alegre, sombrío y á la par dulcemente melancólico.

Las golondrinas, esas aves tan pequeñas y tan lindas, con su azulado mantó y su blanco escapulario de finísima pluma, gorjeaban alborozadas despues de su rezo

matinal, ajitando sus lustrosas alas, casi al nivel de los blancos caminos.

Las torcaces, enamoradas siempre, con sus endechas quejumbrosas, jemian detenidas en las ramas cenicientas de las lánguidas gláucas, ora entre el oscuro ramaje de los mirtos, ora en las lácias guedejas del aròmo.

Las abejas zumbadoras, revoloteaban sobre el copo verduoso de los nísperos y libando la rica ambrosía de sus amarillentas florecillas, aéreas se remontaban, perdiéndose entre el ramaje en busca quizá de su elaborado panál....

¿Pero que es aquello que hay allí?

Es un grupo de camélias en flor, todas son blancas, forman un recinto bellísimo de aterciopelado verdor y de nivea blancura,— es la entrada de un pórtico ó peristilo de mármol que conduce á una torrecilla rodeada de columnatas y que sin duda es un oratorio. Un pequeño altar se vé á la entrada del frente y sobre él, rodeada de grandes jarrones de frescas flores y solo alumbrada por la luz del claro sol, la imájen santa del crucificado redentor.

De rodillas, con la frente alta y los hermosos ojos arrasados de llanto, están Margarita y Plácido.

La jóven lleva un riquísimo traje de terciopelo negro, brilla sujetando la negra gasa que desciende de su cabeza hasta la orla de un réjio vestido, una piocha cuajada de riquísimos brillantes, y en su seno cae despues de cruzarse una vez al rededor de su alba garganta, un magnífico collar de diamantes con una gruesa cruz de azabache.

Una blonda blanquísima en forma de gola adorna su cuello y sus puños.

Está hermosísima.

De pié á su derecha se vé á Andrea, y á la izquierda de Plácido, tambien vestido de rigurosa moda, está Medina.

Teresa y Fernando, están á espaldas de los desposados y tienen de la mano al hijo de éstos.

El niño mira azorado á sus padres y á sus abuelos, no comprendiendo la ceremonia.

Sin embargo allí no hay sacerdote. Medina alza el brazo, pone sus manos sobre la cabeza de entrambos jóvenes y con acento solemne y acentuado:

—En nombre de Dios, les dice, por Él y ante Él, Plácido Santillana, te doy por esposa lejitima, por eterna compañera de tus dias á mi hija Andrea.

Las manos de los contrayentes se enlazaron.

—Jura, volvió á decir Augusto, jura amarla, respetarla y ser su fiel amigo, su leal esposo, júralo ante ésta imájen santa.

—Padre, dijo Plácido y doblando una rodilla con la voz firme y resuelta, ante Él juro á nombre de caballero, amarla, respetarla, serle fiel y leal toda la vida, lo juro en nombre de tu sagrada voluntad, de tu sagrada palabra y en nombre de Dios.

—Andréa hija mia, dijo el feliz padre visiblemente conmovido, recibe por esposo al amado de tu corazón, al padre de tu hijo, al padre de mi nieto, y alzando su mano sobre la frente de su hija, benditos seais, les dijo.

Andrea dió un paso.

—Que Dios bendiga esta union, balbuceó ahogada por el llanto, como la bendice vuestra madre y alzó á los esposos, oprimiendo contra su corazon, dos hijos en lugar de uno.

Margarita y Plácido sucesivamente se arrojaron despues en los brazos de su padre, y luego en los de Teresa y Fernando.

Despues ambos enlazando al niño con sus brazos formaron un solo grupo largo rato.

Todos eran felices.

La infeliz amante, la desgraciada madre, era tan venturosa, tan inmensamente feliz, que ni siquiera recordaba su horrible pasado.

Una alegría sin límites, indescriptible alumbraba sus facciones, y hacía la mas hermosa que nunca: sus riquezas no le importaban, no la preocupaban, ni siquiera sabia si sus padres eran ricos, si lo era su esposo, ¿para qué?—ella seria tan dichosa allí en el suntuoso palacio como en la miserable choza del pescador, lo mismo en la opulencia que en la mas lamentable miseria.

Tenia á su hijo, á Plácido, á sus nobles y tiernos padres y á sus hermanos.

¶ Era demasiado para ella, tan sola, tan desgraciada antes, huérfana, sin afecciones íntimas, llagados por el llanto sus ojos, desangrando horriblemente mutilado su corazon, desamparada, sin el hijo de su amor, sin el amado de su alma.

Margarita pues, como su amante, sabian valorar su felicidad inesperada, y eran avaros de ella, como de un tesoro, cuyo alcance ha costado el sacrificio y el martirio mayor que puede concebir en el corazon humano.

Margarita y Plácido ya esposos, salieron de la capilla seguidos de sus padres y de sus dos amigos.

Santillana llevaba en un brazo á su hijo, y con el otro enlazaba el de la jóven y hermosa esposa.

Un himno de amor parecia levantarse entre las hojas y entre las flores y los árboles, los inocentes moradores de los prados, gorjeaban dulcemente, y al pasar los felices cónyuges parecian saludarlos con una armonía tiernísima, una endecha de amor interminable.

Las flores mas ricas y fragantes enviábanles sus perfumes, y todo á su paso parecia renacer con una exhuberancia de vida asombrosa y nueva.

Cruzaron el gran parque, y una nueva é inesperada visita sorprendióles no poco á su llegada á la casa.

Alli bajo una deliciosa bóveda de verdes "glicinas" de amarillentas campanillas, y retoñadas parras, estaba de pié, con el caballo de la rienda, un sacerdote, —á quien nuestros lectores conocen yá, —miraba al jardin, y su rostro se iluminó dulcemente cuando vió llegar hácia él, el grupo feliz de la familia de Medina.

—Padre Miguel! exclamó Margarita, tendiendo su diestra al sacerdote, y luego todos estrecharon su mano satisfechos.

—¿Que feliz casualidad os trae hoy? preguntó Augusto.

—Señor Medina, dijo el padre Miguel, no es feliz casualidad, lo que me trae á esta dichosa casa, es un deber sagrado, un mandato postrero, pero imprescindible que un dia en su última hora, hizo un arrepentido criminal.

—¿Cómo..... articuló Andrea sin concluir su pensamiento.

—¿Es acaso de Don Luis? agregó Plácido.

—Sí, de Don Luis murmuró el sacerdote, el infeliz me rogó que os entregara ésto, á vos, señora, —dijo alargando á Andrea un rollo de poco volúmen y que debian ser papeles, —me encargó os dijera que despues de leer esas pájinas le perdonarais de veras, alejándolo del padecimiento á que sin vuestra indulgencia estaba condenado.

—Oh! padre, exclamó Andrea, yo le perdoné de veras, con todo mi corazon, desde el instante que me devolvió á mi hija; despues, si alguna vez he evocado su recuerdo no ha sido jamás con rencor, por el contrario, he orado á Dios por él, implorando clemencia para ese desdichado.

—Dios os premiará señora, dijo el sacerdote, Dios os hará á vos, piadosa y noble, tan feliz, como desgraciada fuisteis antes.

Despues se volvió hácia Margarita y el atavio de la jóven le causó una estrañeza, que se manifestó en sus bellos ojos.

Plácido le comprendió.

—Hoy ha sido mi esposa, dijo, acababa de terminar la ceremonia.

—Que Dios os bendiga, noble criatura, murmuró el sacerdote, inclinando su cabeza descubierta ante la bella esposa, radiante de júbilo, y luego buscando al rededor, —pero yo no veo al sacerdote, dijo, ¿quién ha podido unirlos?

—Nosotros, dijeron á una voz los padres de Margarita, un sacerdote estaba demás en esta union, sus almas están bien templadas en el infortunio, y su amor lleno de fé y sublime abnegacion, está probado hasta el martirio, hasta lo infinito.

El padre Miguel nada contestó. Aquel era un caso especial y casi le pareció bien la union solemne de dos corazones como aquellos, por medio de la bendicion paternal.

Luego abriendo sus hábitos, sacó un cartapacio con sobre y lo alargó á Margarita.

—Este encargo tambien tenia para vos, le dijo, es un testamento, en él creo os instituye por su única y universal heredera.

La jóven tomó el sobre y rompiendo el sello, abrió el testamento, — allí era en efecto, instituida única heredera de la fortuna de Saavedra.

La jóven hizo un jesto de visible repugnancia, y luego reponiéndose, añadió:

—Con este dinero yo haré el bien en beneficio suyo, y dobló el pliego.

El padre Miguel, se retiró un rato despues y se alejó bendiciendo á los desposados.

.

Diremos algo de algunos personajes que figuran en esta historia, los que sin embargo de su baja alcurnia, tienen que tener un fin, como todo cristiano y aunque ello, á la verdad, no me place mucho, me hallo en el caso de dar al César lo que es del César.

Empezaremos por Jacobo, quien á pesar de ser un

grandísimo bribon, tenia sus rasgos nobles, á los cuales, debió Margarita su felicidad, pues si en otras manos hubiera caido el niño, de seguro que la infeliz madre no hubiera sido jamás dichosa.

Jacobo, pues, vivió muchos años en compañía de su Catalina á quien amaba de veras, y quien fué favorecida por Margarita, donándole en nombre de su hijo, una buena parte de la fortuna que le dejara Don Luis.

Inés, apartada del vicio y el fango en que vivia, desde el instante en que oyera la noble promesa de Plácido, fué así mismo protegida por éste y por su esposa, legando al niño Adolfo, un tanto igual á lo que diera á Catalina.

A Octavio tambien le tocó una fuerte suma de dinero, con la que se casó, emprendiendo espléndidos negocios, enseñando á sus hijos y á su muger á bendecir amando el nombre de Providencia, á quien no pudo jamás decir de otro modo.

En tanto, la jóven feliz recordaba con veneracion su año de noviciado y guardaba encerrado en un cincelado marco de oro, sus largas y brillantes trenzas cortadas el dia que cubrió su linda cabeza con la gorra de Hermana de la Caridad.

Aquellas trenzas tan amadas de su corazon, habian sido cortadas sin que ella las echára de menos, con la mas fria indiferencia, desilusionada de los goces de la vida, sin derramar una lágrima y ahora ¡cosa estrañal solo al fijar sus ojos en ellas, siempre á la cabecera de su lecho, una lágrima humedece su pupila, recordándole el pasado martirio.

Fernando y Teresa, siempre dichosos, no conocieron

jamás la desgracia, sinó por la que ántes persiguiera á su amiga.

No tuvieron hijos y fueron suyos los hijos de Plácido y Margarita.

Figueroa á quien todo aquel cambio habia complacido, murió transcurrido algun tiempo, bendiciendo á sus hijos

Ocho meses despues del enlace de Plácido con Margarita y en una fria noche de Junio, se veia sentado al frente de una pequeña mesa de luz, á Medina, que con espresion indefinible de asombro y contrariedad fijaba sus ojos en las amarillentas hojas de un cuaderno manuscrito, que no era otro que el mismo que enviára Don Luis á Andrea y el que Medina robára á su esposa, proponiéndose privarla de un mal rato quizá...

Medina leía y nosotros leeremos tambien y conoceremos á Luis Rizzio en todas sus faces.



Historia de Don Luis

Mi padre era florentino y mi madre genovesa, ambos eran prestamistas y residían en Nápoles.

Mi cuna es naturalmente humilde y solo en fuerza de los muchos millones que aquellos acumularon para mí, su único heredero, he podido llegar á adquirir todas las consideraciones sociales y rango de que hoy gozo.

A los veintiseis años quedé sin padres y dueño de una considerable fortuna.

Era jóven, rico, con una instruccion mas que regular y me propuse viajar, compré un lijero y gallardo brik de elegante construccion, macizo y de gran resistencia, y luego de proveerlo de un excelente cuerpo de tripulacion, me hice á la vela y zarpé del bello puerto de Nápoles el 22 de Setiembre de 18....

Hábíale dicho al Capitan, quiero viajar, quiero conocer hasta donde se puede navegar, no me preguntéis dónde quiero ir, á qué punto debeis encaminaros, porque no os contestaré otra cosa que, llevadme donde os plazca que rido Capitan, porque á todas partes donde vayais estar é bien.

Sentado sobre la hermosa y limpia cubierta del "San Luis" pasé la primer noche de navegacion, gozando de una manera dulcísima en la contemplacion de todo lo que me rodeaba: allí en medio de mi dulce aislamiento veía la elevacion suave y brillante del blanco fanal de la noche, que rizando dulcemente las aguas del golfo, iluminaba con su resplandor vago y fantástico el puerto de la gran ciudad, que ofrecia al viajero observador que se aleja de la costa napolitana, un espectáculo de encantadora apariencia.

Yo iba á realizar mi dorado sueño, conocer el mundo, esto era soberbio, ver América, sobre todo aquella virgen y hermosa América del Sud, que tantas veces exaltó mi imaginacion de niño, ante las brillantes descripciones de sus rios de tórjido cristal, de sus floridas barrancas, de sus perfumados buques y de sus hermosas mugeres, en fin, oh! yo deliraba iba á visitar á la vieja Europa, iba á pensar sobre las ruinas de sus soberbios monumentos, iba á admirar la grandiosidad de sus monumentos modernos, de sus grandes descubrimientos; iba á aburrirme quizá en sus inquietas ciudades con su gran ruido y constante movimiento, pero luego iba á América, al suave, al dulce clima de la jóven América, allí iba á gozar, á encantar mi alma con imájenes frescas y llenas de poesía.

Muchos ratos durante mi viaje, bajaba á mi linda cámara de estudio, y allí con algunos excelentes libros ó en su defecto el juego de ajedrez ó dominó, matábamos los ratos de fastidio inherentes á una larga navegacion larga y monótona como se hace siempre en alta mar.

El segundo era mi compañero de ajedrez y por cierto

que recuerdo con placer los tremendos jaque-mate que le solia dar, por lo que el buen inglés se desesperaba sin poder tomar jamás la revancha.

Desde nuestra salida del puerto de Nápoles, los dias tranquilos y serena la mar no nos ofrecia ningun inconveniente, pero el quinto dia una atmósfera pesada y el color plumizo del cielo nos hizo temer una tempestad que no se hizo esperar.

Por la tarde un vientecillo seco y ardiente puso en movimiento la tripulacion del *San Luis*, el cielo comenzó á cubrirse de pardos y rojos nubarrones, el huracan semejante al aliento de un coloso, sopló con inaudita rapidez y pocos instantes despues, rompióse el gallardete y los mástiles crujian de una manera poderosa.

El Capitan permanecia sereno y de pié, imponente. sobre el alcázar de popa, mandaba con voz sonora y tranquila la difícil maniobra, los valientes tripulantes encaramados, los unos en el palo mayor, asegurando el faro de color punzó que avisa á los navegantes la proximidad de un buque, los otros, listos y avisados en todas direcciones, ejecutaban la órden breve y acabada del Capitan, en tanto que, solo, aislado del movimiento el timonel, de pié en su puesto, impassible y sereno, interrogaba con la profunda mirada, ya al cielo cubierto de negros nubarrones, ora la aguja de marear, cuya esfera al aire llevaba en la mano.

Yo era feliz, gozaba y la tempestad me parecia hermosa; mi naturaleza impresionable estaba ávida de espectáculos grandiosos, y aquello me complacia como un cuadro bello de la obra de Dios.

El viento cada vez más récio no permitía oír las voces de los marineros que trasmitían la palabra de uno á otro; las grandes oleadas de agua rodaban en la superficie como una gran mole de blanca cristalización y rugiendo poderosas y tremendas, venían á estrellarse sobre el acerado casco del *San Luis* llenando de agua la cubierta y empapando nuestros piés; la luz azufrada é imponente del relámpago hacia mas fuerte el espectáculo, presentándonos á cada ráfaga rodeados de grandes crestas de blanquísima espuma que á mí se me figuraban monstruosos Ice-Berges de los mares boreales.

De súbito la voz del avisador se dejó oír á penas y como de una gran distancia.

—Un buque á babor, piden auxilio, dijo.

Y en efecto una detonacion que podia confundirse con el trueno, pero que era imposible por la luz que producía el fogonazo, llegó á nuestros oídos y á la luz de una tremenda ráfaga seguida de un segundo cañonazo, distinguimos tanto el capitán como yo un buque deshecho, sin arboladura, sumerjiéndose en direccion á nosotros y casi al habla. Un tercer cañonazo del *San Luis* cruzó con su enérgico estampido la distancia y fué á contestar á la voz de auxilio de la goleta perdida; nuestra tripulación noble y jenerosa maniobraba luchando heroicamente contra el empuje furioso de las olas. El timonel práctico y audáz hizo virar trabajosamente y airoso, triunfante burlando á los elementos se puso el brik á la par de los náufragos.

Un grito unísono y conmovedor dominó por completo el fragor de la tempestad, el ruido de las cadenas, el izar

y recoger de las velas, el grito de ¡Bota varal á estribor, á babor, mezclado de llanto de socorro, de plegarias y de elementos, era un conjunto de sin igual descripcion.

En aquel momento habia yo dejado de gozar y mi alma estaba toda suspendida de la vida de los infelices náufragos, tenia el cuerpo inclinado sobre la borda á babor y sostenia un cable donde aferraban los marineros un bote de salvacion.

Hubo un momento en que casi no tuve resistencia, perdí el pié y una terrible oleada vino á conmoverme y hacerme luchar hasta vencer, pero medio ahogado. Dos marineros vinieron en mi ayuda y entonces lanzándome hácia el bote me arrojé en él apesar de la oposicion del capitan que me gritaba.

—Rizzio, Rizzio, va V. á perecer.

—Sí,—recuerdo que le contesté,—lo mismo le sucederia á V. si no fuera necesario ahí, déjeme voy á hacer mi deber y en dos minutos me hallé á merced de las encrespadas aguas, ora sumerjidos entre montañas flotantes, ora en la cumbre de aquellas: llegamos al buque que se hundia, yo trepé por un cable á bordo, recorrí el buque en un segundo buscando niños ó mujeres que salvar, nada hallé, el temor de perder la embarcacion si no tornaba pronto al embarque me hizo temer por un momento y dando vuelta di un grito de—Allá voy! mi voz la sofocó la tempestad, no llegó á la tripulacion que habiendo salvado á todos los náufragos se alejaba de la goleta, mi voz no fué oida por aquellos, però en cambio fué escuchada por alguien, sin duda, porque un jemido llegó á mi oido y una voz angustiada que pedia socorro. Escuché un^o

instante y la voz volvió á repetirse más cerca, me lancé hácia donde venia el éco y á pocos pasos encontré de rodillas con el cabello suelto y casi exánime á una jóven sola, abandonada quizá por el egoismo, en un oscuro camarote, tomé en mis brazos á aquella mujer y subí sobre cubierta; el agua me impedía caminar y temia caer á cada paso por estar el buque sumerjido: un pensamiento espantoso heló de pronto la sangre en mis venas, y si nos hubieran abandonado, oh! que horrible seria, pensé, no por mí, por esta infeliz que quizá se cree salvada. Hice un esfuerzo supremo y con todo el vigor de mis pulmones ¡á mí, socorro! grité.

Todavía no se habia estinguido la voz cuando sonó á mi espalda la del capitan que decia:

—Aquí está, pronto, no hay tiempo que perder os buscábamos, la goleta se hunde, á la lancha.

Un cuarto de hora despues estábamos á bordo del *San Luis* con todos los pasajeros de la goleta perdida así como la tripulacion de aquella.

La tempestad habia pasado y solo quedaba de ella los estragos de su corto reinado.

Los náufragos ocupados con el horrible recuerdo de esa noche, y cada cual repuesto un tanto se habian acomodado donde mejor habian podido, sus ropas habian sido secadas y sus fuerzas restablecidas en parte con algunos tragos de riquísimo Jamáica.

Yo ni siquiera habia hasta entonces tenido tiempo de observar detenidamente á nuestros huéspedes; rendido el cuerpo y aún el espíritu por la lucha moral de tan amargo momento, cuando hube llegado abordo del *San*

Luis depositó la joven naufraga en un camarote de mi salon de estudio y recomendando su asistencia al Capitan pensé solo en descansar, y volviéndome á mi cámara, me tendí en el lecho y traté de conciliar el sueño; pero era imposible, un algo extraño y misterioso embargaba mis sentidos, la frente me ardia pesadamente y un calor sofocante abrasaba mi cuerpo—Recuerdo haber despertado á la mañana siguiente como de un letargo, encontrándome en el caso de tener que oír narrar el suceso de la noche anterior para coordinar mis embrolladas ideas.

Subí sobre cubierta y despues de saludar cordialmente á los naufragos, todavia ateridos del frio, con el rostro pálido y azorado aún, llamó mi atencion un anciano de distinguida presencia y respetable aspecto que sentado cerca de la escotilla de proa ocultaba el rostro entre ambas manos y gruesas lágrimas corrian por su mal unidos dedos,—me diriji hácia él y tocando su hombro:

—¿Porque llorais? le dije, acaso no os considerais feliz con haberos salvado de una muerte segura?

Alzó la cabeza y dejando correr libremente su llanto:

—Oh! gracias,—balbuceó con voz entrecortada, pero de timbre varonil y simpático,—habeis salvado muchas vidas pero mi desgraciada hija ha perecido; pluguiera al cielo que yo hubiera podido morir con ella tambien!

—¿Cómo, teniais una hija en la goleta perdida?

—Si, y todo mi anhelo por hallarla ha sido infructuoso, la he llamado á grandes voces, he recorrido el buque; pero sin duda la infeliz niña, temiendo el encierro de la escotilla se ha arrojado al agua!

Y el desesperado anciano tornó á llorar desconsoladamente.

—No os aflijais, yo he salvado una mujer de la goleta náufraga, talvez sea vuestra hija.

—Oh! por Dios caballero, gritó poniéndose de pié, vos que habeis sido tan generoso con los demás no seais cruel con este desgraciado padre, no me hagais concebir una esperanza que será doblemente dolorosa sinó se realiza.

—No teneis razon, le dije, para tratarme asi: el dolor os estravia, yo no os digo, es la hija que llorais, os prevengo solo que he salvado una joven que puede ser vuestra hija, venid.

Y tomando la mano del anciano lo arrastré hasta el camarote en que la noche anterior depositara á la náufraga.

La luz pálida y tenuamente verdosa de una claraboya, iluminaba el rostro hermosísimo de la joven, y el anciano descubriéndola dió un agudo grito, cayó trémulo de rodillas y tomando la mano de ésta cubrióla de apasionados y anhelantes besos.

—Mi hija! mi hija de mi alma! repitió estrechando con su brazo la rubia y encantadora cabeza de su hija.

Luego corrió á mi y enlazándome con sus brazos el cuello:

— Es ella, me dijo, vive y vos sois su salvador! Ah! que deuda de eterna é impagable gratitud tengo con vos caballero!

Yó no le oia, estaba absorto; jamás habia contemplado tanta belleza, juventud y gracia.

El anciano me atrajo y enseñándome su hija:

—Mirad, me dijo si no tenia razon de llorarla.

Yo me incliné, no podia hablar, tenía la lengua pegada al paladar y los ojos fijos en aquella muger ó arcángel singular.

Ella por su parte fijaba en mí sus tristes y dulcísimos ojos azules, su boca purísima me sonreía y yó loco, fascinado y sin accion la contemplaba de una manera ansiosa y apasionada. Parecia estar ajena á su estraña situacion, porque su mirada con espresion dudosa, posábase sobre ~~el~~ padre, [que enteramente feliz me colmaba de bendiciones] y luego tornándola hácia mí parecia interrogarme ó suplicarme aclarára su entorpecidamente.

De pronto lanzó un grito, tendió los blancos brazos y estrechándolo con desesperada efusion:

—¡Padre, padre, balbuceó,—quien te ha salvado, quien ha salvado á tu hija?

—He ahí nuestra providencia, dijo el viejo señalándome con la mano,—él te ha salvado de una muerte segura y te ha devuelto á mis brazos, cuando te creia perdida, él te ha arrancado de la tumba, devolviéndome con tu vida, mi propia vida.

La jóven me tendió una mano mórbida, blanquísima, pequeña.

—Os debo mucho, dijo con una voz que jamás he olvidado, que hoy mismo, despues del transcurso de treinta años con sus horribles recuerdos me parece escucharla como lo oí en ese instante imborrable, sois mi salvador, gracias: puede ser que un día os pueda recompensar en

parte el bien que me habeis hecho, conservándome una vida preciosa, porque de ella pende la existencia de este anciano, y designó á su padre.

Éste, habiase puesto de rodillas á pocos pasos y vuelto el rostro á la pared, oraba.

La mano de la jóven estaba entre mis manos y yó la oprimía apasionadamente sin que ella opusiera resistencia.

—¿Como es vuestro nombre? le dije por fin, pudiendo hablar.

—Leonor Celline, me contestó, envolviéndome en una mirada lánguida, tiernísima, casi estinguida en sus azules y entornados ojos.

Luego se incorporó, miróme al rostro fijamente y apoyando la cabeza en su almohada, murmuró débilmente:

—Sí, es él, — y cerró los ojos, atrayéndome hácia si con una fuerza nerviosa é irresistible.

—Ah! tú me conoces, exclamé, —tú me conoces Leonor?

—Sí, sí, te conozco, respondió volviéndome á mirar arrobada. Si te he visto muchas veces en un sueño y desde niña, tu imájen la he llevado en mi corazon.

Caí de rodillas y ambos con los ojos fijos en los ojos del otro, en una mirada infinita, suprema, permanecimos mudos, hasta que poniéndome de pié, apreté contra mi pecho su mano y me alejé en silencio

Los dias siguientes de nuestro encuentro abordo del *San Luis*, fueron para mi un soplo de felicidad que se desvaneció mas tarde, como se desvanecia la blanca estela de plata que dejaba en su marcha nuestro Brik.

El dominó, el ajedrez y hasta el segundo, fueron olvi-

dados por mi y apenas tenia un instante lejos de Leonor.

Muchas veces despues de un dia de perfumado de amor y de dicha celestial, para mi alma, tan noble y leal entonces, despues que ella me daba su última mirada y su última caricia, todavia ávido de su proximidad, me sentaba sobre cubierta, á la puerta de su cámara, que antes yo ocupára y allí me sorprendia el lucero, feliz porque creia percibir su dulce respiracion, ó el roce de su cuerpo en el lecho.

Una noche, que jamás he podido borrar de mis recuerdos, á pesar de haberlo deseado mucho, porque su recuerdo me hace daño, una noche pues, hermosísima y tranquila, nos habiamos dado las buenas noches y como de costumbre, luego que ella cerró la ventanilla del camarote, me senté á su puerta y me creí dichoso.—Media hora despues, un ruido imperceptible llegó á mi oído y una mano blanca y fresca como una azucena, se posó sobre mi hombro,—era ella.

Descorrió suavemente la escotilla y subiendo la escalera se puso de hinojos á mis pies.

—Luis, me dijo, —Luis, te he sentido y vengo á hacerte compañía.

—Oh!, gracias, exclamé, besando frenético su mano,—gracias ángel mio, y levantándola, estendí sobre el tablado mi pañuelo y la hice sentar allí.

—¿Es la primer vez que me sientes?, le dije.

—No, pero no me ha atrevido antes por temor de ser sentida por mi padre.

—¿Y eso que importaria, le repliqué,—mi respetq

es igual á mi amor, y por otro lado, crees que nuestra ternura sea un secreto para él?

—De ningun modo, pero no quisiera dar márgen por una imprudencia, quizá á que me apartara algo de tu lado.

—No lo creas, tu buen padre se créé obligado conmigo y á más sabe que soy un caballero y no haria eso jamás.

Yo callé y ella mas bella por el reflejo de la luna, alzó sus hermosos ojos azules con una espresion de indescriptible felicidad y gracia, luego los volvió á mi y me fascinó por completo.

—¿Me amas mucho? me dijo con encantadora coquetería.

—¿Y me lo preguntas tú? le contesté,—no sabes el cambio que tu sola presencia ha operado en mi vida?—figúrate que mi sueño era viajar, recorrer toda la Europa y luego visitar la hermosa América, te he encontrado á tí y se ha cambiado la faz de mi destino. Hoy arribaré á la primer capital que se halle al paso y allí serás mi esposa y luego nos instalaremos donde á tí te plazca, porque pienso ser tu esclavo y satisfacer todos tus caprichos, como órdenes.

Leonor me envolvía en una mirada enloquecedora, é inclinando su rúbia cabeza sobre mi pecho, puso su frente al alcance de mi boca, por vez primera besé su cabeza, temblando de emocion mientras ella me decia:

—Cuando sea tuya, iremos á América, yo tambien deseo conocer ese hermoso pais, nos instalaremos en Buenos Aires ¿que te parece, dime, estás contento con la residencia que he elegido?

Ella soñaba con América y yo soñaba con su amor.

Incliné la cabeza en señal de asentimiento en tanto que la apretaba suavemente contra mi corazón. Leonor prosiguió sin cuidarse de mis caricias y como si hablára de un pensamiento ya saboreado de tiempo atrás.

—Allí, decía, á la orilla del río, rodeada de árboles y de flores, me comprarás una poética morada llena de poesía y de encanto, doble porque mi vida será embellecida con tu amor y tus caricias ¿no es verdad Luis? eh! contéstame, añadió alzando mi cabeza con sus dos manos —¿en que piensas?

—En nada, mi vida, le dije—pero si te he de decir la verdad, soy un niño, pero, ¿que quieres? tengo celos de todo lo que tu quieres con entusiasmo, y me hace daño tu interes por otra cosa que no emane de mí.

Leonor hizo un ligero gesto de contrariedad, pero luego dulce y cariñosa, no pensó mas en América y se despidió de mi prometiéndome un cielo color de rosa.

Quince dias despues, Leonor, con el consentimiento de su padre, era mi esposa y toda mi felicidad.

Los transportes de aquel amor inmenso, se producian soberbios y admirables en aquel espíritu de fuego, en aquel temperamento singular, para una mujer tan jóven y de aspecto cándido y angelical.

Muchas veces me hacian pensar profundamente, sus estrañas ideas, sus pensamientos oscuros, indescifrables para mi, por la colosal tendencia que en ellos demostraba á todo lo romántico y sobre natural.

Era afecta á la lectura y gustaba con preferencia del género de las fantásticas creaciones de Hoffman y de

Goeth. Tenia toda la supersticion fantástica de una alemana, todo el ardiente arretrato de una italiana, toda su sagacidad y atrevimiento, toda la hipocresia, toda la finura y coqueteria de una francesa.

Leonor era Veneciana y pertenecia á la nobleza italiana, era hija natural de la condesa de Salviari y su padre, con quien ella viajaba, era noble tambien y gozaba de un título.

El anciano me reveló que habia decaido notablemente su fortuna á causa de algunos malos negocios, y la salud de Leonor, sufriendo de un extraño malestar, le habian decidido á viajar por mejorar á su hija y distraer al mismo tiempo su espíritu abatido:—El buen viejo vivia en nuestra compañía y yo era inmensamenté feliz.

¡Que dicha mayor podia ambicionar! tenia el corazón satisfecho, con la compañera, noble, hermosa y enamorada, que el cielo habia sin duda puesto en mi camino de un modo tan extraño y singular.

Yo era jóven, amaba como un demente y era inmensamente rico para colmar las aspiraciones de Leonor.

Nos habíamos detenido en un bonito puerto de Austria, y allí una vez unidos, manifestó deseos de volver á Venecia.

Algun tiempo despues estábamos en la hermosa Sirena de Italia. Yo no conocia Venecia, su aspecto nuevo y encantador me sorprendió agradablemente: aquellos mil palacios de formas bellísimas y caprichosas, semejantes á una bandada de blanquísimas palomas á flor de agua dormidas, luego la multitud de vistosas góndolas que recorren en todas direcciones las calles

de la ciudad, el ruido de los remos y el canto lánguido y dulce de los gondoleros, forman un contraste nuevo y lleno de poético encanto para el viajero.

Leonor eligió un magnífico palacio, cuyos dueños viajaban por placer y allí rodeados de todo el lujo y molición de que era susceptible su naturaleza, pasamos algunos meses.

El padre de Leonor, Felónico, que así era su nombre, comenzó á sentirse débil y decaer notablemente su salud. Al principio no creíamos de cuidado su malestar, pero mas tarde se agravó, y despues de una prolijísima asistencia de dos meses, murió, encargando á su hija la fidelidad y constancia en el matrimonio y mucho amor hácia el esposo que tanto la amaba. Yo lloré á aquel anciano como si hubiera sido mi padre; mi esposa por el contrario, no demostraba su dolor: y siéndole enojoso el tiempo de duelo en Venecia, por el encierro natural, me indicó su deseo de visitar á América: yo siempre dispuesto á complacerla accedí y algunos dias despues, nos pusimos en viaje.

¡Cuántas veces despues he maldecido aquel viaje! ¡cuántas veces he llorado mi condescendencia. ¡Oh! América ¡oh! hermosa Buenos Aires, cuanto lloro, cuanto gemido, cuanta hiel me diste! ¡como récompensaste en mi alma, el santo entusiasmo, que me inspiró tu gala y tu frescura...!

Yo pisé tus playas feliz, como el mas feliz de los hijos de tu suelo, yo adoré las aguas del gran Plata, desde el instante que mi Leonor reflejó en sus ondas el rostro, ¡pobre insensato! ¡pobre loco!... ya no me resta sinó su-

frir lejos de los hombres y vengar en todos el agravio de uno

Llegamos á Buenos Aires el 21 de Setiembre de 18... y nos alojamos en un cómodo hotel.

Alli pasamos algunos dias, hasta que habiendo hallado una linda casa de recreo, distante por pedido de Leonor,—algunas cuabras de la plaza de la Victoria y á orillas del rio, nos trasladamos á ella, y seguimos siendo dichosos algun tiempo mas.

Un año se habia cumplido de nuestro matrimonio y Leonor me hizo padre al cabo de dos meses de residencia en Buenos Aires.--tuve el complemento de la felicidad.

Recien entonces, pensé en el porvenir, pues á pesar de ser bastante rico, no era posible que aquella fortuna pudiera ser eterna, si no le agregaba las utilidades de su propio beneficio. Empecé pues á trabajar dedicándome al comercio y haciendo viajes al extranjero con mucha frecuencia, porque así convenia á mi especulacion.

Las primeras separaciones de Leonor, sufría mucho pero luego la costumbre y por otro lado que ella misma me daba fuerza con su entereza que yo entonces ciego todavia, calificaba de sacrificio—me daba valor, digo, y demostraba con esa habilidad y astucia que solo poséen los mujeres, la necesidad de acumular oro para nuestro hijo.

¿Que importa, me decia una tarde de primavera, en que yo recien llegaba á mi casa y de la que tenia forzosa necesidad de salir al amanecer,—que importa que te separes de mi, ahora, por muy poco tiempo quizá, si luego

vuelves y despues de unos dias de cruel separacion, te espero con ansia? soy tu amante, no tu esposa hasta mis caricias son mas vehementes, porque he deseado mucho estar á tu lado y tu falta, me ha hecho insoportable el tiempo trascurrido, luego te recibo con un nuevo entusiasmo.

Yo oía á aquella muger, como oían los encantados héroes mitolójicos, la voz traidora de la *Sirena*. Yo sentía las caricias de aquel demonio y no comprendía que eran falsas, -me fascinaba, me subyugaba de una manera inverosimil é irresistible, ¡era tan bella! y entonces no se porque la encontraba con nuevos encantos, me parecia doblemente hermosa. Asi de este modo pasaron dos años, al terminar éstos, empieza la tragedia espantosa de mi vida, uno de esos dramas sin nombre que no se escriben porque horrorizan.

Mi hijo Fernando tenia dos años y mi segunda hija seis meses, -yo acariciaba á ambos y de ambos me costaba pesar separarme en mis ya perezosos viajes.

Leonor fria é indiferente me demostraba un tédio insoportable, vivia triste, aislado de ella, amándola mas que nunca y sin otra recompensa, que su duro y extraño tratamiento.

Yo debia apurar la copa de amargura, hasta las heces y la apuré.

Una noche, noche tremenda, por el furioso Pampero, que soplaba, noche oscura y tormentosa como todas á cuya sombra se produce un exánen, yo estaba á bordo, habia salido aquella tarde al caer el sol, del puerto de Buenos Aires en direccion á Montevideo, cuando por la

amenaza de un temporal varió el programa el prudente Storp, capitán del *San Luis*, habilitado por mí, y volviendo á balizas interiores, se puso al abrigo.

Mi casa no distaba mucho del muelle, así que teniendo un bote, esa noche podía pasarla en compañía de mis hijos y mi esposa.

En efecto, así lo hice y una hora despues, yo entraba de puntillas á sus habitaciones, satisfecho, como un niño, de la sorpresa agradable que produciria mi presencia allí.

Crucé mi gabinete, luego el cuarto de los niños, y me detuve asombrado en el cuarto de vestir, ante una voz de hombre que parecia salir de la alcoba de mi mujer, — aquella voz decia:

—Eso no es lástima.

—¿Y entonces, exclamó Leonor con voz angustiada, entonces como llainais á ese sentimiento?

—Cobardía, replicó aquel hombre.

No sentí mas por el momento, me zumbaron los oidos, apoyé las manos en la pared y un vértigo espantoso nubló mis ojos.

—¡Dios mio! murmuré muy quédo, —¿que es esto? y un momento indeciso, no supe que hacer, si huir, arrojar-me al rio ó vengarme.

Sin duda algun pequeño roce ó ruido llegó á ellos, porque él dijo:

— Parece que alguien anduviera aquí, ¿ estás segura de que se embarcó?

—Cómo de que estás tú aquí querido mio, dijo Leonor.

Dí un paso y pudiendo ver sin ser visto, quise conocer al amante de mi muger, al bárbaro que habiendo tantas mujeres libres, cometió la infamia de robarme la que formaba el encanto de mi vida.

Leonor estaba sentada en un sofá pequeño, tenía un ligero traje de confianza, -estaba hermosísima así, con tan encantador descuido. El era un hombre también hermoso, alto y esbelto su talle, llevaba traje militar y tenía la cabeza descubierta: sentado al lado de Leonor, acariciaba la frente de esta con una mano y con la otra, sujetaba un habano encendido.

El diálogo que ambos sostenían, vive aún en mi memoria como marca de fuego, -voy á sufrir mucho, pero voy á recordarlo todo.

—¿Conque dices, dijo Leonor, dulcificando su acento de una manera desgarradora para mí, --conque dices que soy cobarde?

—Sí, eres cobarde y no me amas suficiente.

—¿Entonces todo mi sacrificio, no te prueba ese amor que constituye mi vida?

—Hasta cierto punto, sí; pero tu resistencia me estraña doble, por la misma razón de haberme sacrificado todo, no queriendo ahora abandonar al hombre que detestas, por el hombre que adoras.--¿Que te detiene? dime.

—Mis hijos, sobre todo, --Fernando que es su hijo y á quien no podría arrastrar conmigo, por un resto de compasión hácia Luis.

—Ah! si, tú le amas, todo es una farsa.

—Amarle! jamás Gabriel, jamás le he amado, ni si-

quiera en los primeros días de nuestro matrimonio. Una deuda de gratitud exaltó mi imaginación inclinada á todo lo romántico, y haciéndome confundir la verdadera pasión, con un sentimiento pasajero de muy frágil duración. Cuando desperté en los brazos de aquel hombre me encontré ligada á él con cadenas inquebrantables, pero su ternura era tanta, sus cuidados y solicitud tan grande, que muchas veces, sin saber definir lo que Luís me inspiraba, seguía sus transportes de ternura y el infeliz me creyó realmente enamorada. El sueño de mi vida ha durado hasta que he venido á América, hasta que te he hallado á tí, mi vida, realización de todas mis ilusiones.

El amante de la infame, de la falsa esposa, oprimió contra su pérfido pecho, el de la adúltera.

—Sí, le dijo enajenado, —sí sé que me amas, sé que llegarás á abandonar al odiado Luis, para vivir enteramente á mi lado.

Leonor titubeó un segundo y luego exclamó con firmeza.

—Sí, sí, lo abandonaré, á él y á su hijo, sí huiré contigo y con nuestra hija.

Una nube de sangre oscureció mis ojos, llevé la mano al cabo de mi revólver y di un paso—¿que me restaba en la vida? ¡Mi hijo, pobre hijo mio! ¿que iba á ser de él?

Quise despreciar á aquella infame, pero mi odio tan grande, como fué mi amor, se desbordó tremendo y me lancé sobre ellos. Dos balas de mi revólver se enterraron en el pecho del seductor y las cuatro restantes, las descargué frenético en el corazón de la adúltera, —luego loco,

ébrio de venganza, concluí con el fruto de aquel amor criminal y tomando á mí hijo en los brazos, huí de mi casa á la inmediata ribera, donde me embarqué en el "*San Luis*" variando su rumbo para *Chile*.

Durante quince dias, estuve entre la vida y la muerte. Storp, leal y generoso velaba, solícito á mi lado y no permitía la entrada á nadie cerca de mí, por temor, segun me dijo despues, á las tremendas revelaciones que yo hacía en medio del delirio. Él todas las escuchó de mi propia boca, llorando horrorizado, nó de mi crimen, sinó de la maldad de aquella muger tan amada por mí y que tan mal recompensó mi ternura.

El drama sangriento que enrojeció mi vida, fué el tormento, el infierno de mi porvenir en todas partes, por grande, por enorme que haya sido la distancia que me separára de Buenos Aires, veia á Leonor ora bella y amante como la vi tantas veces en el trascurso de mis dos años de dicha, ora ya adúltera, espirando agonizante sin exalar un ¡ay! con el blanquísimo seno acribillado por las balas de mi reвольver, ora de rodillas con las manos juntas implorando perdon, con voz leve y tristísima, demandarme á su hija, á la hija de su amante,—yo vivia loco—Fernando mi hijo creció á mi lado, algunos años despues le puse en un colejio y entonces yo sacudiendo aquel mundo de pensamientos y fantasmas envenené mi sangre con la mas refinada maldad, á fuerza de sufrir me hice un demonio,—sin creencias, sin fé.—Y me propuse buscar un solo vástago que perteneciera al verdugo de mi felicidad, para vengar en él, el crimen de éste.

Satanás sin duda ayudó mis planes. Me trasladé á

Buenos Aires desfiguré mi rostro y cambié mi apellido de Zorati por el de Rizzio, -no fui conocido y en poco tiempo siendo rico comencé á hacerme espectable. Unos me llamaban griego, otros judío y todos se equivocaban mientras yo buscaba de todos modos realizar mi venganza.

Una tarde entré en un café, se jugaba y hablaba de todo; me senté en una mesa desocupada, inmediata á dos jóvenes que allí departían amigablemente y escuché sin pensar lo que estos hablaban.

Decía un joven de fisonomía viva y atrevida, de lente, y rizada melena, con su aire afrancesado y charlatan, á otro de aspecto simpático para quien no profesára el odio que yo abrigaba á los hombres en general.

-¿Conque te suicidas Augusto? ó lo que es lo mismo, te casas con una hermosa perla arjentina y nada me habías dicho, ¡que egoísmo! mira, cuando yo llegue á cometer semejante locura, desde el muelle hasta el once de Setiembre haré pegar carteles para que nadie ignore mi enlace, ¿que te parece? es una buena idea eh!

El otro joven se rio del chiste y luego repuso:

-Es verdad, me caso ó me suicido, como tu quieras pero no habia creido necesario proceder con tanta anticipacion, pero ahora que tu has descubierto el incógnito, me es grato participarte mi próxima union con la señorita Andrea de Bremont.

-Lo sabia amigo, y te doy la enhorabuena por ello, dijo el joven Alberto oprimiendo con efusion la diestra del nóvio.

El apellido pronunciado por el joven hizo en mi una

impresion difícil de explicar. Bremont, Bremont, repetí, ese era su apellido, si, estoy seguro, y luego seguí escuchando.

Alberto decia:

—¿Y tu futuro suegro, como sigue?

—Hombre, su estado es delicado y generalmente sufre dolores atroces.

—Dicen que en una aventura amorosa, recibió dos balazos en el costado derecho, balazos, segun he oido á persona caracterizada. descargados por el ofendido esposo que huyó enviando al otro mundo á la adúltera y dejando casi cádaver á Bremont; tambien cuentan, añadió el jóven con asombrosa charlataneria, que el asesino trató de destruir, estrangulándolo, al fruto de aquellos amores, pero no logró su intento y la niña que hoy vá á ser tu esposa, quedó solo ahogada y enferma por mucho tiempo.

El amigo de Alberto, quien supe despues que se llama Augusto Medina escuchaba azorado á éste.

Alberto prosiguió:

—Dicen que el esposo ofendido huyó sin que la policia pudiera darle alcance hasta ahora, llevándose un hijo que creia lejítimo, oh! agregó, es una tragedia orijinal con todos sus detalles.

—Sabes que es curioso todo lo que me cuentas, dijo Medina, te juro que ignoraba, semejante historia y he de tratar de averiguar la verdad del hecho.

—¿Y que dudas?

— No dudo de tí, pero si de quien te haya contado tan patético dramon, dijo Medina en son de burla, levantándose en seguida, Alberto añadió: adios, hasta otra vista.

—Felicidad querido Augusto, contestó el del lente.

Medina salió.

Algunos momentos despues yo estaba al lado del amigo de Medina.

—Señor Rizzio, me dijo, poniéndose de pié con galanteria, -tengo el honor de saludaros.

—A vuestras órdenes caballero, le dije—pero quien os ha podido decir mi nombre.

—¡Vuestro nombre! pues señor, si todo Buenos Aires lo repite.

—¡Cómo, que decis! exclamé como asombrado.

—Lo que ois señor Rizzio, y esto nada tiene de extraño puesto que sois rico y viajais de una manera misteriosa.

Traté de sonreirme, pero no pude; estaba profundamente preocupado con la inesperada revelacion que aquel jóven atolondrado, acababa de hacerme sin saberlo él mismo.

—Ya veo que me conoceis, le dije,—pero yo no tengo el gusto de saber con quien hablo.

—Con Alberto Orellanos, caballero, para serviros.

—Gracias, repliqué,—á vuestra disposicion tambien.

Me ofreció un asiento y sentándonos entablamos conversacion.

—¿Sois el amigo de este jóven que acaba de salir? le pregunté.

—Sí, ¿porqué me lo preguntais? respondió.

—Os diré. Me han dicho que pronto se une con la hija de Gabriel Bremont.

—Es verdad y es á fé mia una hermosisima criatura,

perla de nuestros mejores salones, pero ¿vos le conocéis señor Rizzio?

—No á él personalmente, pero conocí una estraña historieta, en la que el tal Bremont era uno de sus principales protagonista.

—Oh! recordais, si, si, exclamó el jóven riendo.

Y comenzó á relatar mi propia historia, con mas ó menos variacion.

Mucho sufrí durante aquel relato, pero mucho gocé saboreando una venganza, tan cumplida como la que pensaba ejecutar.—Acabamos por hacernos amigos y nos despedimos, prometiéndome él, presentarme en la casa de Bremont en fuerza de la mucha curiosidad y simpatía que me inspiraba aquella desgraciada niña. . . .

Transcurrió algun tiempo despues de mi conocimiento con Alberto Orellanos y ya me sentía impaciente por visitar la casa del amante de mi muger, cuando un dia se presento en mi bufete, mi jóven amigo diciéndome.

—Vengo á invitaros para que asistais al enlace de mi querido Medina con la hija de Bremont.

Disimulé la alegria y respondí.

—Os aseguro que tendré un verdadero placer en presenciar el acto.

—Lo creo, lo creo y por eso os invito, me dijo,—á las nueve os vendré á buscar, si gustais.

—Perfectamente; no os haré esperar.

Alberto estrechó mi mano y se retiró diciendo que tenia un mundo de quehacer aquel dia.

Quedé solo pues pensando en mi venganza ya cercana,

creando y deshaciendo planes para el porvenir. Aquel á quien yo habria jurado haber muerto por mi propia mano, á aquella niña que en su infancia acaricié como mia y á la que estrangulé mas tarde, como el fruto de un crimen nefando y á quien crei dejar cadáver, aquellos dos séres á quienes odiaba muertos, se presentaban vivos ante mí y se ofrecian sin saberlo á mi insaciable venganza. Todo se presentaba espléndidamente infernal, llamo infernal, porque supongo que la providencia no podia ayudar mis sangrientos planes y solo un génio maléfico con su deseo constante de víctimas, secundaba todas mis ideas.

Llegó la noche y á las ocho y media ya estaba en traje de etiqueta,—me fastidié media hora, hasta que se presentó Orellanos. Subimos en mi carruaje y algunos momentos despues entrábamos en los grandes recibos de Bremont, y nos deteníamos en presencia de este.

Un estremecimiento, frio como la hoja de un puñal, recorrió mi corazon.

--El Señor Rizzio, dijo Orellanos presentándome á Bremont.

Este se inclinó, tendiéndome una mano,—yo, temblé al estrechársela.

--¿Que teneis, exclamó Alberto, alarmado,—estais enfermo?

--Acaso os habeis descompuesto, agregó Bremont.

--No, dije,—no es nada, no os alarmeis, las luces, el perfume de las flores, talvez habrán desvanecido mi cabeza.

--¿Quereis una copa de un tónico? dijo solícito mi enemigo.

—Mil gracias caballero, respondí reponiéndome por completo.

Pasó el incidente y entramos al salon principal.

Lo mas distinguido y bello de la sociedad porteña se habia dado cita allí,—no se respiraba mas que perfumes, no se veia mas que luces y mugeres bellísimas, pero yo no veia mas que á Bremont, al mismo hombre que conocí y creí matar quince años atrás, no aspiraba otra cosa que conocer á su hija, á la hija de Leonor.

Todo el mundo me miraba con respeto y curiosidad, algunos decian al pasar cerca de mi lado—Es el griego,—el judio Luis Rizzio.

— Si, agregaba otro, el Monte Cristo moderno, y yo me sonreia de la candidez de todos y volvia á abismarme en mis ideas.

De súbito un movimiento unísono llenó el salon, la concurrencia se puso en pié y oí murmurar ¡los novios! ¡que linda viene ella! y él que simpático, que elegante!

Me alzé yo tambien y apretando con ambas manos el pecho, pude sofocar un grito de asombro próximo á exalarse ya.

Era élla, Andrea, el propio retrato de su madre, solo cambiaba en el cabello y el color de los ojos, luego su misma boca y todas sus facciones.

Sin embargo era mas bella, tenia su inocente rostro mas espresion de pureza, de inocencia que tuvo el rostro de mi infame esposa.—Yo le miraba absorto y sentia despertarse en mi alma un sentimiento apasionado con su tendencia de natural malignidad.

La ceremonia concluyó cuando yo recién creí que iba

á empezarse y vi á Bremont oprimir á los desposados en sus brazos y luego enjugar sus ojos huyendo del salon.

—Mucho la quieres, dije para mi,—oh! yo te haré sufrir tanto que te mataré á fuerza de tormentos, esa niña será el instrumento de mi venganza, así como fué el fruto de tu crimen, —y salí en su busca.

Recorrí los distintos salones y logré encontrarlo en el salon de juego, sentado en un sofá casi oculto en la cenefa de una colgadura.

—Oh!mí querido señor Bremont, exclamé,—¿que estais haciendo ahí?-acaso no sois muy feliz con el enlace de vuestra linda hija?

Se volvió sorprendido y luego me contestó enjugando sus ojos. *

—Y qué, vos no sabeis que la felicidad tiene tambien su bautismo de lágrimas?

—Si lo sé, respondí, pero en este caso, perdonad que os diga, alguien podria interpretar mal ese llanto en un momento tan solemne.

—Teneis razon, soy un niño debo vencerme, dijo poniéndose de pié y luego lanzando un suspiro,—que quereis vienen tantos recuerdos que es imposible ser de piedra.

—Acaso la madre de esa niña vuestra esposa,—dije afectando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—Mi esposa, sí su, madre,—murmuró de un modo extraño y como si aquel recuerdo le hiciera daño.

Despues enlazándome de un brazo, se apoyó en mi como pudiera hacerlo con un amigo:

—Vamos,—me dijo.

Una nube de sangre pasó ante mi vista, era la sombra de la venganza envolviéndome por un instante entre sus rojos pliegues. Un minuto luché, pero mis planes estaban ya maduramente coordinados y tuve que hacer un esfuerzo violento, inconcebible, sobre humano para acallar la voz del estermio que resonaba en mi corazón haciéndome estremecer de odio.

Entramos en el salón y me presentó á su hija. La joven me miró de arriba á bajo y un gesto nubló su semblante; me tendió la mano con frialdad y no obstante conocer su repulsion la invité á pasear, -aceptó y la tomé del brazo.

—Gracias, le dije -me habeis hecho feliz concediéndome estar á vuestro lado, sois tan bella!

Me miró como asustada y trató desasirse pero yo la retuve.

- No le dije, -todavía no, tengo que hablaros dos palabras, yo creo no os negareis ¿es verdad?

—Hablad caballero, murmuró sonrojada, bajando sus ojos, -hablad pronto porque deseo sentarme.

—Bien; voy á deciros algo que ignorais y que quizá os sorprenderá no poco, pero ha llegado el momento oportuno: escucha. primero que hace catorce años te odio muerta y ahora que la providencia te trae viva y feliz ante mi, te odio doble, -voy á decirte, porque: tu eres hija de mi mujer, de la única mujer que yo he amado, esa mujer tuvo un amante, ese amante es tu padre y el fruto de ese crimen eres tú, -ya ves si tengo razón para odiarte, y al decirle esto, la arrastraba violentamente hacia el fondo de una galería solitaria que daba al jardín.

La hija de Bremont, fijaba en mi sus espantados ojos y

mas blanca que la cera, temblaba como la hoja de un árbol.

—Pero, Dios mio! articuló trémula, que quereis de mí, yo no os he hecho ningun mal.....

—¿Que quiero de tí? vengarme.

—Pero si yo no os he ofendido!

—¿No me has ofendido?, si, tienes razon, tú no me has ofendido, es verdad; pero apesar de ser inocente del crimen de *ellos*, vas á sufrir siendo el instrumento de mi venganza,—te haré mia y despues deshonrada te arrojare á sus piés. Serás mia! lo oyes! ¿cuando? no sé, ahora nó. despues, cuando menos pienses: quiero prolongar el martirio y envenenar tu alma, con toda la hiel de que rebosa la mia. Quiero vengarme de tu padre y para eso necesito, algun tiempo, voy á retirarme ya, pero antes quiero prevenirte una cosa y es, que no digas á nadie lo que te ha pasado conmigo, guarda el secreto porque de lo contrario, revelaré á Medina tu origen despreciable y criminal, sabrá quien eres y quien es Gabriel Bremont, tu padre,—Adios, agregué,—calla y olvida, que cuando menos me recuerdes, estaré á tu lado.

Salí despues de apretarla entre mis brazos, mientras ella doblaba el talle desmayada.

.

Augusto suspendió un instante la lectura enjugando su ancha frente cubierta de sudor y mortal palidez.

—Ínfame, murmuró apretando los puños,—ínfame, como abusaste de aquella niña indefensa, de que mé-

dios te valiste miserable asesino, para sellar su inocente lábio, ¡oh! si Andrea me hubiera revelado aquella escena, si tu no la hubieras hecho enmudecer haciéndola creer que con tu vil revelacion, yo habíala de perder el aprecio, de seguro malvado, que te hubiera aplastado con mi brazo, como á un insecto ponzoñoso--tú asi lo comprendiste y por eso la aterraste con la amenaza.

Y Medina tomando de nuevo el cuaderno:

—Vamos á ver hasta donde llevas tú crimen,—dijo y comenzó á leer.

“Pasaron algunos dias y al cabo de ellos supe que Andrea una vez casada, habíase trasladado á una hermosa quinta, propiedad de su esposo, donde vivia en compañía de su padre.

Yo recordaba á aquella niña y su recuerdo era dulce, casi puedo decir apasionado, ¡se parecia tanto á Leonor!

Un sentimiento indefinible hacia latir mi corazon, cuando pensaba en ella y si Andrea me hubiera amado, en cambio de aquel amor celestial, hubiera olvidado mi venganza, quizá hubiera vuelto á ser bueno y generoso; pero mi destino estaba escrito y se cumplió.

Un dia me levanté agitado, nervioso, con el rostro pálido y los ojos hundidos,—habia llorado y la noche la habia pasado en vela, pensando en ella.

Me puse á escribir y escribí este billete:

“Andrea: deseo verte, la vida de tu padre está en mis manos, tu puedes salvarla con una palabra. Esta noche en la puerta falsa del jardín te esperaré á las diez mas ó menos.

Luis.”

“A las doce estaba yo allí.

“Andrea no se hizo esperar. Un hombre la acompañaba. Aquél hombre se detuvo y ella se adelantó sola.

Habia una luna hermosísima y todo yacia en el mas poético silencio,—al sentir á la jóven, me estremecí.

“Se acercó y deteniéndose frente á mi.

—Me habeis llamado, dijo—¿que quereis?

—Quiero que decidais mi suerte.

—Yo nada tengo que ver con vuestra suerte, me hablais en el billete de la vida de mi querido padre y por.

—Sí, si, le interrumpí,—por eso habeis venido, bien pues, como os decia en ese billete, la vida de vuestro padre está en mis manos y vos la podeis salvar.

—¿En vuestras manos?

—Si, ahora mismo si quisiera.

—Es decir que vais á asesinar á mi padre?

—Voy á vengarme de él.

—¿Y venis á decírselo á su hija?

—Precisamente, porque creo que su hija no dejará morir al autor de sus dias.

Una sonrisa incrédula rizó su lábio y volviéndome la espalda:

—Sois un farsante, exclamó—un loco, qué se yo.....

—No, no soy ni lo uno ni lo otro, le dije, cerrándole el paso,—os equivocais....

—Dejadme ir, sinó llamaré, me respondió.

—Aguardad os suplico aguardad un instante y escuchadme, despues podeis íros libremente, no creais que yo quiero cometer ninguna violencia con vos.

Mis palabras parecieron tranquilizarla porque se volvió y sentándose en un banco.

—Os escucho, me dijo.

—Te he dicho Andrea, repuse tuteándola mientras daba á mi voz una inflexion dulce y cariñosa,—que tu podias decidir mi suerte y no he mentado,—en otra ocasion te dije que odiaba á Bremont y el motivo de ese ódio, consiste en que tu madre fué el amor de mi vida, á ella le entregué puro y lleno de fé un corazon que solo supo la tir para el bien y la lealtad, ella me traicionó, desgarró ese corazon y hecho jirones, siendo la befa y el escarnio de sus sacrilegos ultrajes, lanzó un grito furibundo, un grito potente de esterminio y venganza, un grito tan doloroso y tan cruelmente amargo, que acalló en mi conciencia la voz pura del deber y de la piedad. Me hice malo, maté, y una vez asesino juré por mis propias manos despedazar los vástagos que hallara de Bremont; ahora te hallo á tí y me falta valor para cumplir mi juramento, eres un ángel Andrea y tu puedes alzarme del cieno, volver á mi alma la luz que le falta y hacerme vivir para todo lo noble y generoso-y al llegar aqui me puse á sus pies y tomando una de sus manos,— se caritativa, tenme compasion, añadí.

La hija de Bremont se puso de pié.

—¿Y que quereis de mi? dijo con acento breve y seco.

—¿Que quiero? ¿y que acaso no me has comprendido?

—Nó.

—Quiero tu amor.

Andrea me envolvió en una mirada estraña, incomprendible.

—Apartaos, me dijo, con una altivez, con un desprecio tan insultante, con tanta repugnancia hácia mi, que involuntariamente me alzé.

—¿Y porque quieres que me aparte? le pregunté ¿porque me rechazas?

Ella sin contestar á mi interpelacion:

—Madre, madre infeliz, esciamó, tu fuisteis sin duda una martir.

—Fué una infame, grité-una criminal una adúltera, una.....

—Callad, silencio! me impuso, porque hay un extraño cerca, callad Don Luis y no insulteis á mi desgraciada madre.....

—¿Y me amarás?

—¿Amaros yo? que horror! Don Luis, no volvais á repetir esas palabras!

—Si me amas, renuncio á todo por tu amor; pero si me rechazas me vengaré no solo de él sinó de tí, pero me vengaré de una manera diabólica, tu puedes regenerarme, tornarme al bien, salvar á tu padre y ti misma....

—Vengaos, dijo volviéndose,—vengaos, vil asesino de mi indefensa madre, vengaos de mi noble padre, pero Dios os maldecirá y llegará un dia en que sufrais toda la amargura, que hiciste apurar á aquellos.

—Séa, tu lo quieres, pues bien, lucharemos.—yo soy mas fuerte y llevo la mejor, parte; me ódias ¿es verdad?

—Con toda mi alma.

—Y yo te amo con todo mi infernal empeño y así como juré vengarme de tí, juro ahora que serás tarde ó temprano mia.

Lancé una carcajada medio satánica y di un paso, ella esperó sin duda que yo avanzara, porque llevó un pitito de plata ú oro, á los lábios y dió un silvido.

Una sombra avanzó, al ruido de sus pasos yo hui repitiendo:

-Serás mia, serás mia.

.....

Aquella noche no pude conciliar el sueño, un pensamiento germinaba en mi cabeza y loco, frenético, despechado, con un placer salvaje, deliraba despierto y la idea de la consumacion de mi horrible plan me alhagaba.

—Vengado, vengado, repetia casi demente de odio, vengado de él, despues de ella....

Amanecio,—salté del lecho y me vestí.

Sali á la calle y me encaminé al rio: todo aquel dia lo pasé sentado bajo los grandes sauces que embellecen la márgen del Plata, frente á la barranca de la *Recoleta*.

Muchos ratos tendido boca abajo en el verde de los berros y gramillas, soñaba sin dormir y las sombras de Leonor y Bremont veíalas cruzar ante mí, sonriéndose con desprecio ó maldiciéndome, entoncés mi corazon rebotando odio, subia hasta mis ojos deshecho en sangre, poníanse rojas mis pupilas, temblábanme las manos, crispadas por la rábía y cual si aquellas sombras fueran palpables y reales, me arrojaba sobre ellas puñal en mano, clavándolo frenético en la blanca corteza de los árboles, ó ya sin objeto en el vacío que me rodeaba.

El toque lúgubre y quejumbroso de la fúnebre cam-

pana de la *Recoleta* llamó á la oracion.- El espacio parecióme que se poblaba de visiones que bullian en torno mio, en rápidos jiros.

Aquellas sombras vagas, é impalpables, se acercaban tocaban mis vestidos y lanzando jemidos dolorosos huian en tropél produciendo con su marcha un ruido semejante al choque de las álas de un pájaro monstruoso ó el ruido que produce la hojarasca al remolinarla el viento de Otoño.

La alada tropa, se alejaba y volvía á mí. Leonor estaba entre ellas y érala mayor de los fantasmas, danzaba como las otras y en una de sus vagorosas vueltas acercóse hasta helarme con su contacto.

Abrió sobre su pecho la aérea túnica que ondulaba en el vacío y me enseñó dos bocas rojas que sagrando aún manchaban sus carnes impalpables.

—Mira, mira me dijo con voz doliente,—mira tu mano.

Y luego lanzando huecas carcajadas se alejó llevando en su jiro todo el coro, de espíritus alados.

Cerré los ojos, mi cuerpo febriciente y enervado por la calentura se desplomó y perdido el sentido, me tendí cual largo éra.

Quando abrí los ojos, seguía el fúnebre tañido de aquella campana; pero no era la oracion,—yo había pasado en mi desmayo dos horas sin duda, porque aquella campana tocaba ánimas.

Eran las ocho,—mi cabeza se había despejado y casi sereno me puse de pié. Llevé la mano á la cintura; all

estaba mi puñal y mi revolver,—acaricié á ambos y me alejé.

Subí la barranca por la quinta de *Pueyrredon* y en poco tiempo llegué á la de Medina. Resuelto y con paso firme entré por la puerta falsa, cruzé el jardín y agachado bajo la sombra de un viejo pino pasé tres horas observando.

A las once, todo yacía en el mas profundo silencio.

Salí de mi escondite y avancé al interior, salvé la puerta de hierro que cerraba el primero, del segundo pátio y me acerqué á una ventana baja de un cuarto independiente que yo creí ser el de Bremont.

Habia luz y los postigos así como la ventana estaban entornados,—no tenia reja y bastaba empujarla para entrar.

Me detuve y miré,—un hombre leía un periódico, estaba en el lecho y no era otro que mi enemigo.

La luz de la lámpara daba de lleno sobre su rostro y yo podia contemplarlo á mi sabor.....

Augusto al llegar aquí temblaba horrorizado recordando la muerte misteriosa de su suegro... y entre dientes murmuró.

—El, siempre él.....

Luego continuó:—

Poco rato despues, Bremont quedó dormido, la lámpara estaba á media luz y yo penetré en la estancia. Mi pié, tropezó con el periódico que él leyera y al ruido del papel, Bremont abrió los ojos.—me quedé parado, en tanto, que él en silencio me miraba. Por fin saltó del lecho buscando sin duda una arma.

—¿Quien sois? exclamó.

—¿Quien soy? y que no me conoceis? dije.

Entonces, restregose los ojos, me miró dudando y luego articuló:

--¡Es extraño, vos en mi habitacion Rizzio!

—¿Rizzio?- no, no es Rizzio, exclamé gozando en su turbacion que iba en aumento,—teneis mala memoria ú os haceis el olvidadizo?

—Juraria que erais Luis Rizzio.

—Luego vos no sabeis que el nombre tambien se cambia?

--Acabemos¿ quien sois?

—¿Y no te arrepentirás de saber mi verdadero nombre? dije cambiando el tratamiento.

El tambien comenzó á tutearme diciéndome.

—Dime quien eres,—y amartillaba un revolver que sacó de bajo de la almohada,—dime quien eres ó te mato.

Lanzé una carcajada, y con voz sarcástica y burlesca.

—Soy el hombre que mas te ódia en la tierra, exclamé,—soy el burlado, el traicionado esposo de tu amante, de Leonor.

Un grito inarticulado arrojó su pecho.—despues pálido y convulso tomó la lámpara y acercó la luz á mi rostro, me examinó un segundo.

—Si, te reconozco, eres su verdugo, eres.

—Y tu eres Gabriel Bremont, el ladron de mi honra, el asesino de mi felicidad, quiero tu vida y vengo á matarte.

—Yo tambien quiero la tuya, dijo,—yo tambien te odio y vas á morir,—y me hizo fuego.

La bala rozó mi sien izquierda y cruzó sílvando para estrellarse en la pared.

—Es inútil, le dije-no me matarás, Satanás me ayuda y tienes que sucumbir.

—Y á mi me ayuda Díos, mi causa es santa y morirás á mis manos, como muere un perro. . . .

—Baja el arma y escúchame un momento,—le dije, sin responder á su insulto.

Hízolo así y yo proseguí:

—Bremont, tu nunca has medido el daño que me hiciste, nunca pensaste en la espantosa amargura de que cubristes con tu infamia, los dias de mi vida, antes tan bella y apacible; tu has mirado aquella fea y despreciable accion á través del mas refinado egoismo, en la adúltera esposa, encontraste la víctima y en su ofendido esposo el verdugo, y sin embargo Bremont, la verdadera víctima es él, él es el verdadero mártir . . .

—Calla, calla bárbaro, tú la asesinaste de un modo horrible, ¿porque no me mataste á mi?

—Quise matar á ambos, pero á ti, solo te pude herir ¿recuerdas?

Gabriel se cubrió el rostro con las manos.

—¡Tu sabes,—proseguí-todo lo feliz que era Luis, antes que tú le arrebatas la felicidad, tu sabes cuanto amaba yó á aquella hermosa muger!—Mira era tanto mi amor, mi fanatismo por ella que hasta te hubiera amado á ti, si ella me lo hubiera ordenado, pero te hallé en mi casa, en mi ausencia como entra un ladron á saquear.

el tesoro ageno, te encontré en sus brazos, gozando tu mi única felicidad, te encontré ya su amante con un impúdico fruto de ese criminal amor, ¡ah! Bremont, Bremont, grité demente de dolor al evocar tan amargos y dulces recuerdos,—tu me quitaste la vida, mas que la vida, con quitarme á Leonor. Aquella noche de sangrienta tragedia yo estaba ajeno á mi deshonor, amaba en mi esposa, á la muger pura y virtuosa, jamás pensé que ella, la náufraga abandonada y moribunda que yo salvé con riesgo de mi propia vida, la virgen de rostro cándido y adorable que yó tanto amé, me vendiera, ultrajara y escarneciera mi fé, mi nombre, mi santa adoracion, traicionára mi fidelidad haciéndome el vil juguete de su falta. Yo tenia dos hijos,—proseguí—con un timbre tan profundamente doloroso que á mi mismo hacíame daño: dos hijos que formaban el encanto de mi vida, que alegraban mis tristezas y éran un bálsamo bienhechor á mis contrariedades, aquellos dos niños yo los amaba de la misma manera, me decian padre y esa santa palabra, colmaba todas mis aspiraciones. Ay! Dios mio, uno de aquellos niños no era mi hija, era la hija adulterina, del amante de mi muger y sin embargo yó la habia acariciado siempre, viendo en ella, un tierno retoño de mi ternura; habiala creído mi hija y la pérfida Leonor, le daba mi nombre al fruto de su falta, de su criminal fragilidad.

—¡Pobre Luis!--murmuró de pronto Bremont, fijando en mi sus ojos húmedos y empañados por las lágrimas,—cuanto la amabas! si, si,—agregó siempre interrumpiendo mi palabra,—tienes razon, tú has sido la víctima

y yo el verdugo, si, si, tienes razon, toda mi sangre no basta para lavar la afrenta, yo no era tu amigo, es verdad, pero de todos modos cometí un crimen que me quitaria el sueño y llenaria de fantasmas y remordimientos mis últimos dias, si pudiera vivir en adelante. Estas vengado Luis,--díjome, mientras que escribia con un lápiz que tomára de sobre la mesa de luz, en una hoja de papel algunas líneas,--estás vengado, nadie sabrá, vivo enfermo y todos, como mi desgraciada Andrea, creerán que fastidiado de mis propios dolores me he quitado la vida, y doblando el papel le puso el sobre con letra grande pero desigual: su pulso temblaba y todo su cuerpo estaba trémulo. . . .

Dió un paso, tomó su ropa, se vistió apresuradamente y despues amartillando el reвольver, con que antes me hiciera fuego, lo alargó diciéndome:

—Véngate, toma, mátame y despues perdona mi culpa.

La grandeza de aquel hombre me anonadó. La idea de la venganza me habia conducido allí; pero ante su actitud decidida y generosa no solo olvidé mi ódio, sino que me sentí fuertemente conmovido.

Bremont comprendió mi vacilacion.

—Toma,-me dijo-¿que haces?

Alargué el brazo, toméle el arma y él presentándome el pecho.

—Tira,-agregó, firme y resuelto.

Saqué la baqueta y apunté, despues me volví y arrojando lejos de mi el reвольver:

—Adios, le dije, -vine á vengarme, pero tú nobleza

me asombra, renuncio á mi venganza y sinó te perdono por lo menos te olvido.

Salí, pero aún no habia dado dos pasos, cuando la detonacion de una arma llegó á mi, haciéndome esclamar.

—Infeliz, se ha muerto!

En efecto, Bremont habia muerto y gracias á aquella carta que en mi presencia escribiera á su hija todos creyeron que se hubiese suicidado cansado ya de sus propias dolencias.

Yo en tanto pensaba en Andrea y una ánsia infinita devoraba mi corazon, la jóven no me amaria jamas, esto bien lo sabia yó, pero su amor me volvia loco y su desprecio me enconaba.

El orgullo y la altivéz mas repulsiva fué la única contestacion que obtuve á mis amorosas pretensiones.

Pasó lo menos un año, al cabo del cual me propuse de grado ó fuerza vencer su orgullo y humillarla á mi amor. Andrea sin duda ya me habria olvidado, quizá ni siquiera recordaba mi nombre, pero á mi no me sucedia lo mismo, su recuerdo habia llegado á quitarme el sueño y triste, consumido por un oculto pesar, pasaba los dias siempre con la imagen de Andrea ante mis ojos ¡se parecia tanto á Leonor! era tan bella, tan pura!!

-- Andrea, Andrea, tu amor tu funesto amor me ha conducido á todo! si no me hubieras inspirado esa ternura insensata, no hubiera cometido los crímenes que ennegrecen mi vida

Una tarde monté á caballo, tenia un plan y pensaba ponerlo en práctica.

Los esposos Medina todas las tardes daban un corto paseo, esperé la hora en que tenian costumbre de salir ambos y cuando los hube visto alejarse, piqué mi brioso caballo y al pasar frente á la puerta de la quinta le clavé con todas mis fuerzas las espuelas de aguja en los hijares y dando un feroz bote, me arrojó furioso sobre un monton de escombros, fracturándome un brazo y ensangrentando mi cara con porcion de pequeñas heridas, que no obstante ser de poca gravedad, presentaban un aspecto lamentable.

Dí algunos gemidos y fingiendo un desmayo, quedé inmóvil, á pesar de serme casi insoportable el dolor del brazo, -los criados de Andrea- que eran dos, corrieron solícitos, como yo esperaba y entre ambos me alzaron llevándome en brazos hasta la quinta, donde, me tendieron en un cómodo lecho, lavando la jóven mis heridas con agua y vinagre.

Comenzé á delirar y la calentura natural producida por la recalcadura me vino á pedir de boca.

Cuando Medina entró se horrorizó de mi aspecto y su alma noble y generosa, como antes la mia, compadeció mi estado y ejerció conmigo toda la caridad de que son susceptibles los corazones buenos, -todavía tiemblo al recordar la malignidad con qué recompensé sus cuidados, la infamia con que pagué sus afanes y el título de amigo que con tanta buena fé me daba.

Voy á extraer aquí, algunas páginas de un diario de Andrea, que sustraje despues de robarle á su hija.

y en las que ella narra con precision las escenas que entre ambos tuvieron lugar, durante mi permanencia en su propia casa.“

Don Luis copia en seguida las páginas que nuestros lectores ya conocen y luego prosigue:—

“Andrea huyó de mi lado, dejándome casi cadáver,—volví en mi y me puse de pié. La cabeza se me desvanecía y creía que iba á caer,—dí algunos pasos intentando llegar á la puerta, pero no pude conseguirlo, hice un esfuerzo supremo y reflexionando sobre mi verdadera situacion me lancé afuera arrastrándome: poco á poco se fué serenando mi cabeza y cobré fuerza, vendé mi frente, empapada en sangre, con el pañuelo y tomé el camino de la ciudad. A cada momento creia encontrarme con Augusto; pero Dios quiso que no lo hallára.

Estaba casi exánime y me sentia desfallecer. Llegué á mi casa como un beodo y poniéndome en cama, curé con bálsamo la herida que aún conservo cicatrizada y me dormí despues de jurar doble venganza y esterminio á la orgullosa Andrea.

No sé que tiempo dormí, solo recuerdo haber despertado sobresaltado, al ruido de un tremendo campanillazo.

Un criado entró en mi cuarto.

—Os busca un caballero, señor,—me dijo—y quiere veros á pesar de haberle dicho que no recibiais.

—Pues vuelve y dile que se retire, sea quien sea, estoy enfermo y no recibo á nadie.

Me dí vuelta á la pared, sobresaltado, sin saber la causa, en tanto que el criado salió.—A poco sentí de nuevo pasos y la voz de mi criado que decia:

—Pero Señor, no puedo dejaros entrar, os he dicho que no entrareis.

Oí un golpe y un cuerpo que rodaba y al propio tiempo una voz que creía conocer, que decía:

—Miserable, toma, déjame el paso libre.

Se abrió la puerta de mi alcoba y Medina, pálido por el coraje, é impasible y ríjido, adelantó hasta mi, abarcándome con su brillante y profunda mirada.

Dí un grito y me desmayé.

En otra época yo no habria tenido miedo á ningun hombre, pero entonces, envuelta mi alma en la mezquindad del crimen, como vivia, y sobre todo ante la severa mirada de aquel hombre que no me habia hecho sinó bien y á quien yo habia tratado de robarle el honor, no solo tuve miedo, sinó pánico, atroz, tremendo, como no lo habia sentido jamás.

Desmayado me amordazaron y cargaron conmigo.

Cuando desperté me hallé á bordo, navegando hácia Chile sin duda, pues á pesar de mis embarulladas ideas, creia percibir la pesada atmósfera del cabo de Hornos.

Sin duda yo habria pasado muchos dias con calentura, porque á la altura en que nos hallábamos no se llega en cuatro ni ocho dias.

Algo estraño y pesado embargaba mi cabeza, me sentia con fuerza pero no podia comprender mi estraña situacion. Cerré los ojos y traté de recordar la escena que tuvo lugar en mi casa,—quedé aletargado y creí soñar que alguien me oprimia los pies y aún las manos al mismo tiempo, voces de hombres que discutian y

otras veces que se reían fuerte.--Abri los ojos y comprendí que no soñaba, algunos marineros rodeaban mi cama, uno de ellos tomó un gran saco y poniéndomelo por los pies comenzó á embolsarme: quise hacer un movimiento y mis manos y mis pies, sujetos á una barra de hierro, quedaron inertes y sin accion, quise hablar, comprendiendo mi destino, y la lengua, fria y entorpecida tambien se negó á obedecerme.

Aquellos hombres cargaron con mi cuerpo y suspendiéndome sobre la borda del buque, me sentí balancear en el aire y luego arrojarme al mar. El golpe me aturdió; yo sabia nadar, pero estaba débil y sobre todo embolsado hasta el cuello,-mi muerte era segura y mi tumba el fondo del mar ó el vientre monstruoso de algun tiburón ó ballena.

El peso que ya antes sintiera en mis pies, me parecia se desprendia y que mi cuerpo libre de aquella ancla subia á la superficie, en efecto, hice un esfuerzo inaudito y á pesar de la bolsa que me cubria, logré ver la luz de una hermosa y tranquila noche de Noviembre.

Mi cabeza cada vez mas débil, comenzó á perder sus pocas fuerzas y la idea horrenda, de mi muerte segura é inmediata, acabó de trastornarme, perdi completamente el equilibrio y sólo recuerdo haber lanzado un grito y luego el agua que me ahogaba.

Sin duda principió mi agonia, porque una desesperacion indefinible se apoderó de mí.

Pobre mi fiel y leal Storp! tú eres mi salvador! sin tí,

que habria sido de mí? Oh! tiemblo aún al recordarlo.

El *San Luis* hacia viajes á distintos puntos y en uno de ellos, recorriendo el Pacífico, salvaron un hombre que luchaba, medio ahogado con las olas, no quizá por salvarse sinó jadeante por las ánsias postreras de un agonia espantosa. Aquel hombre era yó y el capitan del *San Luis* se propuso salvarme y me salvó.

Luchó brazo á brazo con la muerte y triunfante me arrebató á su horrible guadaña, -volví á vivir y alenté solo pensando en mi venganza.

Entonces odiaba á Medina y dilatábanse mis fauces, creyendo percibir el olor de su sangre.

Pasó un año, al cabo del cual, teñí mis cabellos de negros que eran en rúbio colorado, afeitame el bigote y mi larga barba negra, teñí mi cutis moreno en blanco mate y completamente desconocido volví á Buenos Ayres. Me llamaba Guillermo Preen y como poseia con perfeccion el inglés, me creyeron yankee.

Algunos días despues de mi arribo á Buenos Ayres, me hice presentar en casa de Medina y con el pretesto de arreglar ciertos asuntos de frutos del pais, hablé á Augusto sin que me reconociera, -propúsele, como á corredor que él éra, la esportacion directa, hecha por mi en mis buques á los mercados de Lóndres, donde obtienen esos productos precios fabulosos.

Medina no se entusiasmó; però en cambio, aceptó el negocio y traté de grangearme su confianza. -En pocos dias, franco y leal, como él éra, me abrió los puertas de su casa, me invitó á sentarme en su mesa, cosas todas que yo rehuí porque siendo las mugeres, mil veces

mas perspicaces en general que los hombres, podíale hacer á Andrea, descubrir en mí á su enemigo encubierto.

Me limité á entrar solo á su despacho y allí permanecía horas enteras con Medina, hablando siempre de grandes negocios, de honor, de puntualidad comercial y de otras cosas que yo ni conocia, —hice bien mi papel y el infeliz me creyó!

Un estremecimiento espantoso, recorrió el cuerpo de Medina, al leer esto.

—Si, si miserable,—murmuró— yo no te perdonaré jamás aunque tu alma vague en los profundos infiernos, por toda una eternidad.

Y volvió á leer enjugando el sudor que inundaba su anchá frente.

“La pequeña Andréa, era muy linda, me amaba y yó la odiaba. Muchas veces saltando sobre mis rodillas, acariciábala con un placer salvaje, saboreando ya una venganza que no tardaria y cuyo instrumento, iba á ser aquella niña.

Habian pasado dos meses y me pareció oportuno dar el golpe, estaba impaciente y me decidí,—fuí aquella tarde á casa de Medina: al llegar á su puerta la casualidad ayudó mis siniestros planes. La niña corriendo y jugando salia á la vereda, iba sola y parecia huir.

La llamé, vino hacia mí y tomándola en mis brazos eché á correr con ella, subí en un carruaje que hube dejado á la vuelta de la opuesta acera y á escape huí en direccion al puerto.

Antes de llevarme la niña, dejé en el buzón una carta que decia lo siguiente:

Y Rizzio copia la que nuestros lectores conocen, adjunta al manuscrito de Andrea.

—“Llegué al puerto y me embarqué en el *San Luis* que me esperaba en balizas interiores. La niña lloraba desesperadamente y se negaba á comer llamando á su madre, ora á su padre.

—¡Pobre hija de mi alma! murmuró Medina enjugando con el dorso de su mano una lágrima y luego con los puños crispados, murmuró: monstruo, si te levantas de tu inmunda tumba, te volvería á matar —después prosiguió.

Hubo momentos en que me mortificó tanto el lloro incessante de aquella criatura, que pensé en matarla; pero reflexionando que de su conservacion pendia el complemento de mi plan sufrí hasta que comenzó á consolarse comprendiendo quizá que no tenia otro remedio.

Llegamos á la Habana y allí me instalé en un ingenio de azucar, donde en calidad de mayordomo, dirijia el trabajo de los esclavos.

Mi objeto al sacrificarme de semejante manera, cuando por un puñado de oro, del que estaban bien repletas mis arcas podia comprar el ingenio, era solo el deseo de que Margarita se familiarizara con las crueldades que allí inventaba yó y las que la hacia presenciar á ella, á pesar de sus súplicas, cuando era mayor.

Yo queria endurecer á fuerza de aquellos sangrientos espectáculos aquel tierno corazon; pero á pesar de todos mis esfuerzos, jamás conseguí que Margarita, —que éste era el nombre con que yo la habia bautizado, castigára á

un negro á pesar de ordenárselo yo y de jurarle que ella iba á ser castigada á su vez sinó obedecía.

Recuerdo un dia en que le ordené diera veinte azotes á una jóven negra de su misma edad. Margarita me miró, se sonrió con desprecio y poniéndose de pié me dijo resuelta:

— No la castigo.

La amenazé.

Entonces, tirándome por el rostro el látigo.

--Tóma,-me dijo-castígame si quieres, no te tengo miedo.

Entonces tenia ocho años y no tuve valor para castigarla, reconocí su altivez hereditaria y me convencí de que eran inútiles todos mis esfuerzos para cambiar sus sentimientos. Comenzé á emplear con ella la dulzura, á ser afable, casi tierno y me llamó padre.

Margarita cumplió los diez años y bajo el nombre de Luis Saavedra, con la barba crecida, cana ya, anteojos verdes y consumido por mi propia maldad, volvi á Buenos Aires, donde desconocido de todos, coloqué á mi supuesta hijá en el colegio de huérfanas de la Merced. Mi hijo Fernando terminó sus estudios en Chile y se reunió á mi, tratando á Margarita como á su hermana natural; así se lo hice creer y como tal pasó.

Aquí habia algunas hojas truncas; parecian arrancadas con violencia, porque pegados aún á la encuadernacion del manuscrito veíanse algunos pequeños fragmentos de papel.

Augusto volvió las hojas precedentes y convencido por la numeracion de que estaba truncas las memorias, hizo

un gesto de contrariedad y siguió lenyedo.—La letra era desigual casi inteligible, la forma de las memorias tambien variaba, porque mas bien se parecia á un diario.

. :
 Sólo, solo con mi ódio y mi venganza, solo siempre como el judio errante, como el condenado tonelero. Fernando, mi hijo, era el único amor de mi vida, la única afeccion que me ligaba á un ser viviente, ahora estoy solo, ha muerto, me lo han muerto, mejor dicho—¿que haré?—sufrir y odiar, para despues vengarme, hasta de aquellos que nada me han hecho.

.
 ¿Estoy loco?—no lo sé, pero extraño lo que me pasa. Margarita con mas hermosura y gentileza que la madre y la abuela, me inspira el mismo sentimiento que aquellos me inspiraron.

¡Dios mio! estoy maldito estoy condenado!—amo á Margarita, como amé á Andrea.

.
 Es tan dificil mi situacion que á la verdad no hallo medio de salir bien de ella....Margarita, mi hija adoptiva, está enamorada, y enamorada del asesino de mi hijo, á quien ella creyó su hermano siempre.—Lucha, pero es peligroso y casi posible de que su corazon se incline á perdonar y olvide todo ante su amor.

Yo amo á Margarita, ella me cree su padre, y el dia menos pensado, vendrá de rodillas á pedirme perdon para su amante y yo ódio á su amante Plácido Santillana porque mató á mi hijo y porque me roba á Margarita. . .

Le odio y le quitaré de en medio

Aquí seguían algunas páginas en las que Don Luis, narraba los últimos crímenes y sucesos de que él fué principal protagonista y los que el lector conoce en el trascurso de esta historia.

Augusto concluyó y tomando el manuscrito por una punta, lo acercó á la luz y comenzó á quemarlo; pero en aquel instante, yo penetré en la estancia y arrebatándoselo : —

—No lo queméis, — le dije.

Medina suspendió el auto de fé que iba á poner en práctica y volviéndose : —

—¿ Quien sois ? — me dijo asustado, creyéndome sin duda, la sombra de Don Luis.

—Eso no os importa, — le respondí— soy una muger de carne y hueso, no penseis que soy sombra, miradme á la luz y despues cededme ese manuscrito que debe ser interesante.

—Oh! sí, es muy interesante, —esclamó ya tranquilo, fijando en mi sus grandes y hermosos ojos turquí,— es muy interesante, pero no comprendo el objeto que

—¿ Mi objeto? voy á decíroslo en dos palabras, es hacer de esas memorias una historieta, sinó interesante, por lo menos verídica.

—¿ Luego sois escritora?

—Aficionada, Señor Medina, nada mas que aficionada.

Entonces alargó el cuaderno, —yo respiré.

—Tomad, — me dijo —componedlo á vuestro antojo, pero variad los nombres. Me incliné llevando en mi mano

el manuscrito de Rizzio y salí de allí, sin que hasta ahora, haya podido yo saber, como efectué mi entrada y mi salida sin duda iba *sonámbula*,

FIN

INDICE

| Capítulo | | Página |
|----------|--|--------|
| | Dedicatoria | 5 |
| I | Los dos amigos..... | 7 |
| II | Amor..... | 15 |
| III | Revelacion | 27 |
| IV | Separacion..... | 35 |
| V | Planes y delirios..... | 51 |
| VII | Proposicion y amenazas..... | 61 |
| VIII | El Juramento..... | 71 |
| IX | Contrato de un crimen..... | 81 |
| X | El Rapto..... | 87 |
| IX | Demencia..... | 93 |
| XII | Plan de un crimen..... | 103 |
| XIII | Un rayo noble..... | 109 |
| XIV | Vida ó muerte..... | 117 |
| XV | El niño de las violetas..... | 129 |
| XVI | Un muerto que resucita..... | 137 |
| XVII | Diario de Andrea..... | 145 |
| XVIII | Celos | 161 |
| XIX | Inés..... | 173 |
| XX | El enlace y la hermana de la Caridad..... | 181 |
| XXI | La traicion..... | 189 |
| XXII | Dudas y esperanzas..... | 195 |
| XXIII | El herido..... | 207 |
| XXIV | ¿Eres su sombra?..... | 219 |
| XXV | La voz de la conciencia..... | 227 |
| XXVI | Presentimientos del alma..... | 237 |
| XXVII | El moribundo..... | 245 |
| XXVIII | El perdon..... | 249 |
| XXIX | Santillana y Medina..... | 255 |
| XXX | El encuentro..... | 263 |
| XXXI | Un capítulo que puede servir de epílogo..... | 275 |
| | Historia de D. Luis..... | 287 |

FE DE ERRATAS

| Página | Línea | DEBE | DEBE LEERSE |
|--------|--------|---------------------|---------------------|
| 10 | 12 | orstro | rostro |
| 11 | 18 | consol | consola |
| 31 | 4 | le sorprendieron | la sorprendieron |
| 54 | 25 | ignoránlo | ignorándolo |
| 75 | 8 | volverla á hablarla | volver á hablarla |
| 77 | 26 | socórrame | socórreme |
| 100 | 1 | me dijistes | me dijisteis |
| 100 | 1 | manifestarme | manifestarme |
| 109 | 16 | se irgió | se irguió |
| 118 | 6 | polulan | pululan |
| 120 | 20 | presentó á vista | presentó á su vista |
| 135 | 4 | proguntó | preguntó |
| 135 | 20 | hablarlo | hablarle |
| 143 | 6 | fueras ser delatado | fuera delatado |
| 146 | 9 | este el amigo | este es el amigo |
| 151 | 21 | descasara | descansara |
| 175 | 24 | gipiur | guipiur |
| 179 | 1 | innata | intacta |
| 181 | 4 | profusamente | profundamente |
| 181 | 16 | relaciones á | relaciones é |
| 198 | 19 | catálogo | catálogo |
| 208 | 6 | practicante | practicantes |
| 224 | 20 | él corazon | el corazon |
| 224 | 21 | al camino | el camino |
| 237 | 7 | la manos | las manos |
| 241 | 26 | si no quiero | si no quereis |
| 261 | 19 | irreazable | irrealizable |
| 264 | 16 | devil | débil |
| 270 | 3 | su rincon | un rincon |
| 273 | 2 | comiseracion | comiseracion |
| 276 | 4 | que abraza | que abraza |
| 277 | 10 | recorremos | recorreremos |
| 288 | 16 | perfumado buques | perfumados buques |
| 297 | 2 | perfumados de amor | perfumado amor |
| 302 | 25 | los mujeres | las mujeres |
| 320 | 26 | la mejor, parte | la mejor parte |
| 322 | última | all | allí |
| 323 | id | bucando | buscando |

